



LAS
HIJAS DEL
ÓNIX

María Benítez

LAS HIJAS DEL ÓNIX

MARIA BENITEZ RODRIGUEZ.

Quisiera dedicar este libro a todas las mujeres de mi familia, a las que admiro por su afán de superación ante las adversidades de la vida y por haberme inspirado para alcanzar mis metas.

Capítulo 1

12 de mayo de 1532

—¿Estás lista? —le preguntó Anne mientras terminaba de anudar un hatillo con agua y frutas.

—Solo me falta una —contestó Sophie apagando la última vela.

Por fin se acercaba el verano, y las noches en Montarnau comenzaban a apaciguar el latente calor que anunciaba la nueva estación. Era una noche de luna llena. La primera en tres meses en que la abuela Anne había vuelto a inaugurar las llamadas “noches de verano”.

Montarnau era un pueblo un tanto retrógrado en cuanto a sus costumbres, y todo lo que se salía de lo normal era comentado, criticado y manipulado por todos los vecinos. Por ello la abuela Anne, cuidaba bien de esconderse cada vez que querían pasear de noche por el bosque, comenzando por la luz. Se aseguraba de que las velas de su casa se apagaran a la misma hora que de costumbre. Sin embargo, aquella noche Sophie y su abuela esperaron a oscuras un rato más antes de salir de la casa.

—¿Por qué no podemos simplemente salir y ya está, abuela? ¿Es que a la gente nunca hace excursiones de noche? —preguntó Sophie curiosa, retirando la cortina de la diminuta ventana, que enfrentaba la casa del señor Guillón.

La casa del vecino estaba construida de piedra. Los pequeños bloques se amontonaban irregularmente, dejando crecer entre ellos alguna que otra flor, y formando musgo en su parte más baja. Normalmente, las casitas de Montarnau solían ser de madera, pero la gente más pudiente que vivía en las afueras prefería construirla de piedra, por temor a los animales y bandidos del bosque. Era muy similar a la de Anne, pero esta en cuestión era un poco más pequeña, aunque compensaba con la cuadra de madera que se le anexaba, donde guardaba un precioso pura sangre. Aquel caballo era el más amado tesoro del gruñón, señor Guillón.

A veces Guillón, el hombre más huraño que Sophie había conocido, se

pasaba horas al día cepillando su equino y herrándolo para exponerlo por la plaza del pueblo durante unos minutos como un trofeo de competición, y acto seguido lo volvía a encerrar. El vecino de Sophie no tenía una gran fortuna, sin embargo, todo lo que ganaba como panadero, además de una pequeña suma de dinero que heredó, lo ahorraba para reformar su casa con sucesivas ampliaciones. Era un hombre tan ostentoso como tacaño. A veces, Sophie y su abuela bromeaban sobre que algún día, la casa del señor Guillón se convertiría en el ayuntamiento de Montarnau. Por su puesto a él no le hacía ni pizca de gracia.

—Ven aquí Sophie, siéntate conmigo— Ordenó con dulzura su abuela mientras señalaba un taburete.

Sophie obedeció complaciente, y esta comenzó a desenredarle el pelo con el cepillo.

—Pronto te harás mayor querida, y comprenderás que hay cosas que a la gente se le escapa a la razón. Nunca dejes de hacer lo que realmente quieres, pero también debes respetar las costumbres, o la sociedad se volverá contra ti.

—¿Y qué si me quedo sola? Con Marlene me basta, no necesito a nadie más.

Marlene era su mejor amiga, y a pesar de que vivía en la zona opuesta del pueblo, eran inseparables. Podía confiar plenamente en ella porque la consideraba como su hermana mayor. Lo hacían todo juntas... incluso las escapadas durante las “noches de verano”.

—Desde luego, no hay duda de que eres igual de testaruda que tu madre — dijo Anne comenzando a hacerle una trenza.

Sophie tenía dieciséis años. Dentro de un mes cumpliría los diecisiete, y deseaba fervientemente que llegara esa fecha, puesto que su abuela le había prometido un regalo muy especial.

Su melena era de un castaño oscuro, de cabello grueso, y era de una belleza inmesurable. Tenía la nariz no muy fina, sin embargo, no eran rasgos bastos, sino perfilados, como sus carnosos y rosados labios.

De repente, alguien tocó dos veces a la puerta. Se hizo el silencio. Anne comenzó a palpar la mesa donde había dejado el hatillo, le susurró a Sophie que estuviera en silencio, y acto seguido, hizo un gesto para que la siguiera.

Cuando abrieron la puerta de la casa, había dos figuras encapuchadas bajo unas prendas oscuras.

—¿Todo bien? —preguntó la figura más alta.

—Vamos Caty —susurró la abuela Anne con sorna.

Caty era la madre de Marlene. Juntas solían adentrarse en el bosque, llegada la noche, para sentarse, hablar, reír, y disfrutar de la naturaleza.

Contaban historias, leyendas, entonaban canciones y mantenían a las niñas ocupadas en sus fantasías, mientras las adultas hablaban de asuntos triviales.

—¿Sabes lo que hizo Marlene la otra mañana? —comenzó diciendo Caty—. Se acababa de despertar, y aún no había salido el sol. Fue con los ojos aún pegados de legañas hasta la cocina y vio el huevo en la mesa. Ella sabe que los huevos para comer no se colocan nunca sobre la mesa, sin embargo, lo cogió, y lo rompió para batirlo. ¡Qué desastre formó en un momento!

Se podía decir que, a parte del respetado gobernador de Montarnau, Caty y la abuela Anne, eran las dos únicas personas que sabían leer y escribir. Por ello, guardaban con gran recelo su “arte” de la escritura.

El marido de Caty, trabajaba como pescador fuera de Montarnau durante semanas. Cuando regresaba solía traerles tinta de calamar en una gran tinaja, que luego ambas mujeres repartían en huevos de gallina vacíos. ¿Quién sospecharía de un huevo de tinta? A la hora de escribir lo único que tenían que hacer era volver a romper con cuidado el orificio superior e ir mojando el pincel en el huevo.

Anne no cabía en su asombro y tuvo que controlarse para no alzar el tono con su desmesurada risa.

—Pues imagínate. La cocina y la niña, negra en un segundo. Obviamente ella no me lo pudo ocultar, aunque antes lo había intentado limpiar, aunque sin éxito porque lo único que consiguió fue extender aun más la tinta por toda la casa. Hasta tal punto que he tenido que tapizar de nuevo una silla, con un viejo vestido de Marlene. Desde luego, estas niñas sabrán guardar bien los secretos, pero son más despistadas que ninguna —se quejaba Caty, mientras hervía un poco de agua para hacer un té de hinojo.

—No te preocupes Caty, mañana por la mañana te envío a Sophie con algunos huevos. Hace tiempo que no escribo, parece que la vista comienza a

fallarme, y me canso enseguida.

—Gracias Anne, tengo ganas de acabar mi muestreo sobre hierbas. ¿Sabías que el hinojo también es bueno para no caer enfermo de neumonía? —le espetó Caty mientras le tendía un ramillete.

Anne sonrió y asintió un poco triste, mientras miraba a Sophie jugar con Marlene. Se sentía un poco culpable de estar privando a su nieta de tanta sabiduría. Pero estaba convencida de que ello podría salvar a Sophie de cualquier contratiempo, y siempre podría contar con su propia sabiduría para ayudarla. Pero, ante todo, quería asegurarse de que Sophie, no corriera la misma suerte que su madre, y encontrara una vida normal, sin miedo a huir, ni ser señalada como... una bruja. Tanto Caty como Anne habían educado a las niñas como cristianas, porque compartían el mismo sentimiento de culpa.

Caty y la madre de Sophie, habían crecido en Montarnau juntas. Tal y como en ese momento estaba viendo a su hija jugar con Sophie, se recordaba así misma jugando con Elissa durante esas “noches de verano”, aprendiendo juntas y descubriendo los secretos ancestrales; descubriendo el “arte” de la escritura, compartiendo sus penas y alegrías y haciendo sus primeros conjuros. Elissa siempre le había superado en técnica y conocimientos, pero Caty no la envidiaba por ello, sino que la respetaba e intentaba aprender tan rápido como ella. La madre de Marlene había llorado mucho su muerte, y daba gracias por no haber estado en su piel, y no haber sido tan poderosa como ella... pues fue realmente lo que le condenó.

—Vamos chicas, esto ya está —dijo Anne removiendo el té de hinojo que había preparado.

—Espera abuela, aún no hemos terminado de hacer la corona de flores.

—Esto se enfría niñas, y ya mismo hay que irse.

Marlene y Sophie obedecieron, y se bebieron el amargo té que había preparado Caty.

Sophie vivía con una intriga constante. De pequeña había ignorado lo que ocurría a su alrededor. Pero a medida que iba creciendo, sentía cada vez más y más curiosidad por aquello en que su abuela había insistido en guardar silencio. Quería dejar de vivir en su fantasía de juego prohibido para conocer realmente por qué se ocultaban.

Se preguntaba por qué no podía decir a nadie que su abuela le estaba enseñando a leer, y qué papel tomaba su señor Jesucrito en todo aquello. A menudo se preguntaba si estaría engañando del mismo modo a Dios. Marlene por su parte también lo solía pensar, y precisamente en ese mismo momento lo estaba haciendo:

—Mamá, ¿qué pasa si alguien nos descubriera? ¿iríamos al infierno o algo así?

Sophie alzó la vista y la miró como si apoyara esa misma cuestión, que le había inundado las ideas horas antes. Caty, acostumbrada al reciente brote de preguntas comprometidas de las niñas respondió serena:

—Cariño, Jesús en su infinita bondad, tuvo que hacer muchos sacrificios, incluso desde pequeño, tuvieron que huir con él, de Jerusalén para salvarlo. Escondarse no es malo, no hacemos daño a nadie, simplemente, disfrutamos de la vida en su plenitud, tanto de la luz del sol durante el día, para contemplar el mundo con sus seres y aromas diurnos; como de la luz de la luna, y contemplar el mundo en su nocturnidad. Es cuando podemos escuchar a los árboles respirar, cuando otros animales salen, cuando el rocío en la tierra te embriaga de sensaciones. Sin embargo, no todas las personas piensan igual, por ello debemos permanecer ocultas y seguir manteniendo nuestro secreto, ¿vale chicas?

Sophie, que estaba mirando curiosa a su amiga cuando preguntó, acabó concentrando toda su atención en la respuesta de Caty, y asentía en silencio intentando convencerse a sí misma, pero sin duda, aquella noche, todas acabaron oliendo a hinojo y remordimiento.

Volvieron a casa por el camino que habían recorrido antes. Cruzando por el frondoso bosque y sorteando las ramas de los árboles que, al pasar, amenazaban con azotar a la que venía detrás. A pesar de todo, se veía muy bien, porque las copas de los árboles no eran muy altas y la luz de la luna llena iluminaba perfectamente el sendero, las piedras en él, e incluso se podían distinguir algunas aves nocturnas revolotear de un árbol a otro. Eran ya las tres de la madrugada, y lo que había comenzado a ser una temperatura agradable se había convertido en una fría noche. Se notaba que aún no era una verdadera noche de verano, así que se pusieron de nuevo sus capas oscuras, y

la capucha, ya no solo por no ser reconocidas, sino por la fría brisa primaveral de la noche.

Capítulo 1

—¡Ya están aquí!, ¡ya vienen! —dijo la señora Dupre, imperante, aporreando la puerta de la casa de Anne.

La abuela de Sophie estaba alimentando a Pop, el cerdo que criaban en un patio vallado, detrás de la casa. Al principio oyó a su vecina, pero no podía saber lo que decía. Con calma, se limpió las manos en un delantal y fue a atender la visita.

—Por el amor de Dios, ¿qué es lo que pasa? —dijo Anne mientras abría la puerta:

—¡Es la Santa Inquisición! ¡Ha venido a Montarnaud!

—Ah, ¿sí?, muy bien, ya era hora ¿cierto? —dijo la abuela de Sophie impasible, seria, casi conteniendo la respiración.

Anne solía tener fama de ser muy hospitalaria con sus visitas, y normalmente les invitaba a pasar o les ofrecía algo que llevarse a la boca.

Al ver la señora Dupre la poca efusividad de su vecina, con la que esperaba charlar un poco, y quien sabe, quizás recibir un pedazo de los deliciosos bizcochos que Anne solía hacer, la escrutó con la mirada de arriba abajo y escueta contestó:

—Buenos días.

Tan diligente como llegó, desapareció en la vuelta de la esquina.

Anne, que había mantenido la compostura durante todo el trato, cerró pausadamente la puerta, y en cuanto lo hizo, se apresuró rápidamente hacia el cajón de las hierbas. Las roció todas en el espeso fango de Pop, y repitió la misma operación con diversas piedras, cristales...

Sophie, escondida tras el quicio de la puerta de su habitación, vio como su abuela, se deshacía de todas las cosas por las que había tenido que jurar silencio. Ésta iba de aquí para allá, portando frascos, hierbas, incluso trozos

de tela que ni siquiera había visto en su vida. Se había despertado oyendo los golpes que la señora Dupre había propinado en su puerta, y había escuchado toda la conversación.

Rápidamente, alertada por la conducta de su abuela, buscó el vestido azul de su madre, que tanto le gustaba y se lo puso. Estaba muy estropeado por el tiempo, pero era el preferido de Sophie. Tenía un tacto muy suave, y aunque no estilizaba apenas su figura, sino que le caía como un saco, era de lo más cómodo. Seguidamente se calzó y salió a la cocina.

—Hola. ¿Qué quería la señora Dupre?

Anne, que hasta entonces no había parado de recorrerse toda la casa, se quedó petrificada cuando vio a su inocente nieta. No sabía cómo iba a explicárselo, si sería mejor seguir guardando el secreto hasta que el “Santo Carro” se fuera del pueblo. Sabía que no podía mentirle. De hecho, Sophie ya estaba leyendo en su mirada que algo malo estaba pasando. Tenía que tranquilizarla, debía hacerlo... pero no ahora. Necesitaba tiempo, aunque sabía que podía pasar lo peor, también podía no pasar nada. ¿Por qué iban a tener que registrar su casa? Ya había oído rumores de otros pueblos donde se había hecho, pero claro; sólo eran rumores.

—Nada cariño, solo que... han venido unos señores, de la Iglesia. Van a hablar sobre gente que no les gusta, y que se oponen a cualquier religión que no sea la católica.

—¿Y por qué estás tan nerviosa? Nosotras vamos al a iglesia todos los domingos, y a veces damos pan al mendigo de la plaza. Somos cristianas ejemplares.

—Claro cariño, solo quiero tener todo esto limpio por si viene visita.

Después de un segundo de dudas, Anne reaccionó:

—Pero ¿qué llevas puesto?, venga ponte tu vestido verde. El del lazo negro, que te voy a peinar, tienes que llevarle unos huevos a Caty.

Sophie, no quería poner de los nervios a su anciana abuela, a la que parecía que estaba al borde de un infarto. Así que asintió y obedeció. Mientras iba hacia su cuarto, pensaba en esas personas que habían venido a su pueblo, y a pesar de la actitud de Anne, a Sophie no le suponía ninguna amenaza, puesto que se consideraba la cristiana perfecta. No tenía de qué preocuparse, todo el

mundo en el pueblo sabía que eran unas buenas personas. Aun así, su abuela solía tener razón, así que, si tenía salir a la calle, debería ir bien vestida, para dar la mejor impresión a aquellos señores. Y quien sabe, quizás habría llegado con ellos de escolta algún joven caballero que se fijara en ella.

Sophie fantaseaba, pues no tenía ni idea de quién era y qué hacía la Santa Inquisición. Pensaba que no podía ser mala, pues recogía la palabra “Santa” en su nombre.

Una vez se puso el vestido, se quitó algunas pelusillas que se habían adherido al tejido, se sacudió la falda, un poco arrugada y se dirigió de nuevo a la cocina.

El ambiente había cambiado totalmente. Anne estaba sentada junto a la mesa, con aire distraído, pero serena, y sonrió a su nieta, cuando la vio con el vestido verde.

—Estás preciosa —dijo la abuela Anne admirando la belleza de Sophie. Se recordaba mucho a sí misma cuando era joven, aunque no fue tan bella como ella, pues esta tenía unos rasgos más exóticos. Podría asegurar que Sophie era la más hermosa del pueblo. Sus ojos eran almendrados, pero a la vez rasgados. Sus mejillas eran carnosas, y su sonrisa, la más dulce que había visto. El vestido verde oscuro, era el más elegante que tenía. Se ceñía sobre su silueta de adolescente. Ya comenzaba a adivinarse unas caderas más anchas, y unos pechos firmes bajo la tela.

En la mesa de madera sólo había dos objetos. Un cepillo y una cesta tapada con una gamuza, que contenía los huevos de tinta. Sophie se sentó a su lado, y Anne comenzó a peinarla, entonces la joven empezó a sentir cómo también ella se relajaba. Le hizo un recogido a un lado de la cabeza dejando entrever unos mechones cerca de la cara.

—El acto se realizará en la plaza principal del pueblo. Estará convocado todo el mundo, aunque a los más ancianos se les exime de asistir. Yo no iré, querida, pero tú... primero llévale los huevos a Caty, y no te preocupes, nadie pensará nada malo de una joven como tú. Después deberás ir con Marlenne a la plaza, y escuchar lo que dicen. No llates la atención, no hables, no interrumpas nada de lo que digan. Si me haces caso, no te pasará nada.

—¿Por qué no vienes? ¿No pensará la gente mal de ti?

—Estoy muy cansada Sophie, anoche no pude pegar ojo.

—Bueno, está bien, en cuanto termine vendré y te prepararé una infusión, ¿vale?

Respondió Sophie tan alegre como de costumbre, ignorando las señales de peligro que se proyectaban en las palabras de Anne. Seguidamente recogió la cesta y se colocó la capa atada al cuello con un lazo, y salió de un portazo de la casa:

—¡Adios! —dijo jovial, tomando ya el camino fuera.

Anne se había quedado en la misma silla, ensimismada, seguía asintiendo desde que Sophie le había dicho que le iba a preparar un té a su vuelta... el té que minutos antes había tirado.

Sophie estaba emocionada, iba estudiando todos sus movimientos, su forma de andar decidida, atusándose el recogido... la única duda que tenía era la capucha, ¿debía llevarla bajada o sobre la cabeza? Recordando las palabras de su abuela, decidió ponérsela sobre la cabeza, para no llamar la atención.

Comenzaba a adentrarse en el pequeño pueblo de Montarnau. Las calles eran ahora más estrechas, y el suave aroma del bosque de las afueras, se iba transformando en un hedor a inmundicia, al que nadie prestaba la más mínima atención. La gente se agolpaba en las calles y llegaban incluso a empujarla, sin consideración. Había algún que otro borracho, mendigos, y estaba lleno de las mujeres que hacían la compra matutina y hombres que intentaban conseguir algún que otro trueque con pieles, utensilios de madera... Sophie odiaba pasar por la calle de la pescadera. La señora Monet arrojaba las cabezas de pescado en la misma puerta. Y esperaba hasta la noche para limpiar la basura. Con suerte, los mendigos y los gatos se habrían comido las sobras, y al llegar la noche no tendría nada que retirar.

Eran las nueve de la mañana, pero la pescadera ya había tenido varios clientes. Así que, el nauseabundo olor a cabezas y tripas de pescado obligaron a Sophie a cubrirse la nariz y la boca con la capa para no vomitar.

Procuraba no tropezar con la gente, que iba en dirección opuesta y que ni siquiera la miraba. Parecía que su indumentaria estaba dando resultado.

Una vez llegado a la plaza fue un alivio, tanto por el desahogo personal

como fétido. Parecía que incluso la luz había cambiado. Ahora el sol brillaba con más fuerza que en las calles, y el empedrado era diferente, más basto. Sophie miró de reojo el fondo de la plaza, donde estaba la puerta de la iglesia. Había unos frailes con barba y un peinado peculiar (con la coronilla rapada), y otro hombre rubio con melena corta. Ambos vestían unas túnicas oscuras, anchas y con insignias. La que destacaba en el pecho de los dos frailes era la Cruz cristiana.

Rápidamente dirigió la mirada al suelo, y toda la seguridad que había tenido al salir de casa, se desvaneció. Por algún motivo inexplicable, no podía pensar en otra cosa que no fuera correr y esconderse. La joven, aceleró el paso, con la capucha puesta y cabizbaja. Sólo unos pasos más y habría cruzado por fin la plaza.

—¡Eh! ¡tú!, ¡alto! —dijo una voz a lo lejos.

Sophie se paró en seco. Juraba haber oído que la llamaban, pero no se atrevía a mirar.

—¡La de la capa! ¡Ven aquí!

No había ninguna duda. La estaban llamando. Lentamente la joven se descubrió el rostro y se giró en dirección a los individuos, sujetando con fuerza la cesta.

—¿Yo, señor? —se atrevió a responder Sophie.

En ese momento se acordó de su abuela. Había hablado. Quizás hubiera sido mejor seguir andando, e ignorar aquella voz, pero ya era demasiado tarde... Sophie se maldecía por dentro, y creía empezar a notar la espalda ardiendo. Estaba sudando.

—¿Acaso hay alguien más? —dijo uno de los frailes.

Hasta ese momento Sophie no se había percatado de que la plaza estaba prácticamente vacía, únicamente había tres ancianos muy cerca de ellos que buscaban una buena posición para no perderse el espectáculo.

—¿Es que no te han dicho que tienes que presentar tus respetos en esta plaza inmediatamente?

Sophie que hasta ahora seguía expectante ante la situación, como si fuera un mero observador, comenzó a sentir una especie de pavor que la hizo tartamudear.

—Yo, yo... tengo que ir a llevar estos huevos de corral, y de inmediato regreso, lo prometo —tartamudeó casi inconsciente de su propio estado.

Estaba haciendo todo lo que la abuela Anne le había dicho que no hiciera. Solo esperaba que al menos, el truco de los huevos resultara efecto, y la dejaran marchar.

—¡No me contradigas muchacha! ¡He dicho que vengas! ¡Este pueblo está lleno de herejes, de demonios. Todo el mundo debe estar presente aquí y ahora, o se verán en una situación que lamentarán el resto de sus cortas vidas! —dijo el caballero de la melena llevando la mano hacia la empuñadura de su espada enfundada.

Ahora podía verlo mejor. Este caballero llevaba unas hombreras de metal. Sophie comenzó a caminar lentamente hacia ellos, mientras la gente que había escuchado las amenazas, salía de las bocacalles y se aproximaban a ellos, pero cercando a Sophie en una especie de “U”. Parecía que la joven se había convertido en el centro de atención y la miraban recelosa, puesto que le habían reprendido. Sophie pensó que aquello no debía ser una buena señal.

Cuando la joven llegó finalmente ante ellos, no le parecieron tan corpulentos como de lejos, pero sí más siniestros. Los dos frailes y el caballero habían conseguido atraer la atención del pueblo, y la gente ya se amontonaba en torno a la iglesia. Sophie miraba de reojo a todas aquellas personas que en cierto modo mantenían las distancias aún con ella. En ese momento pensaba en Marlene y Caty, que seguramente estarían preguntándose dónde estaba ella, y por qué no había ido a llevarle los huevos de tinta. Se suponía que tenía que ir antes de que empezara el acontecimiento en la plaza, sin embargo, hacía unos minutos que ya había comenzado.

—Sois muchos de vosotros los que deseábais que La Santa Inquisición viniéramos a limpiar vuestras calles. Y hoy Dios ha bendecido nuestro largo camino hasta llegar aquí. Lo sabemos. Estáis aterrados ante esta reciente amenaza de herejes que atentan contra nuestra Santa Iglesia. Son como ratas, que llevan dentro al mismo Satanás. Pero no os preocupéis. Sabemos identificar a estos malditos. Solo es cuestión de tiempo que se dejen ver — comenzó diciendo el fraile.

La plaza ya estaba casi abarrotada, y algunas personas lanzaban vítores a

la Inquisición. Sophie se había tranquilizado un poco, puesto que el fraile ya se estaba dirigiendo a toda la multitud, y no solo a ella. Aún le quedaban esperanzas de encauzar su comienzo con mal pie. El alguacil y su ayudante habían llegado, y se habían situado al lado de los interlocutores.

—Mi nombre es Fray Nicolas Grenoon. Hoy he venido aquí para acabar con la depravación herética. Aquellos paganos que rezan y dan culto al diablo serán excomulgados. ¡En efecto! Excomulgados de la fe cristiana. Estos infieles se encuentran bien camuflados entre nosotros, los cristianos. Es muy difícil identificarlos. Quizás sea la anciana que recolecta el trigo, o puede que la costurera del pueblo... —comenzó a predicar aquel fraile, mientras la muchedumbre acongojada se examinaba entre sí, sospechando de cada vecino, e inspeccionando a cada conocido... Sophie pensaba que el hecho de ser cristiana no le iba a servir de nada si la cosa se complicaba, y nerviosa empezó a buscar con la mirada a Marlene y a Caty.

De repente las vio a unos metros entre la muchedumbre. Parecían que también la buscaban con expresión preocupada. Ambas se cogían de la mano. A Sophie le hubiera gustado tener a alguien también a su lado con la que compartir su angustia. Frustrada, miró hacia el suelo, dos mechones más del recogido se le habían soltado, y le rozaron las mejillas. Entonces volvió la mirada hacia el interlocutor que seguía pronunciando su imperante discurso, y cuyo tono iba en aumento poco a poco:

—Por cuanto es vuestro deber como fieles cristianos, no solo debéis evitar a los brujos, sino que también tenéis que denunciar a aquellos de los cuáles sospechéis; o la ira de nuestro Señor todopoderoso caerá sobre aquellos que encubráis los actos de la brujería. Podéis consideraros tan culpables como ellos, y si se descubre cualquier relación de afectividad con la bruja, seréis juzgados con la pena de muerte en la hoguera. Las brujas y los brujos existen, no lo dudéis, y quien se atreva a decir lo contrario, es porque también lo es —dijo con el dedo índice en alto.

—La bruja no es ninguna víctima, porque a través de su voluntad le deben culto al diablo, engañan y manipulan a los hombres, los hace sus esclavos, provocan abortos, asesinatos, incluso enfermedades, y son capaces de crear plagas para vengarse de todo el pueblo, así que no os dejéis engañar por su

edad o por su belleza, porque la tendencia a ser una bruja reside en las mujeres más hermosas.

La última parte del discurso había alertado a los vecinos. Estaban aterrados, no solo por la posible presencia de brujas, sino por las amenazas de la Inquisición hacia los mismos pueblerinos, y poco a poco comenzaron a preguntarse primero en voz baja y después elevando el tono, sobre quién podría guardar semejanza a una bruja.

—Analizad y recordad quién tiene o puede tener estas características, ¡Porque sin duda una de vosotras es una bruja! —Gritó el fraile Geenon.

Definitivamente estaban buscando a una víctima de inmediato, alguien a quien culpar. Poco a poco la masa agitada de gente se revolvía, y todos los presentes temían ser acusados sin más. Querían a una bruja ya. La necesitaban ahora.

—¡Sophie Botreau! —proclamó alguien entre la multitud. De pronto, las personas allí reunidas, incluida Sophie, se giraron hacia la proveniencia de la voz. La joven con cara de terror, pudo comprobar quien era su delator. El señor Guillón. La masa de personas se arremolinó en torno a Sophie, mientras algunos atemorizados exclamaban en voz bajita:

—¡Oh, es una bruja!

El fraile Greenon intervino entonces:

—¡Silencio! Alguien de nosotros tiene algo que decir. Caballero ¿quién es esa pecadora de vicios prohibidos? —preguntó impasible el fraile.

Sophie, por su parte, se había congelado desde que había oído su nombre. Era incapaz de moverse, y aunque sus cinco sentidos le gritaban que huyera, permaneció inmóvil, esperando que todo fuera una pesadilla.

—¡Es esa muchacha de la capa oscura que está frente a vosotros, ¡sinvergüenza! Y tiene la osadía de colocarse la primera fila, mancillando el buen nombre de este pueblo y de la Iglesia, ¡y es tan bruja como su asquerosa abuela! —respondió el señor Guillon.

El fraile, examinó con la mirada a Sophie, que se encontraba petrificada, sujetando la cesta con las dos manos, y con la mirada perdida.

—Ciudadano de Montarneau, ¿cómo se atreve a hacer tales acusaciones?, ¿Qué pruebas tiene de ello?

—En mi oficio como panadero de Montarnau, dedico muchas horas durante la jornada. En más de tres ocasiones las he visto a su abuela y a ella regresar a las cuatro de la mañana del bosque, incluso en noches de invierno. ¿Qué mujer honrada sale de su casa a tales horas de la noche, si no es para cometer actos de brujería? La chica es muy hermosa; podría llegar incluso a hechizar a cualquiera para que le responda con amabilidad, de ese modo han pasado desapercibidas tanto tiempo, ¡pero yo sé que son brujas!

Sophie miraba con los ojos de par en par al denunciante, que acababa de firmar públicamente su sentencia de muerte. Pensaba en cómo había podido decir todo aquello, que, en cierto modo, no era mentira, pero tampoco verdad.

Esta vez, el fraile la miró de una manera más oscura, detractora, y ordenó sin objeciones:

—¡Alguaciles, apresadla!

De pronto, comenzó a ser consciente de que quizás no saldría con vida de aquello. Tenía miedo, y buscó con la mirada a Marlene y Caty, para que las ayudara.

—¡Marlene!, ¡Caty! —gritó Sophie desesperada. Hubiera querido evitar mencionarlas, pero el miedo y la superación del momento hizo que la joven las llamase.

Ambas, miraban hacia otro lado, sin moverse, sin dar signos de amistad, o dolor por su apreso, de hecho, hasta retrocedieron un poco.

Mientras que el alguacil y su ayudante se aproximaban rápidamente hacia Sophie, esta gritó:

—¡No soy una bruja por Dios, lo juro! ¡ Soy cristiana! ¡No he hecho nada malo!

—¡Pequeña diabla no te permito que blasfemes en nombre de Dios! Ahora sabrás quién es Dios de verdad, ¡apresadla! —dijo el otro fraile, que hasta entonces había permanecido en silencio.

El alguacil y su ayudante se abalanzaron hacia ella, y le sujetaron de los brazos.

—¡Soltadme!

Sophie reaccionó por fin, y forcejeó con aquellos corpulentos hombres que la sostenían.

Ella, que aún portaba la cesta, acabó lanzándola por encima de todos, en un intento por librarse de los justicieros que la sostenían. Entonces el mimbre voló por los aires, y con él los huevos. Ocurrió lo inesperado. Los huevos de tinta cayeron sobre las cabezas de los allí presentes, incluida la del alguacil que la sostenía, y de repente ambos hombres la soltaron, impresionados y asustados por aquel espeso baño de tinta.

—¡Aah, socorro, no veo nada! La bruja me ha cegado, ¿qué clase de ponzoña es esta? —gritó el alguacil.

La gente que había sido empapada y salpicada también con la tinta, comenzó a gritar, y el pavor se hizo potencialmente activo entre los allí presentes. La multitud corría de un lado a otro, gritando y pidiendo auxilio. La gente se agolpaba, algunas mujeres tropezaban y eran pisoteadas por los demás que huían a sus casas. Algunos se abalanzaron a las ropas de los frailes para pedirles bendiciones y la ayuda de Dios. Se agarraban a sus túnicas, manchándolas también de negro, mientras que estos, asustados ante el apabullante suceso, empujaban a los feligreses para poder buscar también un lugar seguro.

Sophie aprovechó la confusión para huir. Era muy difícil ver dónde se había metido la joven, puesto que era más bajita que la media, y la masa corría tanto como ella, haciéndola desaparecer en una cortina de gritos y pisadas.

Cuan culebrilla penetra sin problema por una grieta en la pared, Sophie esquivaba y atravesaba las callejuelas estrechas y sucias, sorteando la mayoría de los charcos, y corriendo sin mirar atrás. En ese momento ya no le molestaba el fango que pisaba, ni los olores fuertes, sólo pensaba en su abuela.

En el tiempo que tardaron los frailes y alguaciles en saber qué había pasado exactamente, ella llegó a su casa. Aporreó la puerta tan fuerte como lo había hecho la señora Dupre dos horas antes.

—¡Abuela abre! ¡por favor! —gritó Sophie desesperada, con las lágrimas saltadas.

Anne obedeció rápidamente, y cerró la puerta tras ella.

Sin mediar palabra, la miraba preocupada. Tenía una ligera idea de lo que había podido pasar. Sophie comenzó a explicarle lo ocurrido atropellando las

palabras: cuando llegó a la plaza, la reprimenda, el discurso, la acusación...

Su abuela, que se había sentado, tenía la mirada perdida, pero la estaba escuchando atentamente. Cuando Sophie terminó de relatar el suceso, no cupo en sí misma de confusión cuando vio que su abuela permanecía tranquila, impassible, inmóvil en aquella silla.

—¡Abuela!, ¡¿Has oído algo de lo que te he dicho?! ¡Vienen a por nosotras, nos van a quemar!; Dicen que somos brujas y eso es mentira! —dijo Sophie buscando un ápice de respuesta en la expresión de su abuela.

Esta parecía más tranquila que asustada, entonces con pasividad le hizo un gesto a Sophie para que se sentara.

—Solo será un momento —prosiguió—. Anoche, tuve una pesadilla hija mía, soñé que esto iba a pasar. No sé como decírtelo, es tan poco tiempo el que nos queda juntas... Lo mejor es que te lleves este libro, y lo descubras por ti misma.

Sophie no se había percatado del espeso libro de tapa de piel marrón que reposaba sobre la maciza mesa de madera.

—¿Qué es esto? —Preguntó desconcertada Sophie.

—Es la guía que te iluminará el camino a partir de ahora. Este libro lo empezó mi madre, después me lo legó a mí, y finalmente yo se lo regalé a tu madre. Ahora te corresponde completarlo, Sophie. Puede que no estés preparada para lo que te voy a decir, pero en cierto modo, también ha sido culpa mía.

—¿El qué? —preguntó Sophie intentando asimilar toda la información.

—Eres una bruja, pequeña. —le contestó la abuela Anne con cariño.

Sophie se quedó perpleja ante la anunciada noticia, y en un primer momento la actitud que tomó fue de completo rechazo.

—¡Eso es imposible!

—Cariño ya se que inesperado y difícil comprenderlo, pero debes creerme, porque tu vida ahora depende de esto.

Acto seguido la abuela Anne le entregó el pesado libro a Sophie. Ella, estaba atónita, confundida ante la repentina situación. No sabía qué pensar ni qué decir, ¿debía dar las gracias? ¿debía arrojar ese pagano libro al fuego?

—Ah, se me olvidaba —dijo Anne—. Este es tu regalo de cumpleaños. A

continuación, sacó del bolsillo un colgante de cuero, con un abalorio circular de plata tallada. En el centro había una pequeña esfera de ónix.

—Era de tu madre Sophie. Me hubiera gustado dártelo en su momento, pero en vista de las circunstancias me temo que no nos queda mucho tiempo —le dijo mientras se lo abrochaba en el cuello.

Entonces Sophie reaccionó:

—¡De ningún modo te vas a quedar aquí! —exclamó arrojando el libro a la mesa—. Tienes que venir ya, buscaremos algún sitio seguro.

—Lo siento hija mía, yo no voy a ninguna parte. Ya soy muy mayor para huir, y sólo sería una carga para ti. Si vienen a buscarme, les estaré esperando. Pero tú... —dijo serena la abuela Anne.

—¡No digas tonterías! , ¡Tú te vienes ahora! —le interrumpió Sophie sin entrar en razón.

La abuela Anne encolerizó, y viendo que la única solución en ese momento, y la única manera de salvar a su única nieta era a través de la rabia, le comenzó a gritar, mientras la empujaba con el libro violentamente hacia la puerta:

—¡Basta! ¡Ya es suficiente jovencita! ¡¿Acaso no has oído lo que te he dicho?! ¡No voy a ninguna parte! ¡No quiero estar contigo! ¡Ahora corre! ¡Huye, maldita sea!

Sophie, asustada y confusa por sus palabras, no pudo otra cosa que obedecer, mientras gotas negras repiqueteaban contra el suelo. Sus lágrimas corrieron a través de la tinta negra que aún le manchaba la cara. No quería abandonar a su queridísima abuela. Aquella que le había cuidado, protegido, y enseñado todo lo que sabía. Sin embargo, acabó en la calle después de aquel doloroso portazo.

Ahí fuera, comenzó a oír un tumulto de voces sedientas de justicia que se dirigían a su casa. Sophie, sin pensarlo dos veces saltó el vallado de la casa de su horrible delator, y se dirigió al establo.

—Hola Legendario —le susurró al purasangre del señor Guillón.

Sophie había montado en tres ocasiones anteriores, así que no se podía decir que no supiera montar, pero tampoco era una amazona experimentada.

—¡Vamos bonito! Le animó Sophie, una vez que había conseguido subirse.

No tenía montura y subió como pudo agarrándose a la crín, manchando con sus manos y ropa de tinta al rocín.

La gente ya había llegado a la puerta de la casa de Anne y la aporreaban con insistencia.

Por su parte, Legendario estaba bastante aturdido. No sabía por dónde debía salir ya que la puerta estaba cerrada. Sophie no pudo demorarse más y le hincó ambos talones al imperioso animal.

—¡Arre!

Legendario pegó un brinco, y relinchó asustado, empotrándose contra la puerta de madera que les separaba del exterior, rompiéndola y así, abandonando aquel lúgubre y monótono habitáculo de la bestia.

—¡Ohhhh! ¡La bruja! —exclamó el grupo de personas que estaban ante la puerta de Anne, impresionados por aquella arrolladora aparición a lomos del ejemplar gris.

—¡Mi caballo! ¡Bruja del demonio, no lo toques! —dijo el señor Guillón que estaba presente. Pero Sophie, haciendo oídos sordos, espoleó con los talones a aquel magnífico ejemplar, y desapareció de inmediato en el bosque, no sin antes dirigir una mirada de auténtico odio hacia aquellas personas que esperaban dar caza de manera salvaje a su abuela, para después, quemarla viva.

Una nube de polvo blanco debido al estrepitoso galope del animal fue lo último que quedó de Sophie Botreau en aquella aldea.

La abuela Anne, se había quedado llorando a pleno pulmón, sentada sobre el colchón, pero no por la multitud sedienta de sangre que le esperaba en su puerta, sino por cómo habían sido las últimas palabras que le había lanzado sin piedad a Sophie. Le había dicho que no quería estar con ella y era mentira. La quería más que a su propia vida, y aunque le doliera haberla gritado, sabía que le había salvado la vida. Bendecía en silencio a su inexperimentada e inocente nieta; que ahora estaba totalmente sola en aquel mundo cruel.

Capítulo 2

El galope de Legendario resonaba por el sendero, mientras Sophie, se agarraba con fuerza a la crin de la bestia, presionando el libro entre su pecho y el lomo de este. Las embestidas eran cada vez más suaves, y Sophie lo agradecía, puesto que las piernas empezaban ya a flaquearles. Creía haber llegado a los límites territoriales que había conocido, y a partir de aquel momento, todo iba a ser nuevo para ella. Cabalgaba a ciegas, no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía, ni cuál sería la ciudad más cercana. Iba tramando un plan, por si la paraban por el camino. Asustada, pensó en todas las situaciones posibles que se le podrían llegar a dar en un momento dado. Qué pasaría si se cruzaba con unos bandidos, o con unos alguaciles, o peor aún, con los frailes de la Inquisición. Pensaba que, si la retenían, diría que el Alcalde de su pueblo le había encomendado llevar aquel libro hacia Montpelliere —ciudad capital que Sophie había oído que estaba cerca— y que unos bandidos le habían robado la silla de montar, junto con la orden de entrega. Esperaba que diera resultado...

Tras dos horas de galope, la respiración del animal fue en aumento, y comenzaba a resoplar más seguido. Sophie interpretó aquella señal como la hora de descansar.

—¡Soooo! —dijo la joven.

Legendario obedeció a su orden, y la bestia redujo la marcha al paso. Cuando por fin logró bajarse, se quitó la capa, se desató el lazo del vestido y lo usó como rienda para mantener atado al animal. Salió del sendero, para buscar alguna zona amplia tras el follaje. La joven ató al caballo a la rama de un árbol, y se sentó a los pies del mismo, sujetando aún contra su pecho el robusto libro. Sophie se preguntaba quién de los dos podría estar más exhausto, si el precioso animal o ella misma.

Una vez allí, fue consciente de lo mucho que le pesaban las piernas. Se las abrazó con la intención de que dejaran de temblar, pero su agotamiento tanto

físico como mental, era tan extremo, que Sophie lloraba en sollozos por la desesperación y no podía dejar de temblar. Su aspecto dejaba mucho que desear. Su recogido, ya estaba totalmente deshecho, y la mitad del cabello le caía por la espalda, formando pequeñas ondulaciones.

Pasaron unos minutos, y poco a poco, mientras se relajaba iba recobrando los demás sentidos. Tenía mucha sed, y pronto tendrían que proseguir su camino, pues tampoco le convenía quedarse en un mismo sitio mucho tiempo y a la vista de cualquiera.

Un sinnúmero de sentimientos se apoderó de Sophie al recordar lo que había vivido aquella mañana. Habría deseado no haberse levantado de la cama, y no haber salido de casa. Así nada de lo ocurrido habría tenido lugar. Por otra parte, se sentía traicionada por aquel inhóspito pueblo al que había amado toda su vida, así como por sus habitantes. Comenzando por el señor Guillón, pasando por Marlene y Caty y terminando por su abuela.

El primero le había acusado sin piedad frente al Inquisidor, pensó que sus amigas no le habían prestado ninguna ayuda dándole la espalda cuando las necesitaba; que su abuela no la quería y había preferido morir, a huir con ella. Estaba furiosa con todas y consigo misma.

Sophie se pasó un buen rato llorando en silencio. Aún no había reparado en el libro tosco que la abuela Anne le había legado. En ese momento era lo único que le quedaba, junto al colgante de su madre, y un precioso purasangre. Acarició la tapa de piel oscura cuarteada por el tiempo, pero no lo abrió. Estaba agotada.

Sin esperar más, cogió el libro, se ató de nuevo la capa y se subió a Legendario. El animal había recuperado el aliento, y parecía que tenía la misma fuerza que al salir de Montarnau. Tomaron el sendero, a un trote suave y Sophie fue consciente entonces de la brisa agradable que emanaba de la masa boscosa, con olor a tierra mojada y vegetación.

Durante las horas siguientes, mantuvo el mismo ritmo por el sendero, pero la joven ya empezaba a desfallecer de hambre y sed. Se imaginaba que *Legendario* estaría igual pues de la boca del animal salía una espesa espuma blanca. Sophie sintió pena por él y le acarició las orejas.

Al cabo de dos horas más de camino la vista se le comenzaba a nublar.

Pensó que, si no se topaba pronto con un pueblo, tendría que adentrarse en las nemorosas tierras, y arriesgarse a perderse en ellas, sin volver a encontrar el camino, o aún peor, sin encontrar nada que calmara su sed.

De pronto, sintió como le saludaron unos bellos olores, sin duda a comida, y su instinto de supervivencia se despertó. Hincó los talones en Legendario y éste comenzó a marchar en un cansado galope. A cien metros vio humo a pie del camino, y quiso llegar lo antes posible. A medida que se acercaba, caía en la cuenta de que no había imaginado ni si quiera en el posible peligro que podría entamar aquel primer encuentro, lo único que quería era echarse algo a la boca. A la altura del humo tiró de las riendas y frenó en seco.

A un lado del sendero había tres hombres. Uno era muy robusto, más bien, gordo, y los otros dos eran más menudillos. Todos tenían un aspecto desaliñado, sucio, el pelo mugriento y las prendas roídas. En un primer momento Sophie se asustó porque aparte del áspero semblante, aquellos individuos portaban cuchillos, espadas... siguió analizándolos, y pudo comprobar que, al lado de ellos, apoyado en un árbol había un arco, y a su lado una ristra de perdices muertas. Sophie suspiró aliviada al pensar que había topado con un grupo de cazadores. Era muy normal encontrarlos en quella zona, y también buena señal porque quería decir no muy lejos, quedaba un pueblo.

Estaban sentados en torno a una hoguera que habían preparado y tenían al fuego una olla de cobre.

—¡Eh! Joven, ¿qué quieres? —dijo el gordo con manifiesto desagrado.

Los otros dos hombres se miraron perplejos y le dijeron a su compañero:

—¡Zosco no seas tan maleducado, es una niña, ¿estas sola bonita? — preguntaron los canijos bajo un halo de pura perfidia.

A Sophie nada de aquello le daba buena espina, sin embargo, sabía que no le quedaban muchas opciones; el pueblo podía estar muy lejos, o podría llegar en una hora, pero, en cualquier caso, ya no se sentía con fuerzas para seguir, sin nada de agua, ni comida. Se armó de valor y les contestó:

—No me llamo bonita, me llamo Nina —mintió. No quería parecer más débil de lo que su delicada belleza le hacía.

—¿Estás sola, Nina?

—No. Mi padre y mi hermano me siguen a cierta distancia. ¿Podría esperarlos con vosotros mientras llegan? —Volvió a mentir.

Aquellos extraños, se miraron entre ellos un poco decepcionados, el gordo refunfuñaba, pero finalmente le contestaron que sí. Sophie se bajó de Legendario, muy despacio. Mantuvo la compostura y tras enlazar al caballo en un arbusto, y soltar con cuidado el libro a su lado, se dirigió con firmeza hacia los cazadores. Ahora que podía verse yendo hacia ellos se reía de sí misma al pensar que su indumentaria y su aspecto tampoco difería mucho de aquellos apestosos furtivos.

—¿Puedo sentarme? —preguntó escuetamente Sophie.

—¿Sentarte?, mmmmm, déjame pensar, nuestra compañía podría costarte algo de dinero ¿sabes? —le dijo el grandullón tanteándola.

—Si es dinero lo que pensáis conseguir mejor que os busquéis a un duque. Respondió Sophie sentándose junto a la hoguera.

Debía mantenerse alerta ante los sospechosos cazadores, pero a la vez se sentía tan vulnerable por la falta de alimentos que en su pálida tez se podía leer la desnutrición de ese mismo día. Sophie miró de reojo lo que se preparaba en aquella olla, sin mencionarla, aunque en sus adentros deseaba fervientemente abalanzarse hacia el brebaje. Uno de los canijos al que los otros dos llamaban León, advirtió en seguida la necesidad de Sophie hacia la comida. León se atusó el grasiento flequillo detrás de la oreja y seguidamente, con una cuchara de madera removió la sopa, aspirando su cálido aroma a perdiz y verduras ante la joven.

—Ummmmm, huele de maravilla ¿verdad? —dijo finalmente León.

Los otros dos personajes sonreían maliciosamente. Sus dientes estaban podridos.

—¿Sería tan amable de servirme una porción? —preguntó Sophie con educación. La joven salivaba más que un perro delante de un filete. León, satisfecho, cogió un cuenco de cerámica y lo llenó hasta el borde. Entonces le dijo a Sophie con una maliciosa sonrisa:

—Si no tienes dinero tendrás que darnos algo a cambio.

Sophie estaba tan hambrienta que se sentía capaz de matar por esa ración; le contestó lo primero que le vino a la cabeza, por tal de tener en su poder

aquel cuenco de sopa:

—Bueno, creo que llegaremos a un acuerdo —dijo como sonámbula, sin apartar la vista del recipiente.

León le entregó la sopa a Sophie, y los tres cazadores reían al ver cómo su sucio juego daba resultado. Comenzaban a sospechar de la veracidad de ella. Engulló el brebaje como si hubiera atravesado un desierto, aunque no era menos el esfuerzo que había hecho desde aquella mañana. Bebió el líquido cerrando los ojos, y notaba bailar los trozos de carne con su paladar, realmente aquel cuenco de sopa era lo mejor que le había pasado en todo el día.

Por su parte, cada minuto que pasaba aquellos cazadores se comportaban más como meros saqueadores, y concienzudamente le preguntaron a Sophie:

—¿Y cómo es que tu padre y tu hermano tardan tanto en llegar? ¿Por qué tu caballo no lleva montura? ¿Acaso lo has robado? ¿Y qué es ese libro?

Sophie comenzó a disminuir el ritmo con el que tragaba la comida, y por segunda vez en el día sintió un nudo en el estómago. Empezó a responder con evasivas, y se daba cuenta que su actitud débil y poco creíble los hacía cada vez más fuertes y osados.

—¿Has pensado ya con qué vas a pagarnos? —preguntó el segundo canijo.

—Ya les he dicho que no tengo dinero, y tampoco nada que dar. Mi padre y mi hermano llegarán de un momento a otro, y quizás ellos puedan pagarles con algo —Improvisó rápidamente.

—No hemos dicho que únicamente nos interese el dinero.

Se hizo el silencio. Un cazador la miraba de arriba a bajo sin parpadear, sospechando que el cuento de su padre no era cierto. Los otros dos la observaban con una mirada lasciva. Ésta se sentía cada vez más como una liebre acorralada.

—¿Y qué tengo yo que puedan querer unos respetables caballeros como vosotros?—Trató de enmendar la situación en un último intento.

—Tienes un colgante muy bonito, un libro antiguo, que quizás valga algo en el mercado, tienes un bonito caballo y... tienes una bonita cara —dijo el otro canijo relamiéndose y riéndose con sus cómplices, mientras le acercaba la mano a Sophie para acariciarle la mejilla—. Ah, y... tampoco hemos dicho

que seamos respetables.

En una décima de segundo, en cuanto la sucia mano de aquel bandido tocó la mejilla de la joven, esta reaccionó y le mordió en la muñeca. Ambos hombres se abalanzaron hacia ella para retenerla, pero Sophie había sido más rápida. Le lanzó el resto de la sopa, aún caliente directamente a la cara de León, y esquivó al gordo, corriendo hacia el libro. Mientras tanto, uno de ellos le lanzó una piedra a la cabeza de la joven, fallando en su trayectoria.

La piedra fue a parar a la grupa de Legendario que estaba tranquilamente mascando algunas ramas. De pronto el animal relinchó, se irguió sobre sus patas traseras y rompió la lazada, perdiéndose a galope entre la masa silvestre del bosque.

—¡Maldita zorra, te cogemos! —gritaba el gordo que se había tropezado con unas raíces al intentar alcanzarla. León se lamentaba por su cara abrasada, y el otro canijo la maldecía en voz baja mientras se sujetaba la muñeca con la otra mano.

Sophie emprendió una dura huída por segunda vez en el día, y con el libro bajo el brazo, corrió desesperadamente por salvar su vida.

Al cabo de unos eternos minutos de carrera, cuando ya dejó de oír las voces, la joven aminoró el paso, sin dejar de mirar atrás. Sorprendida de sí misma de la rápida evasiva que les había brindado, por un instante se creyó un poco más fuerte, más segura; abrazó el libro con ambos brazos a la vez que albergaba una extraña confianza en sí misma que le hizo olvidarse de la inocente chica que había sido aquella mañana al despertarse.

Durante la siguiente hora rezó por Legendario, para que encontrara agua, y un dueño mejor que el que tuvo. Aún así mantenía la mirada atenta en aquel laberinto natural que se erguía sobre su paso, con la ilusión de volver a encontrar a aquel noble animal que le había ayudado a escapar de Montarnaud.

La noche comenzaba a presentarse, y una apacible penumbra acariciaba el camino. Sophie, ya había olvidado la reciente emboscada de la que había podido ser víctima horas antes, y su mayor preocupación en ese momento era encontrar un lugar donde guarecerse y pasar la noche. Se marcó la estrategia de seguir caminando por el sendero hasta que viera alguna zona que le pudiera servir de refugio, como algunas rocas en forma de bóveda donde no llegara la

brisa, algún árbol alto y grueso y de fácil acceso que pudiera trepar y dormirse sobre alguna de sus anchas ramas, o que tuviera la suerte de su parte y encontrara un pueblo. Aquello le daba que pensar con respecto a los cazadores.

Pensó que si aquellos cazadores estaban en esa zona debían tener un hogar cerca. O que quizá vivían en el bosque... Se estremeció al hacerse la idea de que tal vez hubiera más gente que viviera por allí también: bandidos o repudiados que la estuvieran observando en ese mismo instante. Pensó que, con un poco de suerte quizás se encontrara alguien del mismo grupo marginal que ella. Otra bruja.

La Sophie fantasiosa salió a flote y empezó a imaginarse su vida en el bosque. Construirse su propia cabaña, toparse algún día con un verdadero caballero apuesto en aquel sendero... Al fin y al cabo, tal vez no fuera tan grave vivir allí, su abuela le había enseñado a pasar largos días y largas noches en él. Sabía orientarse por el musgo en las piedras, por la humedad, la luz, los olores, e incluso recordaba dónde encontrar alguna que otra hierba con la que Caty hacía amargos tés.

Sophie despertó de su fantasioso delirio, y se dio cuenta de que la tierra del camino comenzaba a ser más árida. Eso solo podía significar que estaba en la parte colindante de un pueblo. La estrategia se había desvanecido. Ahora tenía claro que dormiría allí. Conforme se iba acercando, empezó a oír un sonido sibilante mezclado con un burbujeo. Era agua. Había un río cerca, el que abastecía a los habitantes de aquel lugar. Sophie aceleró el paso, para poder contentar su insaciable sed.

Una vez que llegó frente al río, el helor le hizo sentir un escalofrío. Sophie soltó el libro en el suelo. Se ciñó la capa contra sí para evitar que el aire frío entrara por debajo del vestido. Comenzó a descender una cuesta poco inclinada hasta llegar al río. Una vez en la orilla, se lavó la cara y las manos y se llevó grandes bocanadas de agua a la boca. A pesar del duro esfuerzo del día, se sentía triunfante. Había logrado huir, y había llegado hasta otro pueblo. Sophie caminaba gloriosa mientras subía de nuevo la cuesta de juncos hasta donde había dejado el libro. Creía que lo más difícil ya había pasado, que al día siguiente se presentaría en aquel pueblo como la hija ilegítima de algún

reciente fallecido, e intentaría conseguir un trabajo; en definitiva, labrarse un futuro nuevo en ese desconocido pueblo, con una identidad nueva.

Una vez que accedió por una calle, lo examinó y comparó con lo que, hasta ese día, había conocido durante toda su vida. Esta aldea era muy similar, y aunque las calles eran más anchas, muchas de las casas, algunas de piedra y otras de madera, ni siquiera contaban con un tejado elaborado, sino que tenían tablas de madera apiladas una encima de otras. Unos gatos que estaban sentados en aquellos tejados fueron los primeros testigos en percatarse de la presencia de aquella joven intrusa. Sophie se sintió algo intimidada ante aquellos ojos brillantes que la acusaban en silencio.

La joven pensó que, si quería asumir una identidad falsa, debía saber quien había muerto recientemente allí, y el único modo que se le ocurrió de averiguarlo era espionando las conversaciones de los vecinos a través las ventanas.

Una completa oscuridad ya se había cernido sobre aquella ciudad, y todo el mundo estaba ya en sus hogares. La única luz que guiaba a la pequeña bruja para ver por las calles empedradas era la misma que salía de las ventanas.

Así pues, Sophie se dirigió a la primera que vio iluminada y se quedó muy quieta bajo el alféizar en cuclillas, abrazando el libro contra su pecho. Su respiración comenzó a acelerarse temiendo a ser descubierta, sin embargo, dedicó unos segundos de meditación para controlarla. Se estaba empezando a acostumbrar a aquel estado de adrenalina.

—Pues no se que piensan encontrar aquí —Oyó Sophie decir dentro de la casa. Era la voz de una mujer.

—Dicen que es una joven bruja, la más poderosa que Montarneau haya conocido, y que había hipnotizado a un caballo para ayudarla a escapar —dijo otra voz diferente. Esta sonaba procedente de una joven.

Oído esto, tuvo que apoyarse en la pared para no sufrir un desmayo. La estaban buscando. Sintió cómo de nuevo la respiración se atropellaba en su pecho, y esta vez no hubo manera de controlarla. Comenzó a jadear buscando una dosis de oxígeno que fuera capaz de atravesar su garganta cerrada. A pesar de que su nuevo y familiar instinto de supervivencia le gritaba huir de ese lugar, quería seguir oyendo la conversación por si decían algo sobre su abuela.

—Nadie es capaz de esconderse en este pueblo con un caballo, y aquí en Montbazin no es que haya precisamente muchos cobertizos. Sería fácil reconocerla.

Montbazin. Así se llamaba el pueblo con el que Sophie había topado. Ya tenía una nueva información, y dio gracias a Dios porque *Legendario* no la acompañase hasta allí, en ese caso, ya hubiera estado nuevamente sentenciada.

—Los caballeros de la Inquisición llegarán mañana y revisarán todos los establos del pueblo. Seguramente aprovecharán su visita para condenar a otra pobre desgraciada. Menos mal que conservamos buena amistad con el sacerdote y el monaguillo; sino, no es de extrañar que fuéramos las siguientes. —dijo una tercera voz.

Sophie sintió cierta empatía con aquellas mujeres, sin embargo, siguió atenta a la espera de la información que realmente le interesaba. Se preguntaba cómo había sido el fatídico final para su pobre abuela.

De repente un gato blanco sobre ese tejado, salido de la nada, encontró a Sophie fisgando en aquella ventana. Tal y como había comenzado el día, lo terminó. Con un pestoso delator.

—Miaaaaaauuu, Miaaaaaauuuu.

El gato comenzó a maullarle sin parar, y las luces de la casa se apagaron de repente. Sophie escuchó cómo alguien se acercaba sigiloso a la ventana, y contuvo la respiración. Entonces advirtió un susurro apenas imperceptible que provenía de aquel habitáculo.

—Mañana hablamos. —Y se hizo el silencio.

Sophie corrió aún en cuclillas bordeando la calle cuando de pronto vio algo que la hizo pararse en seco. Desde su poco estratégica perspectiva, distinguió un bizcocho enfriándose en otro alféizar, en la calle de enfrente. La luz de la vivienda también aparecía iluminada por velas. Se acercó con cuidado a la pared y agudizó el oído, sin resultado. Así pues, la joven, en un ágil movimiento cogió el bizcocho, pero entonces una mujer regordeta sacó medio cuerpo por la ventana con ánimos poco amistosos.

—¡Ven aquí pequeña ladrona! ¡No te vas a escapar! ¡Te he visto! ¡Mañana te denunciaré al alguacil, miserable!

Sophie estaba aterrada, no tanto por la amenaza de la cual había sido

víctima, sino por el salto de aquella mujer sobre la ventana. Le había mirado directamente a los ojos. De nada servía ahora que corría calle arriba, que se pusiera la capucha, había visto su rostro.

La joven tragaba saliva mientras avanzaba por aquellas calles, en la cómplice penumbra del pueblo que le hacía protagonista de todas las sombras del lugar. A duras penas, Sophie seguía aguantando ese constante ritmo de esfuerzo. Bajo un brazo llevaba el pesado libro, y bajo el otro el bizcocho aún humeante del reciente asalto.

Distinguió unos árboles al fondo de una calle, y presumió que por ahí empezaba el bosque colindante al poblado. Sin más remedio, Sophie se adentró de nuevo en las lagunas silvestres. Maldecía para sus adentros, puesto que hacía muy poco que había llegado a aquel pueblo y ya se veía obligada a abandonarlo. No quería marcharse al bosque. Caminando ya por la frondosa vegetación, pensaba en lo duro que había sido el camino de partida, y que la vida era muy injusta por tratarla de aquella manera. Sin embargo, reconocía que no le quedaba ninguna otra opción mas que la de esconderse en ese lugar, por lo menos hasta que La Inquisición se marchara del pueblo, y dejaran finalmente de buscarla.

Ya muy adentrada la noche, tras una hora de camino, Sophie encontró un lugar que consideró perfecto para esconderse. Era una zona rocosa, en la que había descubierto un gran agujero entre dos piedras monumentales, que se arropaban unas a las otras formando un refugio similar a un tejado. Las rocas estaban frías, y tenían un tacto suave y resbaladizo. La brisa nocturna hacía percutar las hojas de los árboles contra las ramas, y mecía el cabello suelto de Sophie sobre su desnudo cuello, provocándole la piel de gallina. La joven no dudó en entrar en aquel nido, y aunque dentro gobernaba la oscuridad plena, ella se sintió segura, abrazada a su libro y su bizcocho. Tras cinco minutos de reflexión sentada contra una de las rocas, Sophie, que aún seguía estrechando ambos objetos, cayó en un repentino y profundo sueño.

Horas después el sol comenzó a salir, y aunque no daba directamente sobre aquel antro donde se encontraba, la claridad la despertó. Tenía mucho frío. Aún estaba agotada, y se negaba a comenzar un nuevo y duro día en aquellas condiciones. No dudó en envolverse totalmente en su ropa como un gusano de

seda para dormirse otra vez.

Cuando el calor del sol hubo evaporado el rocío de la noche y la humedad había desaparecido, Sophie despertó tras un segundo y —esta vez apacible— descanso. Ahora que era de día, podía ver dentro de aquella cueva. Sólo contaba con algunas ramas, hojas y piedrecillas en el suelo. Pensó que tendría que acondicionarlo bien para pasar de nuevo su siguiente noche allí. Se incorporó en aquel lugar en el que apenas había sentada, contuvo incluso la respiración, pero no oyó nada, solo lo que parecía un pájaro volar de un árbol a otro, y las hojas al caer. Sophie apartó por un momento su instinto de alerta y el escudo de sentimientos ante la reciente batalla contra el mundo, y por primera vez desde la huida se sintió realmente sola. Se acordó de la abuela Anne, de que seguramente ya estuviera muerta, y rezó unas oraciones por ella, a quien quiera que fuera el verdadero dios:

“A quien me escuche. Por favor, apiádate del alma de mi querida abuela. Dile, si estas con ella que la echo muchísimo de menos, que logré escapar, y que no me han cogido. Dile, que esta noche he soñado con ella, con los largos ratos que pasaba peinándome, y contándome historias. También que la quiero, y que lo que pensé cuando salí de Montarneu no era cierto. No la odio por no haberme acompañado, solo la necesitaba más que nunca...”

Sophie finalizó sus oraciones dándole gracias por haberla ayudado a escapar, y deseó ver una vez más a Caty y Marlenne antes de morir.

Cuando se secó las lágrimas, reparó en el espeso libro que descansaba sobre el suelo. En ese momento se alegraba de que Anne le estuviera enseñando a leer, porque ahora el único vínculo para descubrir su pasado se encontraba en ese manuscrito. Sophie lo cogió y se lo puso sobre su regazo. Antes de abrirlo inspiró profundamente mientras cerraba los ojos. Acarició la tapa de piel cuarteada de nuevo, pero esta vez con la intención de leerlo. Ya se había resistido demasiado, y por fin desde que salió de Montarneau tenía la oportunidad de indagar sobre su pasado, y el de sus antecesoras.

Capítulo 3

“Annabelle, 1437.

Gracias a mi maestra, cuyo nombre quiero preservar, hoy estoy orgullosa de poder transmitir con una sabiduría más, todo mi legado a mis descendentes, a través del arte de la escritura. Aunque más que un arte es un poder; el poder de que mis palabras perduren para siempre, y que mis hijos, y los hijos de mis hijos puedan conocer mis ideas y el conocimiento que poseo.

Si estás leyendo esto es porque eres una bruja.”

Sophie sintió un escalofrío al leer esa última afirmación de la que había sido acusada dos veces en menos de veinticuatro horas. Primero sintió miedo, pero después le invadió una inmediata curiosidad, así pues, siguió leyendo:

“Pero no eres una bruja cualquiera. Nuestra estirpe siempre ha sido muy poderosa, y puedes sentirte privilegiada de poseer capacidades innatas que ningún otro ser humano ha podido tener durante toda su vida.

Quizás te preguntes cómo era tu antepasada. Quién o qué habilidades aprendí. Bueno, en realidad no tiene un comienzo temporal exacto, sino que es algo con lo que, floreció dentro de mí y gracias a mi madre, estos dones que me han sido cedidos, fueron emergiendo poco a poco.

Antes de comenzar a regalarte mis conocimientos, me gustaría que tuvieras una ligera idea de cómo ha sido mi vida terrenal, y todo lo que me ha conformado a ser como soy ahora.

Cuando era pequeña, mi padre trabajaba todos los días de sol a sol las tierras del rey Carlos VII al sur de Francia, mientras mi madre se quedaba en casa cuidándonos a mis hermanos y a mí. La casa donde vivíamos era muy pequeña para mis cinco hermanos y yo, que cada día creábamos una batalla campal en la diminuta sala de estar.

Desde mi niñez, recuerdo todo muy sistemático, ritualista. Desde los “juegos especiales” durante el día y los paseos por el bosque, hasta las

nanas que me cantaba mi madre antes de dormir, tenía connotaciones del “otro mundo”, relacionado con nuestras creencias; otra vida, más espiritual, en resumidas cuentas, mi iniciación.

He de confesar que echo de menos mi hogar. Constantemente regreso en mi memoria para acariciar el edredón de piel de oso que mis padres tenían sobre su cama. Se podía decir que era el objeto de más valor que teníamos. Me imagino aún hundiendo los dedos en aquel espeso y rudo —pero a la vez suave —enredo de pelos gruesos. Tampoco olvidaré la manera en que la luz incidía sobre aquel lugar. Aprovechando la privilegiada posición que tenía nuestra casa sobre la colina, me gustaba envolverme en la manta con la que dormía y salía a la intemperie para ver el amanecer. Era precioso. Los días que había algunas nubes eran los más bonitos, porque antes de que el sol saliera, justo antes, su luz se iluminaba sobre las nubes, haciéndolas parecer cicatrices de oro sobre el fondo azul grisáceo, que casi evocaba la entrada al cielo, como si se pudiera penetrar en un paraíso dorado a través de esas estrias con forma de nube.

Yo crecí como una niña normal. Soñaba con tener mi propia casa, un caballo, vivir como la esposa de un noble... desgraciadamente no todo ocurre como una planea.”

Sophie sonrió. Parecía que se estaba leyendo a sí misma.

“A la edad de dieciséis años, concretamente hace diez, un día llegó galopando un vizconde. Como ya he dicho, nuestra casa contaba con una posición favorecida, y estaba separada de las demás, a una hora andando de la más cercana. Este noble caballero, era primo del señor Bernaldo de Fulda, un rico y noble conde procedente de España, que tenía el control sobre nuestra comarca. El vizconde de Fulda, pariente del conde, había venido a Francia a visitar a su primo. Aquel día quiso salir a conocer las tierras del patrimonio, y tras un recorrido por los sembrados kilométricos, llegó a nuestra casa cansado, para exigirnos la hospitalidad que se merecía.

Ninguno de los integrantes de mi familia, incluida yo, habíamos visto jamás un caballero como aquel. Su indumentaria era tan elaborada como su forma de hablar. Vestía unas calzas de seda bordadas con unos pequeños abalorios que imitaban unos botones enfilados en el tobillo; un jubón de

una tela gruesa, que acababa en un rígido collar sobre este. Todo ello bajo un espeso albornoz de lana convertía su aspecto sobre el caballo en algo formidable.

Rápidamente, mi madre me dijo que fuera a la cocina a por un vaso y una jarra de agua. Mientras me dirigía a la cocina, pensaba que quizás mis plegarias y mis deseos habían sido oídos y aquel hidalgo me había sido enviado; quizá fuera cosa del destino y se enamorara de mí. Aquel caballero no era precisamente guapo, pero había algo en su semblante bajo aquella barba, que me intrigó. Cuando regresé con la jarra y el vaso, el vizconde cuyo nombre era Nicolás, me miró con los ojos abiertos como platos, y sin apartar la vista de mí, preguntó :

—Señorita, ¿a quién tengo el honor de agradecer esta impoluta hospitalidad? —me dijo Nicolás haciéndome una leve reverencia con la cabeza.

Mi madre siempre había admirado mi belleza, y sabía que algún día algún hombre merecedor se quedaría prendado de ella. Recordaba que me lo repetía una y otra vez; así pues, en el momento de aquella presentación a mi madre se le adivinó una orgullosa sonrisa a través de la comisura.

El vizconde Nicolás de Fulda me declaró matrimonio una semana después. Obviamente mis padres estaban de acuerdo con que su única hija se casara con aquel hombre que elevaría mi estatus a la alta sociedad. Sin embargo, todo aquel proceso de pedimento se realizó bajo un halo de secretismo y una bolsa de plata para silenciar a mi familia. Estaba mal visto que un vizconde contrajera matrimonio con una simple campesina, por lo que crearon una tapadera para ocultar mi procedencia y tuve que jurar no volver a ver a mi familia jamás.

Con respecto a la idea del matrimonio, mi madre, que me había inculcado la base de los conocimientos de santería que hoy en día conozco, no se sentía muy complacida por el hecho de que su hija bruja se uniera con otro hombre bajo los ojos de un dios al que ella no idolatraba, sin embargo, en aquella comarca no tendría un futuro más digno que el que me podía ofrecer Nicolás, y, en cualquier caso, tampoco yo tenía otra opción. Era el vizconde, no se le podía decir que no al primo del conde. Por mi parte, tenía

muy claro en lo que creía y en lo que no, así que como fingir ser cristiana era lo cotidiano, accedí a ello encantada, aún así, la despedida de mi familia fue uno de los golpes más duros que he vivido. “

Sophie, mientras leía aquello se sintió identificada con la que había sido su bisabuela. Ambas habían fantaseado con la osadía de enamorarse de un caballero. También tenía más o menos la misma edad que cuando su bisabuela conoció al que iba a ser su marido, y ambas tuvieron que renunciar de manera forzada a su antigua vida y comenzar un nuevo camino, aunque en el caso de Sophie no era halagüeño, y en cierto modo, la joven bruja sentía envidia de su historia. La abuela Anne jamás le había mencionado nada sobre su madre, y mucho menos sobre su bisabuela. Intrigada siguió leyendo:

“Todo era perfecto. Nicolás me asignó una doncella para mis preparos ¡Mi propia doncella! Comencé a tener una vida con la que hubiera soñado cualquier mujer de la región.

A pesar de todo el deseo por hacer efectiva nuestra unión, supe que había hecho un sacrificio muy grande al abandonar a mi familia.

Durante los preparativos de la boda, Nicolás, que hasta el momento se había portado como un verdadero galán, empezó a tener detalles que eran impropios de un hombre supuestamente enamorado. Cuando quería estar a solas con él o pedirle algún consejo sobre los preparativos de la boda, él siempre me respondía con evasivas, y procuraba tener una cita a la que acudir inminentemente, por lo que a veces me sentía más como su sirvienta o compañera, ya que solo reclamaba mi presencia para acudir a actos públicos o acompañarle durante su revisión matutina de documentos urbanísticos.

Tras la pedida, Nicolás decidió comenzar a buscar un hogar en Francia. Ya creía que estaba abusando demasiado de la hospitalidad de su primo, el conde, al que solo tuve ocasión de ver el día de la ceremonia nupcial.

Esperé pacientemente a la boda, sin embargo, después de aquel día, la situación no mejoró.

Tenía esperanzas de que la situación cambiara tras el traslado a la habitación principal, aunque Nicolás no tenía intención de consumir aquel matrimonio. Comencé a darme cuenta con el tiempo que mi marido era un

ser egoísta y pérfido.

En los distintos actos de ceremonias y presentaciones en los que estuve presente, Nicolás alababa mi especial belleza delante de los invitados, me cogía de la mano, me la besaba, bailaba conmigo a todas horas, parecía incluso enamorado, pero en privado la persona que tenía al lado cambiaba completamente.

Un día le pregunté si dios nos pensaba colmar pronto con el milagro divino, con un bebé, y me respondió que jamás engendraría a un bastardo con sangre campesina indigna de aquellos lujos. Aquella respuesta me heló la sangre. Le pregunté que por qué en ese caso me había pedido matrimonio si tal sangre corría por mis venas, y me respondió:

—Tu belleza me embrujó.

Entonces fui consciente de que mi don, había sido mi maldición, y que aquel hombre no me amaba, ni lo haría jamás.

Sé que todo esto puede parecer un poco difícil de entender, y que quizás la ciega fui yo al creer que aquello que sentí por primera vez era amor. Quizá me dejé viciar por el valor del dinero, del poder, y por aquella riqueza que el vizconde me ofreció. Tal vez en el fondo me mereciera pasar por todo lo que estaba pasando... “

Sophie leía atenta, pero con dificultad el texto que tenía delante. Su abuela le había estado enseñando recientemente a escribir, y aún le costaba. Esta última parte emocionó a la joven bruja, que sintió empatía y pena por Anabelle, cuyo comienzo de la historia había anhelado.

Las últimas palabras de la página eran apenas legibles pues la tinta estaba corroída sobre la rugosa superficie. Sophie pensó que seguramente hubieran sido lágrimas de su bisabuela mientras lo escribía:

“Lo peor estaba entonces por venir. Mis dudas sobre los sentimientos de Nicolás hacia mí se habían disipado totalmente. Sabía que me odiaba, y todas las noches antes de dormir me decía que dios estaba siendo testigo del sacrificio que estaba viviendo por tenerme como esposa. Todo aquello me resultaba subrealista, yo no había hecho nada para merecer eso, y desde luego jamás contradije al vizconde, sin embargo, ambos nos sentíamos enjaulados.

Llegó un momento en el que me acostumbré a la indiferencia. Nicolás estaba lejos de amarme, pero no de amar a otras. Hacía semanas que decía que se encontraba indispuerto, y al menos una noche de cada semana se disculpaba para irse a dormir a otra habitación y así no contagiarme el malestar. Una de aquellas noches le seguí. Nicolás abandonó el dormitorio principal. Portaba una antorcha de aceite para iluminar el camino hasta el dormitorio que había al fondo de aquel pasillo.

En cuanto ya estuvo lo suficientemente lejos como para no oírme, salí de la habitación tras sus pasos. Yo estaba descalza, con una camisola ceñida a la cintura con la que dormía. El suelo de piedra estaba congelado, pero aún así comencé a andar a oscuras por el pasillo, palpando la pared hasta llegar al dormitorio. Cuando conseguí llegar hasta la puerta, pegué la oreja contra ella, y entonces se oyó lo que pareció ser una voz femenina. Seguí atenta sin salir de mi asombro de lo que estaba ocurriendo. No quise hacer lo que hice, pero abrí la puerta para comprobarlo por mí misma.

La cara de Nicolás de Fulda palideció cuando, a través del contorno de la cintura desnuda de mi doncella vio como yo accedía al aposento.

No hubo disculpas, no hubo palabras, solo miradas de sorpresa. Regresé al dormitorio principal. A la mañana siguiente tuvimos una discusión sobre aquello. Más que avergonzado, Nicolás estaba enfadado conmigo por haber descubierto su infidelidad, y por primera vez aquella mañana de crudo invierno, Nicolás me abofeteó.”

De pronto Sophie comenzó a sentir de nuevo como la garganta se le cerraba. Había tardado medio día en leer todo aquello, sin sentir la necesidad de beber o de comer algo, y ni siquiera de comprobar que ahí fuera todo estaba tranquilo, pero era evidente que su cuerpo le pedía agua. Entonces oyó un ruido. Sophie cerró lentamente el libro, e intentando no hacer crujir las ramas sobre las que estaba sentada, salió a gatas de la cueva. Poco a poco aquel ruido se hacía cada vez mayor. Por fin la joven asomó la cabeza por el zulo y pudo comprobar con tranquilidad que era una ardilla hambrienta royendo la corteza del árbol. El roedor pegó un brinco al ver a Sophie y desapareció tronco arriba. Esto hizo pensar a la pequeña bruja. El bosque estaba lleno de animales, que podía llegar a cazar con paciencia.

Ya casi estaba comenzando a anochecer, y Sophie se sintió satisfecha de su nuevo refugio, había logrado sobrevivir a su segundo día como fugitiva.

Aprovechando la interrupción de la ardilla, Sophie volvió dentro del zulo para limpiar el suelo de restos de hojas. Cuando terminó, colocó las ramas en la obturación de la salida a modo de puerta, camuflando la entrada entre la vegetación del lugar. Antes de que se hiciera completamente de noche, Sophie decidió ir al río para asearse un poco y beber agua. Caminaba con cautela, bajo la capa, mirando alrededor como una presa más dentro del bosque. Al cabo de unos minutos oyó el agua correr, y bajó arroyo. Prácticamente todo estaba oscuro como la noche anterior cuando llegó a Montbazin, y podía ver a lo lejos algunas luces diminutas que salían de las casas.

Mientras bajaba una pequeña cuesta, Sophie se relamía sus agrietados labios, secos por no haber bebido nada en todo el día. Cuando llegó al agua, la saboreó tanto como pudo. Estaba fresca, limpia. Sophie se enjuagó el cuerpo, conteniendo algún que otro estornudo.

Cuando consiguió llegar hasta el zulo estaba tiritando, aunque dentro de éste, la brisa no llegaba, y el ramaje de la puerta impedía que entrase más frío. Se sentó en el habitáculo, se hizo un recogido sencillo y se comió la segunda mitad del bizcocho, que tanto había reservado durante todo el día. Cogió el libro y lo puso sobre su regazo. Lo acarició y lo olió. Intentó que algo de él le resultara familiar, y quiso también por todos los medios no sentirse sola. Realmente, aquel libro estaba siendo su única esperanza, y maldijo no tener ninguna vela para poder seguir leyendo durante la noche. La historia de su bisabuela la tenía totalmente intrigada.

La joven se tumbó en el árido suelo, abrazando el libro, mientras numerosas cuestiones sobre su pasado y su futuro le invadían la mente y así poco a poco sin darse cuenta, entró en un profundo sueño.

Cuando salió el sol y los grillos ya habían dejado de conversar entre ellos, Sophie despertó, aturdida por un sueño que acababa de tener. Había soñado con su madre. Sophie no recordaba su rostro, pero sí su figura, su voz... El sueño transcurría en la cocina de la casa de la abuela Anne, y todo parecía estar en el mismo lugar de siempre. No ocurría nada trascendental, simplemente soñó con el amor de su madre cuando ella era apenas un bebé.

Aún quitándose las legañas, la joven salió al exterior del zulo para respirar el aire matutino. Pudo apreciar mejor —una vez en el exterior— aquel entorno donde había situado su nuevo hogar, los tipos de árboles que la rodeaban, la dureza de la tierra... En su mayoría eran pinos y robles, sin embargo, adivinó un ciruelo a unos metros de distancia. Sophie se recogió detrás de la oreja aquellos mechones que se le habían soltado durmiendo, y se dirigió hacia el ciruelo. Cogió todas las ciruelas que pudo, y las trajo consigo de nuevo a su nido. Pensaba que podría subsistir con ellas un par de días más, sin embargo, tendría que empezar a plantearse cazar algún que otro animal del bosque si quería sobrevivir allí realmente.

Sophie vaciló entre comenzar a practicar la caza, o seguir leyendo la historia de su bisabuela. Finalmente, la curiosidad por su historia la hizo decantarse por la segunda opción:

“Desde aquel día ni siquiera nos molestamos en interpretar el papel de matrimonio feliz delante de la familia del conde de Fulda. La tensión podía olerse por todos los pasillos del castillo, sobre todo con Elena, la doncella. Yo me sentía desdichada, y como un veneno en la sangre, el ansia de venganza me corría por las venas.

Un día en el comedor, Nicolás y yo, junto con su familia, estábamos sentados a la mesa, a la espera de que nos sirvieran la sopa. Habitualmente Clara era la que nos servía la comida, pero aquel día había caído enferma con fiebre y mi doncella Elena la sustituyó. Mientras pasaba uno por uno, sirviendo con delicadeza los brebajes desde la olla, yo analizaba cada uno de sus gestos, de sus facciones... Era una chica tan joven como yo, pero no más bella. Aquello me irritaba aún más. Lo único que envidiaba era su cabello. Tenía un pelo rubio brillante perfectamente recogido que en aquella ocasión en la que la descubrí con mi marido, brillaba aún más largo y lacio sobre su cintura.

Cuando llegó a servirme, la fulminé con la mirada, sin embargo, ella no hizo ningún gesto ni amago de responder ante mi acusación, y cuando llenó mi plato, volqué “sin querer” mi sopa al suelo, para que ella tuviera que limpiarlo. Nicolás, lejos de estar enfadado, contemplaba la escena divertido, viendo como dos mujeres rivalizaban por su culpa.

No hay cosa peor que una bruja celosa, y créeme cuando te digo, que los celos pudieron conmigo hasta quebrarme como una ramita.

Durante mi iniciación, mi madre me enseñó el valor de algunas hierbas sanadoras tales como la remolacha para la fatiga, hojas de frambuesa, el clavo como sanador de muelas... así como recetas para curar a las personas de otras dolencias, para ayudarlas a encontrar la paz, contra la envidia, para revertir un mal de ojo... y por último para atraer el amor. Sobre esta última mi madre me enseñó todo lo que se podía saber acerca de la influencia de la magia sobre las personas enamoradas y las que aún no lo estaban. Me explicó, que debía de ser una magia fundamentalmente blanca, y que, bajo ningún concepto, se podía utilizar para hacer causar el odio o aversión hacia alguien, es decir, reinvertir el efecto para el que se había creado el hechizo. Me hizo prometer que jamás utilizaría alguno de estos remedios para causar el mal a otras personas, puesto que los hechizos eran un arma de doble filo, y aquello que deseáramos hacia otras personas, se volvería contra nosotras mismas multiplicado por tres veces.

Haciendo oídos sordos al sabio consejo que mi madre me dio, estaba tan frustrada con la vida que llevaba en aquel momento, que no encontré ninguna otra satisfacción que la idea de hacer sufrir a aquellas personas que en ese momento me atormentaban. Estaba decidida a acabar con Elena y Nicolás.

Durante las siguientes semanas desde el incidente en el comedor, Nicolás se volvió un apestoso alcohólico. Comenzó a codearse con gente influyente que le conseguía contratos y buenos precios en propiedades en las que estaba interesado. Así pues, día tras día Nicolás se pasaba las tardes y las noches en la casa de los nobles, marqueses, los cuales le ofrecían wishky a todas horas.

Es digno de mencionar que la mayoría de las noches en las que llegaba borracho al castillo del conde gozábamos de una cotidiana discusión antes de dormir; cuando no peor, acababa dándome algún que otro sopapo. Llegué a agradecer todas aquellas noches en las que se ausentaba sin excusa a la habitación de invitados, para dios sabe qué con la furcia de mi doncella.

Durante el día, la situación me seguía pareciendo más repugnante aún.

No soportaba que Elena me tocara, ni siquiera para hacerme aquellos ostentosos recogidos o ceñirme el corsé. Sin embargo, no podía hacer nada al respecto. En alguna ocasión rogué que me asignaran otra doncella, pero la mujer del conde me tachó de desagradecida y me contestó con una rotunda negativa.

Así pues, el colmo de mi desgracia llegaba aquellos días donde Nicolás me degradaba en público ante los invitados, o cuando mencionaba delante mía, la laboriosa e impoluta labor de la doncella con una mirada sátira, mientras ella, que casualmente solía encontrarse cerca, le respondía una y otra vez con una tímida sonrisa y una recatada reverencia. Aquella situación me dejaba en un segundo plano ante los ojos de todos, y era un insulto a mi condición de esposa y sobre todo de mujer.

Una nublada mañana, desperté sola en la cama. Era ya medio día, y Nicolás estaría haciendo sus gestiones de propiedades; creo que estaba decidido a hacer alguna inversión importante en Montpellier. Era posible que también estuviera retozando aún en la otra cama con mi doncella, pues la noche anterior se había ausentado de nuevo. Sinceramente me importaba bien poco dónde estaba ese canalla, porque yo me disponía a tramar mis propios asuntos.

Seguidamente busqué algún cabello de Nicolás en la cama, después rompí unas calzas de éste arrancando un trocito de tela e introduje el cabello dentro. Saqué de una cajita unas hojas de alacrán que tenía guardado desde hacía unos días bajo el colchón, la introduje también en el trozo de tela, y cerré esta a modo de saquito con un cordel. Teóricamente, según las enseñanzas de mi madre, esto debía hacer que Nicolás ardiera en pasión y amor por mí.

Así pues, el contrahechizo consistía en quemar aquella bolsita, y de ese modo, Nicolás sufriría por mí, y no al revés. Llegaría a odiar a Elena, y jamás podría engendrar un hijo ni con ella ni con nadie.

Desgraciadamente, aquellos sentimientos de brutalidad y de venganza se volvieron contra mí.

Al caer la noche, Nicolás se había marchado a casa del Marqués de Logre, posiblemente para beber wishky, así que tras la ligera cena me fui a

dormir a mi habitación. Al cabo de unas horas un golpe ensordecedor me despertó, y vi a Nicolás en el quicio de la puerta. Estaba totalmente borracho y apenas se sostenía en pie.

—Creo que te has equivocado de habitación —le dije disgustada y dominante.

—¡Yo creo que no!; ¿Tu eres mi esposa no?!, ¡Además hoy tenemos algo que celebrar, nos mudamos por fin! —balbuceó fuera de sí, mientras se acercaba arrastrando los pies.

Por primera vez desde que había abandonado mi hogar sentí miedo, y me arrojé con las mantas hasta el cuello mientras que le gritaba:

—¿Qué estás haciendo? ¡Vete de aquí, estás borracho!

Sin embargo, Nicolás no contestó. No había venido con la intención de dialogar, ni siquiera de discutir... No dormí el resto de la noche. Cuando amaneció, salí de la cama, magullada, y avergonzada por la pesadilla que había vivido. Aquella noche Nicolás me dejó embarazada.

Cuando me quedé sola, me senté en la cama, y contemplé la inhóspita habitación en la que me encontraba. Nada tenía que ver con la calidez del hogar donde había vivido toda mi vida. Allí olía a humedad y a moho y siempre hacía frío. Sin embargo, la decoración era de lo más exquisita. La silla era de una madera robusta, tallada y con el asiento de cuero. El armario estaba repleto de numerosos y elaborados vestidos de terciopelo verde, burdeos, azul... con sus forros y pedrerías. Desde el mueble más grande del castillo hasta el más diminuto detalle era de tal belleza que había que llegar a esforzarse para apreciarlo en su plenitud. Todo aquello ya formaba parte de mi nuevo sino.

Allí sentada con la mirada perdida, sentí que tenía que huir de inmediato. Valoraba aquel nivel de vida, en el que desde el principio todo habían sido regalos, buenas palabras y comidas copiosas cuando me placía, sin embargo, estaba entonces totalmente convencida de que, si no me marchaba pronto, me estaría condenando a una miserable existencia.

Así pues, durante el largo viaje de traslado hacia nuestro nuevo hogar en Montpelliere donde Nicolás había comprado una mansión, aproveché los descansos que hacíamos en el bosque para buscar plantas que producían

somnolencia. En algún lugar del camino, dormí con mi pócima al cochero y a Nicolás, y escapé encinta, ya de tres meses.

Durante la huida, me llevé conmigo uno de los caballos y los platos de estaño que nos habían regalado en la boda. Entonces, con un esfuerzo que me pareció sobrehumano, conseguí llegar hasta un pueblo llamado Cournonsec. Vendí los platos a un herrero y con aquel dinero me compré una modesta casita en aquel lugar para darle a mi hija nonata una vida digna libre de peligros. Ella no tendría dinero, pero al menos, contaría con lo más importante. El cálido amor de una madre.”

Sophie se alegró por el cambio de suerte en la que había desembocado la vida para su bisabuela y la abuela Anne.

Ya se había puesto el ocaso, y la joven decidió salir de su guarida para estirar un poco las piernas. Paseaba por el bosque, con los pensamientos aún en la historia de Anabelle. Pensó, que, si su bisabuela fue capaz de sobrevivir sola y embarazada en el bosque, ella también podría hacerlo sin problema.

Se dispuso entonces a cazar algún roedor. Recordó, que cuando era más pequeña y el padre de Marlenne regresaba durante unos meses a Montarnau, las enseñaba a cazar en el bosque.

Solía preparar lazadas en los caminos de los conejos. Estos roedores, tenían como hogar madrigueras y desde la entrada de estas, se podía apreciar un caminito de tierra más transitado, que era por el que pasaba el conejo cuando salía de su guarida. Así pues, el padre de Marlenne colocaba un cordel en uno de esos caminos, y cuando el conejo salía de allí, al pasar por la lazada quedaba atrapado por la cabeza. Sophie recordaba cómo se hacía aquel laborioso lazo, sin embargo, mientras lo preparaba con los cordones de sus zapatos, reconocía que aquel método no siempre era efectivo. La joven suspiró esperando que en aquella ocasión el método diera resultado.

Sophie se abrochó bien la capa, y con los botines desatados, comenzó a andar con cuidado buscando por los alrededores la entrada de una madriguera. Su instinto depredador se activó. Intentó aislarse de todo ruido que no fuera de las hojas de los árboles vibrando entre sí o cayendo al suelo, o el vuelo de las aves que la observaban desde las copas de los árboles. De repente escuchó unas pisadas veloces tras ella. Sophie se volvió y siguió aquellos sonidos

breves y rápidos que se escondía entre el laberinto del verde ecosistema.

Pudo ver cómo aquel ser diminuto desaparecía de la escena. Decidió que la búsqueda de la madriguera empezaría por aquella zona. Tras un breve vistazo de un área desigual, Sophie descubrió el sendero, que se componía por hojitas serpenteantes aplastadas, pero sobre todo tierra. Caminó hasta la entrada de una madriguera que estaba escondida tras unas plantas. Situó la lazada y se agazapó a un extremo del camino, escondida detrás de otro matojo, a la espera de que la criatura saliese de su zulo.

Al cabo de una hora, Sophie perdió la oportunidad que llevaba esperando toda la tarde, y el conejo saltó de su escondrijo en un segundo y se camufló entre la naturaleza. Derrotada, oyó el crujir de las plantas a lo lejos, imaginándose a su presa vencedora y feliz de haber burlado aquella emboscada.

Nadie podía saber cuándo regresaría y volvería a salir el conejo de su madriguera, y la noche estaba a punto de caer. Así pues, la joven abandonó por aquel día la idea de comer un rico conejo para cenar. Tendría que contentarse con las ciruelas que le quedaban...

Después de colocar las ramas en su propia madriguera, Sophie sintió un cierto alivio por aquel conejo al que finalmente no había podido dar caza, pues, no se diferenciaban tanto; ambos eran animales que se escondían en el bosque.

La joven se acurrucó para dormir y acarició el colgante de su madre.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Sophie se despertó con una nueva dosis de positividad. El cielo estaba claro, pero aún no había amanecido completamente. La joven no dudó ni segundo en volver a coger el libro.

Había dejado la historia de Anabelle en una nueva etapa, cuya suerte era gloriosa. Sophie pensó que a pesar de que su bisabuela creía haber renunciado a otros privilegios al casarse con Nicolás, pudo llegar a ser dueña de ciertos aspectos de su destino que creía ya perdido. Tener una casa propia, un caballo... También tuvo a Anne, así, Sophie quiso saber cómo había sido su abuela de pequeña. Se sentó en la fría intemperie y tras atusarse el cabello ondulado, comenzó a leer:

“La vida empezó a brindarme otra oportunidad, y cada vez me sentía más afortunada de haber logrado forjar mi verdadero destino. Aquella época fue cuando realmente comencé a crear mi propio recetario de hierbas, mediante muestras que colocaba en una malla. Las separaba por propiedades: las buenas estaban arriba y las malas, cosidas abajo.

Por aquel entonces no sabía escribir aún, así que tenía que entrenar la memoria diariamente para no olvidar los hechizos y preparos.

Cuando Anne nació, todo siguió igual. Tenía una vecina que a veces me ayudaba con mi pequeña, pero por lo general yo sola podía controlar toda la situación. A veces realizaba operaciones extraordinarias para dejar a Anne dormida mientras cocinaba. Cosí a modo de cuna, una pequeña hamaca de la cual amarraba cada extremo en una pata de la mesa. Después ataba una rama de junco en la misma tela de la hamaca, y el otro extremo a mi tobillo. Me sentaba mientras pelaba las zanahorias y cortaba las cebollas a la vez que, debajo de la mesa balanceaba mi pierna y esta a su vez, hacía mecer la hamaca de Anne.”

De pronto, a Sophie se le ocurrió una idea sobresaliente. Soltó rápidamente el libro en la cueva, y se dirigió antes de que terminara de

amanecer, al río. En la orilla, cortó un racimo de unos juncos que arqueados levitaban sobre el afluente, y los llevó consigo bajo el brazo.

De regreso en la cueva, Sophie realizó la misma operación que el día anterior hizo con los cordones para crear la trampa del conejo, pero en esta ocasión, la joven elaboró tres lazadas usando los juncos del río, uniéndolos para que fueran más largos y numerosos. Cuando los terminó, fue emocionada al mismo sitio del día anterior. Colocó las tres trampas en diversos tramos del camino que daba acceso a la salida de la madriguera y se escondió paciente tras los arbustos.

No sabía aún si el conejo había salido de su guarida o se encontraba dentro, por tanto permaneció atenta a la espera de cualquier novedad en la escena.

Por un momento, le pareció oír movimiento en la entrada de la madriguera, y sus cinco sentidos se dirigieron hacia las guitas que había situado sucesivamente una tras otra. Así, cuando tirara de las tres a la vez, tendría más posibilidad de cazar al roedor en su veloz salida. Todo estaba en silencio. Ni siquiera los pájaros cantaban en ese instante, ni siquiera la brisa de la mañana viajaba por la zona. A Sophie le pareció que el tiempo se paraba; y en una décima de segundo el animal se asomó desde su escondrijo. Los reflejos de Sophie fueron exactos, sin embargo, cuando el animal apareció, antes de llegar a la primera guita, una flecha salida de la nada lo atravesó.

La joven, más enfadada que sorprendida, salió de su escondite con el resto de las guitas aún en la mano, lacias e insatisfechas, para dirigirse a quien estuviera por allí.

—¡Eh, ese conejo es mío! —dijo dirigiendo la mirada hacia la dirección de donde había venido la flecha. Le daba igual si la descubrían, solo quería su merecida presa.

—¿Ah sí? ¿Acaso esa flecha que atraviesa el animal es tuya? Porque yo diría de que es mía —contestó un muchacho al lado de un roble con una sonrisa socarrona.

El chico avanzaba tranquilo con el arco aún en la mano, decidido a recoger su botín, pero a la altura de Sophie, esta no pudo resistirse a la humillación y verlo con supreciado bocado. Entonces tras un impulso, se abalanzó contra

aquel cazador.

—¡He dicho que ese conejo es mío! ¡Llevo dos días intentando cazarlo y ya lo tenía! —gritaba la joven mientras lo zarandeaba en el suelo, intentando quitarle la presa de las manos.

Aunque coraje a Sophie no le faltaba, no era una mujer fuerte, ni siquiera se había peleado jamás con nadie, así que al cazador no le costó mucho esfuerzo reducir a la bruja. El muchacho que estaba encima de Sophie le sujetó ambos brazos, y cuando ella logró calmarse por fin y dejar de retorcerse, ambos pudieron distinguir los rostros de sus contrincantes.

El cazador la miró, asombrado de haberse topado con una mujer tan bella como briosa, por su parte Sophie también pudo contemplar mejor su rostro y comprobó que aquel individuo tenía los ojos más bonitos que había visto nunca. El muchacho la contemplaba con una mirada serena, de ojos verdes de un matiz intenso bajo unas largas pestañas. Tenía el cabello castaño, y la nariz fina, al igual que sus labios. Sophie pensó que aquel hombre no debía ser mucho más mayor que ella pues apenas le había crecido la barba, sin embargo, era corpulento y tenía mucha fuerza.

—Ya me puedes soltar ¿eh? —dijo Sophie tras un silencio incómodo.

—¿Estás segura de que puedo confiar en una extraña criatura como tú? —respondió el muchacho mientras se ponía de pie y le ofrecía una sonrisa amable.

—¿Extraña criatura? ¿Acaso no habías visto una mujer en tu vida o qué? —inquirió Sophie molesta.

—Sí que la he visto, pero no tan... tan...

—¿Guapa? —respondió segura y vanidosa mientras se sacudía las mangas y se atusaba el pelo suelto, amagando una sonrisa.

—Quería decir sola —contestó el cazador reafirmando su descripción arqueando las cejas.

Sophie se quedó callada, sentada en el suelo, avergonzada y sofocada por su propio atrevimiento que la había dejado en una posición arrogante.

—¿Quién eres? —preguntó el muchacho.

—Soy... Nina —respondió Sophie, acordándose de su antigua identidad falsa, e intentando disimular su latente nerviosismo.

—¿Nina, qué más? —Quiso saber el joven extrañado por la reacción de la joven.

—Nina, la que vive en el bosque. ¿A ti qué más te da? ¿Quién eres tú? —contestó Sophie desconfiada y con miedo a planear una nueva huida.

El cazador, ante la actitud preponderante de la joven, respondió seriamente mientras que cogía de nuevo el conejo del suelo aún con la flecha atravesada:

—Soy Cámeron Muller, o Cámeron el que se marcha con lo que venía a buscar.

Y sin más, el cazador se colgó de nuevo el arco que había acabado por los suelos, y emprendió la marcha ignorando totalmente a Sophie.

La novel cazadora se quedó sentada, observando perpleja la escena y viendo como aquel chico le había dejado sin palabras. Tardó un momento en asimilar lo que acababa de ocurrir, y al ver el poco interés de Cámeron por ella, pensó que no tendría que preocuparse por ser descubierta; a él parecía no interesarle demasiado que hubiera una chica misteriosa viviendo en el bosque. Presintió que podía confiar en él, a pesar de que robara la presa.

—¡Eh, espera!; No te vayas, por favor! —gritó Sophie mientras se levantaba de prisa del suelo —¡Tengo que decirte algo importante!

El joven, molesto por aquella arisca presentación, se paró resignado, y esperó a que Sophie le alcanzara.

—A ver, ¿qué tienes que decirme?

—Yo... yo... —Comenzó diciendo —no quería decir lo que dije, solo tengo miedo... porque estoy sola y quiero que siga así, no quiero que nadie me encuentre, también llevo dos días sin comer nada caliente y tengo hambre.

Cámeron cambió su expresión dura, por una más comprensible y finalmente tras un repaso visual de arriba abajo a la joven, le contestó:

—Si no quieres que nadie te encuentre, ¿cómo pensabas hacer el fuego para cocinar el conejo, sin que nadie se viera el humo?

Sophie se encogió de hombros y le devolvió una tímida sonrisa.

—Está bien, haremos una cosa. Tú quédate aquí, y cuando vuelva esta tarde te traeré una ración de conejo ya preparado, ¿qué me dices?

Por un momento Sophie pensó que era una triquiñuela para evitar tener que devolverle el conejo, y seguidamente sospechó que, si fuera verdad, el joven

podría querer también algo a cambio.

Sin embargo, en ninguno de los casos tenía nada que perder, porque ni siquiera ya contaba con la presa en su poder, así que, sin más le respondió:

—Está bien.

Cámeron se echó el botín en un saco, y se lo ató al a cintura. Caminó unos pasos sonriendo a Sophie y seguidamente se volvió y siguió andando hasta desaparecer entre los verdes árboles.

Sophie regresó al zulo más excitada aún que si hubiera cazado el propio conejo. Durante el resto de la mañana se dedicó a camuflar bien su guarida, por lo que pudiera pasar en el peor de los casos.

En un primer momento quiso seguir leyendo su libro sagrado, sin embargo, no podía dejar de pensar en Cámeron Muller, y menos aún en un plato de conejo asado. Viendo que no podía mantener la concentración más de una frase seguida, cerró el libro y lo escondió muy bien bajo unas piedras en su nido.

Por fin, al cabo de unas horas —que se le hicieron eternas —le pareció oír un trasiego en el enramado. Tras un buen rato después de permanecer de piernas cruzadas se levantó de un salto, y se sacudió impaciente la falda sin dejar de mirar al frente.

Por fin pudo reconocer al hombre que surgió entre los numerosos robles.

—Eh, aún no te has muerto de hambre, ¿no? —dijo sonriendo mientras se llevaba la mano a un morral de piel que portaba a modo de riñonera en la cintura. La piel no estaba curtida, sino que era pelo de color negro y blanco. Sophie pensó que sería de zorro o de mofeta.

—Lo prometido es deuda —dijo Cámeron mientras le entregaba el morral.

Entre tanto, Sophie le miraba atónita como si aquel hombre fuera un regalo de dios, cubierto por una sombra áurea y homogénea.

—¿Lo vas a coger o me lo voy a tener que llevar de vuelta?

Sophie, hipnotizada aún por el halo resplandeciente que emanaba aquella figura, reaccionó por fin.

—Sí, claro, gracias —contestó apartando la vista por fin de él para coger la ración.

—Desde luego tienes un aspecto horrible, parece que lleves más de dos días sin comer —dijo Cámeron concienzudamente y con sorna.

Pretendió aprovechar la situación para ruborizar a la joven.

Sin embargo, Sophie, no supo cómo tomarse ese comentario. La verdad era que la joven seguía aún exhausta por su reciente cambio de suerte, y su cara se encontraba ese día un poco más demacrada por la ansiedad, con los pómulos más hundidos; a pesar de todo, seguía siendo hermosa, y era una cuestión que ni siquiera Cámeron podía disimular.

—Me da igual, en cualquier caso, estoy sola en el bosque, no tengo por qué estar linda para nadie —le contestó con enojo la bruja, arrebatándole de las manos la dosis de comida.

Sophie le dio la espalda y sujetando el saquito de piel con las dos manos miró triste hacia el suelo, para que él no pudiera ver en su mirada su propio sufrimiento.

—Oye, yo... lo siento mucho, no tenía la intención de ofenderte, solo quería decir que pareces un poco cansada.

—Es que estoy muy cansada. Yo... —Intentó excusarse la joven, cuando una lágrima le cayó por la mejilla.

—Vamos, come, lo necesitas —le animó el cazador mientras le sostenía de nuevo la bolsa.

Sophie y Cámeron se sentaron juntos entre la lozanía del bosque. La joven deshizo el nudo y empezó a salivar en cuanto olió el conejo asado. Sin más, se recogió el cabello y comenzó a engullir.

Cámeron, a su lado, apartó la vista por un instante, y esperó paciente mirando alrededor, mientras ella comía deprisa.

—¿Cuánto tiempo llevas escondiéndote en el bosque? —rompió el silencio.

Sophie no se detuvo ni un instante en dejar de desgarrar a su manjar, y tras unos largos segundos, sin apartar la vista del bocado le contestó escuetamente: —Poco.

Él interpretó esa respuesta como una molesta interrupción, así que prefirió dejar terminar de comer a la desconocida, cuya acuciada necesidad le impedía pensar en otra cosa que no fuera alimentarse.

Sophie comía acelerada, relamiéndose los dedos, apenas sin respirar, saboreando cada jugoso trozo, y dando mil gracias en silencio, bendiciendo

aquel animal en cada sabroso bocado. Cuando solo hubo dejado los huesos, se limpió la boca con el talón de la mano, avergonzada, ahora consciente del posible y lamentable espectáculo que había dado delante del cazador.

—Estaba muy rico —dijo Sophie en agradecimiento, y mirándolo de reojo.

—Gracias, lo ha cocinado mi madre, pero tranquila no le he dicho que es para ti. De hecho, era media ración mía. Le dije que me lo terminaría de comer en el bosque.

Entonces, Sophie giró la cabeza hacia él y lo miró, incrédula por aquel gesto de humanidad. No podía creer que todavía existiera gente buena.

Bueno, te toca a ti —dijo Cámeron Muller con la misma mirada serena.

Sophie recapacitó de nuevo, y pensó que quizás, bajo esa apariencia de altruista se escondía algún otro condenado, deseoso de engañar y abusar de ella. Se irguió tanto como los árboles que los rodeaban, pensando que tendría que hacer de nuevo de gladiadora. Se levantó de inmediato para mantener ciertas distancias con el desconocido, pero en cuanto lo hizo, se sintió algo extraña.

—¡Eres como los demás, solo otro bandido, sucio y asqueroso, que intenta aprovecharse de una mujer débil! —le contestó Sophie exaltada y cada vez más mareada.

Empezó a sentir como su cuerpo languidecía, y sus piernas se convertían en palillos inertes. De pronto pensó que aquel muchacho había sido más inteligente, y que había envenenado su comida, sin embargo, ya era demasiado tarde. La joven, cuya respiración era cada vez más acelerada, acabó desplomándose sobre las hojas.

Cámeron, que aún seguía perplejo ante la dramática representación de la joven, se acercó con cautela al cuerpo de Sophie, que yacía en el suelo totalmente inconsciente. Se acuclilló a su lado, para comprobar si respiraba, y cuando tenía la cabeza situada cerca de su pecho, Sophie despertó y se lo encontró en tal posición. Con los reflejos de un gato —que la joven había tenido la oportunidad de desarrollar últimamente —observó un cuchillo que portaba Cámeron en el cinturón de cuero y en un hábil gesto se lo sustrajo de la cintura y se lo colocó en la garganta.

—Dame una buena razón para que no te mate aquí mismo —le dijo Sophie

impasible, aún aturdida y tumbada sobre el suelo.

—¿Nina, pero qué haces? —la miró atónito —solo estaba comprobando si estabas bien.

Y con la misma rapidez con que Sophie le había arrebatado su cuchillo, este se lo quitó y la inmovilizó como el día anterior lo había hecho.

—Déjame preguntarte una cosa —dijo Cámeron aún encima de ella, con el rostro tan cerca de Sophie, que ésta podía notar el calor de su aliento—. ¿Es que cada vez que nos veamos voy a tener que pelearme contigo? Es que ya me estoy cansando un poco, y tú estás como una maldita cabra ¿lo sabías?, ¡¿Pero qué mosca te ha picado?! —le preguntó aumentando el tono al final, con la paciencia agotada.

Sophie, que aún estaba tumbada, de repente sintió un golpe de calor en el pecho, y que el mareo aumentaba, miró a Cámeron como incrédula, frunciendo el ceño, y por un instante, ninguno de los dos sabía que era lo que estaba pasando. Finalmente, Cámeron, intentando adivinar la expresión de su ceja arqueada, la soltó lentamente y expectante. De repente, Sophie se incorporó de un maquinal impulso y vomitó sobre los pies del cazador.

—Lo siento —dijo doblemente avergonzada—. Creía que me habías envenenado.

—¿Envenenado? Lo raro es que no te salga también el conejo por las orejas. Deberías haber comido más despacio.

Sophie se incorporó para sentarse junto a él, pero seguía mareada, y a punto estuvo de caer de nuevo si Cámeron no la hubiera sujetado.

—Eh, ¿sigues mal verdad? —le preguntó Cámeron ahora más preocupado por ella que por sus zapatos.

La joven asintió débil, y sin mirar al frente.

—Se me ha ocurrido una idea —le dijo—. ¿Entonces confías en mí o no?

Sophie, que estaba cada vez más frágil, le dedicó una mirada vulnerable, y seguidamente asintió. El cazador cogió a Sophie en brazos, y comenzó a andar por el bosque dirección al río. Mientras avanzaba con cautela, miraba a Sophie semiinconsciente, y deseó que aquel suceso no fuera más que una simple indigestión. Sophie por su parte estaba tan exhausta y enferma que ni siquiera le dijo nada al respecto.

Cuando llegaron a la orilla, le cogió las muñecas y se las metió en el agua fresca del río. Entonces la bruja reaccionó con una leve sonrisa, aún sin abrir los ojos.

—Está fría. —dijo por fin Sophie.

—Te vendrá bien para el mareo, ¿quieres beber un poco ? —le preguntó Cámeron.

Sophie asintió, el cazador la colocó con delicadeza en el suelo, y mientras ella bebía despacio, este se limpiaba los botines.

La joven empezó a echarse agua en la nuca, y acabó sumergiendo la cabeza por completo en el río. Aquel gesto le alivió bastante, y por un momento se sintió completamente bien. Cuando sacó la cabeza del agua, se atusó el largo cabello oscuro y se lo escurrió. Cámeron Muller no podía apartar la vista de aquella hermosa fémica, tan natural como decidida. Se preguntaba de dónde habría salido y qué secreto escondía su llegada al bosque de Montbazin.

Sophie le miró cuando ya estaba presentable, a pesar del aspecto mojado.

—¿Qué? —le preguntó algo desconcertada pero tranquila.

Ya había disipado todas sus dudas sobre la posible insidia del cazador, sin embargo, cuando clavaba sobre ella sus profundos ojos —de un verde tan intenso, como si fuera un espejo de toda la naturaleza que les rodeaba en ese momento— la dejaba sin habla.

Cámeron, sin mediar palabra la cogió de nuevo en brazos para volver a adentrarse al bosque.

—¿Qué haces? —preguntó de nuevo Sophie.

—Pues volver —le contestó él de una forma natural.

—Pero ya puedo andar —le dijo Sophie algo confusa.

—Bueno... por si acaso.

El cazador avanzaba con ella en brazos con apenas ningún esfuerzo, pues era corpulento, y por primera vez, Sophie se sintió a gusto abrazada al cuello de su reciente amigo.

Cuando llegaron al refugio, Cámeron la soltó en el suelo, y por unos minutos ambos fueron cómplices de un silencio lleno de interrogantes.

—Quería, antes de nada, agradecerte lo de la comida, y aunque no haya sido muy bien recibido en mi estómago, estaba buenísimo —comenzó

confesando Sophie—. Desde que estoy aquí, en el bosque, he sido muy desconfiada, y tengo mis razones, pero me alegro de haber encontrado a alguien quien merezca mi sinceridad; sin embargo, no puedo evitar preguntarme por qué, sin conocerme de nada, me has ayudado.

—Bueno, desde luego ya has podido comprobar que no quiero dinero, y tampoco quiero hacerte daño. Solo quiero saber la razón por la que hoy he tenido que mentir a mi madre. Te esconderé y te ayudaré, si me cuentas la verdad Nina.

Esta última proposición le produjo una ligera punzada de remordimiento, ya que sin haberle contado nada aún, ya le había mentado con su falsa identidad. Sin embargo, y aunque confiaba en su aliado, aún no estaba preparada para confesar su secreto y arriesgarse a que el cazador la odiase por ello.

—De acuerdo. Te lo contaré todo —Mintió.

Sophie, comenzó a relatar el día en que la Inquisición había llegado, pero omitió la escena en la plaza del pueblo, el robo de Legendario y por supuesto la palabra bruja. Básicamente le describió de soslayo la discusión que tuvo con la abuela Anne —modificando un poco la versión —porque Sophie quería vivir aventuras, así como descubrir nuevos lugares, y su abuela no la quiso acompañar. Desde ahí le describió con pelos y señales su experiencia en el bosque, así como su encuentro con los tres cazadores y su huida hasta Montbazín.

—Entonces, ¿de qué te escondes? ¿Por qué no me acompañas al pueblo? Podríamos buscarte un trabajo... —sugirió Cámeron excitado.

—Me escondo porque no quiero toparme por aquí con algún otro asaltante. Y lo de ir al pueblo... Quizás más adelante. Estoy bien aquí —mintió de nuevo la joven —Pero prométeme que no le hablarás de mi a nadie. —rogó Sophie con preocupación.

—Descuida, tu secreto está a salvo. —contestó rendido Cámeron, pellizcándole la barbilla.

Sin embargo, su expresión algo decepcionada se plantó en su semblante. Cámeron, como el resto del pueblo, había oído la historia de la bruja fugitiva, y estaba seguro al cien por cien de que se trataba de Sophie, sin embargo,

prefirió concederle el beneficio de la duda.

—¿Estás bien? —le preguntó Sophie.

—Sí, sí, solo que me parece fascinante tu historia —Mintió él esta vez.

Dicho esto, el muchacho le dedicó una última mirada a Sophie, y se levantó.

—He de irme. Me están esperando. Mañana te traeré algo de comer, ¿de acuerdo?

—Gracias... por todo.

Sophie observó como el cazador se marchaba, con paso equilibrado y cauto entre el ramaje, y tras unos segundos vió de nuevo aquel aura dorada que le arropaba. La joven, desconcertada, se frotó los ojos, pero siguió viendo aquella serena, y particular nube áurea característica que le acompañaba.

Mientras Cámeron Muller se dirigía de nuevo a Montbazín, pensaba en cómo haría confesar a Sophie su verdadera identidad. En realidad, se sentía un poco decepcionado. Él había sido sincero desde un primer momento, y sin embargo, pensaba que Sophie se lo estaba pagando con una historia falsa.

Sophie notó que el sol caería en unos minutos, dedicó ese tiempo en leer algo de su libro, del cual no le había comentado nada a Cámeron, y que aún seguía guardado.

Capítulo 5

“Ahora que ya tienes una ligera idea de quién soy, considero adecuado que aprendas todo lo dispuesto en las siguientes páginas.

No sé qué te habrán enseñado, ni tu nivel de experiencia ahora mismo, sin embargo si ya sabes leer, como mínimo tendrás asentados los conocimientos que te podían proporcionar la naturaleza .”

Sophie se extrañó pensando a qué podía referirse su bisabuela con tales conocimientos. Estaba claro que ella sabía leer, pero para lo demás era tan cristiana como una monja. No tenía ni idea de brujería ni hechizos.

“Como sabrás, y desde hace tiempo habrás comprobado, existen dos elementos característicos que mantienen el equilibrio de este portal llamado “mundo”. El primero es lo inerte. Piensa en todas aquellas cosas a tu alrededor que no tienen vida. Quizá se trate de un puñado de tierra, de piedras o de agua; tal vez estés sentada sobre una silla de madera, ahora, sin vida. Sin embargo. Muchos objetos cotidianos que usas, una vez tuvieron vida. Ese es el segundo elemento que encuentras en la naturaleza. Los árboles, los animales, los insectos... todos estos elementos cantan en consonancia, y se coadyudan en un estado de armonía constante. La lluvia inerte regará la tierra inerte, y ésta a su vez alimentará a las raíces de los árboles con vida, o sin ir más lejos, tus zapatos de cuero inerte, una vez fue algún animal, con vida.

En definitiva, y por muy extraño que parezca, todo es un ciclo en el que lo inerte puede crear vida y viceversa.

Esto es lo que pasa también con las emociones en las personas, su salud... Siempre tratamos de buscar el equilibrio mental y somático, y mediante elementos inertes o vivos se pueden transformar.

Cual bruja que eres, para saber el momento en que estás preparada para abrirte al nuevo mundo, debes conocer previamente cuáles son tus amuletos inertes y con vida. Tu amuleto inerte podrá ser el agua, la tierra, el fuego...

y tu amuleto vital es un animal. Exacto, un animal. Puedes ser un ave, un mamífero, e incluso un pez... En el momento en que tengas un contacto directo con tu tótem animal e inerte al mismo tiempo, sabrás que estarás preparada para todo lo que viene a continuación. Por último, con respecto a tus amuletos, ese momento será tan especial e inesperado que el miedo y la incertidumbre que tengas, se disipará. “

Sophie miró al frente, desamparada, sin saber cómo siquiera iba a conocer cuáles eran sus amuletos. Quería saber más, y quería saberlo ahora. Tenía toda la curiosidad que la abuela Anne había intentado ocultar.

Sin embargo, por ese día, la lección había acabado, pues apenas ya se escuchaban los pájaros piar, la humedad era mayor, y el sol hacía rato que se había ocultado por el oeste. Sophie accedió con cuidado a su madriguera, con el libro bajo su regazo, y fue consciente entonces del vínculo que tenía con aquella reliquia familiar. Definitivamente, había elegido su nuevo camino. Así pues, Sophie realizó aquella noche su última oración a su obsoleto dios:

“Querido Dios, hasta la semana pasada tenía muy claro quién era y qué clase de persona era, en qué creía, qué quería, quién quería ser... sin embargo, mi destino se ha tornado algo diferente a lo que esperaba, y no sé si tú habrás tenido algo que ver, puesto que es posible que ni siquiera existas. Por todo ello, y con todo mi respeto por haber sido para mí un icono de esperanza, me despido solemnemente para hacer honor a tu propia creación. Voy a vivir como la persona que realmente soy, y haré el bien al mundo, siendo yo misma. Gracias”.

Sophie se despidió de otro día más, pensando en su querida abuela antes de conciliar el sueño... ¡Cómo echaba de menos a la abuela Anne! Procuraba pensar mucho en ella justo antes de quedarse dormida para soñar con ella, y con suerte, también lo haría con su madre.

Sophie estaba sentada sobre su cama de siempre, en la casa de la abuela Anne, sin embargo, podía ver a través de sus propios ojos sus diminutas manitas, jugando con una cuchara de madera sobre el edredón. Unas manos suaves la rodeaban confortándole una tranquilidad propia de protección. Su madre Elissa le apretaba contra sí, y le besaba su corta melena sedosa. ..

De repente Sophie despertó sobre el frío y duro suelo de aquel zulo. Había

conseguido lograr su objetivo de la noche anterior, y había vuelto a soñar con su madre. Sophie se estiró en aquel pequeño antro, y decidió que era hora de salir y luchar por un nuevo día. Había logrado adaptarse a ese entorno, y a pesar de la reciente pérdida de su abuela, se sentía un poco más optimista gracias a su nueva y espontánea compañía. El cazador rondaba por su mente cada minuto. Mientras se abrigaba bien y buscaba algún fruto para desayunar, no podía evitar pensar en aquel hombre salido de la nada, al que pronto volvería a ver. Sin duda era lo mejor que le había pasado desde que abandonó Montarnau. Tenía la ilusión de volver a verlo, deseaba su compañía, su protección...

De pronto oyó unas voces a lo lejos. Eran de unos hombres. Sophie sintió cómo se le paralizaban las articulaciones debido al pánico. Aquellas voces sonaban cada vez más cerca. Definitivamente alguien se estaba acercando; sin embargo, no reconoció ninguna voz.

Sophie corrió hacia su guarida y tapó la entrada tan bien como lo solía hacer; esperó muy quieta tras los arbustos de la entrada, a expensas de cualquier estímulo en el bosque.

—¡Le habría dado si no me hubieras movido, canalla! —Oyó claramente, manteniendo los ojos bien abiertos.

—¡No pongas excusas Zosco, admite que ya no tienes los reflejos de antes! ¡Sabes que he ganado la apuesta! ¡Hoy dos tercios de la caza serán para mí!

Sophie escuchó atónita el nombre de “Zosco” y los vellos se irguieron como flechas. Se trataba de los cazadores a los que les había dado esquinazo hacía unos días. Habían vuelto por la zona, y la joven temblaba de pavor por ser descubierta. Si llegaba a ese extremo, estaba segura de que sería el plato principal del almuerzo de aquellos apestosos hombres.

De pronto oyó que ambos se callaron, parecía que ese día el tercer cazador no les acompañaba, sin embargo, Sophie podía recordar la envergadura de Zosco, el gordo que podía pesar como dos personas. El crujir de las ramitas y las hojas por las que pasaban se hacía cada vez más nítido, lo cual significaba que se acercaban a su nido.

La joven deseó en ese momento que Cámeron apareciera y la salvara. Sin embargo, a la altura de la guarida, toda ilusión y anhelo de salvarse quedaron

en suspenso, y el tiempo se paró para ella. Cuando, a través de las ramas que tapaban la puerta de la madriguera vio las pantorrillas peludas de los furtivos. Sophie mantuvo su actitud estática como si fuera una roca más en aquel lugar.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó uno de los dos hombres.

—Shhhh cállate, me ha parecido oír algo.

Sophie no podía mantener más la boca cerrada. Se estaba ahogando, y necesitaba más aire, así que comenzó a jadear desazonada.

—¡Ahí, justo ahí! —dijo el primero.

Sophie vio como ambos pies se volvieron en dirección a esta, y corrieron hacia ella. La joven cerró fuertemente los ojos y apretó sus piernas contra sí.

De pronto, cuando los pasos estaban tan solo a un par de metros, cambiaron de dirección, y ambos cazadores pasaron de largo, esquivando la guarida de la joven.

—¡Sigue sigue, allí en aquel árbol, se han posado dos perdices, las he visto! —Aseguró el cazador mientras las pisadas se alejaban de la cueva.

La joven bruja se quedó paralizada, a la vez que confusa, y no daba crédito a la situación. No la habían descubierto.

Al cabo de unas horas, Sophie seguía en su refugio, y se negaba a salir hasta que, como mínimo pasara el medio día. Seguía tan excitada que ni siquiera tenía hambre, pero aún así, no pretendía llegar tarde al encuentro con Cámeron, el cual le había prometido otra ración de comida.

La joven, aburrida en su guarida, cogió el libro que estaba colocado al fondo de ésta, y seguidamente lo abrazó. Apoyó el mentón sobre el canto de éste, y meditó unos segundos sobre lo que acababa de ocurrir.

La joven empezó a rascar concienzudamente las esquinas de las páginas, deseando poder leerlas y buscar alguna idea o algún remedio para terminar con esa situación... Tras unos minutos de cavilación, Sophie, totalmente absorta en sus pensamientos de estrategia, oyó que Cámeron la llamaba por su nombre falso afuera en el bosque:

—¡Ninaaaa! ¡Ninaaa!

La joven, despertó de su inconsciente letargo, y salió rápidamente de su guarida. Se había olvidado de acudir al encuentro del muchacho, y ahora corría, no tanto por su puntualidad, sino porque no quería que los cazadores

que indagaban por los alrededores lo escucharan llamarla con ese nombre.

Sophie corría tan rápido como podía, sujetándose el vestido y con la melena al viento, procurando no tropezar con ninguna rama. Había salido tan deprisa de la madriguera que se le había olvidado la capa. Cuando ya pudo verlo lo llamó:

—¡Eh, estoy aquí! Shhhh calla —dijo a escasos metros de él.

—¿Qué te pasa? ¿dónde estabas? ¿y por qué hablas tan flojito? —preguntó totalmente confuso Cámeron.

—Son de los cazadores de los que te hablé. Están en el bosque, los he visto, y casi me descubren —dijo aceleradamente y entre jadeos la joven por la reciente carrera, ya a la altura del muchacho. Él cambió de expresión cuando ésta le dio la explicación, a lo que el joven añadió con seguridad:

—Tranquila Nina, ahora estás conmigo y no te pasará nada. Si a alguno osara a desafiarme...— juró el cazador con aires de superioridad, mientras que hacía un gesto con su arco —le clavaría una flecha en el entrecejo. — Acabó diciendo entre dientes.

Sophie sonreía ante la interpretación de su noble cazador, que pese a su “imberbe” edad, sabía que podría ser capaz de hacer todo aquello y más.

—Mira, te he traído media perdiz, cocinada a fuego lento.

“Qué oportuno”. Pensó.

—Gracias... Aunque ahora no tengo mucha hambre. ¿Podríamos caminar un poco? Llevo todo el día tumbada y me apetece estirar un poco las piernas.

—Bueno... como quieras —dijo Cámeron algo decepcionado ante el desprecio por la comida.

Ambos jóvenes comenzaron a caminar juntos a través del bosque, contemplando la riqueza de la vegetación. Él admiraba el precioso cabello suelto y ondulado de Sophie, que jugueteaba con la brisa de la corriente. Estaba embelesado con la forma de ser de la joven, cuyos aires de fugitiva la hacían aún más interesante.

Ella, a su lado, era consciente del silencio incómodo que flotaba entre los dos; y caminaba decidida hacia delante, como si buscara algo, o deseara llegar lo antes posible a algún sitio, sin darse cuenta siquiera, de que poco a poco había aumentado el ritmo de la carrera.

—Perdona, ¿ es que llegas tarde a algún sitio? —dijo con sorna Cámeron parándose en seco entre unos matojos, sobreactuando poniéndose ambas manos en sus rodillas, como si estuviera cansado, a la vez que se reía.

Sophie, se percató de que, en efecto, tenía el corazón a punto de salirle del pecho, sin embargo, en esta ocasión el nerviosismo estaba provocado por la presencia del muchacho.

Enrojeció y se volvió hacia él. No pudo otra cosa, sino que sonreírle, le miró a los ojos —cosa que le avergonzaba hacer —y sintió un repentino y serpenteante nudo en el estómago. Sophie tenía que inventarse alguna excusa rápidamente, aunque fuera una mala, pero que al menos sirviera para quitarle aquella estúpida sonrisa de la cara.

—Yo... Tengo sed, vayamos al río —dijo escuetamente la chica, intentando mantener la seriedad a la que se había acostumbrado.

—Bueno, vale. —dijo Cámeron siguiéndole los pasos.

Sophie quiso desviar sus pensamientos, e intentaba concentrarse en cualquier cosa que no fueran aquellos preciosos ojos verdes. Cámeron Muller, a su lado, la miraba intrigado. Necesitaba encontrar la manera de hacer confesar a Sophie sobre su posible doble identidad.

—Y... ¿Cómo es que te sabes guiar tan bien por el bosque? Pareces que hayas pasado mucho tiempo en él, y no precisamente cazando porque, por lo que pude ver el día en que te conocí, se te daba de pena...

—Perdona que te contradiga, pero habría cazado aquel conejo si tu no lo hubieras atravesado con tu flecha. Ya lo tenía.

—¿Y cuanto tiempo te llevó cazarlo?, ¿seis horas? —se rió Cámeron—. Aún así no me has contestado, dime —retomó Cámeron la cuestión, evitando que la pregunta tomase otra vía de escape.

—No, la verdad que no solía ir al bosque mucho —dijo Sophie algo tensa, reconociendo que no le gustaba el matiz que la conversación estaba tomando.

—¿Y qué le has dicho hoy a tu madre sobre la perdiz? ¿No se ha molestado de que te la llevases? —preguntó Sophie intentando desviar la conversación.

—Esta vez mi madre no sospecha nada, porque la perdiz la he cocinado yo —respondió Cámeron orgulloso de sus habilidades culinarias.

Sophie se sintió aliviada de su esfuerzo por no levantar sospechas.

Siguieron caminando en silencio hasta que llegaron al río. Una vez allí Sophie, que no había bebido nada en todo el día sació su sed.

—Tengo que aprovechar —dijo tímidamente a entre sorbos a Cámeron, por la manera vivaz con la que tragaba el agua —hasta mañana no podré beber seguramente.

—¡Eh, mira allí! —dijo el cazador llamando su atención.

Sophie miró extrañada detrás suya, y de repente él le salpicó agua con las manos.

—¡¿Pero ¡¿qué...?! —se sobresaltó Sophie.

Ambos empezaron a echarse agua, primero con las manos, después dándole patadas directamente al agua... Finalmente acabaron empapados, y forcejeando por lanzar al contrincante al río. Entre risas, ambos cuerpos estuvieron tan cerca, que los ánimos de apartar al otro con la intención de empaparle se esfumaron.

Ahora Sophie estaba más que sujetándolo para tirarlo, abrazándolo, y cuando lo miró a los ojos pudo comprobar que era más alto incluso de lo que le había parecido hasta entonces.

Tras un instante, después de haberse mantenido la mirada en aquella comprometida posición, la joven lo empujó sin apartar sus ojos de él. Hubiera deseado hacer totalmente lo contrario, pero de pronto le parecía estar jugando a un juego nuevo en el que aún no conocía bien las reglas, y tenía miedo de perder.

—Bueno, bueno, creo que deberíamos dejar de mojarnos. Pronto anochecerá y no nos podremos secar bien —Propuso Sophie.

—No lo había pensado... Lo siento, yo no contaba con eso. Es cierto, no tienes nada seco que ponerte después.

—En realidad sí tengo, pero únicamente es la capa, nada más. En cualquier caso, espero que esto se seque —dijo sonriendo Sophie estrujándose la falda y sacudiéndose los hombros.

El vestido húmedo se ceñía aún más sobre el contorno de la joven, marcando sus pechos turgentes y demandantes. Cámeron intentaba disimular su interés por éstos, sin embargo, no podía evitar mirar de reojo de vez en

cuando. Sophie se dio cuenta, y avergonzada se cruzó de brazos, intentando tapar su figura.

Buscó la excusa perfecta para encogerse un poco y le pidió a Cámeron que le acercase el morral. Comió —esta vez despacio y plácidamente— el sabroso manjar, y tras llenar la calabaza de agua, el cazador intervino por fin:

—Vayamos a buscar esa capa.

Mientras regresaban por el camino de vuelta, Sophie se cuestionaba también de dónde habría salido aquel hombre y quiso averiguar más sobre su vida.

—¿Cómo son tus padres? —preguntó finalmente curiosa.

—Bueno... —dijo Cámeron, la pregunta sin duda le había pillado por sorpresa —mi padre murió por la fiebre hace cinco años.

—Lo siento mucho Cámeron —dijo Sophie.

—Mi madre es... es la persona más buena que conozco. Siempre está dispuesta a ayudar a los demás sin esperar nada a cambio, aunque reconozco que a veces se compromete demasiado —contestó éste con desdén.

—¿A qué te refieres? ¿qué clase de compromiso? —preguntó curiosa.

—Bueno. Es difícil de entender. Tras la muerte de mi padre mi madre solo me tenía a mí. Realmente fue una etapa muy difícil de nuestra vida, y ella temía perderme a mí también, por lo que se volvió muy paranoica y protectora conmigo. Al cabo de un año, una amiga de mi madre trajo a casa a una chica que se había quedado huérfana, y mi madre la acogió como a una hija. La verdad que la nueva inquilina hizo que mi madre mejorara...

—Y a ti no te gustó —intuyó la bruja.

—No es que no me gustara. Simplemente me daba igual. Se supone que es mi hermanastra o algo así, pero en realidad apenas hablamos; lo justo. Desde luego esta chica parece haber ocupado el vacío que mi padre había dejado en mi madre. Pero definitivamente, no es mi caso.

Cámeron hablaba de un modo solemne, tal y como Sophie no lo había escuchado hasta ahora. Relataba la historia frunciendo el ceño y con aspereza, pero Sophie podía comprender todo el dolor que ocultaban sus palabras.

—Así que como verás, mi familia no ha parado de crecer. Hace poco se marchó Eliot —dijo Cámeron con un semblante más melancólico aún—. De la

misma manera en que llegó mi hermanastra, lo hizo él; sin embargo, éste solo estuvo en mi casa un año. Después se lo llevaron. Hubiera deseado que se llevaran a la chica, no a él.

Estaba claro que Cámeron sentía cierto resentimiento hacia su hermanastra porque de alguna manera, suplantaba en casa la figura que había dejado su fallecido padre, y, por otro lado, prefería más a su viejo amigo Eliot que a ella misma.

Sophie escuchaba con atención y curiosidad la historia sin dejar de pensar en aquellos personajes y por qué habían ido a parar a su casa. De qué manera se había marchado Eliot, y sobre todo quién era esa amiga de su madre que traía aquellos inquilinos a su casa.

—¿Quién se lo llevó? A Eliot, me refiero —preguntó Sophie intentando conocer hasta el último detalle.

—En realidad la amiga de mi madre le propuso trabajar en Montpellier, y Eliot pensó que quizás había llegado la hora de marcharse de mi casa y dejar de ser una carga para mi madre.

—¿Y no era así? —preguntó Sophie.

—Finalmente descubrí que mi madre le había pedido a su amiga que le ofreciera ese trabajo, porque la comida empezaba a escasear, así que en cierto modo sí; mi madre le echó. Desde entonces apenas hablamos. Podría decirse que tengo casi la misma relación con ella que con mi hermanastra.

Ambos caminaban absortos en su historia, y Sophie asintió pensativa.

Ya habían llegado al punto de encuentro donde quedaron, y los dos se miraron suplicantes:

—Me gustaría que me contaras un poco de ti ahora, pero me temo que tengo que volver —dijo Cámeron con tristeza.

—No te preocupes, mañana por la tarde seré toda tuya —Bromeó Sophie, robándole una amplia sonrisa al cazador, que hacía rato que la había perdido.

—Hasta mañana —dijo Cámeron pellizcándole la barbilla tal y como lo había hecho el día anterior.

Sophie se quedó anonadada, mirando cómo desaparecía de nuevo entre los árboles. Sentía que flotaba, y que la adrenalina resurgía de nuevo en su estómago. De camino al refugio iba pensando que no reconocía el origen de la

atracción que sentía hacia Cámeron. Definitamente, se estaba enamorando.

Al día siguiente, Sophie dedicó toda la mañana a buscar alguna información en el libro que le sirviera de ayuda para crear una trampa para los cazadores. La idea de realizar un conjuro estaba totalmente descartada, y por dos motivos. El primero de ellos era que, si utilizaba la magia para hacer el mal a alguien, se arriesgaba al que el hechizo se volviera contra ella, cosa que, por experiencia de su bisabuela, se negaba a hacer. La segunda de ellas, era que ni siquiera tenía el poder aún para llevar a cabo ningún hechizo pues Sophie aún no había conseguido saber cuáles eran sus amuletos con vida e inerte, que les abrirían las puertas a su nueva vida como bruja.

Desesperada por no encontrar nada, concluyó que, si no podía asustar a aquellos bandidos que merodeaban por su zona, buscaría el modo de evitarlos, sin embargo, en el fondo sabía que estaba en manos del destino.

Pasó el resto de la mañana acicalándose. Se hizo una larga trenza que le llegaba hasta media espalda, y seguidamente buscó moras, para tintarse los labios con ellos, y así tener un aspecto más coqueto ante el cazador del cual quería ser su presa.

Aquel día Sophie llegó puntual al lugar de encuentro y esperó paciente a que Cámeron se dejase ver. Tras unos minutos el muchacho apareció, y sintió de nuevo la adrenalina bombeando desde su estómago. Se preguntaba si aquello tan extraño que sentía dentro, podría ser a lo que el libro se refería como un sentimiento especial al encontrar su tótem vital e inerte; pero enseguida descartó la opción. Reconocía que aquel sentimiento iba más lejos que un simple hormigueo, y que también se le sumaba un ferviente impulso por unirse a Cámeron y tenerlo muy cerca... Acariciar su cara, sus fuertes hombros... Deseaba que aquella locura no tuviera final.

Cámeron caminaba con el mismo paso acostumbrado al bosque, portando el arco en el hombro y las flechas en una mochila a modo de bandolera.

Cuando ambos se vieron, sus miradas hablaron antes que ellos mismos, y Sophie pudo leer en sus ojos que él también había esperado y deseado durante todo el día que llegara ese momento.

—¡Hola! —Saludó tímidamente el cazador.

Sophie se puso de puntillas y le quitó una hojita del cabello de Cámeron.

Necesitaba tocar aquel cabello castaño oscuro, algo desaliñado y salvaje, sobre el bello rostro del muchacho.

—Tenías esto —dijo sin más con una sonrisa algo tímida.

El joven cazador vaciló durante unos segundos, y sin pensarlo más, tiró el arco al suelo manteniendo una postura estática sin apartar la mirada de la joven y se lanzó sobre Sophie en busca de sus labios. El beso fue tierno, firme y decidido.

La bruja se quedó inmóvil. En la brevedad del momento pudo sentir todo contacto. Las manos de Cámeron sosteniendo su cara, la brisa del bosque silbando, el sudor de sus propias manos...

Después del breve beso, mantuvo su frente pegada a la de Sophie y aún con su cara entre sus manos le confesó:

—Llevaba soñando con esto desde el momento en que te vi agazapada junto a la madriguera del conejo.

En esta ocasión fue ella la que, sin dejar que el joven terminara la frase le plantó un segundo beso en sus húmedos labios, y finalmente lo abrazó con anhelo.

Llegado el ocaso, Cámeron y Sophie seguían abrazados, esta vez en suelo, apoyados contra la base del tronco de un árbol. Pensó que, si realmente existía la magia, aquel sentimiento de plenitud debería ser parte de ella. Cámeron la observaba maravillado, mientras acariciaba el dorso de su mano con su meñique. Sophie le sonreía cómplice de su propia perdición.

—Deberías irte —sugirió Sophie tras un largo silencio compartido— está anocheciendo y para cuando llegues el camino será muy oscuro.

—No quiero irme Nina. Declaró el muchacho mientras la apretaba contra ella.

—Vete, o te meterás en un problema —contestó la joven con remordimiento. Aún la seguía llamando por su nombre falso y era un asunto del que empezaba a dudar si confesarlo o renunciar por completo a “la antigua Sophie”.

—Bueno, al menos déjame acompañarte a tu guarida. Ni siquiera me has enseñado aún cuál es tu escondite.

Sophie dudó por un momento si sería buena idea. Había tratado de ocultar muy bien su habitáculo, sin embargo, en ese momento que todo lo que tenía, debía compartirlo con él.

Cuando llegaron al lugar, el joven se asombró del nido donde vivía Sophie, tan pequeño y camuflado, que ni en un millón de años podría haber reconocido. La tarde ya se había convertido en noche, así que, tras un beso furtivo, el cazador volvió a Montbazín.

Pasaron las semanas, y Sophie ya se había acostumbrado a la presencia de su amado cazador. Sentía que no le hacía falta nada más para vivir allí. Pensaba que lo tenía todo. Ni siquiera se acordaba a veces de comer.

Ya había pasado casi un mes desde que se había convertido en una fugitiva, puesto que Sophie había calculado que la luna nuevamente volvería a estar llena, y eso le recordaba a la última noche que pasó en el bosque de Montarnau con su abuela, Marlene y Caty. Sin duda añoraba su antigua y confortable vida.

Sin embargo, sus recientes pensamientos estaban totalmente absortos en el muchacho que le había robado su primer beso, su confianza, y su amor.

Aquella tarde se tumbaron sobre una manta que había cogido de casa, con la intención de regalársela a Sophie. Ambos se miraban y se besaban embelesados e inconscientes del paso del tiempo.

—Algún día, cuando tenga dinero, te regalaré un colgante tan bonito como este —dijo Cámeron acariciando el abalorio de Sophie y colocándolo con suavidad sobre su pecho.

—Prefiero que me compres una casa donde poder tumbarnos dentro así— se rió la joven mientras le llenaba la cara de besos.

Definitivamente ella había decidido no nombrarle nada a Cámeron sobre su doble identidad, ni sobre su nombre falso. Era tan feliz con él en ese momento, que no quería hacer nada que pudiera estropearlo. Sophie rehusó decepcionada a volver a leer el libro hasta que hubiera descubierto cuáles eran su tótem animal e inerte, pues “¿de qué podían servir los hechizos a una bruja si aún no tenía el poder de usarlo?”

Esa noche Sophie se dispuso a dormir en su guarida como cada día, soñando despierta con Cámeron y con su madre mientras dormía. Era el sueño

que siempre se repetía desde que toda aquella pesadilla había comenzado. Sophie de pequeña, jugando en la colcha con su madre.

De repente, en mitad de la noche, unas voces la despertaron. Sophie abrió los ojos de par en par en la plena oscuridad, se incorporó e intentó acostumbrar la vista para poder ver algo; sin embargo, dentro de la guarida la visión era totalmente opaca. La joven agudizó el oído. Pensaba que podía tratarse de alguna ardilla o alguna lechuza que rondaban por su zona, y cuando iba a tumbarse de nuevo oyó otra vez las voces. Sin duda alguna, ahí fuera había alguien.

Lo más sensato hubiera sido quedarse allí, dormir en silencio y esperar a que se fueran, sin embargo, al cabo una hora Sophie seguía oyendo esas voces: “¿Serán los cazadores”? pensó.

En la puerta de su nido, intentó ver a través de los palos y matojos que cubrían la entrada. Le pareció distinguir una luz al fondo. Alguien había encendido una hoguera. Estaba tan excitada por aquella presencia que de ningún modo iba a quedarse dentro de su zulo, así que empezó a quitar las ramitas de la entrada lo más sigilosa posible, y se dispuso a salir. Fuera, era tal la penumbra, que Sophie se sentía a salvo en la nocturnidad, como invisible en la intemperie del bosque infinito. Se abrochó bien su capa, y se cubrió la cabeza con la capucha. Casi podía sentir una emoción parecida a cuando realizaba sus escapadas en las “noches de verano” en Montarnau.

Sophie comenzó a caminar, despacio hacia aquella luz, que desprendía un fuerte olor a humo. Cada paso que daba, recapacitaba sobre la situación y más valor crecía dentro de ella para dar el siguiente paso.

Cada vez el camino era más claro; las copas de los árboles eran más bajas y la luna llena iluminaba aquel sendero.

Cuando estuvo más cerca, pudo distinguir tres figuras. Sophie se maldijo a sí misma al pensar que podrían ser Zosco, y sus dos pestilentes acompañantes; sin embargo, aquella idea quedó descartada cuando oyó una risa. Era de una mujer. Sophie se paró en seco para diferenciar un poco más aquellas voces y reconoció que todas eran de mujeres.

Como hipnotizada siguió andando hacia delante, más descuidada en sus pasos, únicamente con la finalidad de conseguir más nitidez al oír la

conversación, entonces tropezó. No se cayó, pero bastó para que quedara totalmente en cuclillas con las palmas de las manos saludando al suelo. Totalmente estática, ni siquiera miró al frente, sino que concentró toda su energía en mantenerse en equilibrio en un silencio absoluto. Las voces de la hoguera cesaron, fue entonces cuando cerró fuertemente los ojos deseando que no la hubieran oído.

Capítulo 6

—¿Quién eres? —preguntó solemne una voz imperante sobre ella.

Sophie no podía creer que la hubieran descubierto. Ni siquiera había oído cómo se acercaba esta persona hacia ella, habiéndola dejado sin ninguna posibilidad de huir.

Sophie, totalmente desconcertada y asustada, intuyó que estaba ante un verdadero aquelarre.

—Yo, lo siento, yo, yo no quería... Sólo pasaba por aquí, no he visto nada. Ya me voy —dijo la joven bruja, aún sin mirar a su interlocutora.

—¡Responde! —demandó aquella voz prepotente, cuya fuerza le obligó enseguida a mostrarse ante ella. Sophie se irguió de un salto.

—Soy...Nina —Aseguró.

Intentó reconocer el rostro de la mujer, que no podía ver bien a causa del contraluz que producía el fuego, pero no le pareció muy mayor. Aquella extraña la escrutó con la mirada sin decir una palabra. Únicamente la observaba de arriba abajo sin mostrar ningún atisbo de aprobación, aunque ahora al menos no parecía tan agresiva.

—Debo irme, siento la intromisión —Declaró la joven firme, y seguidamente se volvió para abandonar ese lugar.

—Está bien Sophie, puedes irte si quieres, aunque no ha sido ninguna intromisión —dijo Aquella mujer, esta vez más tranquila.

Aquella respuesta le había dejado petrificada, y tras volver sobre sus pasos se giró completamente intrigada en busca de respuestas.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Porque yo también soy una bruja, joven —dijo ofreciéndole una amable sonrisa.

Las otras dos mujeres estaban aún junto a la hoguera, y miraban prudente la escena entre Sophie y aquella bruja poderosa.

—Ven y siéntate con nosotras al fuego. Hace frío aquí —dijo por fin la

misteriosa mujer.

Sophie obedeció sin replicar y cuando ya estaban alrededor de la hoguera pudo apreciar bien sus caras. La mujer que le había descubierto era pelirroja y muy guapa, aunque tendría no menos de cuarenta y cinco años; sin embargo, parecía tan sabia como una anciana. La otra era más mayor, bajita y regordeta, sobre la misma edad, pero esta sí tenía un aspecto más normal, más imperfecto, aunque no era fea.

Por último, la joven que las acompañaba tenía más o menos la misma edad que Sophie. Era rubia, con una melena preciosa, y realmente era bellísima. Ésta contemplaba a Sophie con sus ojos azules bien abiertos, y una sonrisa hierática, que a Sophie le producía un inevitable nerviosismo.

—Me llamo Elfrida —se presentó la bruja—. Éstas son Julia y Beccaria —dijo refiriéndose a la mujer mayor y a la joven respectivamente.

—Mis amigos me llaman Beca —Intervino la más joven manteniendo esa expresión que a Sophie le resultaba incómoda.

—Yo... soy Sophie —rectificó—. Pero, ¿cómo has sabido mi verdadero nombre? —preguntó de nuevo.

—Por tu colgante. Hace diecisiete años el aquelarre más importante de la Historia tuvo lugar en este mismo bosque. Los brujos y brujas más poderosos del continente vinimos para celebrar un Sabbat especial que tiene lugar cada veinte años. A todos los invitados se nos hizo entrega de un colgante como el que llevas. Podría decirse que ese colgante es prueba de la pureza de nuestra sangre. Al verte aquí con él, he supuesto que eras la bruja fugitiva de Montarnau, pues allí vivía una de las más conocidas, Elissa, aunque desgraciadamente murió, pero eso tú ya lo sabes —dijo Elfrida con un matiz solemne—. Sabía que tenía una hija y su nombre era Sophie. Así que no me ha sido muy difícil averiguar tu nombre.

Sophie escuchó atenta el relato de Elfrida mientras se frotaba las manos cerca del fuego. Hacía tiempo que no se calentaba bajo el calor de una hoguera.

—Mi pregunta es, ¿cómo has sobrevivido sola aquí en el bosque tanto tiempo? —dijo Elfrida intrigada y andando alrededor de la hoguera.

Era un hecho que Elfrida se encontraba en la cumbre de los brujos más

importantes, al igual que lo había sido la madre de Sophie, sin embargo, sentía una curiosidad hacia la joven que iba más allá de la mera información. Tenía el presentimiento de que Sophie era más poderosa que ella misma, y llegaba incluso a asustarle que una chica tan joven hubiera sobrevivido sin problema sola en el bosque durante un mes.

—He sido cauta en mis movimientos, he cazado, me he abastecido en el río y he aprovechado los frutos del bosque —contestó cautamente Sophie, omitiendo a toda costa la ayuda de Cámeron.

—Umm —Reflexionó la poderosa hechicera, mientras la escrutaba escrupulosamente con la mirada, en busca de algún signo que le pudiera revelar algo de interés.

—¿Entonces vosotras dos también sois brujas? —preguntó Sophie afable.

Beccaria soltó una risotada mirando a Julia, que a su vez la miraba serena.

—No. Beca sí lo es, yo no lo soy —comenzó diciendo Julia—. Te preguntarás entonces qué hago yo aquí. Bueno, desde la muerte de mi marido, un buen hombre que jamás debió de morir, rechacé a Dios, y a la Iglesia —puntualizó con desprecio —desde entonces me dedico a hacer el bien a mi manera. No realizo ningún tipo de conjuros ni hechizos, de hecho, ni siquiera creo en los efectos del té. Sin embargo, comparto la filosofía de estas dos buenas mujeres, sobre la manera en la que debemos tratar al mundo, y a nosotros mismos. —Concluyó diciendo con la misma sonrisa amable que Sophie le ofrecía.

—¿Y no te aburres aquí sola en el bosque? —preguntó Beccaria con el mismo tono despreocupado que Sophie solía tener, antes de que todo empezara.

A Sophie le hubiera gustado contarle que, en contra de su pronóstico, le faltaban horas en el día para poder pasar más tiempo con su nuevo amor.

—Sí, bastante —se limitó a decir con una sonrisa a medias.

Hubo un largo silencio, que arrojaron a aquellas mujeres en busca de respuestas.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Julia a Elfrida.

—Bueno. Es evidente que Sophie es una luchadora y una superviviente; y estaría en contra de mis principios abandonarla aquí donde la hemos

encontrado —Comenzó a decir la poderosa bruja, haciendo caso omiso de Sophie, la cual expectante veía como debatían su propio destino—. Lo que quiero decir es que no merece en absoluto la muerte, y mucho menos sabiendo de quién se trata. Ahí donde la ves, tan joven aún, podría llegar a ser una gran bruja, incluso más poderosa que nuestra preciosa Becca —dijo esta vez dirigiéndose a Beccaria.

Esta la vio por primera vez con el ceño fruncido.

—Tu papel también sería importantísimo si Sophie se quedara bajo tu tutela para consolidar vuestros poderes y quién sabe, quizás os beneficiéis mutuamente.

Beccaria no se quedó muy conforme ante semejante comparación, pero asintió obediente.

Sophie, no se sentía en absoluto tan especial como la Gran Elfrida la estaba describiendo. De hecho, ni siquiera había realizado un solo hechizo en su vida. “¿Y si en realidad no era una verdadera bruja? ¿merecería morir entonces? ¿qué haría si llegado el momento le pidieran que mostrase su poder y ella misma no supiera cómo?”. Todas estas cuestiones se agolpaban en la mente de Sophie, y para bien o para mal, debía asumir que todo era probable, pero ante todo quería vivir.

—Bueno no se hable más —interrumpió Julia—. Ya lo hemos hecho más veces, ¿no? Sophie se vendrá con Becca a mi casa. Y mientras le buscamos un destino permanente, vivirá con nosotras. A los vecinos les diré que es la prima de Becca que ha venido a visitarla.

—Estoy de acuerdo. Es lo mejor. ¿Tú qué dices? —preguntó dirigiéndose a la joven.

Sophie no había conocido nunca a otras brujas. No podía saber si eran buenas personas o no, pero tampoco quería seguir en el bosque. Durante la primavera y el verano, lograría sobrevivir, sin embargo, estaba segura que no vería amanecer después de una fría noche de tormenta en invierno. Además, y sobre todas las cosas anhelaba poder vivir más cerca de Cámeron en el pueblo, y esa era una verdadera oportunidad de acercarse más a él. Sin más contestó:

—Vayamos a Montbazin.

Aquella noche, en el bosque de Montbazín, la hoguera terminó consumiéndose sola, y las hierbas del té no se bebieron. Tampoco en esa provechosa noche de luna llena llegaron a convocarse a los dioses, ni se realizó ningún cántico ni ritual. A cambio, cuatro mujeres misteriosas terminaron abandonando apresuradamente aquel lugar, procurando llegar al pueblo antes de que amaneciera.

Sophie, estaba emocionada. Mientras caminaban a oscuras por el bosque, supo que aquella noche había tenido un golpe de suerte. Mientras pisaba la tierra y sorteaba los matorrales pensaba en su libro que había dejado a propósito en su guarida. Por otro lado, también pensó que tendría que volver al bosque al día siguiente para advertir a Cámeron de lo acontecido y la nueva casa donde iba a vivir.

Estaba deseando llegar. Echaba de menos pertenecer a un hogar y dormir bajo un techo de verdad.

Por fin, accedieron a las iniciales calles por el mismo sitio que lo hizo Sophie el primer día que llegó, así que todo le resultaba muy familiar. Aquellas mujeres se pararon en una de las primeras casas. De pronto Sophie estuvo segura de donde se encontraba exactamente, y se paró en seco justo antes de llegar al umbral de la puerta.

—Ey ¿estás bien? —le susurró Beccaria.

—Sí, solo que ya había estado aquí antes —contestó Sophie algo pálida.

—¿En la casa? —preguntó Beccaria sorprendida.

—No, en la casa no, en la calle —confesó mientras recordaba su odisea el primer día que había llegado a Montbazín.

Estaba absolutamente segura de que aquella casa con una sola ventana era donde se había agachado a oír las conversaciones de los habitantes de allí.

Quiso entonces recordar a fondo sus conversaciones, sin embargo, otro pensamiento aún más inminente le vino a la cabeza. Si aquella casa era la de “las brujas” entonces, justo delante se encontraba la de la señora regordeta a la que Sophie robó el bizcocho. Aquello podía ser un problema, puesto que, si la veía, podría reconocerla. Debía contárselo a Julia y Elfrida, pero eso ocurriría al día siguiente.

Estaba cansada después de la emoción de aquella noche, y en lo único que

pensaba era en un cálido lecho donde poder dormir un día entero sin interrupciones, sin preocupaciones.

Elfrida se despidió, y el resto de mujeres entraron dentro.

La casa de Julia no parecía tan acogedora como la de la abuela Anne, sin embargo, sí era más grande. A pesar de la obvia penumbra, Sophie sólo distinguió, una cocina y tres habitaciones más.

—Bueno esta es la habitación de Beccaria. Tú dormirás ahí, a su lado —dijo Julia señalando un colchón mullido y estropeado por el tiempo—. Lo que no he encontrado ha sido la manta, pero no te preocupes te dejaré la mía esta noche, y mañana conseguiré una nueva en el mercado. Ahora chicas debéis de dormir, ¿vale? Dentro de unas horas os despertaré para comer—Acabó diciendo Julia con cariño y en medio de susurros.

Sophie y Beccaria se quedaron solas en la habitación. Apenas hubieran podido verse las caras, si no fuera por una diminuta ventana de la habitación por la que estaba empezando a entrar la claridad del amanecer. Ambas se arroparon en sus camas, y antes de dormirse Sophie solo dijo:

—Gracias.

Beccaria, llevaba en silencio desde la hoguera. Tras el discurso de su maestra. Había visto a Sophie como a una rival, puesto que, sin conocerla de nada, había sido alabada en un minuto, más que en todos los años que ella conocía a Elfrida. Sin embargo, recapacitó por un momento y recordó cómo se había sentido ella el día en que la ayudaron a escapar; así que en cuanto ésta le dio las gracias; en su interior Becca lloró de emoción, castigándose a sí misma por haber sido tan dura.

Al cabo de unas horas tocaron a la puerta.

—La comida está en la mesa chicas, cuando queráis —dijo Julia.

—¿Has podido dormir algo? —preguntó entusiasmada Beccaria.

—Bueno la verdad que he dormido bastante bien, pero se me ha pasado muy rápido.

—El primer día que llegué aquí estaba tan nerviosa que no pegué ojo en toda la noche. Fue tan emocionante...Pero no te preocupes, estás a salvo Sophie, aquí todos son buenas personas, además siempre quise tener una hermana —dijo Beccaria sobre su cama, con las piernas cruzadas.

El brillo de sus ojos mostraba que estaba aún más emocionada que la propia Sophie.

—Perdona, has dicho que aquí son buenas personas, ¿A quiénes te refieres?

—A Julia y a su hijo —contestó ésta con obviedad—. Es cierto, anoche nadie te lo dijo. Tampoco es brujo ni nada, pero no te preocupes, él lo sabe todo y nunca dirá nada.

—Amm, gracias. Está bien saberlo —contestó Sophie.

—Bueno, vamos rápido a comer que se enfría. Hoy Julia ha hecho sopa de judías, ¡me encanta! —Exclamó la bruja con manifiesto entusiasmo luciendo una melena rubia y brillante.

Sophie la observaba de reojo, preguntándose si ella también había sido así de efusiva cuando vivía en Montarnau. Seguidamente se puso un vestido rojo que le prestó Beccaria.

Tal y como había percibido la noche anterior, la casa contaba con muchas carencias, las paredes de madera se caían a pedazos en algunas zonas poco visibles, humedades por doquier... En el momento en que llegaron a la cocina Sophie estuvo a punto de sufrir un infarto, cuando vio a Cámeron sentado a la mesa, esperando a que Julia le sirviera un plato.

Este la miró con la cara desencajada, y con los ojos bien abiertos. Hubo un silencio, aunque nadie se percató de la tensión que reinaba en aquella sala de estar.

—Oh, Cámeron, cariño, anoche no quise despertarte. Mientras hacíamos una hoguera en el bosque, encontramos una nueva bruja. Es la que escapó de Montarnau. Elfrida y yo hemos decidido ayudarla. Eso significa... bueno, que tenemos una nueva inquilina. Se llama Sophie, ¿Qué te parece?

De pronto la joven sintió una puñalada de remordimiento y culpa en el estómago tras escuchar su verdadero nombre, y con una expresión interesada dijo sin esperar ninguna reacción de Cámeron:

—Hola, encantada.

El cazador que había abierto aún más sus enormes ojos verdes al escuchar su verdadero nombre, se irguió sobre su silla, molesto y con una notable expresión de decepción en su mirada:

—¿Sophie, eh?

Acto seguido, él se levantó con brusquedad de su asiento y abandonó la casa de un portazo. La joven bruja tragó saliva y recapacitó sobre sus errores mientras miraba al suelo. Hubiera deseado salir corriendo detrás de él en ese momento y explicárselo todo, pero no quería comprometerle, así que mantuvo la compostura.

Entre tanto, las otras dos mujeres de la casa sí se dieron cuenta de la tensa situación.

—No se lo tengas en cuenta Sophie. Hace poco Cámeron perdió a un buen amigo suyo que vino a vivir aquí, y supongo que no querrá ver a nadie nuevo viviendo en su lugar, pero no te preocupes, ahora eres nuestra invitada, terminará acostumbrándose.

Sophie asintió en silencio, sabiendo que la “notable molestia” de Cámeron sólo tenía que ver con su verdadera identidad, la que le había ocultado a pesar de todo.

—¿Qué pasa Sophie? ¿No te gusta la sopa? Apenas la has probado, de haberlo sabido te habría preparado setas...

—Está riquísimo Julia, pero no tengo mucho apetito —contestó Sophie.

—Es justo lo que me pasó a mí. El día en que llegué a esta casa yo... — Interrumpió Beccaria con su acostumbrado tono estridente.

De pronto alguien tocó a la puerta. Sophie soltó la cuchara y se limpió rápidamente la boca, mientras que miraba expectante la puerta, deseando que Cámeron hubiera regresado.

—Hola Elfrida, estábamos comiendo, pasa por favor —contestó Julia mientras le cedía el paso en la puerta.

—Gracias, he traído algo de pan para vosotras. El reverendo Sibley recibió ayer una donación de un saco de baguettes para los huérfanos de Montbazin, pero me ha reservado esta pequeña porción. También os manda saludos —dijo la poderosa bruja mirando a Beccaria.

—¿Cómo está nuestra nueva amiga? —preguntó Elfrida dirigiendo la mirada hacia Sophie.

Esta se sintió algo incómoda. La palabra “amiga” en la boca de Elfrida sonó artificial, como algo innecesario, postizo.

—Estoy bien gracias —contestó nuevamente intimidada por la intensidad de su mirada.

—Madre mía, no has comido nada. Desde luego no parece que hayas pasado un mes sobreviviendo en el bosque —dijo con tono sarcástico acercándose a ella—. Vamos, come algo más, que se nos ofende —Propuso Elfrida señalando con la mano a la anfitriona, mientras le acariciaba el hombro con cariño.

—Oh, no, no es ninguna ofensa Elfrida. La joven está cansada. Creo que hubiera necesitado más horas de sueño —dijo Julia con dulzura.

Ahora que podía ver mejor a la Gran Elfrida, Sophie dedujo que el estatus de aquella mujer era más elevado que el del resto de las personas bajo ese techo. Vestía un largo vestido de terciopelo de doble capa, y con un acabado en cuello alto y vuelto. También se fijó en sus joyas. Lucía un colgante de zafiro azul eléctrico sobre el vestido, muy llamativo, y tenía un peinado de lo más sutil y elegante. En sus delgados dedos de aspecto delicado desentonaba una piedra de color a juego con el colgante, tan exclusiva como su manera de andar. Aquella mujer le intrigaba más cada segundo.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo Elfrida con urgencia a Julia.

—Claro.

Sophie y Beccaria se quedaron solas en la sala, mirándose la una a la otra. La joven bruja recapacitó sobre una nueva cucharada de judías. Tenía el estómago cerrado de pensar que Cámeron la podía estar odiando en ese momento.

En la habitación contigua, Julia, y Elfrida trataban el asunto de Sophie en confidencia:

—Bueno, ¿crees que es buena idea tenerla aquí en la casa? —comenzó diciendo la bruja.

—¿Acaso tenía opción? No podía dejarla en el bosque y abandonar a una de las vuestras. No hubiera sido ética... —contestó afligida Julia.

Elfrida la miró con una sonrisa pérfida y el entrecejo enmarcado:

—¿Ético? Me resulta divertido escuchar esa palabra después de que me hubieras pedido que me deshiciera de Eliot.

—Lo de Eliot fue por necesidad. Sabes que por entonces no andábamos tan bien de recursos como ahora. Con suerte comíamos una vez al día. Además, no

creo que estés en la posición de acusarme de nada, cuando soy yo la que ha mantenido y ocultado a los de tu especie.

—Tranquila Julia, no te estoy reprochando nada, simplemente quiero ayudarte. Quería saber si aún estás dispuesta a ocuparte de Sophie, porque en caso contrario, quiero que sepas que puedo buscarle otro hogar. No por supuesto en una casa acogedora con el amor de una madre “postiza”, pero al menos estaría bien, y tú también. Eso es todo —dijo con esa serenidad hipócrita que la caracterizaba, mientras se contoneaba por la diminuta habitación.

—¿Sabes lo que pienso? Que quieres llevarte a esa niña para que sea tu conejillo de indias, y criarla como la futura poderosa bruja que ya sabemos que será, para que todo el mundo pueda admirar el trabajo de su maestra, la Gran Elfrida ¡y lo único que merece esa chiquilla es crecer como una persona normal! —concluyó susurrando a gritos.

—Bobadas Julia... yo ya tengo mi colgante de ónix para probar lo que valgo, y el reconocimiento de otros grandes maestros. No necesito una carga más para hacerme valer. ¿Pues sabes lo que yo pienso? Que quieres acoger a Sophie en tu casa por el remordimiento de haber abandonado a Eliot, y porque no soportas que tu hijo te ignore y te odie por más tiempo —dijo Elfrida áspera y sin piedad.

Ambas compartieron un mortífero silencio, lleno de arrepentimiento, dolor y odio. Tras unos instantes Julia sentenció:

—La niña se queda.

Fuera en la salita, ambas jóvenes estaban aún sentadas en la mesa. Beccaria seguía absorbiendo cucharadas hasta el borde, llenas de judías, mientras que Sophie miraba la ventana desde su asiento.

—Voy a salir a tomar un poco el aire —dijo apática.

—Como quieras, aunque no sé si a Doña Julia y a Elfrida les parecerá bien —contestó Beccaria entre sorbos.

Sophie miró de reojo a la muchacha, sin inmutarse y se levantó. Fue hasta su nuevo dormitorio y cogió la capa. Cuanto antes saliese de allí, menos camino habría recorrido Cámeron, y antes podría alcanzarlo. El corazón le latía muy fuerte, y aún más de pensar que si llegaba a perdonarla por su

silencio, podría ser maravilloso que vivieran juntos en aquella casa. Pretendía arreglarlo cuanto antes, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. Tras abrocharse bien la capa, salió de nuevo a la salita y se dirigió hacia la ventana.

No esperaba ver a Cámeron, pero mucho menos esperaba ver a la vecina de enfrente sentada en la puerta, expectante ante cualquier novedad en una calle a las tres de la tarde. De pronto, el pánico la invadió de nuevo. No podía salir como si nada de aquella casa, y arriesgarse a que aquella mujer la delatase por haberle robado el bizcocho y exponer al peligro a sus nuevas amigas. Era un grandísimo riesgo, pero estaba acorralada. Sabía que debía contárselo rápidamente a Julia y Elfrida, aunque aquello significara su expulsión de la casa.

Las mujeres que habían estado conversando en la habitación salieron de nuevo a la cocina, con aires un poco apagados, deprimidas.

Sophie se volvió hacia ellas y simplemente les confesó:

—Tengo algo importante que decir.

Las tres allí presentes pudieron reconocer aquella expresión de puro pánico en las facciones de Sophie.

—¿Qué pasa? —se atrevió a preguntar por fin Elfrida.

—Yo... ya había estado aquí antes. La primera noche que llegué a Montbazín, le robé un bizcocho de la ventana a la mujer de enfrente. Lo peor de todo fue que... me vio. Me vio perfectamente, y sé que me reconocerá si volviera a hacerlo —Confesó sin más la muchacha, entrecruzando los dedos de las manos y mirando al suelo.

—Oh, dios mío —Musitó Beccaria dejando caer la cuchara.

Elfrida, ladeó la cabeza y miró con desaprobación a Sophie, que aún estaba cabizabaja, y seguidamente cuestionó con su penetrante mirada a Julia.

—He dicho que la niña se queda —contestó Julia grave y definitivamente.

Al cabo de unos minutos, las mujeres estaban sentadas a la mesa, reflexionando de qué manera iban a llevar aquel secreto y durante cuánto tiempo.

—Bueno, es un hecho que la presencia de Sophie nos compromete a todas, incluso a Cámeron. Sin embargo, estoy segura de que Sophie mirará por

nuestra seguridad, y se ocultará siempre que pueda —comenzó diciendo la Gran bruja—. No inventaremos una tapadera, porque teóricamente, en esta casa no vive nadie más. Cada vez que sea necesario e inevitable que Sophie tenga que salir de casa lo hará con la ropa de Beccaria y su capa. Aprovechando que tienen la misma altura, contamos con ese punto a nuestro favor.

—¿Ahora además voy a tener que compartir toda mi ropa? ¡Es ultrajante! ¿Qué gano yo en todo esto? —dijo Beccaria exasperada.

—¡Becca! —interrumpió la bruja cortante —no hay otra manera de hacerlo. Tendrás que acceder. Ella tiene el mismo derecho que tú a sobrevivir, y tú no acabaste en la hoguera gracias a la caridad de Julia y Cámeron, y por supuesto, gracias a mí. Nos lo debes.

Beccaria, miró desafiante a Elfrida, y de pronto, el pequeño fuego que había encendido en la diminuta chimenea se apagó de repente. El humo de las cenizas salió como un estornudo de aquel hueco, ensuciando la habitación y haciendo toser a todas. La joven rubia, tras su venganza, le dedicó una sonrisa perversa a la poderosa bruja, manteniéndole la mirada.

De inmediato, Elfrida, tras la pueril y provocadora reacción de su pupila, hizo un gesto con la mano, apenas imperceptible, que mandó volando a Beccaria desde su silla hasta el montón de cenizas que se habían amontonado en el suelo, golpeándose ésta la cabeza.

—¡Arggg! —Gritó Beccaria despavorida.

Se incorporó y se sacudió el pelo sucio hasta las raíces de cenizas, mientras que lloriqueaba sin levantar la mirada.

—No es justo... no es justo.

—¡Elfrida! Ya está bien. Creo que ya le ha quedado claro quién es la que manda aquí, no es necesario que la sigas castigando de esta manera. Además, esta es mi casa. Si queréis pelearos lo hacéis fuera, sino, algún día de estas paredes acabarán hechas añicos.

—Tienes razón Julia, no volverá a ocurrir esto... aquí —enfaticó Elfrida dirigiendo el mensaje a Beccaria—. He de atender otros asuntos, pero ya continuaremos esta charla en otro momento, hasta entonces Sophie se quedarán.

Y sin despedirse, Elfrida se fue de la casa.

Sophie, aún seguía sentada en su silla, alucinada por lo que acababa de ocurrir en aquella habitación. Jamás en su vida hubiera imaginado que tales poderes podían serles atribuidos a una bruja. Al principio se asustó, pero a medida que pasaban los segundos, asimilaba todo lo que estaba ocurriendo. Aquello le produjo tal frenesí que mantuvo su curiosidad despierta.

—Oh, cariño, ¿estás bien? —le preguntó Julia mientras ayudaba a Beccaria a incorporarse.

—Sí, gracias, aunque me duele un poco la cabeza —contestó mientras se sentaba tanteando la silla.

—Voy a buscar el cepillo para barrer esto —dijo Julia.

Sophie seguía con una postura aparentemente impasible sobre la silla, sin embargo, hubiera explotado si no llegaba a hacer ninguna pregunta.

—¿Lo de la chimenea lo has hecho tú? —preguntó excitada.

—Sí... —contestó Beccaria vanidosa mientras se sacudía el pelo.

—¿Cómo lo has hecho?

—Pregúntale a tu maestra. No tengo nada que hablar contigo. ¿Y tú eres la bruja poderosa? Ni siquiera habrás descubierto tu tótem aún...

Y dicho esto, la rubia encenizada se levantó y se fue al dormitorio.

Sophie, triste por sentir que había provocado aquella discusión, se acercó melancólica a la ventana, esta vez, con cuidado.

El día estaba nublado, y aunque era verano, se encontraban envueltos por la brisa húmeda que emanaba del bosque que los rodeaba.

Sophie dirigió sus pensamientos hacia Cámeron, preguntándose dónde estaría en ese momento. Necesitaba desesperadamente hablar con él.

—¿Y Becca? —preguntó Julia, ahora que había vuelto con el cepillo.

—Se ha... se ha ido a su habitación —contestó con precaución.

—Siento mucho que hayas tenido que presenciar esta escena. Normalmente Elfrida suele mantener a raya a mi querida Becca, pero a veces...—Suspiró—. A veces esta jovencita tiene un temperamento de un caballo desbocado. ¿Tú estás bien? ¿Necesitas algo?

—Sí sí, gracias, aunque... a decir verdad, llevo tanto tiempo viviendo al aire libre que estar aquí encerrada, me agobia un poco. ¿Crees que sería posible que saliera un rato, para estirar las piernas? No hay nadie en la calle, y me dirigiré al bosque, donde tampoco me verán.

Julia la miró con pena.

—No lo sé cariño, ya has oído a Elfrida. No deberías salir...pero si va a ser rápido, coge la capa de Becca y no tardes más de una hora. Si Elfrida vuelve antes se lo explicare.

—Gracias —sonrió la joven.

Sophie cambió su capa por la de Becca y caminó hacia el bosque con determinación.

Por supuesto, la excusa de salir no era para tomar aire, aunque sí era cierto que se sentía enjaulada, sin embargo, su único propósito era encontrar a Cámeron, que seguramente se hallaría en algún lugar del bosque maldiciéndola.

Sophie se puso la capucha, y se dirigió directamente al bosque, evitando las calles más transitadas y anchas.

Llegó hasta el río, pero no encontró rastro de él. Tomó unos segundos de

meditación. Tenía el pulso acelerado de pensar que Cámeron podría estar por ahí; podía jurar que lo sentía más y más cerca. Respiró profundamente, y mantuvo una postura relajada, cabizbaja y absolutamente inmóvil. Intentó distinguir algún sonido proveniente del bosque, por si el muchacho anduviera cerca, sin embargo, de repente supo perfectamente a dónde tenía que ir. Se aventuró en el bosque esperando que su amado estuviera en el mismo sitio donde ambos solían pasar las tardes sentados... al pie del gran roble.

Tras una caminata, por fin lo vio entre unos matorros sentado en el suelo, mirando fijamente su morral de piel, y acariciándolo.

—Vaya, ya te he encontrado —dijo Sophie de lejos para no asustarlo.

Cámeron Muller la miró afligido y volvió la vista hacia su morral:

—¿Sabes? Al principio estaba seguro de que eras la bruja fugitiva de Montarnau. Lo sabía. Todo ese halo misterioso que te envolvía, tu belleza... Sabía que no me habías sido del todo sincera, sin embargo, ni en un millón de años hubiera imaginado que me habías engañado hasta en tu nombre. Nina... Creo, que en realidad sí que estaba enamorado de Nina. Pero tú... no sé quién eres Sophie Botreau.

Sophie oyó petrificada aquella acusación sin piedad, y de repente un calor sofocante le invadió el pecho y comenzó a llorar de impotencia.

—¡No! —Exclamó la joven con las lágrimas saltadas mientras se acercaba a él—. No fue todo mentira. ¡Te quiero! Esto no cambia nada... ¡Te amo! —dijo desesperada, agarrándose a su brazo.

—¡No me toques! A saber qué clase de hechizo me has lanzado que no haya sido capaz de ver lo que eres en realidad.

—¿Una bruja? Te recuerdo que vives rodeado de ellas... —le contestó ahora enfadada y compungida.

—Una bruja no. Una mentirosa.

Aquella respuesta calló a Sophie, arrepintiéndose de pronto por haberle acusado de odiarla por su naturaleza. Hubo un silencio.

—Dime una cosa, y por favor quiero que seas sincera; solo por esta vez. ¿Pensabas contarme la verdad en algún momento? —preguntó dolido fijando la mirada en la joven.

Entonces, sintió una punzada en el estómago, al ver sus ojos verdes,

convertidos en telarañas rojas. Sophie gimoteó.

—No. Pero no porque no confiara en ti, sino porque temía perderte si te lo contaba. Temía que me odiaras por ser lo que soy... Por favor Cámeron te lo suplico, perdóname, tampoco quería involucrarte en mi mentira... —dijo esta ahora llorando a lágrima viva.

—No lo sé Sophie... me has hecho mucho daño.

—Lo sé —confesó cabizbaja —pero yo no he sido la única en todo esto que ha guardado un secreto relacionado con las brujas. Tú vives con una de ellas y además lo sabías. Si sospechabas que yo era una bruja también, ¿por qué no me lo dijiste? ¿por qué no me ayudaste a escapar del bosque? —dijo ahora la joven con un tono acusativo.

Cámeron se mantuvo en silencio por un momento, cuando de sus ojos brotó una lágrima.

—Porque en el fondo deseaba que no fueras una bruja —contestó con dolor.

Sophie, afligida se sentó a su lado, como un peso muerto, devastada por lo que sus oídos acababan de escuchar.

—Entonces estaba en lo cierto. Odias a las brujas —dijo Sophie con voz apagada y con la mirada perdida.

—No las odio. Pero no quiero enamorarme de alguien que pueda perder algún día en la hoguera —contestó con un tono sereno el cazador, mientras le acariciaba la tez suave.

La joven le miró a los ojos y le confesó :

—Creo que ya es tarde para eso.

Sin más se arrojó a los brazos de Cámeron Muller y le besó.

—Te quiero Sophie. —le susurró este al oído.

Sophie sonrió mientras jugueteaba con sus dedos entre los suyos.

Al cabo de un rato, mientras los muchachos volvían por el sendero y estaban llegando al pueblo, el cazador dijo:

—Nadie en mi casa puede saber que nos conocemos, ¿de acuerdo? Por todo lo demás seguiremos igual, será un juego para nosotros.

—Lo intentaré —dijo la bruja con una risa nerviosa.

Cuando llegaron a la casa, entraron rápidamente.

—Por fin estáis aquí. Madre mía, ¿por qué has tardado tanto Sophie ?

—Lo siento Doña Julia, yo...

—Ha sido culpa mía. Me la encontré en el río y la convencí para... cazar sapos —Improvisó el.

—¿Cazar sapos? —preguntó de lo más extrañada Julia—. Bueno, bueno, yo me alegro entonces si estábais a salvo. Ahora ayúdame a hacer la cena Cámeron. Tú Sophie, te pediría el favor de que hablaras con Becca, lleva todo este rato encerrada en su habitación y a lo mejor tú puedes animarla.

—Dudo mucho que yo sea la persona con la que quiere hablar, pero lo intentaré.

—Gracias cariño.

Sophie anduvo prudente hasta la puerta. Hasta ese momento, no sabía cómo debía actuar. Estaba segura de que, a pesar de la bondad de Beccaria, a ésta le era inevitable no sentir una pizca de celos hacia Sophie. Ya había causado dos incidentes entre Beccaria y Elfrida en menos de un día. Quería enmendar la situación; además, estaba tan contenta por haberse reconciliado con Cámeron, que estaba dispuesta incluso a admitir sus inseguridades y desaliento para ganarse el favor de la muchacha.

—¿Puedo pasar? —dijo la bruja tras la puerta.

—También es tu habitación ahora... adelante —dijo con retintín la rubia.

—Hola. Escucha, antes de nada, me gustaría disculparme porque...te he cogido la capa; necesitaba salir fuera un momento. Siento no haberte pedido permiso, pero es que no aguantaba más —Rompió el hielo una vez dentro de la habitación.

Beccaria estaba tumbada sobre la cama, rígida como un cadáver, mirando al techo. Su expresión era de lo más invariable, y parecía que llevaba un buen rato en la misma posición. Tenía los ojos llorosos, tanto como Cámeron hacía un rato. Sophie pensó que no se lo iba a poner fácil.

—No te preocupes, coge lo que quieras —contestó con resignación.

—Becca, la verdad es que he salido al bosque porque quería llorar y no quería hacerlo en la casa. Estoy cansada de huir. He crecido sola, sin madre y ahora sin mi abuela, y desde que abandoné Montarnau solo me han sucedido cosas malas. Sé que no puedo llegar a tu vida, y pedirte que lo compartas todo

connmigo. Si te soy sincera no quiero tu ropa, no busco el poder supremo de la magia, ni tampoco pretendo usurparte el amor de Julia y Elfrida. Solo quiero, sentirme parte de esta familia. Solo eso. Para mí sería muy importante que fuéramos amigas... —Añadió Sophie.

Beccaria, seguía en la misma postura. Tumbada y rígida con las piernas rectas y las manos entrecruzadas sobre el vientre, pero ésta vez la miraba de reojo, sopesando todo lo que acababa de escuchar.

Era de esperar, que la inocente bruja, cambiara de nuevo su opinión respecto a Sophie. Todo lo que le había dicho le pareció muy duro y sincero. Decidió que su compañera se merecía otra oportunidad.

—¡Ven aquí! —dijo de pronto.

Beccaria se abalanzó sobre Sophie, y la abrazó con todas sus fuerzas. Sophie indecisa, acabó abrazándola también con timidez, y totalmente en paz por haber conseguido su objetivo. El cabello de Beccaria olía a vainilla.

—A partir de ahora seremos inseparables. Te enseñaré todo lo que sé.

Sophie se estremeció un poco al escuchar la palabra “inseparable”. No quería volver a ofenderla, así que tragó saliva y sonrió de nuevo. En cualquier caso, su plan había surgido efecto, y todo eso era mejor que crear un conflicto entre las brujas, Julia y Cámeron, todos bajo un mismo techo.

Capítulo 7

Al día siguiente, Sophie aún retozaba cómodamente en el colchón de pajas y textiles sobre el que dormía. Había descansado tan bien que ni siquiera recordaba la última vez que se sentía así. Se estirizó con energía, y cuando abrió los ojos se encontró a Beccaria sentada sobre su cama, mirándola con su característica e hierática expresión.

—Ahhh... Pero, ¿qué haces ahí? —preguntó Sophie asustada e intimidada, al mismo tiempo que se incorporaba de un salto y se frotaba los ojos.

—¡Vamos, levanta, hoy va a ser un día largo! —dijo la otra con impaciencia.

Beccaria y Sophie convencieron a Julia para salir aquella mañana al bosque con el pretexto de “iniciar” a Sophie en la magia.

Julia vio aquella proposición un tanto arriesgada, pero accedió a regañadientes. Cámeron, por su parte, también se había despertado de muy buen humor aquella mañana, y en la diminuta cocina, entre los cuatro había una armonía de sentimientos calmados, que, por primera vez en mucho tiempo, todos los presentes disfrutaban.

Sophie y Cámeron se saludaron con miradas cómplices:

—Buenos días Sophie, ¿has dormido bien? —preguntó el muchacho con una sonrisa encubridora.

—Si... gracias —contestó escuetamente con expresión suplicante y pícara a la vez. La joven ardía en deseo por abrazarle, o tan siquiera tocarle, y le divertía la manera en la que su amado le hacía saber que él también la anhelaba.

—Bueno chicos, tenemos que irnos, Sophie hoy va a empezar a aprender lo bueno de la vida, y ¡llegamos tarde! —exclamó contenta Beccaria, interrumpiendo como de costumbre—. Bueno Julia, nos vemos a la hora de comer, adiós Cámeron —Zanjó esta la conversación, arrastrando a Sophie hacia la puerta.

—¿A dónde dices que vamos? —preguntó Sophie al rato de inspeccionar una zona.

—Vamos al río. Yo aprendí a conectarme con este mundo a través del agua. Suele ser el elemento más común de conexión a tu tótem. El agua es tan especial porque separa literalmente dos mundos. ¿Quién sabrá jamás los misterios que esconde el mar?, y además, el agua te hace más consciente de tu propio cuerpo, porque cada partícula de agua, te hace conocer cada parte de ti, cuando te toca —empezó diciendo Beccaria con un tono de lo más magistral, como sacado de un libro—. Quizás no entiendas del todo las cosas que te voy a contar hoy, pero poco a poco irás asimilando todo esto que vas a aprender.

—¿Elfrida fue quien te enseñó esto? —preguntó curiosa.

—No. En realidad, fue mi madre. Ella me enseñó casi todo lo que sé hoy en día. Elfrida únicamente me ayuda a controlar el poder; cosa que no es menos importante en toda esta historia. —contestó intelectual la rubia, mientras andaba resuelta entre los juncos.

De pronto, se paró en seco y se giró.

—Es aquí, justo aquí —dijo con una amplia sonrisa y los ojos bien abiertos.

—¿Qué tiene de especial este sitio? Acabamos de cruzar tramos del río con más agua.

—No es la cantidad de agua lo que me interesa ahora mismo. El caudal del río en este punto crecerá poco a poco conforme vaya transcurriendo la mañana. Mientras, seremos conscientes de su metamorfosis... y de la nuestra propia —contestó Becca como cómplice de un delito.

Sophie sentía curiosidad de cómo iba a ser aquella experiencia, y por primera vez en el día, compartió esa euforia con su compañera.

—¿Sabes hacer recogidos? —preguntó Becca—. Es necesario para este “ritual”. Debemos estar y sentirnos más bellas, además de usar elementos de la naturaleza para confeccionar nuestro peinado.

—Claro, me encanta. Antes solía hacer coronas de flores con mi mejor amiga, y mi abuela me trenzaba el pelo —Enfatizó Sophie.

Por fin algo le parecía tener sentido. Quizás su abuela también la inició en cierta manera, enseñándola a peinarse siempre que podía con elementos de la

naturaleza.

—Muy bien, empecemos pues.

Las jóvenes se remangaron las faldas, y a pie del río comenzaron a hacerse unas trenzas y a decorarla con una diminuta florecilla azul que se hallaron cerca de los juncos. Ambas reían y bromeaban. Conforme el caudal de agua subía, más seres acuáticos aparecían en el agua y más plena era la conexión con aquel ecosistema. Las brujas se dieron cuenta de que tenían en común mucho más de lo que creían, y no pararon de conversar en toda la mañana.

—Me has dicho que tu madre te inició en todo esto. ¿También murió? —preguntó con cautela Sophie.

Consideraba que ya habían llegado a tal punto de confianza.

—Sí. Fue hace poco más de un año. Mi madre y yo vivíamos en Montpellier. Ella era una mujer muy impulsiva y emocional, supongo que como yo —dijo con una media sonrisa—. A parte de ello, era una bruja poderosa, pero también osada. Quien se la hacía, se la pagaba. Cada vez que algún vecino le robaba o se aprovechaba de ella, cuando no conseguía su propósito a través del diálogo, no dudaba en recurrir a la magia, incluso a la “no blanca”. Si una moneda no se le era devuelta, ella le hacía un hechizo para el dolor de tripa. Si eran dos monedas las que se le debía, hacía que se le cayera el pelo al ladrón. Finalmente la descubrieron, y la quemaron en la hoguera. Por fortuna, Elfrida conoció de mi existencia y vino a buscarme el día de la muerte de mi madre, y me trajo a la casa de Julia. Sé que lo que hacía mi madre no estaba bien. A pesar de eso, estoy orgullosa de ella, porque a través de la venganza obtuvo la justicia y el respeto que se merecía. No la olvidaré jamás.

El tono de Beccaria se había vuelto solemne, y la joven intentaba ocultar su cara para disimular una lágrima que le corría por su mejilla.

A Sophie le hubiera gustado darle un abrazo para consolarla, pero aún seguía anonadada por la historia de su madre. Había hecho magia negra, y había utilizado arbitrariamente su poder... “pobre ingenua” pensó Sophie “aquella pobre alma no pudo ser advertida como a mí”.

—Lo siento mucho Becca —Fue lo único que salió de su boca.

—Gracias —contestó con cierta resignación.

De pronto, ambas jóvenes se quedaron petrificadas, cuando oyeron pasos tras unos arbustos cerca de ellas. Sophie y Beccaria parecían dos ninfas sacadas de un cuento de hadas. Ambas estaban metidas en el río, que comenzó cubriéndoles las pantorrillas y ahora el agua estaba por la cintura. Los vestidos se hinflaban flotando sobre el agua, haciéndolas parecer unas campanillas. Todos sus cabellos se encontraban decorados con florecitas silvestres, y habían usado también algo de mora para teñirse los labios.

Una figura curiosa apareció entre las malezas.

—¡Cámeron nos has asustado! —dijo Becca con naturalidad.

—Hola, solo pasaba por aquí y os he oído. Tenía curiosidad por saber qué hacíais. ¿Y bien? —dijo extrañado al ver a las dos sílfides estáticas en el agua. El muchacho, escuchó la respuesta de su “hermanastra”, sin embargo, su atención estaba totalmente perdida en el bello rostro de Sophie, y de cómo todas esas florecillas le sentaban estupendamente, dándoles un toque de vitalidad a la acostumbrada tez pálida de la joven.

—¿Qué tenéis en los labios? —preguntó el cazador, por no parecer absolutamente aletargado.

—Es mora —contestó Sophie.

Ambas aguantaron la risa avergonzas.

—Ahh, pues... esto... estáis muy guapas. Tengo que irme.

Y sin más, tal y como apareció entre la nada, se fue de la misma manera, ruborizado ante la esplendor de la belleza de su amada.

—¡Vaya! —exclamó algo acalorada Beccaria, mientras se atusaba con nerviosismo la trenza hacia un lado—. Qué considerado, me ha llamado “guapa” —dijo encogiéndose de hombros con emoción.

—Sophie miró con cautela la actitud de su amiga, preguntándose a qué se debía tanta efusividad, pero se contuvo, pues no debía extrañarle a esas alturas el extravagante comportamiento de su amiga.

El resto de la mañana acabó en un baño totalmente sumergida en el río. Sophie apenas siguió las indicaciones de Beccaria, porque sus pensamientos estaban anclados en Cámeron. Sentía de nuevo aquel hormigueo en el estómago al pensar en él, y a menudo a causa de ello, se le quitaba el apetito. Sophie se preguntaba, con seriedad si alguien habría caído alguna vez enfermo

y llegar a morir de amor.

Al cabo de unas horas, sumergida en el agua, se sentía muy relajada, tanto que casi se quedó dormida flotando en el agua. Sin embargo, al cabo de un rato, le invadió repentinamente la curiosidad:

—Beccaria, esto no funciona. Llevamos horas en el agua, y no me siento nada especial, ¿cómo descubriste cuál era tu tótem?

—Esto no es algo instantáneo. Lleva su tiempo. Mi caso es algo diferente, mi madre me ayudó a encontrarlo, pues siempre íbamos a sitios como este, y viajábamos mucho para que yo descubriera dónde encontrar “mi virtud”. Tal y como te he contado, mi madre también me llevó por primera vez a un río, para buscar mi amuleto. Sin embargo, tampoco sentí nada. Poco a poco me mostró los demás elementos, con los cuales tampoco notaba nada especial, aunque sí me encontraba realmente cómoda cuando mi madre encendía un fuego para calentarnos. Yo creía que se debía a lo comfortable que me hacía sentir el calor. Pero después descubrí que en realidad se trataba de mi elemento. El fuego —dijo con orgullo la bruja, mientras erguía su figura sobre el agua—. No suele ser común que el elemento de una bruja sea el fuego, pero debí de heredarlo de mi madre; un elemento tan especial como lo fue ella —dijo con orgullo.

Sophie se había incorporado para escucharla con atención, aunque Beccaria decía mucho más con sus gestos que con sus palabras. Hablar de su madre le hacía endurecer su personalidad, e incluso sus sensibles y delicados rasgos se volvían más rígidos cuando se refería a ella. Percibía una mezcla de amor y frustración al hablar de su madre, que únicamente se atenuaba reafirmando sus proezas como una gran bruja que fue.

—Entonces, ya solo te faltaba descubrir tu ser vivo, ¿cuál fue? —preguntó Sophie deseando encajar las piezas del rompecabezas.

—Fue una aventura en realidad. Todo empezó una noche en la que mi madre y yo fuimos al bosque más cercano de Montpelliere para hacer un aquelarre. Por aquel entonces no conocíamos a más brujas, así que siempre nos movíamos solas. Aquella noche, sentadas al fuego, mientras me contaba historias de leyendas y de sus antepasadas, oímos un estrépito a nuestras espaldas. Mi madre y yo nos sobresaltamos, y ella sacó un cuchillo a la espera

de cualquier amenaza que se hiciera ver. Sin embargo, aquello que oímos sonó como algo caído del cielo. Empezamos a explorar aquella zona, buscando algo que pudiera explicar aquella sacudida, y dos árboles más allá de donde nos encontrábamos, hallamos un nido con tres pequeños cuervos recién nacidos. Uno de ellos había muerto a causa de la caída, y tenía el cuello roto. Las demás aves comenzaron a piar, y en aquella fría noche de otoño decidimos arrimar aquellas criaturas al fuego para que entrasen en calor. Por aquel entonces yo tenía siete años, y no pude evitar sentir pena al ver al pobre animal muerto. Recuerdo que lloré. Mi madre me consolaba mientras yo acariciaba a las dos pequeñas crías que no dejaban de piar. Para nuestra sorpresa, una segunda visita apareció en el aquelarre. De pronto, un cuervo blanco, que a mí me pareció enorme, salió de la oscuridad como de la nada, y se abalanzó contra mí, picoteándome la cabeza, ya que yo era quien sostenía al resto de sus crías. Ya te puedes imaginar la situación, yo estaba aterrada, así que me levanté gritando aún sosteniendo los polluelos, mientras corría alrededor de la hoguera para deshacerme de aquel cuervo adulto que me atacaba. En una de estas vueltas, la esquina de mi capa se prendió de fuego de la hoguera, y mi madre comenzó también a gritarme “¡Becca la capa! ¡Becca apaga el fuego!” .

Mientras lo contaba, Beccaria parecía estar reviviendo aquel momento. Abría de par en par sus penetrantes ojos azules, que brillaban de emoción cada vez que nombraba al cuervo. Sophie escuchaba embelesada, como si de una historia de amor se tratase, mientras jugueteaba con el agua dibujando círculos alrededor de ella.

—Cuando me di cuenta de que estaba envuelta en llamas, impotente por no manejar aquella situación, cerré los ojos y grité en silencio que se apagara el fuego, que el cuervo dejara de picotearme el cuerpo, y los polluelos parasen de piar. Fue un sentimiento tan profundo, intenso y vital que en ese momento pareció que el tiempo se paraba. Todo se volvió a cámara lenta: mi madre de fondo agitando los brazos y gritándome; un ala del animal que me rozó la mejilla al pasar junto a mí; el calor del fuego que me inundaba de un sopor al mismo tiempo... De pronto, el fuego de mi capa se apagó como de un soplo, y el majestuoso animal se calmó y voló sosegadamente hasta la rama de un

árbol, posándose en él sin quitarme ojo. Podía leerle el pensamiento. Podía sentir el dolor ávido del ave hacia su reciente fallecido polluelo. Estupefacta por lo que acababa de vivir, me dirigí a mi madre que me respondió con una mirada llena de orgullo y satisfacción. No sabía lo que había ocurrido hasta que su sonrisa me lo desveló.

Beccaria narraba aquella historia ilusionada:

—¡Madre, mi tótem!” le dije orgullosa. Entonces ella me dijo que le hablara al animal con tranquilidad, que me estaba escuchando, y él también podía sentirme y percibir todo mi estado de ánimo.

Me dirigí pues al cuervo, que aún seguía estático en aquella rama, dediqué unos segundos para relajarme y le dije que sentía mucho lo de su polluelo, pero que yo no había tenido nada que ver con su muerte, que no me culpaba por ello. El ave, me habló; no con palabras, sino con mensajes como salidos de su mente. Me dijo que ahora que sabía que yo era su vínculo, me protegería allí donde fuera, y que lo llamase cada vez que me sintiera sola o necesitara ayuda.

Así que esa es la historia de mi tótem. —Concluyó la joven.

—Guau, sí que fue toda una aventura —contestó Sophie.

—Fue una mezcla de sentimientos que tuvieron un desenlace más que inesperado. El momento en el que se revele tu tótem deberá reunir esos elementos esenciales. El primero de ellos, haber estado familiarizados antes con el elemento, después que tu tótem esté presente, y por último, por suerte o desgracia, deberá ser una situación límite; es decir, que tendrás que estar sometida a un estado de estrés suficiente.

Sophie asintió con gran interés.

Al cabo de un rato decidieron volver a casa. Ya habían tenido suficiente por aquel día, y ambas chicas estaban cansadas y empapadas.

Cuando llegaron a la calle principal, miraron cautelosas y se cuidaron de que nadie las observara, a pesar de que iban con la capa, y se cubrían el rostro.

Dentro de la casa se encontraron a Julia y Elfrida debatiendo sobre las especies que ésta pretendía echarle a la sopa.

—No, albahaca ni hablar, les quitará sabor a las legumbres.

—Vamos, Julia, los garbanzos te lo están pidiendo...

De lo primero que se percataron las chicas fue de un gran bulto a la entrada de la casa.

—¿Qué es ese hatillo? —preguntó Beccaria con cierta resignación a su maestra, con la cual aún no había hecho del todo las paces.

—Oh, hola pequeñas. Me ha dicho Julia que estabais en el río. No quiero poner más objeciones, sólo espero que nadie os haya visto —dijo la mística mujer dirigiéndose con sus andares recatados hacia el hatillo.

—Veo, que como os dije, lleva Sophie puesta ropa tuya Becca; por eso me he tomado la libertad de comprarte algo nuevo para que uses —Remarcó con aire complaciente, mientras sacaba un precioso vestido negro de terciopelo, con un acabado blanco en las mangas y el cuello.

—¡Oh, por las lechuzas de mi vida! ¡qué preciosidad! —dijo Becca arrebatándole con entusiasmo la prenda a Elfrida, la cual la miraba con vanidad.

—¡Madre mía! ¡Elfrida son tejidos nobles! ¡Los has traído de la ciudad? —dijo Becca aún más contenta cuando sostuvo un segundo vestido de color crema.

—A decir verdad, sí, los compré en Montpellier la última vez que estuve allí, pero eran para mí. A pesar de ello durante mi estancia aquí no los he necesitado y como mañana me marcho de nuevo hacia la ciudad he pensando que podrías ponértelo tú —Confesó.

Aquel día el aspecto de esa mujer, a Sophie le resultaba más enigmática y mágica que lo habitual. Llevaba la melena pelirroja suelta y brillante, y al caminar, algunos mechones parecían cobrar vida y se contoneaban con elegancia característica de la propia Elfrida.

El segundo vestido era de color crema, muy parecido al que Sophie o Beccaria pudieran tener, pero con un mejor acabado. Se notaba que eran prendas de calidad y muy caras.

Elfrida tenía a Sophie totalmente intrigada. Quién era realmente aquella mujer suprema, y cuál sería su “tapadera”, por qué alguien de la clase alta, ostentosa de lujos y joyas, venida de la capital, se adentraba en un pueblucho como Montbazin para ejercer labores de caridad con el párroco y encontrar

amistad con Julia, una humilde viuda, que acogía a brujas huérfanas. Muchas eran las preguntas que Sophie se hacía, cautelosa ante aquella escena; pero no desesperaba. Estaba segura de que tarde o temprano tendría respuesta a todas ellas.

—Bueno, he de irme. Mi carruaje me está esperando en la puerta de la iglesia.

—Elfrida, dijiste que esta vez te quedarías por lo menos una semana, y no han pasado ni dos días —dijo Julia con pesar.

—Lo sé, pero me ha surgido un asunto y he de acudir de inmediato a la capital para intentar solucionarlos —contestó ésta dirigiendo una mirada fútil a Sophie.

Esta era más astuta de lo que Elfrida se pensaba, y en seguida se percató de que aquella “solución” debía estar relacionada con ella.

—Tonterías. Te marchas porque quieres y punto. Deja de negar lo obvio y de fingir que ya no estás a gusto en mi casa —le espetó molesta.

Mientras Beccaria danzaba por la habitación con uno de sus nuevos vestidos superpuestos, Sophie miraba ávida la escena, sin perderse ningún detalle. Elfrida y Julia la miraron, culpables por haberle hecho presenciar otra discusión, así que rápidamente Elfrida se dirigió a Julia y la cogió por el codo, empujándola levemente en dirección a la habitación, mientras le decía:

—Quizás tengamos un nuevo caso...

Al caer la noche, la gran Elfrida ya se había marchado; Beccaria había guardado con gran recelo sus vestidos a pie de cama, y en la cocina de Julia reinaba de nuevo la calma mientras cenaban.

—¿Cómo te encuentras hoy Sophie? ¿Estás más descansada? —Rompió el silencio la anfitriona de la casa.

—Mucho mejor Julia, gracias —contestó esta con amabilidad.

—Hoy Sophie y yo hemos avanzado bastante en su iniciación, aunque ella piense lo contrario. Ha hecho un día de escándalo en el bosque y la temperatura del agua estaba perfecta —dijo Beccaria atusándose su melena rubia —incluso hemos tenido una visita muy grata —Puntualizó con fervor dirigiéndole una intencionada sonrisa a Cámeron.

—Sí, bueno... Fue casualidad, no os espiaba ni nada por el estilo —

contestó él avergonzado.

Aunque Sophie sabía que Cámeron estaba enamorada de ella, no pudo evitar sentir un poco de celos de Beccaria.

Julia, que parecía estar escuchando la conversación, en realidad se encontraba absorta en sus pensamientos, recordando la conversación que había tenido horas antes con Elfrida, “quizás tengamos un nuevo caso...” recordaba con miedo. “Si la encuentro, la rescataré en seguida. Pero tendrás que ayudarme, porque va a ser más difícil esconder a ésta, ya comprenderás por qué cuando la veas”. Julia jamás le había negado ayuda a la gran bruja, pero este caso le daba mala espina.

De hecho, el tono de nerviosismo e inquietud con el que Elfrida le había mencionado su caso, ya le advertía cierto temor con respecto al asunto “es un caso especial, porque ella no es una bruja; pero la están persiguiendo como tal. Tú no te preocupes, yo me encargaré de todo”. Julia sintió una punzada de pánico al recordar sus palabras. Elfrida jamás le había dicho que no tenía que preocuparse de nada, a no ser que Julia le hubiera pedido ayuda, por lo que se temía, que en esta ocasión sí iba a tener que preocuparse. Por otra parte, no sabía exactamente cuál iba a ser su situación próximamente en aquella casa, en el caso de que tuviera que hacerle espacio a una inquilina más. La incertidumbre se había anidado en sus pensamientos, pero poco podía hacer ella por darles solución en aquel momento.

En cuanto a Sophie, sus sentimientos hacia Cámeron se habían asentado, a pesar de que no habían podido pasar ni un momento a solas desde que había llegado a la casa.

Ambos sentados uno junto al otro, se rogaron un beso con la mirada, cuando nadie de los presentes se percataba. Finalmente, el muchacho no pudo aguantar más la tentación, y disimuladamente deslizó su mano por debajo de la mesa, y acarició con el dorso de su índice el muslo de ésta. Sophie, sorprendida por su atrevimiento, no se inmutó, si bien, respondió posando lenta y delicadamente su mano sobre la de él, bajo la mesa.

Una vez concluida la cena, todos se fueron a sus respectivas habitaciones. Sophie estaba tan agotada del día en el río, que no le costó mucho tiempo reconciliar el sueño. Hacía tiempo que no soñaba con su madre, pero entonces

la misma escena se dibujó de nuevo en su subconsciente.

Ella estaba sobre el edredón de su casa, jugando con las manos de su madre. Podía oírla reír y cantarle canciones al oído, incluso aún podía oler su suave aroma a vainilla. Pero de repente sonó un estrépito, y el sueño, que hasta entonces teñido de tonos cálidos y luz, se volvió frío y sombrío tras un estruendo. Sophie estaba asustada, y cuando se volvió para abrazar a su madre, alguien a quien no podía ver bien, la agarró por detrás poniéndole la mano en la boca para que no gritase.

De pronto, Sophie se despertó sobresaltada, e intentó gritar a causa del pánico, pero una mano salida de la nada, como la que en el sueño silenciaba a su madre, la tenía totalmente bloqueada.

—Shhhh Shhhh soy yo, Cámeron, tranquila —dijo en un tono paciente.

—Por dios, Cámeron, me has dado un susto de muerte, pero ¿qué pasa? —contestó Sophie aún cardíaca por la terrible pesadilla.

—Necesito que vengas conmigo ahora. Quiero enseñarte algo —le susurró a Sophie con un hilo de voz de lo más dulce, mientras le acariciaba el pelo.

Sophie miró dubitativa a Beccaria, que se encontraba en la cama durmiendo profundamente.

—Vamos, no te preocupes, todas están dormidas.

—Pero ¿a dónde me llevas? —dijo la joven con fingida resignación saliendo de la cama.

—Toma, ponte algo de abrigo, hace frío ahí fuera.

Esta lo aceptó de buen grado, a pesar, de que una gota de sudor frío le resbalaba aún por la espalda.

Sophie dedujo en mitad de la oscuridad, una mirada perspicaz que le hizo parecer el hombre más interesante del mundo. No podía resistirse a su sonrisa. Si se lo hubiera pedido, en ese momento le habría seguido hasta el infierno.

—Vamos.

Salieron de la casa con cautela, bordearon el pueblo de Montbazin agarrados de la mano y con paso apresurado. Cámeron guió a Sophie hasta el sur de la aldea donde había una muralla.

—¿Qué es esto? —Susurró Sophie incrédula—. Vaya, nunca había estado en esta parte.

—Esto es la antigua muralla de Montbazín. Hace siglos, se disputó una guerra justo aquí. Este lugar, conocido antiguamente con otro nombre, estaba rodeado por una inmensa muralla que protegía toda la aldea. A día de hoy, aún se desconocen las causas por las que se desencadenó la guerra, y por qué en un lugar tan pequeño como este se construyó tal muralla.

Sophie escuchaba embelesada cómo su amado le narraba aquella historia, mientras divisaba aquellos restos que se erguían a diez metros del suelo. Aquella imagen majestuosa tenía intrigada a la joven, que intentaba imaginar cómo el hombre había podido llegar a construir tal edificación. Los bloques de piedra eran enormes, y costaba imaginar de qué manera habían sido transportados y colocados.

—Es precioso Cámeron. Quiero subir arriba. Quiero ver qué hay ahí arriba —respondió con entusiasmo.

—No te habría traído aquí si no tuviera esa intención —le contestó con un guiño a la bruja.

A pesar de que no había luna llena, el cielo estaba totalmente despejado, y podían ver bien donde pisaban, mientras escalaban aquella muralla casi derruida.

Cuando llegaron a una torrecilla se tumbaron para reguardarse del frío. Ahí, en mitad de la noche, el silencio era envolvente. Ambos se miraron y Cámeron besó a Sophie dulcemente en los labios, bajo el manto de estrellas que les cubría, y mientras miraban el tililar de estas, Sophie se acercó a su pecho y le susurró:

—Nunca te lo he dicho, pero cuando estoy contigo me siento poderosa —Reconoció con cierto grado de timidez.

—¿Poderosa, en qué sentido?

—Pues en el sentido de que... —Le explicó mientras le acariciaba el pecho y se aproximaba lentamente a su cuello palpítale—. Me divierte percibir que, cuanto más me acerco a ti —dijo ya casi en un susurro en su oído —tus pulsaciones duplican las mías, y eso, querido... me da poder.

Sophie se apartó de él un instante para dedicarle una sonrisa pícaro, y seguidamente lo atrapó entre sus manos y lo besó apasionadamente.

Aquella noche hicieron el amor por primera vez. Ambos jóvenes se

encontraban en una burbuja de sensaciones y sentimientos. Para Sophie, aquel muchacho, que le acababa de arrebatarse su inocencia, era su dulce cazador, su salvador, y a partir de ese momento no tuvo dudas de que su destino era amar a ese hombre. Recostada sobre su pecho, soñaban despiertos con crear una familia en un futuro, y vivir solos en una sencilla casita en el bosque. De pronto, Cámeron dijo:

—Sophie, marchémonos de aquí. Tú y yo, ahora.

—¿Qué? ¿Pero qué dices? —contestó más feliz y risueña que extrañada.

—Sí, escucha. Lo acabo de ver todo tan claro... Vayámonos de esta casa. Hacía mucho tiempo que era un infeliz, hasta que te conocí. Ahora reconozco que la situación es bien distinta, pero quiero más. Quiero poder irme contigo a otro lugar, huir de los secretos, de recuerdos de resentimientos y odio... No quiero seguir aquí Sophie. Y tú te mereces una vida normal, lejos de las persecuciones de brujas, historias...

Sophie reflexionó un poco:

—Pero, ¿y tu madre? Me ha acogido en su casa como a una hija, marcharnos sin ni siquiera despedirnos sería horrible, ¿por qué no le contamos toda la verdad sobre lo nuestro y marcharnos? ¿Tan difícil te resulta contar la verdad?

—¿Es que no te das cuenta? Mi madre jamás querrá perderme, y luego está esa Elfrida. Nos buscaría, y ... siento admitir que nos encontraría. No tienes ni idea de hasta dónde puede llegar esa mujer si se lo propone; nunca me ha dado buena espina.

—¿Tienes miedo de ella no? —aprovechó Sophie para intentar saber más sobre ella.

—Miedo no es precisamente la palabra que elegiría ... pero nunca me ha caído muy bien, y ella lo sabe. La respeto porque es amiga de mi madre, pero jamás perdonaré que se llevara a Eliot. Se cree que puede jugar con las personas como si fuéramos piezas de un juego. Hoy te coloco aquí y mañana allí... Por eso, ahora contamos con la ventaja de que si nos vamos sin avisar tardará en darse cuenta de que hemos huido; y para entonces, ya le habremos sacado ventaja en el camino, y nunca nos encontrarán —dijo totalmente concentrado—. Bueno, ¿qué me dices? Quieres... ¿fugarte conmigo, ahora, esta

madrugada?

Aquella proposición sonó de lo más tentadora para la muchacha, y estuvo a punto de contestar que sí, cuando se acordó de que algo más le retenía en aquel lugar. Su preciado libro. Aún seguía oculto en su escondite del bosque, y aún seguía siendo un secreto para todos los que había conocido. Su actitud complaciente y de emoción cambió de repente. La joven miró al suelo abatida.

—Cámeron, ahora no va a poder ser —contestó solemne.

—¿Qué te ocurre? ¿por qué? —La expresión del cazador había cambiado. Le acarició la mejilla.

—No deseo otra cosa en el mundo que marcharme contigo ahora mismo, pero antes tengo que recoger una cosa que dejé oculto en el bosque, y para cuando lo haya encontrado, ya habrá amanecido y será demasiado tarde para partir.

—¿Qué tienes en el bosque?

—Un libro que me dejó mi abuela.

—Ah, pero... ¿tú también sabes leer?

—¡Por supuesto! ¡¿Qué te habías creído?! —contestó Sophie con gracia.

Se hizo un silencio reflexivo. Cámeron, sostuvo las delicadas manos de la joven bruja entre las suyas, y con una actitud relajada y serena preguntó:

—¿Por qué nunca me habías mencionado ese libro? A ver, no es que me haya molestado, pero no entiendo por qué me lo ocultaste.

—Cámeron yo...—confesó la bruja avergonzada—. Era lo único que tenía realmente mío, mi única posesión, y hubiera querido guardarla en secreto como uno de esos pensamientos que nunca desvelarías, como un tesoro particular... Es mi tesoro.

—Está bien, no quiero que pienses en eso, no te preocupes. Ahora volveremos a casa y dormiremos. Mañana iremos al bosque a por el libro y prepararemos la huida; y cuando caiga la noche... comenzaremos una nueva vida juntos.

Y así lo hicieron. Sophie y Cámeron regresaron sin contratiempos a la casa, ya casi rozando el alba, y durmieron plácidamente en sus camas, teniendo el mismo sueño de fugarse juntos.

A la mañana siguiente, Beccaria, con la habitual vitalidad despertó a

Sophie, para proseguir con sus clases magistrales de brujería.

—¡Buenos días! ¿Qué tal has dormido?

—Por dios, déjame dormir un poco más por favor —Logró balbucear Sophie torpemente.

A pesar de que había podido descansar unas cuantas horas, le dolía todo el cuerpo; hizo ademán de levantarse y magullada logró incorporarse a medias sobre la cama.

—Pero ¿qué te ocurre? Parece que hubieras pasado la noche en una celda —se reía socarrona la bruja zarandeando su preciosa melena rubia mientras negaba con vehemencia.

—Sí...bueno, he tenido pesadillas —contestó Sophie con cautela.

Ahora más que nunca debía guardar su secreto de amor con Cámeron, aunque en aquel momento, por mucho que le doliera la espalda y tuviera los muslos morados, le hubiera gustado gritarle al mundo entero que pertenecía en cuerpo y alma a su amado Cámeron. No pudo evitar sonreír.

—¿Y de qué te ríes ahora? —preguntó divertida Becca.

—Nada... Solo presiento que hoy va a ser un gran día.

Cuando fueron a la cocina, Cámeron estaba sentado a la mesa, aparentemente cansado, y sostenía su cabeza entre sus manos.

—Vaya, vaya, otro que tampoco ha dormido bien —dijo entre risas Beccaria.

Se colocó detrás de su silla, y comenzó a masajearle la espalda.

—Deberías de dejar que te hiciera un masaje un día de estos. Podría hacer que cayeras dormido en un santiamén.

Sophie se retorció por dentro de celos ante aquella escena; apretó los dientes y cerró con fuerza los puños. Debía controlarse y aparentar normalidad; aunque nada le hubiera gustado más que lanzar a Becca dentro de la chimenea como lo había hecho la Gran Elfrida días antes.

Cámeron por su parte, miró de reojo a Sophie, y se retorció incómodo ante las suaves y delicadas manos de Beccaria.

—Becca vamos, se hace tarde.

Esta vez había sido Sophie la que había interrumpido.

—¡Pero bueno! ¿Os pensáis ir sin desayunar? —preguntó de fondo Julia,

que estaba atareada colando unas especies para prepararles un té.

—Sí Julia, tenemos mucho que aprender esta mañana, y no se nos puede hacer más tarde, porque pronto habrá más gente fuera y debemos evitar que nos vean. —respondió Sophie inteligente, mientras retiraba la diminuta cortina de la ventana para cerciorarse de que no hubiera nadie en la calle.

—Está bien chicas, pero no tardéis mucho, hoy comeremos una hora antes.

—¿Y eso? —Intervino Cámeron, aún restregándose los ojos.

—Bueno... quizás tengamos visita. No lo sé, ya veremos; pero, en cualquier caso, venid antes y sin retrasos ¿de acuerdo?

—Está bien Julia, aquí al medio día. ¡Adios! —se despidió Becca con su estridente tono de voz.

—Hasta luego Cámeron —dijo Sophie mientras le dedicaba una de esas miradas furtivas que lo decían todo.

Aquellas en concreto decían “gracias por todo, te quiero, estoy deseando fugarme contigo, estoy deseando poseerte de nuevo...” pero nadie en aquella diminuta habitación pudieron oír esos pensamientos, salvo ellos mismos.

Capítulo 8

A casi cien kilómetros de distancia, en la ciudad de Montpellier, en una habitación con paredes de piedra, con una decoración de lo más exquisita, se encontraba sentada en una robusta silla de roble macizo, una de las brujas más importantes de Europa, y quizás también lo fuera del mundo. Elfrida miraba a través de las cristalerías de la ventana cómo la vida ahí afuera regurgitaba. Mercaderes, vendedoras, ganaderos... todos se movían incesantemente por una de las principales calles, ahí a lo lejos. La vidriera impedía que se vieran nítidas las formas, y por mucho que la bruja forzara su vista para poder diferenciar bien las personas, únicamente se encontraba con rostros desfigurados y poco embellecidos. La magnificencia de dicha bruja brotaba incluso por los poros de su piel...

Llevaría minutos, incluso más de media hora mirando por aquella ventana, pensativa, en silencio; pero erguida a la vez sobre aquella enorme silla, que, en comparación con la mujer, dicha firmeza parecía esfumarse bajo su delicado cuerpo estático, pero tan rígida como una escultura de mármol. De pronto se oyó tras de sí, abrirse una puerta.

—Mi señora, siento mucho interrumpirla. Pero es importante, hemos encontrado a la muchacha. Uno de nuestros hombres ha resultado herido al capturarla, pero hemos logrado reducirla. Ahora mismo se encuentra en...

—¿Sabes Sebastián, por qué el mundo jamás será benévolo con el hombre? ¿Por qué habrá odio, y tronarán guerras hasta el fin de los días? —Inquirió impasible la Gran Elfrida sin ni siquiera volver la mirada hacia él.

Dicha interrupción dejó impresionado y algo confuso al pobre Sebastián.

—No, señora, no me lo había cuestionado nunca.

—Yo te diré por qué. ¿Ves la gente que está en la calle ahora mismo? —preguntó sin moverse. El hombre entró inseguro en la habitación, dio unos pasos hasta el ventanal, entonces miró a través de ella y dijo:

—Sí, veo la gente, de manera borrosa, pero sí, están ahí.

—Exacto querido amigo. Así es como vemos realmente a las personas; tras una vidriera que distorsiona la imagen del hombre. Jamás sabremos cómo son y en qué piensan en realidad, y es por eso, por lo que seguirán existiendo las decepciones, la envidia, el odio, las batallas y consecuentemente la muerte.

Sebastián permaneció impactado y pensativo a la vez ante su respuesta, y asintió lentamente con vehemencia. Sus pulsaciones ya se habían estabilizado, y volvía a respirar con serenidad por la nariz.

—Pero, mi fiel amigo, ¿sabes por qué aún eres mi “fiel” y “amigo”?

De nuevo, otra pregunta desconcertante para el sirviente que no podía seguir el hilo de la conversación.

—No, señora —le pareció la respuesta apropiada e inequívoca.

Esta vez, la poderosa bruja sí se giró hacia él, mirándole directamente a los ojos. El joven respondió con la misma intensidad de aquella mirada, sin parpadear siquiera. Entonces contestó:

—Porque yo sí puedo ver a las personas a través de un cristal nítido, es más, puedo verlas sin ningún cristal de por medio, y es por eso que sé que tú jamás me traicionarías, y es por eso también, por lo que aún sigues con vida.

Esta última afirmación le hizo tragar saliva al hombre que, sin haber cometido ningún error, le parecía haber ofendido de alguna manera a su señora.

—Mi señora, ¿he hecho algo mal? —preguntó bajando la vista al suelo.

Sebastián era un hombre de unos treinta años, que se había criado en una familia humilde de campesinos. Cuando creció, el destino le deparó un lugar junto a Elfrida; aunque en realidad, ella lo eligió en cuanto lo vio. Era un alma pura, ausente de odio, envidia y resentimiento, en la que supo que podía confiar en cuanto se lo cruzó aquel frío día de invierno, hacía ya diez años. Él era un hombre sencillo, sin grandes aspiraciones en la vida, salvo la de formar una familia y ganarse el jornal honradamente. Para Sebastián fue una suerte haberse topado con Elfrida, puesto que ella siempre lo había tratado con respeto hasta el día de hoy.

Él había respondido siempre de la misma manera, y era su principal confidente con respecto al mundo paralelo de la magia. Aunque no sabía quién era exactamente Elfrida, sí tenía una ligera idea de a qué se dedicaba en su

tiempo libre, y de qué manera ayudaba a las desdichadas cuyo destino era la hoguera.

—De ninguna manera, no has hecho nada malo, simplemente quería que supieras cómo funciona el mundo. Ahora, termina de informarme, quiero que me ayudes a solucionar otro problema que tengo pendiente en Montbazin — contestó Elfrida entornando los ojos.

—Sí, mi señora. Como le decía, la muchacha se encuentra en el establo de Framcome; allí no dará problemas. Tiene un gran espacio para ella sola, y una cama de paja, comida y agua. Ya ha entrado en razón y va a agradecer vuestra ayuda.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó tajante.

—Algo así como Josie o Joisei —respondió avergonzado, rascándose una oreja—. No lo sé exactamente mi señora, Framcome fue quien habló con ella, mejor dicho, peleaba con ella, mientras yo vigilaba en la puerta del establo. Al principio estaba fuera de sí, y no quería responder a ninguna pregunta; creía que la íbamos a matar o algo. Lo que sí sé es que sus antiguos señores —que dios los tenga en su misericordia— la llamaban Jo.

Elfrida se sentía cada vez más intrigada respecto a este caso, y desgraciadamente, era una persona cuya virtud no era precisamente la paciencia. Estaría dispuesta a conseguir esas respuestas que necesitada ese mismo día.

—¿Estás seguro de que no es una bruja?

—Ella ha jurado y perjurado en nombre de Dios que no lo es, pero claro, puede que nos esté engañando, usted podrá averiguar eso mejor que nosotros. En cualquier caso, esta mujer es peculiar, no solo por su apariencia, sino por la manera de actuar. No puedo concluir con certeza que sea una bruja, pero desde luego puedo afirmar rotundamente que esa chica está loca. A veces se porta con normalidad y de repente se queda sin habla, o balbucea cosas ininteligibles. Quizás no esté loca del todo, pero puede que tenga algún retraso —Concluyó Sebastián hablando como un auténtico conocedor de la materia.

—Es suficiente —Sentenció con energía mientras la delicada beldad se levantaba del robusto asiento.

Ese día llevaba un vestido largo y negro, con borlados blancos en los

hombros y el colgante de ónix, como el que Sophie tenía, acompañando su indumentaria. En la habitación no corría ninguna brisa. El aire espeso del verano se había anidado en aquella atmósfera, y Elfrida empezaba a necesitar más que nunca una bocanada de aire fresco, aislarse en el bosque, un paseo en contacto con la naturaleza, en definitiva, un aquelarre...

Lástima que tuviera que esperar a la siguiente luna llena para volver a hacer uno. Mientras tanto, tenía asuntos más importantes que atender en ese preciso instante.

—Muy bien, abordemos otro asunto —dijo dirigiéndose a un armario gigante.

Sacó un recipiente de tinta, una pluma y una hoja de un grosor considerable. Seguidamente se lo entregó a Sebastián. Éste, sin mediar palabra y automáticamente, se dirigió a una mesa con los bártulos. Y una vez en posición, miró a su señora a la espera del dictado:

“Estimado Lord de Kaisersberg:

Hace casi veinte años que no nos vemos, estimado amigo, pero quiero que sepas que recibí tu mensaje hace tres años para anunciarme que te mudabas al Inglaterra del Norte. Tengo entendido, que allí la peste ha sacudido al pueblo con más virulencia incluso, que en el resto de Europa. Ni siquiera sé si seguirás con vida querido amigo, pero quería que estuvieras al tanto de un asunto de gran relevancia que considero elemental que conozcas. Durante estos últimos años, la caza de brujas ha sido criminal. El exterminio está siendo abrumador: Leonor de Nassau, Juana Dorat, entre otras... mi temor a extinguirnos se acrecienta cada vez más; sobre todo a perder el buen linaje de sangre suprema. Es precisamente por eso, por lo que te escribo amigo mío.

No sé si, hoy por hoy, recordarás a Elissa Boutreau. Estoy segura de que sí, pues podría decirse que fue la más reconocida en nuestro último “petit comité”. Bien, pues a Elissa la asesinaron pocos años después, no sin antes haber dado a luz a una niña. Digo que fue asesinada, porque cuando la encontraron en su casa, muerta, había un cadáver de un hombre junto a ella; lo que dio que pensar que, a quien o quienes fuese los que intentaron acabar con su vida, les costó hacerlo. En cualquier caso, no se supo muy

bien lo que ocurrió exactamente, aquella noticia fue algo turbia.

La hija de Elissa, Sophie, es una hechicera neonata, pues desde que murió su madre jamás tuvo contacto con la magia, pero créeme cuando te digo que veo en ella la energía más potente y la luz más intensa que jamás he percibido en el alma de cualquier ser humano. Lo irónico de todo esto es que ni siquiera ella sabe tal poder que alberga en sus venas. Mi petición y sugerencia, desde mi buena intención de preservar nuestra “raza” es que vengas a Francia y te unas a ella bajo la tapadera de un sagrado matrimonio. Confía en mí, jamás se lo hubiera pedido a ningún otro si no supiera que eres el mejor, el más poderoso de todos los brujos que he conocido. El único inconveniente será quizás la edad. Reconozco que has vivido una larga vida llena de razón natural que superaría la recolectada en dos vidas cumplidas. Incluso los pájaros habrán visto crecer ya tu cabello canoso. Pero Sophie es una mujer muy especial, y ahora mismo se encuentra perdida. No habrá ningún problema en vuestro enlace y estoy plenamente segura de que aceptará de buen grado vuestra unión. Se lo debemos al mundo Erik. Te envío con esta carta a uno de mis hombres de confianza, que te traerá inmediatamente de vuelta si aceptas este favor, o deber, que te ofrezco.

Elfrida.”

Cuando terminó de elaborar la carta, sin más dilaciones le ordenó:

—Dile a Romeo que se prepare para hacer un viaje. Tiene que llevar esta carta a Escocia inmediatamente. Ahora Sebastián, prepara mi carruaje, hoy mismo partimos a Montbazín de nuevo.

Mientras tanto, Sophie aspiraba profundamente el aire fresco de la mañana con los ojos bien cerrados, así como se lo había ordenado Beccaria. Repitió el gesto hasta tres veces más. Estaban en mitad de la flora salvaje, sentadas sobre una gran piedra que había en mitad de la frondosidad. Corría una brisa ciertamente confortable.

—¿A que estás más relajada ya? ¿Puedes sentir cómo el aire invade todos tus pulmones? No dejas de estar en contacto con otro elemento, el viento. Repitamos el ejercicio una vez más.

—¿Otra? Ya estoy cansada Becca. Llevamos toda la mañana respirando...

Sí, ya sé que suena raro, pero lo cierto es que cansa ser consciente de un simple gesto tan fácil como este.

—Bueno, te comprendo, no te preocupes, podemos seguir mañana. ¿Volvemos a casa? Ya es la hora.

—Vete tú. Necesito estar un rato a solas, si no te importa Becca.

La cómplice de Sophie se quedó un poco atónita al escuchar esa respuesta que no esperaba para nada, porque a ella jamás se le habría ocurrido eso, ya que detestaba estar sola, pero aun así respetó su decisión.

—Nos vemos en casa pues, pero no tardes demasiado, sabes que Julia nos está esperando.

Cuando la joven perdió de vista el contoneo de su coleta, se puso manos a la obra; y corrió bosque a través, en busca de su antigua guarida donde escondía su preciado tesoro. Le costó un poco orientarse, ya que en dos ocasiones tuvo que esconderse por unos pasos que rondaban por el lugar, pero tras media hora de búsqueda logró encontrar el sitio.

Volver a destapar aquella madriguera humana, le trajo nostálgicos sentimientos, a la vez que duros. Había sido el primer lugar donde había expresado su angustia después de su “destierro” de Montarneau.

Sophie ya había olvidado el olor mohoso que se impregnaba en las paredes de aquel nicho, y por un momento arrugó la nariz queriendo expulsar aquel aire viciado de inmediato. Tardó unos segundos en acostumbrar la vista dentro de aquella penumbra, pero finalmente vio una sombra en el fondo. Palpó el libro y lo cogió. Hacía semanas que no lo había visto, pero le habían parecido meses. Acarició la tapa cuarteada con sumo cuidado, y lo entreabrió para oler el aroma de aquellas páginas gastadas por el tiempo. Así y solo por un segundo, le pareció estar más cerca de su abuela, y de su antigua y pacífica vida.

De pronto escuchó a lo lejos varias pisadas de caballos a galope. Su instinto le hizo encogerse, a pesar de que estaba aún en el agujero y sería muy improbable que alguien la viera. Aquel galope salvaje resonaba cada vez más cerca, allí por el camino de tierra que se encontraba a lo lejos. Se quedó inmóvil acechadora como lo había hecho tiempo atrás, así pues, entornó los ojos esperando ver aparecer a los caballos en cualquier momento. En cuestión

de segundos pudo cerciorarse de que se trataba de más de un caballo, en concreto tres grandes ejemplares blancos. Quienes iban sobre ellos eran sin duda del Reino o la Iglesia, o por lo menos dos de ellos, que portaban unos blasones blanco y rojo a juego con algunos detalles de su vestimenta. Aquellas dos tonalidades le supieron un regusto amargo tras recordar a los hombres de la Inquisición que visitaron Montarneau el día en que la persiguieron. El tercer hombre llevaba una ropa singular, roja y burdeos, con grandes mangas de globo.

Sophie no pudo evitar sentirse perseguida como el primer día, dado que el momento que la envolvía parecía sacado de hacía semanas. Anduvo con paso acelerado con el tosco libro bajo el brazo, deseando llegar lo antes posible para no tener problemas con Julia. Se preguntaba dónde lo iba a esconder, ya que la casa de Julia únicamente contaba con una puerta. Cuando estaba accediendo ya a la aldea por la entrada oeste, advirtió que tampoco podía dejar que nadie de sus vecinos la vieran con un libro, pues rápidamente la señalarían de bruja, así que se bajó en un momento junto a los juncos que había en el río y colocó el pesado libro entre las malezas.

Cuando lo soltó y entró en la aldea, ya con un paso más relajado sintió haberse quitado un peso de encima, por dos razones; la primera de ella es que había conseguido con éxito sacar el libro sin que nadie la viera, y la segunda, era que ya no tendría cabos sueltos para abandonar aquel lugar con su amado en unas horas.

La sensación de calma duró poco, pues el bullicio de gente que atestaba la aldea no era el habitual. Los vecinos cuchicheaban asustados, sobre algo que no podía escuchar. Las madres llevaban a sus hijos en brazos con claro terror en sus facciones; Sophie se cruzó con una anciana que rezaba en voz alta y se santiguaba. Aquello definitivamente no tenía buena pinta. Su instinto le hizo guiarse hasta la plaza de la muralla derruida donde la noche anterior había estado con Cámeron, era el lugar quizás con más espacio para una posible reunión. Cuando llegó allí sintió una punzada de dolor en el estómago al ver la escena que trascendía. Aquellos dos hombres con los blasones, escoltaban al tercer que se había situado en un altar, con un pergamino en la mano. Se trataba del pregonero oficial de Montpellier. Sophie recordaba vagamente en

Montarneau a aquellos hombres. Iban por las calles pregonando cualquier tipo de noticia, si bien a veces también se hacía publicidad en ese acto a algunos comerciantes, pero rara vez se traían alguna noticia para anunciar algo que no fuera local.

—Cristianos de la aldea de Montbazín, he sido enviado aquí de urgencia en nombre de su Ilustrísima el Obispo de Montpelliere para comunicaros otra amenaza del infierno. Recientemente, escapó una bruja de nuestra aldea vecina de Montarneau, aún en busca y captura —dicho esto Sophie pegó un respingo, pero nadie a su alrededor se percató pues estaban sumidos en la lectura del pregonero. La joven se escondió entre el gentío y siguió escuchando con la capucha puesta—. Bien, pues otra reciente impía ha sido descubierta. Se encuentra en busca y captura también para su muerte en la pira. Estas brujas vienen dotadas de una sabiduría extrahumanas, como regalo del propio Satanás, por lo que son muy astutas y saben esconderse bien. Sin embargo, esta última lleva el mal escrito en su piel oscura, para que todo el mundo pueda reconocer su procedencia del infierno.

Acto seguido, uno de sus escoltas con los que había llegado, soltó sistemáticamente el blasón blanco y rojo, y se sacó de un saco un pergamino de papel, lo desenrolló y lo mostró al público presente:

—Ohhh.. —Exclamó el bullicio.

Sophie capturó con la mente el rostro del dibujo que aquel hombre sostenía, fijándose en los ojos, en los labios y en la nariz de aquella muchacha que no parecía muy mayor que ella, aunque sus facciones sí que parecían ambiguas.

—¡Silencio! Debes conocer el delito contra la vida que ha cometido esta víbora. Está acusada de doble asesinato, y es muy peligrosa, por ello y en nombre de la iglesia, debe ser llevada inmediatamente ante la hoguera, para que Dios pueda purgar sus pecados o mandarla al infierno.

La gente se revolvió de nuevo y se comenzaron a lanzar vítores a la Inquisición y a la Santa Iglesia.

Sophie pensó que ya había oído suficiente, y era el momento de marcharse. Se volvió lentamente y andaba como un fantasma entre la gente, preguntándose cómo reaccionarían en ese momento si supieran que ella era una bruja. Sin

embargo, sólo obtenía codazos y empujones de las emociones de los fieles, que ni siquiera se fijaron en ella, salvo una niña que iba de la mano de su madre. Le sorprendió que alguien sí se interesara por ella y le devolvió la mirada sin pestañear, y entonces la pequeña le hizo burla con la lengua y se escondió detrás de las faldas de su madre. Sophie ignoró divertida el gesto y siguió con paso firme hasta la casa.

Cuando estaba a punto de entrar en la casa, un golpe a sus espaldas le hizo girarse.

La vecina de enfrente a la que había robado el bizcocho estaba en el suelo:
—¡Ay por Dios, que alguien me ayude!

El primer instinto de Sophie fue ir a socorrerla, sin embargo, a los dos pasos se paró en seco. Si le veía la cara sabía que se acabaría todo. Aun así, siguió caminando hacia ella, con la capucha y cabeza gacha, dispuesta a ayudarla. Cuando ya estaba casi encima de ella, no se descubrió el rostro, simplemente le tendió una mano.

—Gracias chiquilla, muchas gracias. He resbalado, casi no puedo moverme. ¿Tú eres Beccaria no?

Sophie comenzó a toser sin parar, hasta que dijo:

—No quiero contagiarle.

La acompañó hasta su puerta y se marchó.

—Muchas gracias guapa, gracias.

Sophie volvió sobre sus pasos y entró aliviada en la casa. Cuando entró el ambiente que encontró en la cocina estaba bastante tenso. Los tres comían en silencio en la mesa.

—Por dios Sophie ¿dónde te habías metido? ¡Me tenías preocupadísima! ¿Es que acaso no has visto a la Inquisición en la aldea? Podría haberte pasado algo...

—Lo siento Julia, quería saber qué pasaba y no pude evitarlo —se disculpó Sophie de corazón.

—Que no vuelva a ocurrir. Creí que había quedado bastante claro que debías estar en casa pronto. En cualquier caso, hoy tenemos un banquete que celebrar —dijo Julia dirigiéndole una mirada llena de orgullo a su hijo.

—¿Y a qué se debe? —Quiso saber curiosa la muchacha.

—Hoy Cámeron ha conseguido cazar tres conejos y una perdiz. Está hecho todo un hombre ya. No sé que haría yo sin él en casa —Concluyó mirando el plato que tenía delante.

Sophie y Cámeron se miraron cómplices y culpables a su vez, ya que en pocas horas Julia podría descubrir lo que se sentía, por sí sola.

El resto del día transcurrió sin grandes novedades, sin embargo, para Sophie y Cámeron eran momentos cruciales y de alta tensión, que intentaban disimular. Una vez caída la noche, ambos jóvenes esperaron a que el resto de la familia se fuera a dormir.

—Bueno chicos, no aguanto más este sueño. Ha sido un día de mucho ajetreo con la nueva llegada de la Inquisición a Montbazín. Vosotros tres no os acostéis muy tarde —se despidió Julia.

—Es verdad, pobre Julia, no ha parado en todo el día. En realidad, ha venido bien el trabajo en casa, pues el día de viento se ha vuelto prácticamente huracanado, y no habríamos podido progresar mucho. Ya hemos estado en contacto con el agua y el aire. Mañana trabajaremos la tierra, y en el próximo aquelarre, el fuego —comentó exitada Beccaria—. Estoy segura de que cuando Elfrida regrese podrá ayudarte aún más—aseveró—. Os veo muy callados chicos, ¿pasa algo? —Preguntó intuyendo cierta tensión.

—No, nada —contestó inmediatamente Cámeron.

—Ya sé lo que ocurre. Estarás agotado del día de caza, es normal. Tienes los reflejos de un felino, la estrategia de un general de batalla, y la fuerza de un gigante...

—Ya está bien Becca —la interrumpió Sophie.

No le estaba gustando el tono con el que su amiga halagaba a su amado. Se había percatado de que esos últimos días únicamente se había dirigido a él para adularle. Sabía que no debía sentir celos, pues Cámeron la detestaba, pero a veces era tan cansina que no dejaba hablar, y su estridente voz se le anidada en su mente sin retorno.

—¿Disculpa? —le contestó esta vez molesta Beccaria.

—He dicho que ya está bien. ¿Acaso no te cansas de hablar en algún momento? ¿no puedes entender que el resto de los mortales necesitamos un pedacito de nuestra mente sin intoxicar con tus ideas, tus quejas y tus méritos?

¿Podrías acaso guardar silencio este sagrado momento antes de dormir? — replicó Sophie con un tono aún más sombrío que el que Beccaria había usado.

Acto seguido, la joven rubia se levantó de su asiento, y sin mediar palabra se fue a su habitación.

—Sophie... ¿no has sido un poco dura? —se lamentó Cámeron.

—Es posible, pero a parte de que no me quito cierta razón, era la única manera de librarnos de ella, y necesitamos hablar de lo que va a pasar esta noche —respondió impasible.

—Tienes razón.

Sin más dilación, el cazador se levantó de su silla y se fue a un arcón de madera que había junto a la puerta. De él, sacó un hato y lo puso sobre la mesa.

—Esto es lo que he podido reunir durante el día sin que mi madre se diera cuenta.

Acto seguido deshizo el nudo y sacó un mollete de pan duro, un conejo muerto y tres huevos.

—Es el último que he cazado esta tarde, así que aguantará bien hasta mañana. Lo que debemos es coger algo de abrigo y salir de aquí inmediatamente.

Cámeron hizo amago de levantarse de su silla, pero Sophie le cogió de la mano, obligándole a tomar asiento de nuevo. La joven estaba pálida y despeinada, cansada de toda la tensión acumulada, aún así, preparada para huir de ese lugar.

—Cámeron, este momento es crucial en tu vida. Yo hace meses que dejé mi hogar, y no me importaría abandonar este también, porque sé que ahí donde vaya estaré bien, siempre y cuando tú estés a mi lado. La pregunta es, ¿de verdad quieres esto? Lo más probable es que nunca volvamos a ver a Julia, ni a Elfrida, ni a Becca...

—Sophie. Quizás me pese no volver a ver a mi madre, pero estoy convencido de que tengo que abandonar este sitio, y llevarte conmigo. Es la única forma de salvarte. Es la única forma de salvarnos —Terminó la frase en un susurro mientras le acariciaba la tez helada.

Tras un intenso beso, Cámeron dejó el hato de nuevo al lado del arcón, y

ambos se dirigieron a prisa a coger algo de abrigo.

En cuando se encontraron de nuevo en la sala y ya se disponían a salir en mitad de la noche, alguien tocó a la puerta de la casa. Ambos se quedaron petrificados, y aunque parecía que la adrenalina del momento era imposible de superar, en ese preciso instante todos los sentidos estaban puestos en esa puerta de madera un poco mohosa. Sintieron cómo la sangre se les subía a la cabeza, y cómo les pitaban los oídos por aquella intromisión.

Otros tres golpes les hicieron salir de su aturdimiento y dieron un respingo, lo cual hizo que a Sophie se le cayera la capa, sin embargo, Cámeron escondió el hatillo bajo la mesa, se dirigió con temple a la puerta y la abrió con decisión.

Elfrida se encontraba detrás del quicio, con su erguida compostura y con cara de pocos amigos. A su lado, una figura más bajita y encapuchada trataba de esconderse tímidamente tras la gran bruja.

—¿Acaso voy a tener que solicitar un permiso real o me vas a dejar pasar? —le espetó a Cámeron.

El joven aún sin salir de su asombro se apartó de la puerta y les cedió el paso. Dentro, Sophie ya se había sentado en una silla. A Julia se la escuchaba desde su habitación cómo inquieta y agitada surgía rápidamente hacia la sala.

—¡Por el amor de dios!, ¿pero ¿qué es este escándalo? ¿Quién en su santo juicio viene en mitad de la noche a molestar a esta humilde familia? —se quejó.

En cuanto hubo cruzado la esquina, las legañas se le saltaron de abrir los ojos como lo hizo.

—¿Elfrida? Perdona, no esperaba tu visita, ¿estás bien? ¿qué ha pasado?

—Soy yo la que debe pedir disculpas querida amiga, he venido en cuanto he podido, y se me ha hecho imposible enviarte si quiera un mensajero para avisarte. He traído conmigo el asunto de gran urgencia del que te hablé antes de marcharme, y era algo que solo podía hacer a estas horas.

Detrás de ella reapareció una pequeña figura que se escondía, encapuchada hasta ahora, con cierta inseguridad.

—Vamos, Jo, no tengas miedo, todos en esta casa queremos ayudarte.

Lentamente la encapuchada se descubrió el rostro. Julia, poco católica desde hacía algunos años, se santiguó al instante en cuanto la vio. Un silencio

sepulcral invadió la sala repleta de personas. Sophie reconoció enseguida a la joven de la capucha, con el rostro ambiguo que había visto dibujado en el pergamino aquella misma tarde. La joven, de no más de veinte años tenía la cara hendida en dos porciones, pero a cuál de los contornos más enigmáticos. Su tez era de color tostada, y bajo dos hileras de abundantes pestañas tenía unos ojos negros tan opacos que causaba impresión mirarlos directamente. La joven permaneció inquieta y avergonzada ante los demás, cabizbaja y con los brazos lánguidos. Parecía tener algún tipo de tic en sus dedos índice y corazón de la mano derecha, los cuales movía compulsivamente a un ritmo desacompañado.

—Querida, siéntate por favor, debes estar congelada —rompió el silencio Julia acercándose a la muchacha para abrazarla.

Ella solía tener ese don de calidez, que le daba un aspecto de lo más dulce, y que transmitía ese afecto, como si de una madre se tratara.

—Cámeron por favor, enciende el fuego —le pidió Elfrida.

Este apenas había mirado a la recién llegada, sino que se había limitado a asimilar con la mirada perdida el golpe de suerte acababa de tener. Todas sus ilusiones de escapar, su sueño por huir con Sophie de todo aquello, acababa de esfumarse por completo. Sophie le acompañaba en el sentimiento, y por un momento sus miradas encontradas, llenas de decepción les consolaron. No hacía falta más. El muchacho obedeció y empezó a preparar un fuego en la chimenea.

—¿Cómo te llamas querida? —preguntó Julia.

—Me... me llamo Josie, pero mis benefactores me llamaban Jo.

Sophie miraba expectante la escena; y a pesar de que su reciente anhelo por huir se había esfumado, sentía una inevitable curiosidad por aquella muchacha, que se había convertido en el centro de atención de los allí presentes. La joven empatizaba con Jo, y podría imaginarse cómo se sentiría ahora mismo.

Todos salvo Beccaria, que se había obligado a dormir después de las palabras de Sophie, se sentaron en el poco espacio de la sala. Julia hizo la pregunta que le llevaba rondando en la mente desde que la visita le sacó de su sueño:

—Entonces... ¿es otra bruja?

—No. Definitivamente no. Su alma es lo más terrenal que existe, a parte de ser bondadosa. Su acusación es totalmente falsa, y eso no lo sé porque Josie me lo haya contado, sino porque lo sé.

—En ese caso, ¿por qué te persiguen como tal? ¿y, cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Sophie, que hasta entonces se había mordido la lengua.

—Yo... Bu, bueno mi familia y yo, vivíamos en la isla de Creta —comenzó balbuceando la joven—. Allí había una de las mayores colonias de gitanos que ha existido —asintió con orgullo—. Aún recuerdo mi tierna infancia, jugando en los campos de trigo en aquellos atardeceres de verano. Nada tenía que ver con esto. Aquí siempre hace frío en verano, y aún más cruel es el invierno. Mi hermano menor aprendió el oficio de mi padre como zapatero, y solían deambular por toda la isla vendiendo el género. No había feudos. No había diezmos de ningún señor. Éramos el pueblo viviendo en armonía, en aquella agradecida tierra a la que siempre llamaré hogar —narraba Josie con la voz quebrada—. Un día hubo una invasión. Unos bárbaros asediaron el poblado y masacraron a mi gente, quemando todo aquello por donde pasaban. Toda mi familia murió atrapada en un incendio en mi casa —hizo una pausa. — Recuerdo con flashes aquellos momentos. El crujir del techo, mirar hacia arriba y ver una viga de madera volando hacia mi cara... De aquel fatídico día no recuerdo nada más. Me contaron que unos paisanos que pasaron fortuitamente por mi casa, en su huida, me vieron cuasi sepultada entre las vigas aún con vida, y me sacaron de allí. Mi familia no tuvo tanta suerte... estos vecinos de Creta, se dirigían a zarpar de urgencia, en un barco que transportaba muebles del Reino de Cambay, y que se encontraba atracado aquella semana en la isla. Partimos enseguida, sin nada más que nuestros propios pellejos hacia Italia.

El viaje en barco fue lo más duro que he vivido en mi vida. Con la cara abierta, las heridas supuraban pús día sí, día no. Había momentos de lucidez en los que veía claro que iba a recuperarme y a salir de aquello. En otros, sin embargo, se tornaban oscuros y difíciles. Cuando no era la infección que me quemaba la sangre, lo hacían los vaivenes del barco, de los cuáles no me terminé acostumbrando nunca. Mis salvadores fueron una pareja muy humilde,

aún más de lo que habían sido mis padres, y apenas tenían para comer ellos mismos. A pesar de las numerosas curas que me hicieron durante el viaje y todo el cariño que pude recibir de ellos, dadas las circunstancias, no podían mantenerme; ni yo podía valerme por mí misma entonces; así que una vez desembarcados en Venecia, me pusieron a la venta como criada. ¿Qué otra cosa podía hacer una chiquilla de quince años con el rostro desfigurado?

Muy a mi pesar, estuve conforme, pues no hubiera tenido ninguna otra opción allí, salvo la de mendigar en aquel nuevo mundo en el que todo me daba miedo. Prefería tener la protección de alguien, y trabajaría gustosa. La despedida con mis vecinos fue dura, ya que los vínculos que creamos durante el viaje fueron muy fuertes, y yo sé que ellos lo sintieron más que yo.

Respiró hondo y le dio un par de tragos a la sopa que Julia le había puesto por delante. Josie narraba su propia historia sin levantar la mirada, con un hilo de voz permanente, como si estuviera leyendo su propio testamento, y sin un ápice de emoción al respecto.

—No les guardo rencor, ellos no me abandonaron, simplemente acepto que no pudieran cuidar de mí. Casualmente una pareja de exploradores pertenecientes a la nobleza, paseaba aquella calurosa mañana de julio por la plaza del mercado y se fijaron en mí. No sé que vieron, a parte de una desgraciada que apenas podía permanecer en pie, pero me compraron, eso sí a muy bajo precio, para servirlos nada más y nada menos en su propia casa. Sobra decir que esta pareja, mis buenos benefactores, Jane y Philipe Amis, que dios los guarde en su gloria, era muy adinerada y no residían en Italia, sino que estaban de visita en aquella ciudad.

Pronto me familiaricé con la cocina de la mansión donde nos hospedábamos provisionalmente. Allí, mi tarea normalmente solía ser ayudar a la cocinera a desgranar las legumbres o pelar cebollas; en otras ocasiones mi labor era cardar la borra que el señor Amis me traía... Poco a poco mis heridas sanaron, y me habitué tal a ese estilo de vida del que ya ni siquiera reconocía mi reflejo, literalmente. En aquella etapa olvidé a la antigua Josie, alegre y jovial que jugaba en los campos de cereales. Adopté su idioma, sus costumbres y me hice a mi nueva vida. Desafortunadamente comenzaron los brotes de peste en la capital, así que mis señores decidieron sin esperar a

partir hacia Montpelier, que es de donde eran originarios. Pensaban, que, si llegaban a enfermar, por lo menos querían morir en su hogar.

Naturalmente, y por mi buen servicio, me llevaron con ellos. Hasta entonces no habían tenido quejas de mí, y mi trato hacia ellos había sido indirecto, puesto que no se nos permitía salir de la cocina, y los criados no dormíamos en la casa señorial, sino en el establo calentadas junto a los bueyes.

De camino de vuelta pasamos por Nápoles, donde mis señores siguieron llenando arcones rebosados de obras de arte, muebles y cubertería nueva entre otros enseres. Con ellos pretendían terminar de ornamentar su casa de Montpellier.

Cuando nos instalamos definitivamente en Francia, me asignaron la tarea de servir en el salón, ya que con la llegada de antiguos cocineros tuvieron exceso de personal. Para mí fue todo un honor poder servir personalmente a mis benefactores a los cuales prácticamente no había visto desde que me compraron, y ya que mi vida hasta entonces se resumía a la cocina y al establo. La señora Jane era regordeta y de unos cincuenta años. Recuerdo cómo me miraba cuando el señor Amis me eligió en el mercado. Me observó con desagrado, como si fuera un insecto insignificante. Mi cara no era demasiado agradable entonces; pero cuando llegué a Montpellier medio año después mis heridas habían cicatrizado bastante y ya no se me hacía difícil poder mirarme en el espejo. Sin embargo, la señora Jane me seguía mirando de la misma manera. No así Philippe, que en su mirada podía desvelar el cariño con el que alguien desea curar un cachorro herido. Mi respuesta fue la gratitud por haberme salvado la vida, pues quién sabe dónde hubiera podido malparar en Venecia.

Qué felices y satisfechos se les veía de haber llegado con vida a su casa y de disfrutar de todas las reliquias que habían comprado. Cuando ponía y retiraba la mesa, la señora Jane hacía buen hincapié en que limpiara con esmero su nueva cubertería de hierro. A los criados se nos tenía terminantemente prohibido comer en la vajilla de nuestros señores, pero, en cualquier caso, ni por todo el oro del mundo la hubiera utilizado. Detestaba su tacto, y me desagradaba el olor, incluso limpiarlo resultaba tedioso. Al cabo

de unos meses los señores cayeron enfermos, poco a poco. Diarreas, dolores de cabezas, desmayos, insomnios, delirios, sumidos en una continua indigestión. El resto de los criados comíamos de la misma comida y bebíamos de la misma agua, sin embargo, nadie enfermó; la única diferencia residía en que ellos comían de aquella vajilla y los criados en la de madera. Al poco mis benefactores murieron. Primero mi buen señor Phipipe Amis. La noticia fue bastante triste y sacudió a toda la alta nobleza de la ciudad, pues eran muy conocidos. Entonces aquellos rumores que yo había tratado de ignorar explotaron en la mismísima boca de la señora Jane. Tras el reciente fallecimiento de su marido, ella se encontraba postrada en la cama, al igual que en los últimos días de vida de su amado. La señora desesperada por encontrar al culpable de su enfermedad y de la reciente muerte de este, me culpó a mí de envenenarles la comida, y de hacerles brujería para que enfermaran.

Al final pasó lo que me temía, y en cuestión de un par de días la señora Jane murió y no tardaron en acusarme de brujería. Ya había oído qué eran las brujas, que hasta que llegué a Europa, era una especie desconocida para mí, y, a decir verdad, yo también les temía. Fue entonces cuando comenzó mi huída, ya que sabía lo que le hacían a las brujas. Permanecí escondida en la ciudad hasta que los hombres de Elfrida me encontraron.

Una lágrima resbaló por fin por la mejilla de la joven, y los presentes en la sala agacharon la cabeza. A todos les resultaba duro oír cómo la vida había tratado a aquella muchacha, cuyo destino estaba en ninguna parte.

Sophie se había percatado de que su tic en los dedos no había cesado, y también pudo darse cuenta, mientras la observaba en su narración, de cómo a veces parpadeaba gravemente, como si le costara coordinar su propio pestañeo. Lo había contado todo con bastante oratoria, que en absoluto le hacía justicia con su apariencia.

El tiempo de presentaciones se agotó; Elfrida se marchó y el fuego terminó de apagarse. Josie durmió junto a Sophie en su lecho, y el resto en sus respectivas habitaciones. Justo antes de dormir los pensamientos de Sophie y Cámeron giraban en torno a su intento fallido de fugarse. La adrenalina había cesado y con ella, aquellos sentimientos de miedo y esperanza mezclados.

Ahora ambos tenían un cansancio tanto físico como mental, puesto que muchas preguntas se hacían en sus cabezas. ¿Volverían a tener la oportunidad de huir de allí? ¿acaso esa inoportuna visita había sido una señal que no debían obviar y debían quedarse en aquella aldea toda su vida?

Capítulo 9

Un alarido de terror despertó a Sophie de su plácido sueño, ya muy entrada la mañana.

—¡Socorro! ¡Aaaah!

Sophie cardiaca se incorporó sobre la cama y vio que Beccaria estaba con el rostro más desencajado que la propia Josie, la cual temblaba junto a ella.

—¡Cálmate Becca! Es una nueva invitada de Julia.

—¿Que qué? —preguntó entre jadeos.

—Tranquila. Es nuestra amiga. Se llama Josie —la presentó con la naturalidad con la que se lo hicieron a ella.

—Hola —Contestó Jo tímidamente tapándose hasta los ojos con la manta.

Beccaria se quedó traspuesta unos segundos, entonces Cámeron entró en la habitación:

—¿Qué ocurre? ¿Estáis todas bien?

Parecía que él no había dormido muy bien. Tenía cierta palidez en la cara y se marcaban dos sombras ojerosas bajo los ojos. Sophie era consciente de ello, pero aún así, le parecía el hombre más guapo del mundo.

—Estamos bien gracias, solo me he asustado un poco, no esperaba encontrar a... —hizo una pausa intentando escoger algún calificativo que no ofendiera a la deformada inquilina—. No esperaba encontrar una extraña en mi habitación.

—Sí bueno, anoche te perdiste una historia bastante interesante sobre nuestra amiga.

—Me hubiera gustado escucharla, pero estaba demasiado cansada de escuchar a alguien —Espetó Beccaria con reticencia mirando de reojo a Sophie.

Aún no le había perdonado por aquellas palabras groseras, y solo ella sabía que acabó dormida entre lágrimas.

El resto de la mañana transcurrió tranquila. Beccaria le enseñó la pequeña

casita a Jo, y mientras iba haciendo migas con su nueva y misteriosa amiga, Sophie conspiraba de nuevo con Cámeron:

—Tengo que salir de inmediato al bosque de nuevo. Tengo que devolver el libro donde estaba —le susurró con urgencia.

—Está bien, te acompañaré.

—No. Prefiero que te quedes aquí vigilando al personal. Elfrida podría salir a buscarnos, o Becca. Prefiero ir sola, tranquilo no me pasará nada, y regresaré antes del atardecer.

Cámeron frunció el ceño con gravedad y tras refunfuñar un poco, le plantó un beso fugaz en su frente. Ambos se hicieron el amor con la mirada, y ella le devolvió el beso en su mano.

Una vez en la linde de la aldea, Sophie caminaba con paso ligero bajo la capucha. Encontró el libro justo donde lo había dejado. La cubierta estaba húmeda y resbaladiza por el rocío del arroyo. Cuando llegó a su antigua madriguera, dejó el libro dentro, y cuando estaba a punto de marcharse, se detuvo en seco. Hacía semanas que no había leído nada. La curiosidad le invadió al instante así que pensó que no le haría ningún mal un ratito de lectura antes de regresar. Se saltó el muestrario de las plantas medicinales, ya tendría tiempo de aprenderlas. Ahora lo que le interesaba era el final de la historia de su bisabuela.

“Anabelle, 1488.

Hace tiempo que no escribía nada que no fueran recetas sanadoras... Mi preciosa Anne está hecha toda una mujercita. Es alegre y jovial, me recuerda mucho a mí a su edad de seis años. Afortunadamente apenas se le parece a su padre Nicolás. Hace poco más de un año conocí a Tomás. Es el carpintero de Montarnau, nuestro nuevo hogar. Es un hombre magnífico, lo amo con todo mi ser y sé que él siente lo mismo por mí.

Por suerte, Anne y él se llevan de maravilla, y lo mejor de todo es que aceptó mi pasado como la ex esposa de un conde, mi situación de parquedad en la que me encontraba cuando nos conocimos y mi “virtud de sensibilidad entre los dos mundos”. Reconozco que al principio no fue fácil, y que le costó asimilar que tuviera sueños premonitorios, sueños también de vidas pasadas y que pudiera sanarlo con mis propias manos cuando se encontraba

enfermo.

Al fin entendió que eran cualidades positivas, un don por así llamarlo, el cual nada tenía que ver con Lucifer...

Espero no tener que volver a escribir sobre mi vida, eso significará que seguí viviendo plena y apaciblemente en esta tranquila aldea, cuidando a mi familia y viendo crecer a mi pequeña Anne.

Anabelle.”

Sophie terminó de leer ese breve escrito y pasó una y otra página para ver si su bisabuela había escrito algo más después de esas palabras. No fue así, encontrando unas cuantas hojas en blanco tras las que empezaba otro escrito diferente, con una letra diferente.

“Anne 1508. Miles de lunas han pasado antes de que me decidiera a seguir el legado de mi madre. Multitud de conocimientos me enseñó de los cuales aprendí a identificar mi tótem animal e interte, hechizos, curandería con las plantas... Nunca en mi vida me había sentido más fuerte que ahora, y a la vez tan débil... Mi madre, Anabelle dejó de escribir este libro sí, pero no porque tuviera un final feliz como ella esperaba, sino por un destino totalmente adverso.

Nicolás, el Conde de Fulda, era un hombre rencoroso, y mi madre lo sabía, lo que no sabía es a cuan osadía podía llegar su malicia. Tampoco podía imaginarse que tras tantos años lejos de su ausencia, escondida en el bosque y de aquí para allá, seminómada de las regiones, él siguiera buscándola...hasta encontrarla. Por aquel entonces andaba yo a mis diecisiete años ya viéndome con el que iba a ser mi futuro esposo, y a veces solía tener la osadía de escaparme durante la noche por la ventana de mi cuarto. Esta daba al patio interior donde mi amado se colaba. Solíamos quedarnos hablando en susurros hasta que la luz del alba nos silenciaba. Recuerdo que aquella noche Josué y yo estábamos hablando sobre sus ropas ajadas, y a pesar el frío invernal yo bromeaba introduciendo mis dedos por los roales de su camisa.

De pronto pegaron violentamente a la puerta. Josué pensó que algún día iba a tener que ser el primero, y por supuesto sus padres se habían dado cuenta de su ausencia y sabrían dónde buscarlo.

Mi amado, aún escondido, estaba preparando con templanza su pretexto para su padre, cuando Tomás adelantándose, salió del dormitorio y abrió un poco la puerta a disgusto. Alguien desde fuera terminó de abrirla de una patada, derribando al instante a mi padrastro. Asustados, nos asomamos con cuidado para ver qué estaba pasando en la salita, cuando entonces vi que el hombre que había entrado en la casa degolló a Tomás al instante sin mediar palabra. Mi madre que acababa de llegar soltó un alarido de miedo y dolor que ahogó incluso mi grito. Josué me apartó de la puerta tapádome la boca con la mano, me abrazó con fuerza y nos tiramos al barro del pequeño corral, para ocultarnos mejor.

Dentro escuchaba a mi madre llorar y gritar, un forcejeo y algunos bártulos romperse. Y de pronto... el silencio. Ya solo podía oír su sollozar. Unos zapatos de tacón resonaron con firmeza sobre las tablas de madera. Alguien más acababa de entrar.

—¡Tú noo! ¡ Maldito bastardo, malnacido! ¡ Arderás en el infierno por lo que has hecho!

—Shhh, shhh, shhh, ¿así es como recibes a tu marido después de tantos años sin vernos? Yo también te hé echado de menos —Oí a alguien escupir y seguidamente una bofetada.

—Por fin te he encontrado mi querida Anabelle. ¿Acaso pensaste que te habías escapado de mí tan fácilmente? ¿Que tus truquitos de las hierbas para dormirme iban a lograr que olvidara la humillación y la vergüenza a la que me sometiste? Tú no lo sabes, pero te he seguido la pista muy de cerca estos años. En dos ocasiones estuve a punto de encontrarte, pero siempre desaparecías en cuanto iba en tu busca. Suerte supongo... El caso es que como debiste saber, tengo ojos y oídos en todas partes, y lo que me dijeron la primera vez que estuve a punto de dar contigo pocos meses después de que huyeras, es que estabas embarazada. ¿Soy padre y no me lo has dicho? —dijo con sarcasmo.

—Es cierto. Tuve un bebé, y lo asesiné en cuanto nació. No estaba dispuesta a tener una criatura que proviniese de un monstruo como tú.

—¡Mentirosa! —se oyó otra bofetada.

—Escúchame bien cerdo asqueroso, aquí no hay nadie más, así que haz

lo que has venido a hacer y lárgate.

—Claro que me voy a ir. Pero si me entero que mi hijo sigue vivo, lo mataré como a la furcia de su madre.

De pronto mi madre emitió un grito ahogado, y fue cuando supe que había muerto. Quise gritar, pero la mano de Josué, me lo impidió; quise correr hacia ella y abrazarla para despedirme, pero su abrazo me lo prohibió.

Al cabo de unos minutos, cuando ya no se oyeron pasos, ni voces salimos con cautela del barrizal, tiritando, y fue cuando vi el cuerpo de mi madre que yacía boca abajo sobre el suelo. Podría seguir dando detalles de la macabra escena que tenía frente a mis ojos, pero creo que será mejor dejarlo estar. Sencillamente, mi madre no tuvo la suerte que merecía, pero al menos murió protegiéndome. Muy en el fondo, sigo pensando que en realidad ella sí sabía que de vez en cuando me escapaba con Josué al corral en mitad de la noche. Pues en caso contrario, la noche de su muerte me habría buscado con desesperación y temor, o me hubiera instado a huir, sin embargo, creo que sabía muy bien que me encontraba a salvo, dónde estaba y con quién.”

Sophie dejó el libro en su sitio. Lo que acababa de leer le había helado la sangre y una parte de ella deseó no haberlo hecho. Regresó a paso ligero por el bosque mientras imaginada a su pobre abuela sobre el cadáver de su madre. Realmente era una historia terrible de la que nunca le había hablado. Jamás hubiera pensado que Anne ocultaba un pasado tan duro, pues siempre estaba de buen humor, tenía una personalidad muy fuerte, y nunca permitía que ningún problema le afectase. Aquella tarde vespertina ya llegaba a su fin, y las luces candentes al fondo le anunciaban que ya estaba llegando a la aldea.

—Siento llegar tarde —dijo Sophie cerrando la puerta.

Todos se encontraban mudos en la salita.

—Niñata insolente, ¿dónde has estado? —dijo Elfrida.

—Solo fui al bosque...

—¡Nada de bosques! Ayer me dijo Julia que también te escapaste y fuista a la plaza del pueblo ¡con la maldita Inquisición buscándote! ¿Pero tú estás loca? ¿Sabes lo que hubiera ocurrido si te llegan a descubrir?

—Lo siento Elfrida, creí que ese asunto ya estaba olvidado.

—¡No conmigo! Parece que aún no te has dado cuenta del riesgo de la situación. No sólo tu pellejo está en juego jovencita, sino el de todos nosotros.

Si llegaran a saber que eres una bruja nos matarían a todos. Pero a ti te da igual, no te privas de tus paseos en el bosque, pues déjame que te diga que no voy a permitir que pongas en juego nuestras vidas, ni una sola vez más. ¡Tú, Sophie Botreau, no volverás a salir de esta casa hasta que yo te lo diga, y si me desobedeces... me encargaré de ti! —acabó amenazándola.

Dicho esto, la Gran Elfrida se levantó de la banqueta y se dirigió a la puerta no sin antes propinarle un empujón a ésta, que se había quedado sin palabras.

—Espero que por fin hayas escarmentado. —dijo Julia.

Aquellas palabras le supieron como una patada en el estómago. La anfitriona de la casa siempre había tenido buenas palabras con ella, pero ahora... Quizás era el momento de pensar, quizás el momento de irse a dormir.

Al cabo de media hora, alguien entró en la habitación de Sophie sin pegar a la puerta. Supuso que sería Becca para mofarse de ella, ya que sabía que seguía resentida por su comentario.

—Sophie, ¿estas despierta?

—No, ¿qué ocurre Cámeron?

—Nada. Solo que me supo mal verte así de triste antes. No se lo tengas en cuenta a mi madre. A veces se deja llevar también por los estados de ánimo que le contagia Elfrida, pero ella te aprecia mucho —dijo sentándose en su cama.

Sophie sonrió con los ojos cerrados. Le gustaba sentir su calor, aunque pesaba un poco.

—Sabes que no deberías estar aquí —dijo la joven risueña y volviéndose hacia él.

—Lo sé, pero necesitaba verte. Desde la noche en la torre no he dejado de desear que volviera a pasar —dijo mientras se acercaba un poco más quedándose casi tumbado sobre ella.

—Nos van a pillar —pronunció con atrevimiento.

—No lo creo. Estaban cocinando juntas y hablando de sus cosas...

—Bueno, bueno, haz lo que hayas venido a hacer y márchate que no quiero más problemas por hoy —contestó Sophie con salero y gracia.

—Si te hiciera lo que tenía pensado hacertete te aseguro que no habría suficientes horas en la noche para que me marchara —le confesó Cámeron, y luego le dio con ternura uno de esos besos en el que apenas se rozaban, pero que les produjeron fuegos artificiales en el estómago.

Cuando Cámeron estaba a punto de marcharse Josie entró en la habitación:

—¡Vaya, pero si no es mi cuarto! —exclamó divertido Cámeron.

Josie se quedó un poco extrañada, pero Sophie le siguió la broma y al final todos rieron.

Al segundo día encerrada, Sophie ya empezaba a ser susceptible a los comentarios.

La joven estaba preparando un té en la cocina cuando llegaron Becca y Josie.

—Hola Sophie. Vaya faena te han hecho eh... con lo que te gusta a ti el bosque, me imagino lo mal que deberás sentirte estando encerrada —dijo con sarcasmo la rubia.

Sophie haciendo oídos sordos, ya que sabía la finalidad hiriente con la que había lanzado ese comentario, la ignoró y empezó a lavar unos cacharros.

Entró en ese momento Cámeron a la casa y Beccaria se atusó el pelo cuando lo vio.

—¡Oh Cámeron, el agua se está acabando! Me ha pedido Julia que te diga que vayas al río a coger otro cubo en cuanto puedas.

—Claro, voy a cambiarme y enseguida salgo —contestó poniendo dos perdices sobre la mesa.

—¡Genial, te compañero! Desde ayer no voy al bosque y me apetece estirar los pies —dijo adrede Becca para que Sophie se sintiera doblemente mal.

Aún así mantuvo su compostura y tras cerrar los puños de rabia, la ignoró de nuevo.

—Va a ser un día perfecto. Ya lo presentía yo. Una mañana entretenida con mi amiga Jo, una tarde de lo más aprovechada con Cámeron... quizás le pida que me enseñe a cazar algo —Añadió cuando se volvieron a quedar a solas con Jo.

—Te vas a callar... —susurró Sophie casi apenas audible mientras seguía con las manos en remojo.

—¿Has visto Josie cómo me ha sonreído cuando he dicho que iba a acompañarlo? Es tan apuesto mi hermanito...

—¡Te vas a callar! —gritó de repente Sophie con todas sus fuerzas.

En ese momento estaba limpiando un cuenco de barro que acabó lanzando al suelo con las manos empapadas.

Un recipiente que estaba en el poyete que contenía el agua con el té empezó a vibrar por sí solo, amenazando volcarse trepidantemente. De pronto las tres muchachas se quedaron estupefactas, y Sophie estaba incluso la más asustada de sí misma. Miró incrédula hacia el cuenco té y este dejó de temblar. Mientras tanto las gotas de agua aún caían por las puntas de sus dedos y ésta se miró las manos.

—¡Es imposible! —exclamó perpleja Beccaria —aún no has descubierto tu tótem animal... es, es imposible—tartamudeó.

—Bueno ya estoy listo, ¿vas a venir o no, Becca?

La escena entraba bastante tensión así que Josie, que hasta entonces había permanecido expectante, reaccionó para que no terminara rompiéndose ninguna cosa más en la casa.

—Toma Becca —le dijo Jo acercándole el cubo.

—Sí, será mejor que te vayas —Amenazó Sophie.

Beccaria aún seguía sumergida en su asombro, preguntándose cómo era posible lo que acababa de ver.

Cuando Cámeron y Becca se marcharon, Sophie se volvió a mirar las manos. Estaba segura de que aquello lo había hecho ella. La jarra se había movido sola, gracias también al estrés al que estaba sometida. Pero ¿cómo era posible si aún no conocía ni se encontraba presente su tótem animal?

—¿Estás bien Sophie? —preguntó cautelosa Josie. No quería estar ni en un bando ni en el de otra; pretendía permanecer imparcial si quería durar en esa casa.

—Sí, sí... solo estoy cansada Jo —dijo comenzando a recoger las piezas rotas del suelo —hace tiempo que no salgo a la calle, y la verdad que odio estar encerrada. Además, ni siquiera he podido asearme estos días, y detesto

sentirme sucia.

—¿Sabes qué? —dijo Josie cómplice invitándola con la mano a sentarse con ella—. En el palacio donde vivía en Montpellier todo aparentaba ser perfecto, todo era fachada, no solo los muebles, sino incluso mis propios amos. Ahí donde veías al señor Amis, tan apuesto con sus ropas de primera calidad, sus borlados y armaduras; apenas podía dormir por las noches porque rabiaba de dolor con sus muelas podridas. Era un hombre muy agraciado en todos los aspectos de su vida, salvo en su dentadura. A pesar de ser tan risueño y bondadoso, no le gustaba sonreír y mostrar sus dientes de color verdinegros.

Así ocurría con la señora Amis. Sería más por pereza que por falta de medios, pero tengo constancia de que tomó solo un par de baños completos en toda mi estancia en Montpellier. Vestía sus impresionantes trajes de muselina, hilados con miles de capas, pero no creas que eran cuestión de moda no, tampoco para proporcionarles calor... todas esas capas de sus preciosos vestidos eran para disimular su propio olor.

Sophie estalló en risas.

—En ese caso debería irme buscando unas cuantas faldas de esas.

Ahora era Josie la que no pudo parar de reír.

Cuando aquella noche todos estaban sentados a la mesa, Elfrida notó cierta tensión en Becca, que comía en silencio mirando de reojo a Sophie, la cual a su vez la escrudriñaba con osadía.

—¿Te pasa algo Beccaria? Desde que he llegado no he oído tu dulce vocecita...

La preciosa joven sorprendida clavó sus ojos azules en Elfrida.

—No, nada, ¿qué iba a pasarme? —balbuceó.

La Gran bruja no iba a hacer más incapié en el tema, pero sabía que su joven pupila estaba ocultando algo; algo que le preocupaba de verdad en ese momento.

—Bueno, tengo una buena noticia —dijo por fin Elfrida ignorando la situación—. Esta noche es luna llena, y teniendo en cuenta que en las anteriores lunas estuve ausente en Montpellier, creo que sería hora de disfrutar de un nuevo aquelarre.

—¿Podré ir? —Preguntó tímidamente Josie la cual se mostraba muy intrigada.

—Por supuesto. Pero Sophie no —dijo tajante —tendrás que cumplir tu castigo y así aprender a acatar órdenes, jovencita.

—Ohhhh Elfrida deja que vaya, creo que ya ha aprendido la lección — Salió Julia en su defensa.

—No te preocupes Julia, no he pedido ir, además tengo muchas más lunas que ella para vivir aquellarres.

—¡Eso me ha sonado a amenaza! Me parece aún que no sabes con quién estás tratando chiquilla.

—Te equivocas Elfrida, no lo he dicho porque pretenda acabar contigo, sino porque eres más vieja que yo —le contestó a la defensiva.

—Quizás sea más vieja, pero la cabeza que está en busca y captura no es la mía, recuérdalo bien.

Sophie tragó saliva y dio por perdida la batalla.

Al cabo de media hora, todas salvo ella estaban cogiendo sus capas, y apañando un hato con distintas hierbas y piedras. La emoción podría olerse en el ambiente, y Sophie serena desde su silla las miraba impassible, maldiciendo en el fondo que no la llevaran. Por otra parte, estaba encantada de quedarse a solas en la casa con su amado.

—Cámeron, sé que vas a responder lo de siempre, pero, ¿nos acompañas? —preguntó Beccaria.

—No gracias —dijo con fingido pesar.

Sophie y Cámeron se buscaron de reojo.

—Bueno, chicos, os quedáis solos. Llegaremos antes del alba. Ni que decir tiene que no debéis salir de la mientras estemos en el bosque. ¿Entendido? — Acabaron diciendo Julia y Elfrida prácticamente al unísono.

Ambos asintieron.

—Es menester que nos apresuremos, se hace tarde —dijo Julia —Josie, usa esta capa. ¿Jo? La capa... ¿Josie estas bien?

La joven estaba de pie con los brazos lánguidos sobre su costado con su peculiar tic en los dedos índice y corazón, con la mirada perdida.

—Joo —le llamó Becca cogiéndole del brazo.

La joven morena pegó un respingo, y por un momento parecía no discernir dónde se encontraba o siquiera quien era esa beldad rubia que tenía a su lado.

—Sí, gracias —respondió con esfuerzo.

Les vieron salir por la puerta con sus capuchas, y Josie, la última en salir, les lanzó una mirada pícaro que Sophie y Cámeron no quisieron descifrar. Se preguntaron si se habría dado cuenta de las ganas que tenían de quedarse a solas, o si acaso habría escuchado sus pensamientos. Sabía por Elfrida que Jo no era bruja, pero si no la conocieran habrían pensado que su actitud de lo más siniestra tenía que ver con el mismísimo diablo.

Un soplo de aire húmedo acarició a Sophie cuando cerraron la puerta. Ambos se miraron en silencio, a la luz de la única vela que había quedado encendida en la mesa de la sala.

Cámeron, con sosiego, se acercó a la mesa, sin desviar una mirada directa a los ojos que ambos se mantenían. Cuando estuvo a un palmo de Sophie, esta intentó averiguar cuál iba a ser su siguiente paso.

Le resultaba divertido ese juego. Cámeron cogió con delicadeza la vela y la puso sobre un poyete, frente a la chimenea. Por un momento le dio la espalda y la joven miró al suelo divertida. De pronto unas manos desde atrás se posaron en sus hombros, y Cámeron empezó a besarle el cuello. Sophie no podía verlo sin embargo todos sus sentidos estaban proyectados en sus manos, en su respiración, el tacto de su pelo, su aroma a bosque...

Entonces, como una inesperada lluvia de verano, Cámeron levantó a Sophie a horcajadas y allí mismo en la mesa de la sala la amó con tanta pasión como la primera noche en la fortaleza.

—Vamos a la costa, ahora —le susurró a la bruja ya en la cama.

—¿Qué? ¿Estás loco?, Elfrida amenazó con deshacerse de mí si me marchaba; además no creo que sea un buen momento para huir.

—Nadie ha hablado de huir. Te estoy proponiendo una aventura en esta preciosa noche de luna llena —dijo jocoso el muchacho.

Sophie vaciló un instante.

—¿A la costa dices? ¿Cuánto queda de aquí? No tenía ni idea de que estuviéramos tan cerca...

—Los acantilados están a unos siete kilómetros de distancia, casi

podríamos llegar allí en una hora andando. De hecho, en verano, cuando los días son más largos, suelo pescar a menudo allí.

—¿No será peligroso? —preguntó con cautela.

—Para nada, el camino es llano, y bastante recto hasta la costa, además la luna nos lo iluminará bien.

—¿Qué hay de los osos? He oído que son fáciles de ver por aquí.

—¡Bah! Leyendas, no hay más que pájaros y perros... —dijo con desdén.

—Está bien, vámonos.

Al cabo de media hora en la dirección opuesta a la que Elfrida y las chicas tomaron, Sophie y Cámeron cogieron el camino de tierra. De todas las posibilidades aterradoras que podría encontrar en aquel camino infestado de seres nocturnos (e incluso bandidos), su mayor preocupación en ese momento era no ser descubiertos por Elfrida. Realmente se estaba jugando el amor de su vida, aunque Cámeron no parecía ser consciente al respecto.

—Estás preciosa a la luz de la luna. Tus ojos parecen aún más profundos... —le dijo el cazador mientras le cogía de la mano.

Sophie se sonrojaba tímida, y lo único que podía hacer era encogerse de hombros.

—Gracias... ya sabes que no encajo muy bien los piropos, pero me gusta oírlos siempre que sean tuyos. —le susurró mientras le pegaba un pequeño empujón con el hombro.

Rozando casi la hora andando, ambos empezaron a sudar, y la capa ya les sobraba. Estaban deseando llegar, y Sophie ya podía oler a marisma, y sentir la humedad de la costa.

—Cámeron, ¿lo oyes?

El joven afinó el oído, y distinguió el romper de las olas cerca. A Sophie, la cual jamás había visto ni oído el mar, aquello le sonaba como un ejército de voces tronando al unísono, pero cuanto más se acercaban, podía distinguir dos ciclos. La primera fase sonaba como un trueno abrumador, y la segunda como una tempestad de lluvia que duraba unos tres segundos... Y así una y otra vez.

Ella le interrogó con la mirada, y él la calmó asintiendo, haciéndole entender que era normal.

Los árboles empezaron a separarse, y el paisaje se volvió más diáfano.

Sophie estaba sumida en su deseo de ver por primera vez el mar, cuando de repente se escuchó el crujir de unas ramas detrás de sus pasos.

Ambos se agarraron y vigilaron sus espaldas.

—¿Quién anda ahí?! —Exclamó Cámeron llevándose la mano a su machete de caza.

Ahora el estrépito provino de su lado. Sonaban como unos pasos ligeros sobre el follaje.

Ambos se volvieron vacilantes hacia la dirección de donde había venido el nuevo ruido.

De pronto, varios crujidos al unísono los rodearon. Sophie miraba aterrorizada a su alrededor intentando discernir aquellas sombras que se movían entre los árboles, pero que la luz de la luna no les mostraba.

—¡Vamos salid de una vez! —gritó enfurecido el cazador, reguardando a Sophie detrás de él.

Unos gruñidos les hizo estremecerse a ambos, y de pronto, tres zorros fornidos salieron de entre los árboles. Adoptaban una actitud hostil, con las orejas hacia atrás, la cabeza agachada y el hocico arrugado bajo los que se asomaban unos colmillos bien afilados.

Cámeron no podía creer lo que estaba presenciando. Hacía años que no veía una manada por la zona ya que eran asesinados aisladamente cuando se encontraban en el bosque de manera esporádica. No solían ser animales violentos ni que atacasen a los humanos, sino más bien huidizos y asustadizos, pero sin embargo aquella actitud les sorprendió a ambos. Con uno quizás podría haberse enfrentado, o asustarlo, pero tres zorros deseosos de una buena tajada... aquello era demasiado.

Sophie se maldecía por dentro. En ese momento ya no le parecía tan buena idea el haberse fugado de la casa. Estaba casi paralizada, presa del pánico.

—Cuando cuente tres, corre —Susurró Cámeron apretando dientes.

Sophie temblaba de pavor y no sabía si su cuerpo respondería a la cuenta atrás.

—Uno... —dijo retrocediendo un pasito.

Los tres zorros ahora se acercaron tan lentamente como se alejaban sus presas, mientras seguían emitiendo agudos y breves ahullidos.

—Dos... —Sophie le cogió de la mano.

—Tres.

Un fuerte tirón de su mano le hizo por fin arrancar la carrera. De pronto reaccionó y su corazón comenzó a bombardearle adrenalina.

—¡No te pares! —Balbuceó Cámeron sin soltarla.

Ambos corrían lo más rápido posible sin mirar atrás, aunque sabían que iban siendo perseguidos. Ya estaban tan cerca del acantilado que no quedaba ningún árbol a su alrededor.

Entonces Sophie pudo vislumbrar por primera vez aquel mar imperioso y negro, iluminado por la luna llena, reflejada en el mismo.

Fue un momento de pánico, porque sabía que estaban a punto de morir, pero hermoso e hipnótico a la vez. Se encontraba extasiada por el panorama celestial que tenía delante. Cámeron la sacó de su sopor.

—¡No! —gritó con desesperación.

Sophie miró a su alrededor aminorando la marcha, se acababa de dar cuenta de que no había salida. Se encontraron en ese momento sobre el acantilado de 15 metros bajo el cual los embates de agua rompían con violencia en las rocas, con tanta potencia que las propias olas los salpicaban.

Al otro lado los tres zorros de un tamaño más grande de lo habitual y furibundos se habían detenido a unos metros frente a ellos. Seguían con la misma actitud amenazante. Cámeron pensaba que cuando se le abalanzara el primero, podría matarlo, pero no así podría con los otros dos.

Retrocedieron un paso más, aún más cerca del acantilado.

El cazador estaba inundado de rabia e impotencia por no poder proteger a su amor. Se odiaba por haberla arrastrado a aquella situación, y estaba seguro de que aquel iba a ser una noche fatídica, que ninguno de los dos olvidaría jamás.

—Sophie... lo siento —Gimió.

—Cámeron no... no digas eso. Todo saldrá bien —le contestó en un hilo de voz lleno de esperanza.

Uno de los zorros emitió un aullido agudo y desagradable, tan fuerte que les hizo retroceder un último paso. Con un pequeño empujón ambos hubieran caído, pero se mantuvieron firmes en aquella dichosa tesitura.

Capítulo 10

Estaban dispuestos a atacar, Sophie podía sentirlo, estaban a punto de morir. Los tres zorros arrancaron con rudeza y velocidad hacia ellos, con sus caninos por delante.

Fue cuestión de un segundo, en el que Sophie, que se encontraba detrás de Cámeron, sacó fuerzas y valor para protegerlo, a pesar de que éste velaba por ella, pero era tal el amor que le profesaba a su salvador, que estaba dispuesta a sacrificarse primero.

—¡Ahh! —gritó Sophie empujando a su amor a su lado, y emprendiendo al mismo tiempo otra carrera hacia los zorros.

Finalmente, una ola rompió contra los peñascos y todos fueron rociados con el agua, a tiempo que el primer zorro se abalanzaba sobre Sophie.

—¡No! —gritó Cámeron angustiado.

Lo que vio segundos después le dejó boquiabierto.

Sophie estaba en el suelo, inconsciente. El zorro que se le había echado encima no llegó a morderla, sino que, además, los otros dos habían frenado su ataque. En ese momento la olfateaban, e incluso el primero le lamía la cara.

“Despierta... vamos despierta”, “teníamos que hacerlo de esta manera” “lo siento”, “no pasa nada”, “puedes hacerlo”.

Sophie oyó una y otra vez esas voces resonar dentro de su cabeza, le parecía estar soñando, como un eco profundo, pero una nueva salpicadura de agua le hizo abrir los ojos de par en par.

Los tres zorros la miraban desde arriba en silencio. Sophie se asustó y pegó un brinco.

—Cámeron —Gimió.

“Por fin, estás bien, no te preocupes” escuchó de nuevo en su cabeza. Con tanta confusión hubiera jurado que esa voz no era de Cámeron.

—Sophie —le susurró el cazador con prudencia.

Aquello que fuera que acababa de pasar parecía bueno, y los tres zorros

enfurecidos se mostraban ahora tres cachorros sumisos a los pies de la joven bruja.

—¿Qué está pasando? —se preguntó en voz alta confundida a la par que empapada.

“Lo sabes perfectamente ... somos tu tótem” resonó de nuevo ese timbre de voz desconocido.

“Te hemos esperado todo este tiempo, merodeando en el bosque, cerca de tu casa... pero nos teníamos que marchar enseguida porque un gato desde el tejado y con muy mala gana nos bufaba siempre que te esperábamos” dijo un segundo timbre de voz.

Sophie estaba totalmente perpleja ante aquellos seres fantásticos que tenía delante suya.

—Sí, a mí también me bufó la primera vez que pasé por la casa. Becca me contó que era el tótem de Elfrida —le respondió al zorro de la manera más coherente con la que se podía hablar con uno.

—¿Cómo dices? —preguntó Cámeron todavía a sus espaldas.

Ella agachó la cabeza y sonrió. Su mente era casi incapaz de asimilar que realmente todo aquello que le habían contado con anterioridad, que todo lo que había leído en su libro, fuera totalmente incuestionable, y que ella era y siempre había sido una bruja.

—Acércate Cámeron, quiero presentarte a unos amigos.

—Perdonad, ¿cómo debo llamaros?

“Yo soy Sröll y este es mi hermano Arkemi...”

“Y yo soy Reïvaj” resonó una tercera voz. Esta última era femenina.

Sophie aún sumida en su insaciable ansia por conocer más a esos seres, intentaba hacer memoria sobre la historia de Becca con su tótem. Recordaba que ella le hubiera dicho que había sentido el dolor de aquel cuervo por la pérdida de su polluelo, pero en ningún momento mencionó una conversación con gramática viva de por medio.

—Cámeron estos son Sröl, Arkemi y Reïvaj —Asitió tímidamente.

—¿Qué? —dijo con voz aguda y crispada.

—Ellos son mi tótem.

—Ummmm, creo que ya entiendo.

A pesar de no estar dentro del mundo de la magia, era indiscutible que el convivir con Becca, la cual lo contaba todo, así que conceptos que Cámeron no tenía por qué conocer, le eran familiares.

—Tengo, tengo algunas preguntas —Tartamudeó Sophie.

“Puedes preguntar lo que quieras” le contestó con voz grave Sröl.

—Ahora sé que mi elemento es el agua y que vosotros sois mi yo animal, pero... ¿de qué me sirve?

El zorro, que estaba sentado se irguió sobre sus cuatro patas y seguidamente Sophie pudo sentir su frustración. No hicieron falta palabras. Así que ya sabía a lo que se refería Becca.

“Joven, me ofendes con esa pregunta. Muchos mortales se sentirían orgullosos y honrados de tener el don que posees, sin embargo, tú te cuestionas la utilidad que la propia naturaleza te brinda” le respondió con gravedad.

“Oh, Sröl no seas tan duro con ella... llevas toda la vida esperando encontrarla, y en vez de orientarla la reprendes como una chiquilla novata...”

Interrumpió Reivaj con una pizca de sorna mientras se levantaba igualmente y le golpeaba con apego la cabeza de Sröl con su ocico.

Su voz sonaba dentro de ella como una cálida sensación de protección y bienestar.

—No, por dios, en ningún momento he pretendido ofenderles —contestó sobresaltada.

Cámeron, que intentaba saber de lo que hablaban, esperó con paciencia junto a Sophie.

“Lo que nuestro amigo quiere decir es que, a pesar de tu poca experiencia con la magia, pensábamos que habías tenido una iniciación”. Intervino por primera vez Arkemi tímidamente.

—En realidad ese no ha sido mi caso. Hasta hace unos meses yo era más cristiana que una monja, pero mi vida se tornó en un giro inesperado y tuve que adaptarme a este destino. ¿Es realmente una ventaja ser una bruja? —inquirió con seriedad.

Los tres zorros, tras su breve justificación decidieron mostrarse más comprensibles.

“ Sophie, ser o no ser una bruja no es una elección. Se nace con ello, y créenos que es lo más maravilloso que te puede pasar en esta vida. Ver la vida a través de los ojos de una bruja te da la libertad y la elección de pensar y sentir la naturaleza como ningún otro ser sobre la tierra. Algunas pueden escuchar las conversaciones entre árboles, otras, historias milenarias que el viento le susurra y advertirte de tus enemigos a través de los sueños...también te proporciona la habilidad a través de los hechizos de equilibrar la existencia. “

Sophie escuchaba con atención aquellos privilegios que podía tener a su alcance sin haberse imaginado jamás tal virtud que podía albergar.

—¿Pero ¿cómo? —les interrogó con ansias de conocimiento.

“La cuestión no es cómo ni cuando querida, sino quién”. Le contestó con dulcura Reivaj.

—Sophie, ¿qué está pasando? —preguntó Cámeron, que hasta entonces había seguido en silencio pacientemente.

—Cariño ahora te lo explico —le suplicó.

Se disculpó con un beso fugaz en los labios y se dirigió de nuevo hacia los tres lobos.

“A lo que Reivaj se refiere es que no todas las brujas pueden llegar a hacer eso, simplemente unas sí y otras no. Al igual que el tótem de una es diferente a la de otra, estos dones también resultan distintos. En el futuro conseguirás saber cuál es el tuyo, mientras tanto el camino es largo y tienes mucho que aprender antes. Deberás trabajar la meditación, los hechizos y la sanación primero, siempre por supuesto usando la magia blanca. Nosotros estaremos para lo que necesites, solo tienes que llamarnos. “le respondió Sköl.

“A partir de este momento Sophie, disipa tus miedos y tus inseguridades. Tienes la fuerza necesaria para ser la más fuerte. Tienes la valentía para enfrentarte a todo el por venir, así que olvídate de ser una simple mortal, porque tú has nacido para permitir a este mundo la llegada de una nueva era” Acabó respondiendo Arkemi.

Dicho esto, los tres zorros agacharon la cabeza y retrocedieron sobre sus pasos, serenos y con calma entre el follaje.

—¡Esperad! —gritó Sophie con los ojos de par en par. Se preguntaba qué

había querido decir este último—. ¿Una nueva era, de qué? ¿Acaso el mundo tal y como lo conocía se iba a acabar?

Unos sonidos que parecían aullidos fueron la única respuesta a la súplica de Sophie.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó Cámeron cogiendo a Sophie por los hombros.

La joven, que seguía confusa intentando levantarse miró a los ojos a su amado y fue como si despertara de un sueño.

—Oh, Cámeron ha sido tan hermoso... aún no puedo creer todo lo que he oído... en mi cabeza claro, ellos no me hablaban como las personas; ni siquiera sabía que podía ocurrir —Balbuceaba como en una especie de trance.

—¿Y qué te han dicho?

—Que tenga paciencia. Que existen posibilidades infinitas. Jamás podrías imaginar cómo es ver el mundo ahora mismo Cámeron... —le contestaba Sophie con un hilo de voz invariable, ausente en sus pensamientos.

Se comportaba como si estuviera bajo los efectos de alguna droga, puesto que sus sentidos estaban en ese momento conectados totalmente a la naturaleza. Estaba teniendo por primera vez una conversación con la Tierra Madre, y miraba a su alrededor como si acabara de nacer. Cámeron la agitó entre sus brazos para hacerla despertar de aquel sopor gratificante que empezaba a asustarle.

Por otra parte, Sophie había dejado de hablar con Cámeron y ahora solo movía las manos, acariciando el aire, podía verlo literalmente. Para ella hubiera sido imposible de describir. Como si de pequeñas partículas doradas de vida se tratara. El olor a pino y sauces del bosque ahora le embriagaba por completo; olor a sabia, frutos, e incluso podía diferenciar dos olores más de árboles diferentes a los que no sabía darles nombre aún. Ahora lo sentía todo. El magnetismo atrayente de la tierra. Notaba su cuerpo proclive a la gravedad con una dulce sensación de pertenencia a ese mundo. Por otro lado, la luna, que desde lejos la iluminaba radiante. Ahora este astro parecía tener el triple de tamaño al que tenía antes del "bautizo".

De repente su actitud relajada cambió por completo y de un respingo abrió de par en par sus ojos relajados y se le dilataron las pupilas.

—Oh dios mío Cámeron, está a punto de amanecer, debemos irnos ya.

El camino de vuelta fue de lejos igual de tranquilo que el de la ida. Ambos corrían como si los tres zorros estuvieran persiguiéndoles aún. Sabían que llegar tarde suponía otra fatídica consecuencia así que decidieron no arriesgar si quiera ni un segundo más. El sol, al este ya empezaba a iluminar los primeros árboles del día, y a pesar de la preocupación durante la huida, a la joven y neonata bruja le dio tiempo para saborear aquel panorama. Era de lo más mágico que había presenciado.

La luz iba sorteando los caminos, iluminando unos troncos sí y otros no. Aquel paraje grisáceo y negro que era hacía apenas un rato, ahora estaba lleno de colores. El verde de las hojas de los árboles hacía contraste con el marrón de los troncos y el gris de las piedras, todos y cada uno de los cromados formaban en su conjunto una perfecta sintonía en el paisaje.

Por otra parte, los grillos y los animales nocturnos, callaban, mientras los pájaros diurnos comenzaban su concierto de canciones.

Al acercarse a la zona poblada, poco después llegaron a la casa. Sophie se cubrió de nuevo la cabeza con la capa y aminoraron la marcha para no parecer sospechosos. La calle estaba tranquila, había terminado de amanecer y no quedaba ninguna nube sobre sus cabezas. Sophie y Cámeron se cogieron de la mano delante de la puerta y sin decir ni una sola palabra ambos se miraron y rezaron para que aún no hubieran llegado. Acto seguido el joven cazador la cogió por el cuello suavemente, enredando sus dedos en la melena cobriza y la besó. Tras esa última inyección de confianza se soltaron, y se prepararon para recitar la “falsa coartada “ que habían preparado durante el camino de vuelta en el caso de que hubieran regresado.

Conforme Cámeron atravesó la puerta una voz en el interior de la sala los hizo estremecerse.

—Cámeron, ¿podrías dejarme a solas con Sophie un momento?

Ambos entraron con la cabeza gacha y maldiciendo su suerte. A pesar del cansancio y la adrenalina durante la noche, no era momento de venirse abajo e intentaron excusarse con naturalidad.

—Oh, Elfrida, ya estáis aquí... Bueno verás... Tenemos una explicación para todo esto, no creas que nos hemos marchado así porque sí.

—¿Seguro? Está bien ¿cuál ha sido esa emergencia que os ha obligado a desobedecer la única orden que os había dado, bueno, que te había dado especialmente a ti, Sophie?

—Acabábamos de salir hace a penas una hora —mintió —no podía dormir, y sentía la necesidad de ver cómo era el aquelarre que estábais haciendo así que Cámeron se ofreció a acompañarme al bosque, pero entonces nos perdimos y nos dimos cuenta de lo tarde que era cuando empezó a amanecer...

—Ya basta —replicó la gran bruja con un tono solemne—. No voy a permitir que me mientas descaradamente jovencita.

—Es mi culpa Elfrida, yo la animé para salir a buscaros —la encubrió Cámeron.

—¿Ahora tú también vas a mentirme? El hecho es que de ella me lo esperaba, ¿pero tú Cámeron? ¿después de todo lo que he hecho por tu familia? —le preguntó Elfrida con fingido pesar.

Él apretó sus puños. En realidad, discrepaba con respecto a “todo aquello” que había hecho por su familia. Desde que Elfrida había aparecido en su vida, el amor de su propia madre había quedado en un segundo plano, y la depresión por la muerte de su padre había sido suplida por la obsesión de su madre por ayudar a las brujas; de ayudarla a ella. Se sentía exhausto, cansado de tener que verla en su casa una y otra vez, pavoneándose como si él y su madre le debieran algo, como si todo su dinero y modales refinados pudieran comprar su apego. De ninguna manera, Cámeron había sentenciado a Elfrida el día en que se llevó a su amigo Eliot a trabajar a Montpellier, como si de ganado se tratase. Hasta aquel día la soportaba, desde entonces la detestaba.

—Lo siento Elfrida pero no voy a dejaros a solas un momento, esta es mi casa y estaré presente en esta conversación puesto que yo la convencí para ir al bosque, y por tanto también me concierne a mí —dijo tajante con rabia contenida.

Cámeron sentía el sudor frío dentro de sus puños cerrados, a lo largo de toda la columna vertebral, e incluso la rigidez de su mandíbula.

—Muy bien, puedes quedarte, ya que los dos me habéis mentido, los dos tenéis que saber que no tengo ni un pelo de necia y que todos los que tengo, son de bruja. Sé que no decís la verdad, porque hace una hora, cuando

“supuestamente” os habíais marchado, yo estaba sentada en esta misma silla; pero hace dos horas también, y hace tres... —Comenzó a relatar con osadía.

Sophie y Cámeron se miraron de reojo sorprendidos in franganti y terminaron de escucharla.

—En cuanto llegamos al bosque y empezamos a preparar los enseres, mi tótem, el gato blanco que protege esta casa, apareció en aquel lugar sin ser invitado. Me resultó raro, puesto que nunca me busca si no es para avisarme sobre algún asunto de gravedad. Sin embargo, en cuanto lo ví supe que se trataba de vosotros. Vine inmediatamente y la sorpresa fue que no encontré a ninguno de los dos.

La gran bruja se levantó de la silla y se acercó lentamente hacia ellos sin desviar la mirada, sin ni siquiera parpadear.

—Ahora mi pregunta es, ¿dónde demonios habéis pasado la noche y qué habéis hecho? —dijo casi en un susurro.

Mientras, rodeó a los chicos, hasta que llegó a rozar el cabello de Sophie con su mano oliéndolo sutilmente.

Sophie la tuvo tan cerca que percibió su aroma, con un suave toque a lavanda. Hasta entonces no se había percatado de ello, se preguntaba si era porque ahora tenía más desarrollados todos sus sentidos o sólo era mera casualidad.

—No lo voy a volver a preguntar, ¿dónde habéis estado?

—Hemos ido al mar —Confesó Sophie impasible.

Cámeron la miró desconcertado. Se suponía que era su secreto. Un secreto que ahora ella había revelado con tanta naturalidad.

Hubo un silencio. Elfrida los observó de pies a cabeza y finalmente se sentó de nuevo en el taburete de madera.

—Ummmm... muy bien Sophie, veo que me has dicho la verdad, ¿fácil no? Sin embargo, eso no te exculpa del hecho de que me hayas desobedecido. Sabías cuál era la consecuencia, y te aseguro que cumpliré mi palabra. El domingo parto sin falta a Montpelier, y tú te vendrás conmigo —Sentenció con calma cruzando las manos sobre su vestido impoluto.

—¡Eso no va a ocurrir! —Explotó Cámeron—. Esta no es tu casa, no vas a decidir sobre quién se va y quién se queda.

—Lo sé, no es mi casa, pero sí es la de Julia, y ella está de acuerdo con que me lleve a Sophie el domingo. Este lugar ya no es seguro ni para ella ni para el resto si seguimos en esta situación.

Sophie agachó la cabeza, por un momento creía que iba a desmayarse y necesitó apoyarse en el brazo de Cámeron por unos segundos. Su peor pesadilla se estaba haciendo real y ella no podía hacer nada por impedirlo. Había sido decisión conjunta con Julia. Se sentía abatida y la decepción le invadió; sin embargo, no era hacia Julia, sino hacia ella misma.

En ese instante sentía que los había fallado a todos. Desde a su difunta abuela Anne pasando por Marlene hasta llegar a Cámeron, Julia...

Cámeron gritó arremetidas y frases de odio que Sophie no podía oír puesto que estaba recordando todos los acontecimientos que habían tenido lugar en ese amanecer.

—¡Te repito que no te la llevarás! ¡Ni siquiera la vas a tocar maldita bruja! —gritó desesperado.

—Está bien, iré a Montpellier —Reveló Sophie en un tono de voz tranquilo, sujetando a Cámeron sin mirarlo.

Elfrida que hasta el momento había evitado los improperios de Cámeron mirando hacia otro lado, se giró hacia ella.

—¿Qué estás diciendo tonta? ¡Tú no quieres irte! ¡No puedes dejarme! —le gritó con coraje abrazándola con violencia.

Elfrida se dio cuenta de dónde procedía la rabia de él, y supo que su amor por Sophie era total e incondicional, y por la manera en que Sophie le miró también era correspondido. Sin embargo, y a pesar de que honraba aquel gesto de sacrificio, la gran bruja ya tenía planes para Sophie, y eso estaba por encima de todos sus propósitos. Ahora más que nunca tras delatar su amor, Sophie debía salir de allí.

—Muy bien. Pasado mañana vendré a por ti jovencita... Hasta entonces procurad no volver a cometer ninguna otra tontería.

Y sin más, Elfrida abandonó la casa.

Tras un portazo con sabor a polvo y lágrimas, Sophie le cogió la mano de nuevo. Este, ladeó la cabeza levemente hacia ella, sin mirarla.

—¿Por qué le has contado la verdad? —Gimió resentido.

—¿No te diste cuenta? No tuve opción. Sabía que la estábamos engañando, por el simple hecho de que podía olerlos; igual que yo olí su ínfimo aroma a aceite de lavanda sobre su cuello, ella pudo percibir la sal del mar impregnada en nuestro pelo y en la ropa. Ya sabía dónde habíamos estado antes de preguntarnos —Afirmó.

Cámeron exhaló derrotado, y se sentó sobre la mesa.

Su musculatura en estos últimos meses había mejorado, y ahora que la barba había comenzado a ser más espesa, empezaba a parecer un verdadero hombre. Ella lo miraba con idolatría. Realmente era el hombre perfecto, y la manera en que curvó su espalda cuando se sentó le pareció de lo más atractiva.

Apretó sus manos contra su cara e inspiró profundamente durante varios segundos en silencio.

—Cámeron, todo va a salir bien. Solo deja que las cosas pasen. Ahora tenemos que dormir. Hemos pasado tantas emociones esta noche que ni siquiera podemos pensar. Tan solo... intenta no preocuparte ¿de acuerdo?

Julia, Becca y Josie llegaron más tarde; Jo se metió en silencio en la cama con Sophie, pero ella fingió estar dormida.

Al cabo de una hora, Sophie se dio cuenta de que, por fin había conciliado el sueño cuando Josie la despertó con suavidad:

—Sophie, psss, perdona, necesito tu capa para poder ir a por agua, ¿me la dejas? —preguntó la joven tímidamente.

—Sí... —Gimió.

Al cabo de unas horas más, un estrépito despertó a la bruja. Aún confusa se incorporó sobre la cama, preguntándose si lo que había pasado la noche anterior había sido solo una pesadilla o la desgraciada realidad. Una nube de humo entró en la habitación por la puerta, y la joven empezó a toser. Se levantó deprisa mientras se vestía con el mismo vestido ajado de la noche anterior, aún con el aroma a pino y mar.

De fondo un vocerío alertaba a Sophie de que algo no iba bien. Cuando salió corriendo a la sala de la cocina no podía ver nada. Una humareda invadía todo el espacio y podía sentir un foco de calor cercano. Tan solo escuchaba las voces de Julia y Becca gritando e intentando pedir auxilio.

Alguien abrió la puerta de la casa y Julia comenzó a gritar:

—¡Nooooo! ¡Mi hijo está dentro! ¡que alguien lo ayude por favor!

Cámeron encontró a Sophie palpando a ciegas hasta llegar al quicio de la puerta donde la abordó:

—¡Sophie soy yo, tenemos que volver a la habitación, allí hay una ventana rápido!

Llegaron donde hacía unos minutos ella dormía plácidamente. La ventana era un ojo de buey, no más grande que una olla, por la que definitivamente era imposible escapar. Sin embargo, Cámeron rompió el fino cristal y por unos segundos pudieron inhalar bocanadas de aire fresco.

—¡Cámeron chico! ¡Soy Samuelle, vuestro vecino! ¡Dónde estás muchacho!

Ambos no pudieron evitar toser, bajo la agonía, y de repente Sophie supo lo que iba a pasar. Aquel incendio que se había provocado había llamado la atención de cuantos vecinos vivían cerca. Ella no debía ser vista por ninguno de ellos, pues su cara era ya bien conocida gracias a los pregoneros locales. Estaba sentenciada. Por un momento se le pasó por la cabeza que quizás su destino en esa vida era morir quemada viva y que nada de lo que hiciera cambiaría ese hecho. Era tal la rabia contenida que empezó a llorar.

—¡Sophie ponte detrás de mí! —Ordenó Cámeron.

—No puedo respirar, debes irte. Sálvate tú.

—¡No digas memeces no voy a ninguna parte sin ti! Coge esa jarra de agua y échatelo encima, y ponte junto a la cama, ahí no hay tanto humo.

Ella obedeció y cuando Cámeron fue a colocarse junto a ella, Samuelle apareció de la nada y le cogió de los hombros:

—¡Aquí estás, de prisa tenemos que salir ya! ¡la sala ha prendido entera, vamos a morir!

—¡Suéltame, no voy a salir, intenta apagarlo! ¡No saldré, déjame!

—¡No seas tonto joven, las llamas están altas, no sé si llegarán a tiempo con las cubos de agua! —advirtió.

—¡Que me sueltes! —Amenazó por última vez.

Samuelle, pese a las súplicas de Cámeron, lo empujó hacia la puerta, y éste al no ver manera de librarse de su vecino le propinó un puñetazo.

—¡Ahhhh joder! ¿No quieres salir? ¡Pues vete al infierno!

El vecino comprobó cómo la sangre le empezaba a resvalar por la nariz, y salió a toda prisa de la vivienda.

—¡Sophie! —gritó.

—¡Estoy aquí! —sollozó.

Cámeron cerró la puerta de la habitación y se acurrucó junto a ella.

—¡Maldito testarudo, debiste haberte ido con él!; Ahora vas a morir, y por mi culpa!

—¡Eh, mírame!—le dijo sujetándole la cara con ambas manos—. Primero, ninguno de los dos va a morir hoy, así que deja de decir locuras, y segundo, si algún día tengo que morir, le pido a dios que sea por salvarte la vida, o morir junto a ti, solo entonces habrá tenido sentido toda esta miserable existencia. Te amo Sophie, con todo mi corazón, te amo —le confesó.

Acto seguido se abrazaron, y rozaron sus narices, apoyando frente con frente, entonces Sophie, con la cara aún mojada de sudor y agua empezó a rezar...

“Que mi elemento se esté presente y sea lo que siento. Si tengo que vivir sálvame Madre Tierra. Que venga el agua e inunde este fuego... Que mi elemento se manifieste y sea lo que siento.”

“Por favor Sröll, Reivaj, Arkemi... si me oís ayudadme por favor.”

Mientras tanto fuera en la calle se oía un bullicio de personas intentando organizar lo que parecía una operación en cadena para apagar el incendio, sin resultado. Los pocos cubos de agua que uno y otros traían solo parecían crear humo y avivar aun más las llamas.

De pronto Sophie oyó a lo lejos un grito agudo. Primero pensó que era el graznido de un ave, luego lo oyó por segunda vez y le pareció que tenía un metal de sonido más potente que el de un pájaro, más molesto. No tuvo duda entonces que se trataba del ahullido de alguno de sus zorros. Estaban con ella. La habían escuchado.

“¿Y ahora qué?” Se preguntó.

Aquella mañana se había despertado con un cielo de lo más raso, un día de septiembre de lo más común, sin embargo, en ese momento, un trueno estrepitoso espantó a los pájaros de todos los árboles de Montbazín. Un ejército de nubes apareció de la nada, y por un segundo, fue tal la oscuridad

tras esconder el sol que pareció que había anochecido.

Sin previo aviso las nubes descargaron con violencia litros y litros de agua, y los vecinos que se habían aglomerado en la vivienda de Julia huyeron confundidos a sus casas para reguardarse de aquel chaparrón.

El incendio quedó reducido a cenizas en pocos minutos. Sophie abrazó a Cámeron con todas sus fuerzas y dio infinitas gracias. Había permanecido todo el rato con los ojos cerrados, sin embargo, había oído el trueno, la tierra mojada, e incluso sentido algunas gotitas que le salpicaban por la ventana. Definitivamente el fuego había cesado y con él la torrencial lluvia inesperada que sorprendió aquella mañana a la aldea de Montbazín.

Sophie notó un sentimiento de poder a través de sus venas, aquello le hizo sentirse como una diosa, tanto que, por un momento, hasta sintió miedo de sí misma.

Al cabo de unos minutos Julia entró vociferando en la vivienda, temerosa de encontrarse a su hijo calcinado. Cuando pasó a la habitación donde se encontraban rompió a llorar de emoción al verlos vivos. Pensó que había sido un verdadero milagro dadas las circunstancias, y el estado en el que había quedado la casa. Corrió y abrazó a su hijo entre lágrimas.

Josie por su parte se había quedado al margen puesto que al volver del bosque y ver las llamas en la casa, así como a los vecinos huyó por dos motivos cruciales. El primero de ellos era, que no iba a vivir la misma desgracia de un incendio en su hogar, sentimiento que le produjo pánico. El segundo de ellos es que a ella también la perseguían y no podía exponerse. Tampoco llegaba siquiera imaginarse qué iba a ser de ella si todos los de la casa habían muerto. Paralizada observó con paciencia desde las rocas del río el humo, los truenos, la lluvia...

Elfrida, por su parte durante el incendio se mantuvo cerca, expectante, con los ojos bien abiertos. Estaba al acecho de todo lo que estaba ocurriendo puesto que ella no creía en las casualidades y la remota casualidad de que ardiera la casa donde habitaban dos brujas, junto con la casualidad de que esa misma mañana soleada se convirtiera en un huracán de agua era bastante remota. Ella sabía que poderes sobrehumanos habían intervenido aquella mañana en Montbazín, pero la cuestión era de quién.

Sophie sintió aquel incendio como una amenaza hacia su ella. Y, aunque hubiera mucho rencor bajo ese mismo techo, ella tenía clara su candidata: Beccaria.

Cuando los aires se calmaron y pudieron reunirse de nuevo en la casa, pusieron sobre papel la situación.

La vivienda, bastante humilde y pobre antes del incendio, ahora estaba devastada, no tanto las habitaciones como la sala común. Los rescoldos de la chimenea se confundían con el resto del incendio y el techo de la sala había caído en tablones de madera sobre los pocos muebles enmohecidos.

—Hoy ha sido un día duro para todos —Comenzó diciendo Elfrida delante del resto de los rostros abatidos.

Sophie y Cámeron Muller aún tenían la cara y el cuerpo ennegrecidos, y el blanco de sus ojos cansados era, en ese momento lo único que les daba un ápice de vida.

—Gracias a la lluvia torrencial de hoy, Cámeron y Sophie han sobrevivido, y lo que queda de la casa —dijo entre dientes la gran bruja con fingida sorpresa. Sabía que aquella lluvia no había sido cosa de la naturaleza—. No pretendo que intentemos hacer como si no hubiera pasado nada, pero ahora mismo debemos ser fuertes... y seguir unidos.

Sophie, que hasta ahora había estado cabizbaja miró a Elfrida. ¿Estaría diciendo que podría quedarse más tiempo con Cámeron?

—He hablado con el párroco afuera y está dispuesto a ayudarnos con diez tablones de madera donados por la iglesia. Debemos aprovecharlos bien y cuidar de que no derrochamos madera. Hará falta construir de nuevo este techo, una mesas y un par de banquetas.

—Samuelle el carpintero está resentido con Cámeron. Me ha dicho que nos ayudará con los muebles pero que solo lo hará por nosotras. ¿Cómo te atreviste a pegarle? —Intervino Julia.

—Mamá, no podía dejar a Sophie sola, y ella no podía salir... Ahora lo siento de verdad, pero si volviera a vivir lo mismo le volvería a abofetear, no una, sino dos veces —Replicó orgulloso.

Julia volvió los ojos en blanco, haciendo caso omiso al comentario.

—Como iba diciendo, mientras haya vecinos ayudando a reconstruir la

casa, Sophie y Josie permanecerán escondidas en a habitación del fondo, es la única que no ha ardido. Nada de bosque, nada de salir, nada de historias. Ahora más que nunca no podemos arriesgarnos lo más mínimo —dijo la gran bruja.

—¡Gracias a dios que solo el techo era de manera, si no hubiera ardido la casa en cinco minutos! —exclamó aliviada Beccaria.

Mientras, Sophie permanecía en silencio, meditabunda en los sucesos recientes. Su visita al mar por primera vez, el contacto con los zorros, su castigo inminente, el incendio, la lluvia...

Aunque no era la única. Elfrida, tenía los pensamientos bifurcados, y a pesar de liderar la reconstrucción de la casa, también estaba pendiente de las actitudes de sus dos discípulas. Estaba segura de que en breve sabría la verdad que escondía alguna de ellas.

Al cabo de una semana, consiguieron colocar seis tablones y construir una mesa de madera y un taburete. Ya faltaba poco, quizás un par de días más de trabajo, pero el cansancio comenzó a hacer mella en la casa.

—¡Por Dios, esta humedad me está matando!, ¿Y se puede saber dónde está Cámeron otra vez? —preguntó Elfrida con las mangas remangadas mientras lijaba el taburete.

—Me dijo que iba a su cuarto a coger otra lija —contestó con timidez Josie.

Aquel día trabajaban con la puerta cerrada, así que la joven pululaba a sus anchas en la casa. Becca y Julia entraron del patio en busca de agua.

—¿Cómo va el corral? —preguntó la gran bruja.

—Bien, solo nos queda hilar algunas cuerdas para que no escapen los pollos... si es que algún día nos llega... —dijo con ríntintín.

Antes del incendio, Elfrida llevaba semanas prometiéndoles que el párroco quería regalarles una gallina, pero Julia aún no la había visto aún.

—Sí... a ver, ¿y Sophie? Creía que estaba con vosotras —contestó casi sudando—. Josie quiero que vayas a buscar a Cámeron y que le pidas que traiga esa lija ya. Y si ves a Sophie que venga también, en esta casa trabajamos todos.

—Sí, Elfrida —Obedeció.

Josie fue primero a su habitación donde esperaba encontrar a Sophie, pero estaba vacía. Extrañada se dispuso a salir, pero un ruido sordo en la habitación contigua la asustó. Atravesó sigilosa el pasillo y empujó la puerta menuda con las yemas de los dedos, casi sin esfuerzo. Echó un vistazo antes de entrar, sin embargo, lo que vio la paralizó.

Cámeron sostenía a Sophie en sus brazos mientras la besaba con pasión. Ambos estaban desnudos y se movían acompasadamente.

Josie se quedó estupefacta y cerró inmediatamente la puerta sin hacer ruido. Ella jamás había conocido hombre, pero sabía lo que estaban haciendo, y sin saber por qué, un sentimiento de culpabilidad se apoderó rápidamente de ella. Sospechaba antes de que, por la manera en que se miraban, que quizás se llegaran a gustar, pero de ninguna manera se había esperado aquel panorama.

—¡Maldita sea Cámeron ¿dónde está esa lija?! —Exclamó Elfrida desde la salita.

Segundos después Cámeron salió de la habitación con su media melena mojada y con todo el torso sudado. No esperó chocarse con Josie la cual seguía apoyada en la pared detrás de la puerta.

Aquel cruce de miradas pidió clemencia, prudencia, y silencio entre otros. Sophie, por su parte, que aún se estaba vistiendo bajó la cabeza, avergonzada de lo que Josie acababa de descubrir. La pequeña bruja no hizo otra cosa que mirar a otro lado, maldiciendo en silencio la casualidad.

—Lo siento, he tenido que arrastrar toda la cama para encontrarla, sabía que estaba por alguna parte —dijo aún sudando.

—Se nota —contestó arrugando la nariz.

—¿Dónde está Sophie? —preguntó Julia.

—Estoy aquí —contestó la joven pétrea junto a Josie.

Por el contrario, Sophie había tenido tiempo de recogerse el pelo, y su aspecto era mucho más normal que el que tenía él.

—Bueno chicos, aprovecho ahora que estamos todos reunidos para comunicaros algo —comenzó diciendo Elfrida sacudiéndose la falda—. Como sabéis debo volver a Montpellier enseguida, ya que tengo otras responsabilidades de las que ocuparme allí. Ya sé que esta semana ha sido muy dura para todos, pero gracias al apoyo del párroco y los vecinos

logramos reconstruir nuestro hogar... por todo, os tengo preparada una sorpresa. Esperad —dijo con una media sonrisa, entornando los ojos.

Elfrida abandonó la casa impaciente y sin mediar palabra. Todas se miraron sin saber qué estaba haciendo. Ella era tan impredecible como un rayo, y se preguntaban qué sería lo que tenía preparado. Sophie y Cámeron por su parte temieron que no fuera nada bueno... Aquella persona que les ayudaba tanto como les hacía la vida imposible, les producía sentimientos encontrados. Tenían miedo, por que quizás la sorpresa fuera llevarse de inmediato a Sophie.

—Aquí está mi pequeño amigo —Entró diciendo con naturalidad al cabo de media hora.

Elfrida volvió con un lechón de unos cuatro meses.

—Este cerdito es cortesía del monje Dubois. Esta noche cenaremos como reyes.

—¡Oh Elfrida, qué grata sorpresa! ¡Becca, ve encendiendo un fuego, esto hay que cocinarlo ya! —dijo Julia salivando.

—Sí, Julia —Obedeció.

Aquella noche, devoraron aquel animal en silencio. El aspecto de todos, incluida de Elfrida, dejaba mucho que desear. Parecían famélicos y cansados. Aquella semana de duro trabajo les había pasado factura, y aquel lechón era la recompensa perfecta para recuperar fuerzas.

—¿Sabéis? He estado pensando... —dijo Elfrida haciendo una pequeña pausa —y aún no encuentro la explicación al incendio —dijo mirando cara por cara.

—Ya te lo dijimos Elfrida, estábamos Becca y yo en la cocina y de pronto el fuego que teníamos para la olla se había salido de la chimenea y estaba por toda la sala. Dejé las habichuelas que estaba cortando y cogí a la niña —dijo Julia con sinceridad.

—Ya lo sé, eso ya lo he oído, sin embargo, no me explico cómo el fuego salió de la chimenea y pudo llegar tan rápido a la mesa y el taburete y prenderse enseguida —dijo esta vez mirando a Becca.

La actitud de la joven cambió de inmediato. Estaba tensa, incómoda.

—No lo sé Elfrida.

—El caso es —dijo limpiándose la boca cuidadosamente —que la noche

anterior, mientras esperaba a Sophie y Cámeron —continuó echándoles un vistazo— guardé todas mis pertenencias del viaje, en la habitación de Julia. Exactamente en la esquinita junto a la cama.

Esa habitación, la más reguardada de todas, apenas resultó dañada, solo la cama y algunos bártulos. Entre mis pertenencias se encontraba un bote de aceite de lavanda, que acababa de comprar aquí en Monbazin.

Cámeron y Sophie se miraron. Becca la miraba inmóvil, casi con osadía. Arrojó con desdén su servilleta sobre los huesos de su lechón y se preparó para ser increpada. Cerró los ojos y respiró profundamente.

“Ya no hay vuelta atrás, sí cogí aceite para prender el fuego” pensó. La habían pillado, y ahora tendría que responder ante sus actos.

—Gracias a dios todo resultó intacto, incluso mis ungüentos, porque si hubieran ardido en la habitación, esta casa sí que no tendría arreglo —dijo con naturalidad la Gran Bruja.

Ella y Becca se mantuvieron la mirada por unos segundos, unos segundos que parecieron eternos, aunque el resto de los allí presentes no se percataron. Becca estaba confusa. No entendía por qué Elfrida no la había delatado. Sabía que había sido ella la que había provocado el fuego con su aceite.

Al caer la noche la gran bruja se despidió para volver de inmediato a Montpellier.

—Sophie, voy a preparar tu cohartada en la capital, y cuando lo haga, volveré a por ti. Espero que estés preparada cuando regrese en dos días —dijo solemne Elfrida.

Sophie asintió en silencio, cabizbaja.

—Becca, necesito que me ayudes a llevar mi abrigo.

—De acuerdo, te lo traigo enseguida —contestó.

Una vez que todos estuvieron dentro de casa, Elfrida, desde su carruaje, le hizo a Becca un gesto desde el interior para que subiera.

Beccaria se estremeció. Se dio cuenta en ese momento, que desde que había dejado de ser su maestra, ya nunca pasaban tiempo a solas, y por un segundo casi sintió miedo. La joven obedeció.

—¿Necesitas algo más? —preguntó con cautela.

—Siéntate por favor —respondió amable—. Esta noche, y tras mucho de

meditarlo, he decidido guardar silencio. Sé que robaste el aceite y que lo hiciste porque sientes celos de Sophie... —dijo con una mirada penetrante.

Sus ojos de gato ahora parecían más afilados que de lo normal.

—Elfrida, yo...

—Becca. Lo que has hecho ha sido una atrocidad, y si Julia se hubiera enterado le habrías partido el corazón. Ella se ha portado como una madre para ti, ¿y así se lo pagas? Por otro lado, quiero que sepas que, si Sophie o Cámeron hubieran muerto en el incendio, yo misma me habría ocupado de ti — dijo con un tono amenazante.

Beccaria temblaba como la ramita de un arbusto en una noche de viento, a punto de llorar.

—No obstante, aunque no te excusa de tu comportamiento siento que ha sido en parte, culpa mía, al prestarle más atención a Sophie últimamente y delegarte su aprendizaje. No debería haberlo hecho, pero asuntos más importantes me han mantenido muy ocupada.

—Entonces... ¿no vas a delatarme? —se atrevió a preguntar.

—Si lo hiciera, querida, tendría que matarte. No habría lugar en esta vida para una bruja traidora a ojos del resto. Solo te perdono la vida porque yo también cometí errores en el pasado, y porque la decepción que causarías a Julia terminaría con ella. Eso sí, cuando Sophie se marche, tú y yo tendremos una conversación más seria. Se acabó la magia negra; nada de celos, ¿entendido?

Beccaria asintió.

Capítulo 11

Aquella noche fue de reflexión para todos. Sophie y Cámeron fueron conscientes de que les quedaban dos días para separarse. Angustiados se revolvían en sus camas, intentando encontrar la postura más cómoda para asimilar aquello y con suerte, olvidarlo en un profundo sueño.

Beccaria, en la misma habitación que Sophie se arrepentía en silencio de haber provocado ese fuego, siendo consciente de que pudo haber dejado sin hogar a Julia y a ella misma. Cámeron era aún un asunto pendiente para ella, y decidió que pronto daría el paso, y le declararía su amor. Ella se creía a sí misma una beldad, y por tanto estaba segura de que el cazador no podría rechazarla.

Al día siguiente, todos se levantaron tarde. Descansaron sus escuálidos cuerpos hasta que el sol llegó a su cénit del día. Tras aquella cena deliciosa y el debido descanso, hasta la luz dentro de la diminuta casa parecía haber cambiado. Los ánimos estaban más serenos, y por un rato pareció que ningún percance había ocurrido en los últimos días... salvo la tensión entre Sophie y Becca. Mientras Julia preparaba unas insípidas gachas, las muchachas en la mesa, jugaban a su propio juego.

—Espero que Cámeron tenga más suerte hoy en el bosque... Me imagino que el pobre ha estado tan agotado que ni siquiera ha podido cazar como de costumbre —dijo Julia para romper el silencio.

—Sí... —respondieron las tres al unísono.

Sophie aún le guardaba rencor, bien porque sospechaba que ella había tenido algo que ver en el incendio, y porque se alegraba de su partida a la capital.

Becca la miraba con asco, envidiosa de sus habilidades, de su supervivencia y por pasar más tiempo con Cámeron.

Por último, la joven Josie era la única en aquella mesa que se mofaba de todas. Sabía lo que estaba pasando entre Sophie y Cámeron, secreto que aún

guardaba con gran recelo. También intuía la actitud recelosa de Beccaria, algo que le divertía muchísimo.

Sin embargo, Josie sabía que jamás sería tan bella como sus compañeras, ni tendría ningún don, de hecho, a veces ni siquiera podría hablar con tanta elocuencia como le gustaría; pero de lo que sí estaba orgullosa era de poder entender las cosas a la primera, tal que, casi supo desde el primer día, cómo eran aquellas brujas... al final llegó a su propia conclusión: que solo eran mujeres con mucho carácter.

—No tengo hambre —dijo Sophie tras el segundo bocado.

Tenía un nudo en la garganta que le impedía tragar, así como tampoco le permitía soltar la impotencia que le ardía desde dentro. Gritar quizás hubiera sido lo que habría necesitado en ese momento, sin embargo, sabía que eso no iba a cambiar nada. Lo único que le hubiera consolado en ese momento era su amado.

Necesitaba salir de allí. Un calor interior le hizo sudar y creía que iba a desmayarse.

—Necesito salir de aquí —dijo tambaleándose.

—¿Pero adónde vas? —se exaltó Julia.

—No puedo...respirar —contestó jadeando.

—No puedes...¡No puedes salir! —gruñó Beccaria.

Sin embargo, Sophie ya había abandonado la casa, a toda prisa, dejando incluso la puerta abierta. Angustiada, sintió que el aire que se sumergía en sus pulmones era tan húmedo que creyó que iba a morir por asfixia.

Corrió calle abajo, escuchando aún los gritos de Becca de fondo, la cual volvía a sentir odio por su rebeldía.

Corrió hacia el bosque, adentrándose en el follaje intenso y fresco. La humedad era un tanto mayor, sin embargo, amortiguaba el calor sofocante que le inundaba desde dentro. Se concentró en el sonido de sus pasos al correr, el crujir de las hojas bajo la tela de sus zapatos, y en la respiración.

Su intuición le hizo cambiar de dirección, cruzando el río sin desviarse. Al cabo de unos minutos vio a Cámeron a lo lejos. El joven estaba de espaldas y se estaba colocando una perdiz en el cinturón. Sophie no se molestó en ocultarse y él oyó sus pasos tras de sí.

—¡Sophie! —dijo casi interrogante.

Ella corría con lágrimas en los ojos, tenía la cara roja de la carrera y casi no podía andar.

—No puedo hacerlo.

—¿Qué? ¿estás bien? ¿qué no puedes hacer? —le preguntó este abrazándola.

—No puedo marcharme a Montpellier —respondió a lágrima viva.

El cazador dejó caer su barbilla sobre la cabeza de su amada. Aunque él era reacio a mostrar en muchas ocasiones sus sentimientos, no había dejado de pensar en ella en toda la mañana.

—No te preocupes, no vamos a separarnos nunca. Te lo prometo —Aseguró.

—¿De qué hablas? —preguntó con un brillo de esperanza en los ojos.

—Mañana al caer la noche nos fugaremos. Tú y yo. Ese era el plan desde el principio y lo vamos a cumplir. Te quiero Sophie, eres lo único que deseo en esta vida, y el precio que tenga que pagar por ello no me importa —respondió sereno.

Ella no contestó. Esta vez no habría preguntas, inseguridades ni inconvenientes. Él estaba en lo cierto, la hora había llegado, y nada podría separarlos. Después de un segundo abrazo aquel nudo de la garganta desapareció.

A un día de caballo de distancia, Elfrida se encontraba en su estudio de nuevo, descansado sus piernas sobre un taburete de cuero. Cómo había echado de menos su hogar. Ella era una persona que sabía adaptarse a toda situación fácilmente, sin embargo, reconocía que la vida en la capital le era mucho más cómoda. “Todo sea por la causa”, se repetía cada vez que tenía que volver a Montbazín o salvar a alguna de sus semejantes.

—Mi señora... —Interrumpió Sebastián.

Ella le hizo ademán de que entrara. Con unos modales humildes, pero bien aprendidos, el sirviente de Elfrida entró en la habitación. El calor de una buena chimenea, como de costumbre en aquel lugar, estaba siempre presente.

—Por dios, dime que me traes buenas noticias —dijo Elfrida exhausta del viaje.

—De hecho, señora, las mejores que podíamos esperar. Lord de Kaisersberg está vivo. Lo encontramos en la dirección que nos dio en Londres; y no solo eso. Nos ha dado esto para usted —dijo con una media sonrisa tendiéndole una carta.

La gran bruja se incorporó de un salto, impaciente por recibir las noticias de su viejo amigo:

“Estimada Elfrida. No sabes la alegría que me da recibir noticias tuyas. Aún recuerdo el Aquelarre de Montarneau. Eran buenos tiempos aquellos. Buenos, porque aún éramos muchos... los especiales. Mi corazón padece aún al recordar tus palabras sobre la pobre Elissa, sin duda la mejor maestra de aquel encuentro. La noticia de su hija también ha sido una sorpresa. La verdad, ahora que lo mencionas, reconozco que mi vida como ermitaño solitario está llegando a su fin. Dentro de diez años prácticamente me habré convertido en un anciano, y llegados a este punto, hoy por hoy hay dos cosas que verdaderamente valoro: un buen vino y la buena compañía. Si esa chica es tan hermosa como dices, estaré deseoso de unirme a ella.

Como sabes, mi misión aquí en Inglaterra es la misma que la tuya, y no descanso de reclutar y enseñar a pobres desdichados como nosotros. Por eso te pido tiempo, calculo que en dos meses llegaré a Montpellier y llevaremos a cabo esos planes. Espero que no te moleste que lleve conmigo a mi pupilo Gastón. Desde hace cinco años que lo capté, se ha convertido en mi sombra. Tiene una energía bastante potente... ya sabrás a lo que me refiero cuando lo conozcas.

Mis más sinceros respetos.

Lord Erik de Kaisersberg.”

—Sebastián —dijo con una amplia sonrisa —ve a la bodega y escoge dos botellas del mejor vino que encuentres. Esta noche hay mucho que celebrar.

Mientras tanto en Montbazin, Josie y Beccaria cocinaban juntas. Hacía rato que Julia había abandonado la casa para ir al mercado.

—Pss... no lo haces bien Jo, ya te he dicho mil veces que las cebolletas hay que cortarlas así de chiquito —le reprendió Beccaria con aires de superioridad.

Josie se puso nerviosa y empezó de nuevo su tic en la mano derecha. La

muchacha reconocía sus limitaciones; pero hasta cierto punto. Beccaria llevaba desde el primer día corrigiéndole con su estridente voz, cómo hacer las tareas, cómo hablar, riéndose de su tartamudeo y mofándose de sus habilidades culinarias. Sin embargo, aquel día, la prudente y delicada Josie estalló.

—Josie remétete así la falda, Jo, hazte así el lazo, Josie habla un poco más rápido... La gente piensa que Josie es inútil, y que no se da cuenta de las cosas, que Josie nunca podrá aprender, sin embargo, todos en esta casa, saben que Sophie y Cámeron bailan desnudos cuando se quedan a solas ...y tú todavía crees que él algún día será tuyo. Pobre ingenua de Becca —dijo sin vacilar. Enseguida se arrepintió de haberlo revelado.

Beccaria dejó caer el cuchillo con el que estaba cortando, estufefacta, y permaneció en silencio unos segundos.

—Eres una mentirosa... —susurró.

Josie se tapó la boca sin creer que le había contado eso. Se separó de ella y sin mirarla se sentó en la silla. Becca, al ver la reacción nerviosa de la antigua sirvienta, supo que no mentía.

—¿Cómo se atreven a insultarme de esta manera? ¡maldita Sophie, ella debía saber que yo estaba antes que ella, y él iba a ser mío tarde o temprano; y la muy bruja ha conseguido hechizarlo! —dijo de repente gritando de tal manera que Josie nunca había visto.

Beccaria cogió de nuevo el cuchillo y apuntó a Josie con él.

—Si ella ha utilizado la magia para atraerlo yo también sé jugar sucio Josie. Te juro ... que jamás estarán juntos ¡lo juro! —aseguró clavando el cuchillo en una cebolleta.

Mientras, Sophie y Cámeron planeaban en el bosque los detalles de la huida:

—Vamos a ver, entonces... dentro de dos días llegará aquí Elfrida. Es mejor escaparnos cuanto antes mientras ella siga en Montpellier, así no se enterará hasta que llegue aquí y ganaremos tiempo antes de que nos empiece a buscar —dijo Cámeron susurrándole a Sophie al oído.

Sophie estaba sentada entre las piernas de Cámeron plácidamente, mientras decidían cómo y cuando actuar.

—Está bien. Esta noche será la noche perfecta pues. Tomaremos el mismo camino hacia la costa que la última vez. Siempre hay más oportunidades cerca del mar, ya que, si no consigues cazar, siempre podríamos pescar —ideó Sophie—. Aunque antes de irnos acuérdate de que tenemos que coger mi libro. Es lo único que me queda de mi abuela... —dijo con tristeza.

—Bueno, también tienes el collar, no lo olvides.

—El collar era de mi madre —contestó mirándolo.

Rara vez lo hacía porque la correa del mismo era tan corta que para poder mirarlo casi tenía que ponerse bizca.

Cámeron la besó desde atrás.

—Entonces no hay más de qué hablar. Cogemos toda la fruta que podamos, la prepararemos junto al libro y al caer la noche nos iremos.

De pronto escucharon unas ramas crujir. Ambos se alertaron y miraron hacia donde procedía.

“Hola Sophie”. Dijo la voz de Sröll.

—Hola Sröll —Saludó esta para que su compañero supiera de quién se trataba.

Los tres zorros aparecieron y se sentaron junto a ellos.

“Así que esta noche os marcháis, ¿no es así?”.

Sophie sonrió con timidez. Olvidaba que ya no tenía secreto para esos seres mágicos y que podían escucharla estuviera donde estuviera.

—No tuve la oportunidad de agradeceros lo que hicisteis por mí en el incendio—dijo.

“Nosotros no hicimos nada Sophie, lo hiciste tú sola. Nosotros solo te avisamos de que estábamos contigo, te dimos la fuerza y la confianza que necesitabas para creer en ti misma; y lo conseguiste” Intervino Reivaj con una energía tan serena que se contagiaba.

—Gracias, en cualquier caso —Asintió la joven.

—Eso, gracias —dijo Cámeron deduciendo el hilo de la conversación.

Los tres lobos rieron, no con sonidos, ni con palabras, sino como Sophie los sentía reír. Ella también lo hizo.

—¿Vendréis con nosotros? —preguntó Sophie.

“Por supuesto, a partir de ahora iremos adonde tú vayas. Nuestra misión es

guiarte en tu camino espiritual, pero también protegerte” intervino Reivaj.

“Aunque esperemos que eso nunca lo llegues a necesitar”. Deseó Sköl.

—Está bien, entonces esta noche nos vemos en este mismo sitio ¿no?

“Haced vuestra huída sin preocuparos. Nosotros os seguiremos de cerca.”

—Gracias —respondió Sophie.

Dicho esto, los tres zorros desaparecieron entre los árboles tan súbitamente como habían llegado.

—¿Qué han dicho? —preguntó el cazador.

—Debemos proseguir el plan, saben que nos vamos y no estarán muy lejos, pero que no los esperemos.

—¿Entonces...?—dijo abrazándola—. No tenemos que preocuparnos de nada más.

Ella se volvió hacia él y lo besó en los labios.

—Contigo la palabra "preocuparse" pierde sentido —le dijo susurrándole cara con cara.

De nuevo unos crujidos de ramas se oyeron entre los matorrales. Ambos lo escucharon, pero siguieron abrazados, haciendo caso omiso, creyendo que eran los zorros de nuevo que volvían para decirles algo que se le había olvidado.

—Veo que lo que dicen es cierto —dijo de repente una voz a lo lejos.

Beccaria apareció en lugar de los zorros y Sophie y Cámeron la miraron con desconfianza.

—¿Qué quieres Becca? —preguntó Cámeron, temeroso de que hubiera oído algo del plan.

—No quiero nada, solo cerciorarme de que vuestro amor va viento en popa.

Sophie la miró con recelo. Ya no se fiaba de ella.

—¿Qué quieres de verdad, Beccaria? —le obligó a responder ella.

—Quiero que me devuelvas lo que me has robado. Pero tranquila, no hace falta que te lo quite yo, tú me lo vas a dar... —dijo casi en un acertijo.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó.

—Mañana es Luna nueva, el ciclo volverá a restablecerse y el equilibrio podrá llevarse a cabo —se dedicó a recitar.

Sin más, se dio la vuelta y desapareció con paso decidido y diligente.

Los jóvenes se miraron sin inmutarse mucho de aquella intromisión esporádica. Suponían que se habría enterado de que se amaban, pero ahora ya nos les importaba, puesto que estaban a punto de escapar de Elfrida, la cual ya estaba al tanto de su amor.

—Eso que ha dicho es por ti, Cámeron. Beccaria también está enamorada de ti.

Este meditó durante unos instantes ignorando el comentario.

—Pero, ¿qué habrá querido decir? —preguntó totalmente confuso.

—No lo sé, pero no me ha gustado el tono. Ella cree que yo intento estar contigo solo para fastidiarle. Ojalá pudiera hacerle saber lo mucho que te amo, que lo comprendiera y terminar de una vez por todas de enfrentamientos con ella.

—¿Y por qué no lo haces? —dijo Cámeron.

—Primero, porque no me escucharía, y segundo porque a estas alturas, me importa un bledo —dijo con una sonrisa pícaro, entornando los ojos.

Al cabo de unas horas todos se encontraban en la sala de estar donde Julia estaba preparando una deliciosa sopa de judías.

—Hoy ha sido un gran día. Los pescadores han llegado hoy a la plaza y han lanzado cuatro caballas al aire para atraer a la gente para la venta, ¿y a que no sabéis quien ha cogido uno de esos peces? —dijo ilusionada.

Nadie en la habitación respondió. Cámeron y Sophie ni siquiera la escucharon. Beccaria estaba demasiado enfadada para hablar, cosa poco común en ella, y Josie pensó que ya había hablado demasiado por ese día.

—¡Yo! ¡Me cayó a los pies como un regalo de Dios! —se respondió a sí misma.

Sophie miraba a través de la diminuta ventana cómo se ocultaba el sol a una velocidad demasiado rápido para su percepción.

“Mi último día aquí ha terminado. La próxima vez que la luz del sol ilumine este lugar, ya no estaremos aquí”. Pensó.

Beccaria ni siquiera probó bocado:

—¿Qué te pasa cariño? ¿estás enferma? —le preguntó Julia con dulcuro.

—Sí... Algo debió haberme sentado mal hoy —respondió tajante, y dicho

esto se fue a su cuarto.

—Me alegro de que todo lo malo haya pasado, y que volvamos a la normalidad. —afirmó Julia inteniendo crear un buen clima.

Cámeron estaba resentido con su madre porque iba a dejar que Elfrida se llevara a Sophie a la capital tal y como había hecho con Eliot. No podía creer que le volviera a hacer lo mismo.

—¿Normalidad? ¿Tú ves normal que Sophie tenga que irse a la capital porque ya crees que la has ayudado suficiente? ¿dónde está la Julia que no iba a permitir que se la llevara? —dijo hecho una furia.

—Cámeron... esto no es necesario —dijo Sophie tocándole el brazo.

—Cariño, la situación ha cambiado. Ella nos puso en peligro al exponerse en varias ocasiones... —respondió Julia.

—¿En peligro? Solo quería salir a respirar. ¿Acaso es mucho pedir?

Entre tanto, Beccaria se levantó con resignación de su silla y se marchó a dormir.

—No era a respirar. Sophie fue a la plaza del pueblo, sin esconder su rostro. Ha salido varias veces de esta casa, sin tener en cuenta si quiera a la vecina de al lado. Han sido muchas cosas hijo.

Sophie tragó saliva.

—Y muchas personas también mamá, ¿desde cuándo lleva Becca aquí? Se ha convertido en tu ojito derecho, prácticamente en tu hija. Sin embargo, el resto de los que han llegado han sido despachados en cuestión de meses. ¿Por qué no les has dado a todos la misma oportunidad? —Replicó en cólera.

—Porque la cabeza de Sophie tiene un precio. ¡Y no quiero que nos maten a todos en esta casa por su culpa! —Acabó contestando a gritos.

Cámeron pegó un puñetazo a la mesa, se levantó y se fue a su cuarto. Julia, sin el puñetazo, le imitó.

En la mesa quedaron 5 platos llenos, Sophie y Josie:

—Oye ... yo quería dis disculparme —Tartamudeó Josie.

—¿Por qué?

—Hoy le he contado a Becca que os vi el otro día desnudo —confesó afrentada.

—No te preocupes —se limitó a decir.

—¿No estás enfadada conmigo?

—No. Pero... —dijo Sophie con un tono de voz de lo más alentador. Josie casi creía que no la hubiera entendido. Parecía incluso más feliz —Si tienes la oportunidad de irte de aquí algún día, hazlo.

—¿Por qué?, Julia me ha acogido hasta que Elfrida...

—Josie, no dependas jamás de nadie. Ni de Julia, ni de Elfrida. Agradéceles lo mucho que han hecho por ti, pero jamás dejes que nadie decida tu futuro. Eres libre de comenzar una nueva vida cuando y donde quieras —la interrumpió.

Sophie estaba ilusionada por la inminente huida, y deseaba contarle a Josie que ella iba a tener la valentía de hacerlo, sin embargo, la realidad de su amiga era bien diferente.

—Sophie, yo no soy tú. Tú eres... guapa, y más joven que yo. Mírame. Ni siquiera yo misma soporto mirar mi reflejo —dijo acariciándose su cicatriz—. No soy bienvenida en ningún lugar, y en mi cara solo llevo escrito el mal. Seré una repudiada de por vida, y no me importa admitirlo. Solo espero no sufrir más dolores y enfermedades lo que me resta de vida. Solo pido eso, el resto me da igual dónde vivir y con quién.

Sophie se quedó en silencio, asimilando aquellas duras palabras de su amiga, en cierto modo verdad, pero tan amargas como la vida misma.

—Creo que yo tampoco cenaré esta noche —dijo Josie levantándose — buenas noches.

Josie se levantó de la silla para marcharse, cuando Sophie le cogió de la mano. Sabía que era muy probable que no volviera a verla, y de alguna manera, quería despedirse de ella.

—Eres buena persona Josie, si algún día necesitas algo de mí, si puedo, te ayudaré.

—Yo...también a ti —contestó extrañada.

—Buenas noches —contestó Sophie, sabiendo que no habría unos buenos días.

Ella asintió y desapareció en la oscuridad.

Al cabo de unos minutos, Cámeron apareció con velocidad trayendo consigo una brisa que hizo mover el fuego de las velas.

—Necesito salir —Susurró enojado.

Parecía haber estado llorando y tenía las aletas de la nariz dilatadas.

—Ven conmigo —le contestó ella cogiéndole de la mano.

Fueron al corral de la casa. Apenas eran un par de metros cuadrados, sin embargo, desde ahí podían ver las estrellas.

—¿Las ves? —dijo ella.

—Las estrellas ¿no? —respondió él olvidando enseguida la discusión.

—No. Esos son nuestros sueños. Desde estas cuatro paredes solo vemos unas cuantas, pero en unos minutos, las veremos todas Cámeron. Vamos a ser libres.

Él la miró embobado.

—¿Qué? —le preguntó de reojo.

—Que no me quiero imaginar lo insípida que hubiera sido mi vida si no te hubiera conocido. Me has dado esperanza.

—Y algún día espero darte una familia también —le interrumpió Sophie.

Cameron Muller la abrazó, cubriéndola casi por completo y deseó con fuerza aquella proposición.

—Llegó el momento —dijo el cazador.

Sophie asintió.

—Asegúrate de que están dormidas antes de marcharte.

—Vamos —Dio por hecho Sophie.

Al cabo de unos minutos ambos se encontraron en la puerta de la casa, con sus capuchas y sus respectivos hatos. Sophie traía la cara descompuesta.

—¿Qué pasa? —preguntó Cámeron.

—Becca no está.

—¡¿Qué?!

—Maldita sea, no grites —susurró Sophie.

—Beccaria, no está en su cama, ni tampoco en la casa. No está Cámeron —dijo gesticulando al máximo con el volumen mínimo.

Él recapacitó unos segundos.

—Me da igual. Nos vamos igualmente —Sentenció.

Cogieron el libro en el bosque y se dirigieron a la costa.

Aproximadamente a dos kilómetros de distancia, Beccaria vestía el vestido

de terciopelo negro que le había regalado Elfrida meses atrás. En mitad del bosque, en la absoluta oscuridad, el inclemente frío de otoño ya anunciaba una nueva estación, y la luna nueva dejaba totalmente cubierto el bosque en un manto de niebla. Beccaria había pasado medio día buscando lo que necesitaba. Sacó las hojas de alhacrán, y de un saquito, palpó con cuidado hasta encontrar un cabello de Cámeron que había robado de su almohada.

Sentada en su círculo habitual para el aquelarre Beccaria, tan erguida y dispuesta como lo haría Elfrida dio comienzo a su ritual invocando a su tótem animal.

“Te necesito para esto”. Imploró.

Al cabo de unos minutos en silencio, el revolotear de unas alas se escuchó sobre su cabeza.

“Aquí estás”. Pensó.

Ahora tocaba encender el fuego. Su otro elemento.

No lo hizo de la manera habitual en la que lo habría hecho en un aquelarre, sino como le había enseñado Elfrida a la hora de llevar a cabo un hechizo. Tenía que comenzar implorando su deseo.

—¡Fuego sagrado, tú me has elegido, ayúdame ahora con mi propósito! Mi elemento manifiesto aquí mismo, ante los ojos de la luna nueva, que mi deseo de recibir el amor que merezco por justicia se me otorgue... —comenzó rezando.

El fuego que acababa de encender en la breza empezó a arder como si de pólvora se tratara. Ella sabía que el equilibrio nunca se corregía mediante hechizos, sino mediante la propia energía universal; sin embargo, intentó convencerse a sí misma de que lo que estaba haciendo era totalmente legítimo y debía conseguir el amor de Cámeron a toda costa. Un sentimiento de odio hacia Sophie le invadió de nuevo.

“Si no es para mí no será para nadie”. Se repetía inconscientemente.

Tras varios minutos con el mismo pensamiento, la impaciencia le hizo desconcentrarse en el deseo de amor, con el deseo de venganza.

El cuervo blanco, que seguía pulupando cerca y en silencio, comenzó a craquear. Becca percibió miedo de su animal. Sentía que quería advertirla, y comenzó a revolotear atravesando el fuego.

Beccaria, inconsciente de la consecuencia de sus actos sabía que la vida le devolvería esa lección por triplicado, y que lo que hacía estaba empezando a pasarse a un lado oscuro.

Casi rozando el alba Sophie y Cámeron bordeaban la costa en dirección al norte. El camino era bastante llano y diáfano. Ambos caminaban deprisa, con la misma adrenalina que hacía una semana:

—Lo estamos haciendo Cámeron, dios, ¿no lo sientes?

—¿El qué?

—La libertad.

Al cabo de unas horas, hicieron la primera parada.

—Este sitio está bien.

Se sentaron a la sombra de unos álamos y Cámeron sacó algunas nueces de su hato.

—Estas nueces nos darán la energía suficiente para andar otros diez kilómetros.

El muchacho sacó su cuchillo de caza e introdujo la punta en la parte posterior de la cáscara. Giró el machete haciendo presión y sacó el fruto.

—Toma —le ofreció a la bruja.

Sophie aceptó de buena gana el primer alimento con el que le alimentaba su amado fuera de los cuidados de Julia. Se sentían totalmente independientes.

Repitió la operación una y otra vez, sin embargo, a la séptima nuez tuvo que apretar demasiado para romperla, y el cuchillo se clavó en su mano.

—¡Ahhhh joder! —gritó.

—¡Oh dios mío! ¡cariño por favor, déjame ver! —se asustó enseguida Sophie.

—¡No, joder! ¡me duele mucho! —dijo apretando la hemorragia.

Sophie ignoró su comentario bajo los efectos del dolor y le agarró la mano para ver la herida. El cuchillo casi le había atravesado la mano y la herida era bastante fea. Sangraba mucho, y enseguida tuvo todo el antebrazo cubierto de rojo.

—Dame tu mano, te la vendaré —dijo Sophie rasgándose los bajos de su vestido y haciéndole un nudo con fuerza.

Cámeron comenzó a hiperventilar. Como buen cazador, estaba

acostumbrado a matar y desgarrar a sus presas, sin embargo, ver su propia sangre le producía una profunda impresión, lo que hizo que en unos segundos volviera los ojos en blanco y se desplomara en el suelo.

—Maldita sea... —masculló entre dientes la bruja.

Sabía que la herida, si sanaba bien, no le iba a matar, pero maldecía el modo en que había empezado su nueva aventura.

La joven atravesó el camino, y bajó por las rocas con cuidado al mar. No había tanta altura, así que cogió con facilidad una jarra de agua. Mientras estaba escalando de nuevo, oyó un galope muy veloz acercarse, y no pudo sino apresurarse aún más, ya que temía que le pudieran robar o aún peor, hacerle algún daño.

Cuando llegó hasta arriba fue tal el panorama que encontró, que se le cayó la jarra de las manos, rompiéndose en pedazos. La carreta de la Inquisición había parado junto a Cámeron, y un monje se estaba acercando a él. Sobre el otro asiento, había un noble caballero que, alertado por el sonido de la jarra miró a Sophie:

—Hola. Hemos visto al muchacho en mitad del camino desangrado, ¿qué le ha pasado? —dijo el de la carreta.

Sophie no contestó. Permaneció impasible, bloqueada de terror. El caballero era el mismo que visitó Montarnau hacía meses.

—¿Qué demonios te pasa? ¿eres muda?

Sophie asintió lentamente con la cabeza.

Cámeron empezó a despertarse, cuando ya tenía al monje encima masculló:

—Pero ¿qué? —dijo aturdido—¿Dónde está Sophie? —contestó aún sin saber bien con quién estaba hablando.

—¿Sophie? —dijo el caballero —¿ese es tu nombre? —preguntó.

Ella dudó unos instantes, y por un momento se recordó a Josie. Seguidamente negó con la cabeza.

—El caso es que ese nombre me suena... —dijo el monje afilándose la perilla.

Cámeron se incorporó poco a poco cuando de pronto fue consciente de la carreta. El monje le ofrecía agua mientras Sophie al otro lado del camino le miraba con cara de descomposición. La tensión se hizo dueña de la situación.

Fue inevitable el silencio incómodo de los dos jóvenes, junto al hecho de que Sophie estaba a punto de ser descubierta. Ambos tenían la misma expresión que un niño al que le acaban de descubrir con las manos dentro del bote de la mermelada.

—Bueno, ¿estás bien chaval? —le preguntó el caballero.

—Toma un poco de agua —le ofreció el monje.

—Sí, no, gracias —tartamudeó.

El caballero echó otro vistazo a las cosas que llevaban y hubo algo que le llamó la atención.

—¿Qué es eso de ahí? ¿Un libro? —dijo bajando de la carreta.

El libro estaba cubierto bajo un pañuelo beige junto a uno de los hatos.

Sophie, movida por un impulso reflejo e inconsciente, reaccionó:

—¡No! —suplicó.

El caballero y el monje se volvieron hacia ella.

—¿Y tú no eras muda? —interrogó a la bruja.

—No soy mu, muda pe, pe, pero me me cuestata mu mucho hablar — Tartamudeó a propósito como lo hubiera hecho Josie.

El caballero, poco conforme con la respuesta, no desvió su atención de aquel objeto envuelto.

Sophie sabía que se encontraba en un serio aprieto. La Santa Inquisición en persona a punto de descubrir su libro con hechizos e historias reales de auténticas brujas. Sabía que estaba condenada.

Cámeron la miró aterrado, pensando lo mismo que ella, entonces cogió el pesado libro aún envuelto con ambas manos, manchando la cubierta de sangre y corrió hacia las rocas.

—¡Eh! —Intentó detenerle el caballero.

Cámeron lanzó con todas sus fuerzas el libro y calló de lleno en el basto océano. Como un peso plomo, el libro impactó en el agua, y en cuestión de segundos se hundió.

—¿¡Qué era eso!?! —dijo el caballero llevándose la mano a la empuñadura.

Cámeron permaneció en silencio, dio unos pasos y se puso delante de Sophie. Nadie respondió, entonces el monje habló:

—¡Santo Dios, es Sophie Botreau, la bruja de Montarneau! —Y dicho esto se santiguó.

El caballero no lo dudó un instante y desenvainó su espada. Cámeron hizo lo mismo con la suya.

—Dame a esa ramera, y a ti en vez de ahorcarte solo te cortaré un brazo. —Amenazó.

—Por encima de mi cadáver —Sentenció el cazador.

Ambos se enzarzaron en una pelea espada con espada. Sophie jamás había visto algo así. El primer sonido metálico entre las hojas de las armas fue lo que le sacó del bloqueo que la había mantenido inmóvil, así como le había ocurrido la primera vez en su aldea.

Ella fue en busca del machete con el que se había cortado Cámeron, sin embargo, el monje logró alcanzarlo antes que ella.

—¡Aléjate de mí Satanás! A mí no me vas a engañar con tus triquiñuelas bajo esa apariencia inocente, ¡a la carreta! —la amenazó con el arma.

Sophie retrocedió un paso y le miró con odio.

Detrás de ella y en mitad del camino los dos luchadores se debatían con velocidad una y otra vez. Era obvio que aquel caballero tenía una formación militar, y que blandía su espada con un brío digno de un guerrero. Cámeron por su parte, se defendía a duras penas. Empuñaba con dificultad la espada debido al recién accidente, y la herida comenzaba a brotar de nuevo el carmín de su sangre.

Sophie lo miraba con angustia. Lo notaba cansado, con movimientos demasiado oscilantes y lentos. Comenzó a implorar a sus zorros mientras vigilaba de reojo al monje:

—Por favor Sröl, Reivaj y Arkemi, necesito vuestra ayuda ya, os lo imploro, os lo suplico... —dijo entre lágrimas.

Esta vez lo dijo a viva voz, creyendo que así la escucharían mejor.

—¡Cállate asquerosa ramera! ¡Ninguno de tus demonios a los que invocas vendrá para ayudarte! —dijo el monje.

El caballero dio un mandoble con su espada haciéndole un corte en la pierna al cazador y obligándole a quedarse de rodillas.

—¡Ah! —Gimió Cámeron.

—¡No, por favor! —Suplicó Sophie cayendo al suelo también entre lágrimas.

Cámeron lanzó su espada al suelo, como muestra de derrota. Su pelo lleno de sudor, arena y sangre le manchaba la frente. Con su mano y pierna herida se encontraba totalmente indefenso, cansado. Miró a Sophie con decepción hacia sí mismo.

—Lo siento Sophie, te quiero —dijo casi sin aliento.

Sin vacilar, el caballero le atravesó el pecho con su espada.

—¡Nooo! —gritó Sophie.

Iba a correr hacia él, pero unos brazos por detrás se lo impidieron. El gordo monje la cogió como si fuera un saco de trigo y la lanzó con violencia dentro del carro oscuro de la inquisición. En cuanto cerró las puertas de metal, Sophie pudo ver a través de ellas cómo sus zorros aparecieron en escena y se le lanzaron desde atrás al monje y al caballero, desangrándolos sin apenas esfuerzo.

Gritos, gemidos y el llanto de Sophie mitigaban los berridos de los otros dos hombres que aún se retorcían con algunos de sus miembros cercenados. De fondo, su único amor, yacía en el suelo, muerto. Reivaj se acercó y lamio su cuerpo, llorando de impotencia por no haber llegado a tiempo.

Los gritos y gruñidos asustaron a los dos caballos que tiraron de la carreta. Ambos relincharon y se dirigieron con un acerbo galope hacia la dirección contraria en la que los enamorados se dirigían.

Sophie, entró en estado de ansiedad y pánico intentando salir de allí. El interior estaba húmedo y sucio. Olía a sangre y heces, y estaba encharcado de barro.

“Me dejo morir” pensó al cabo de una hora, cuando todo ápice de fuerza desapareció, cuando fue realmente consciente de que lo había perdido todo en un momento, cuando el dolor se hizo insoportable. Ya nada le importaba. Allí a donde le llevaran esos caballos, fuera donde fuera, iba a estar sentenciada puesto que viajaba enjaulada dentro de la carreta de la Inquisición. Al cabo de unas horas el ritmo de galope aminoró un poco, pero no se paró ni se desvió. Aquellos rocines tenían muy claro el camino de vuelta a casa, y no dudaron ni un momento qué sendero tomar.

Se hizo de noche, y Sophie seguía impasible sin el fin a la vista. Ya no quería esa existencia, desgraciada y cruel, y deseó que aquellas puertas de hierro que la retenían dentro pudieran abrirse, solo para salir y poder quitarse la vida ella misma.

“Total, mañana estaré muerta de todas formas”. Pensó.

Lo había perdido todo. A su amado, su sagrado libro, el cual aún no había terminado de leer. Era lo único que le podía haber dado alguna información sobre su madre o sobre ella misma. Ya no escuchaba ni sentía a sus zorros. Estaba completamente sola y abatida. Así pues, al cabo de unas horas cerró los ojos agotada y deseó no volver a abrirlos nunca.

Capítulo 12

Un camino empedrado traqueteó la carreta y Sophie despertó. Tenía los ojos tan hinchados del llanto que apenas veía con claridad. Ya había amanecido totalmente y ahí fuera, un bullicio de gente se acercaba alarmada al ver la Santa carreta viajando sola. Con precaución empezaron a asomarse. Un hombre que allí se encontraba cogió las riendas y detuvo el carro.

—Oh dios mío, ¡mirad dentro, hay una bruja! —dijo una mujer.

Sophie en su interior, estaba tumbada de lado, impasible a los comentarios y a los insultos, esperando a ser sacada de allí y ser quemada viva.

Aquellos habitantes de esa ciudad que desconocía, no dejaban de gritar, abuchear e incluso de escupir sobre ella.

—¡Debe presentarse al obispo enseguida! —dijo otro señor.

—¡Montpellier no perdona nunca! —Escuchó decir a otro.

Sophie oyó aquel nombre, de fondo entre sus pensamientos, y rió para sí misma por la ironía de que había terminado en la ciudad de la que huía.

—¡Está bien, aquí se ha acabado el espectáculo, apartaos! —dijo una voz grave en el exterior. —Tú, bruja, cuál es tu nombre y qué has hecho con el monje y su servidor.

Sophie se mantuvo callada queriendo acabar pronto con su vida.

—No tiene nombre esta diabla. Está bien, al castillo del obispo, ¡enseguida, vamos!

De nuevo, Sophie se vio sobre un trote nervioso, esta vez conducido por algún alguacil.

—¡Hay que quemarla ya!

—¡Llevarla a juicio! ¡la bruja debe morir! ¡torturadla! —gritaron.

Ella estaba semiconsciente escuchando cómo su final se acercaba, percatándose únicamente de la luz del día que le molestaba. De pronto, una oscuridad cubrió la carreta. La joven acostumbó los ojos, y se dio cuenta de que habían entrado en un túnel empedrado y húmedo. Al cabo de unos

segundos el vehículo se detuvo de nuevo en el exterior.

Ya no se escuchaba nada ni a nadie ahí fuera, pero tras unos minutos de espera, el sonido de unos pasos la volvieron a sacar de su aturdimiento. Sin previo aviso las puertas de hierro pesado se abrieron. Por acto reflejo Sophie se asustó y se incorporó. Tuvo que taparse los ojos debido a la claridad, entonces vio la persona que le esperaba fuera:

—Ya estabas tardando mucho en montar este escándalo —dijo aquella voz conocida.

Elfrida se encontraba al final de la carreta, de pie, tan esbelta y disciplinada como siempre. Al no obtener ninguna respuesta arqueó una ceja:

—Ponedle esto y llevadla al castillo —dijo sosteniendo una capa.

—¿Elfrida? —tartamudeó.

—Vamos joven —le dijo Sebastián que apareció junto a ella.

La Gran bruja no contestó. Parecía más enojada que nunca, se giró y desapareció bajo unos pasos firmes y dirigentes por una puerta pequeña del castillo que daba a esa placita interior.

Confusa aún, ella intentaba asimilar la situación, pero en lo único que podía pensar era en su recién fallecido amor. Se dejó llevar como una sonámbula por el sirviente, que la llevó hasta una habitación. Dentro, únicamente había un barreño de madera y una toalla.

—Lávate —le ordenó Sebastián.

—No tengo otra ropa —contestó apática con un hilo de voz.

El sirviente ignoró el comentario y salió de la habitación. Seguidamente Sophie escuchó como cerraban la puerta desde el exterior.

El espacio era oscuro y húmedo. Olía a madera mojada, con un regusto dulce que a Sophie le causaba repulsión. Hizo lo que le ordenaron, aún aturdida por los acontecimientos. Mil pensamientos se agolpaban en su cabeza. Por qué la había recibido Elfrida en lugar del verdugo o el Obispo, por qué seguía con vida, por qué su amado no, cómo había llegado hasta ahí...

Se quitó el vestido, se sumergió por completo en el barreño y aguantó la respiración durante unos segundos. Gritó bajo el agua sacando todo el aire que tenía en los pulmones y tras medio minuto aguantando la respiración, salió de nuevo a la superficie, hinchando su tórax. Un llanto de nuevo la hizo

consciente otra vez de su suerte.

—Eso no te va a ayudar —dijo Elfrida a su espalda.

Sophie se volvió, avergonzada de que la viera desnuda:

—Cámeron ha muerto... —Respondió entre quejidos.

—Lo sé —afirmó la bruja—. Tendríais que haberme escuchado —le increpó.

—Todo ha sido por tu culpa. Si me hubieras dejado vivir allí con él...

—Si lo hubiera permitido nos habrían matado a todos, no tengo nada más que discutir contigo. ¿Acaso te crees que es fácil para mí, tener que volver mañana a Montbazín para decirle a mi mejor amiga que su hijo ha muerto intentando protegerte? ¿Cómo te crees que se sentirá Julia por tu culpa?

—¿Mi culpa?

—Sí, tu culpa.

—Eres una manipuladora, y una falsa arrogante. Lo que le ha pasado a Cámeron ha sido por tu intransigencia y falta de comprensión.

—Y tu eres una niña malcriada que creía estar enamorada y lo único que estaba haciendo ese muchacho era mangonearte por un tiempo, como lo hizo al principio con Beccaria.

Sophie casi se resbaló dentro del barreño al oírlo.

—¡Eso es mentira! —le espetó.

Elfrida le contestó con una risa hipócrita.

Sophie, dentro de su elemento aún, cerró los puños con rabia y gritó con coraje, deseando que aquella mujer que le estaba martirizando muriera en ese momento. Así pues, el barril de madera explotó y todos los tablones curvos salieron dispersados por toda la habitación. Sophie se quedó de pie, desnuda en el centro, ilesa y en la misma postura, rígida y abatida a la vez.

Elfrida frente a ella, tampoco había resultado herida, sin embargo, un escalofrío le recorrió toda la espalda:

—Tu... tótem —Tartamudeó.

—Sí. Ya soy una verdadera bruja, y no gracias a ti precisamente —respondió Sophie segura de sí misma.

—¿Cuál es tu animal? —preguntó ahora con una repentina curiosidad.

—Jamás lo sabrás, ojalá ardas en el infierno.

Elfrida entendió su actitud e intentó calmarla.

—Te entiendo... pero nunca olvides; nunca —dijo sacudiéndose el vestido con naturalidad de esquirlas de madera—. Que, gracias a mí, sigues con vida.

—¡Pues mátame! ¡inténtalo si puedes! —le amenazó Sophie.

Elfrida enfureció, estaba cansada de vacilaciones. Señaló a Sophie con un dedo, y con la otra mano cerró enérgicamente el puño extendiendo el brazo.

La joven, que seguía desnuda, salió disparada contra la pared, a dos palmos del suelo. Sintió como si la estuvieran estrangulando. se retorció como un pez sacado del agua. Cuando estaba a punto de desmayarse Elfrida bajó los brazos, sin dejar de mirarla, y ella se desplomó sobre el suelo.

Cuando despertó ya había anochecido. Se encontraba en otra habitación, tumbada sobre una cama. Aquel lugar no tenía nada que ver con la habitación cutre del barril. Esta era mucho más ostentosa por sus muebles de roble, y las cortinas de terciopelo. Un par de velas alumbraban el pie de su cama, desde donde se erguía un dosel tallado. Se incorporó y comprobó que iba vestida con una túnica azul oscura.

—Es como vestirás a partir de ahora —dijo una voz desde el final de la habitación.

Sophie no alcanzaba a ver quién estaba en el cuarto, y acomodó la vista intentando distinguir a su interlocutor. Un hombre salió de entre las velas y se presentó:

—Me llamo Sebastián. Soy el sirviente de la hermana de Su Excelencia Reverendísima, el Obispo de Montpellier —dijo concluyendo con una genuflexión.

—¿El sirviente de quién? —preguntó confusa.

—De Elfrida —contestó afable.

La joven asimiló por un momento lo que le acababa de decir y entonces todo tuvo sentido. Los modales de su maestra, el dinero, el poder, los viajes inminentes a la capital, la relación con el sacerdote de Montbazin. Tenía la coartada perfecta. Era la hermana de un obispo, ¿quién iba a sospechar que fuera una bruja?

Entonces recordó que ese hombre había sido quien le había conducido hasta el cuarto del barreño.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó confundida.

—Sebastián.

—¿Y dónde está Elfrida?

—Se ha marchado hace poco a Montbazín. Va a darle la noticia a su amiga —dijo solemne.

Sophie dejó escapar un par de lágrimas, y tras unos segundos se incorporó de la cama para ver bien su túnica.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz ronca.

—Es el hábito de nuestro monasterio, vas a comenzar tu vida canónica. —dijo con timidez.

—¡¿Que qué?! —Imploró.

—Son órdenes de mi señora. Tu nueva identidad será el de una monja llegada desde París. Mañana te presentaré a la Madre Charlotte.

—Monja... —Susurró sin fuerzas.

Sophie se encontraba exhausta, tanto física como mentalmente. Hacía unas horas le habría dado igual morir, pero ahora, tenía algunas cuestiones que resolver con Elfrida antes de que eso pasara.

—Monja... —se limitó a decir.

La joven se recostó de nuevo, y Sebastián le apagó las velas. Justo antes de marcharse de la habitación le se volvió hacia ella:

—Por cierto, a partir de ahora, aquí te llamas Susette.

La bruja cerró los ojos. “Hasta mañana Susette” pensó con resignación; no sin antes grabar a fuego en su mente la imagen de Cámeron.

Al día siguiente, una luz verdosa la despertó. La vidriera floral de la ventana dejaba pasar un foco de luz que evocaba su amado bosque.

Inspeccionó la habitación con con cuidado, intentando averiguar dónde se encontraba, pero lo único que pudo ver a través de la cristalera fue un gran roble, tan cerca que le impedía ver más allá de sus ramas. Una cómoda y una silla de cuero era lo único que amueblaba la habitación junto a la cama. Decepcionada y apática al mismo tiempo, se desplomó sobre la colcha de la cama y se trenzó el cabello, que ya le había crecido hasta la cintura.

Sebastián entró en la habitación, y a pesar del ruido a propósito que hizo, Sophie no se inmutó:

—Buenos días Susette.

—Buenos días Sebastián —contestó con un hilo de voz apagado.

—La hermana superiora vendrá después del desayuno a por ti.

La joven asintió indiferente, aún se sentía los ojos hinchados.

El sirviente condujo a Sophie hasta una amplia cocina, con cuatro fogones y una mesa central de haya, tan grande que podrían haber desayunado dieciséis personas en ella. Se sentó con desasosiego y esperó a que le sirvieran.

—¿Y esta preciosidad? ¿Quién es? —preguntó una cocinera regordeta que le sirvió en seguida un plato de huevos con fruta.

—Es una monja recién llegada de París... sus padres tenían una pequeña fortuna ahorrada y decidieron entregarla al monasterio del castillo —respondió Sebastián.

—Ohh, ¿y por eso estás tan triste bonita? No te preocupes, la vida de una monja no es tan dura como dicen, aunque deberás acostumbrarte a la disciplina de la abadesa Charlotte. Tiene mucha experiencia con jóvenes como tú, aunque también mano dura...— Acabó diciendo entre dientes.

—Vamos come, la Madre estará a punto de llegar —sugirió Sebastián.

Sophie dio un bocado a una manzana, tan ácida que casi tuvo que escupirla. La soltó sobre la mesa y empezó con los huevos revueltos. A pesar de su desidio por la vida en aquel momento, era la primera comida caliente que se echaba a la boca después de dos días, y esos huevos preparados con paciencia y esmero le supieron a gloria.

Al cabo de diez minutos, Sebastián entró con impaciencia en la cocina:

—Vamos, Susette, la abadesa te espera.

Ella se levantó de la mesa, le hizo una pequeña reverencia con la cabeza a la cocinera, la cual le sonrió con dulzura.

—Toma, date prisa —le dijo entregándole una bolsita de tela. Por el tintineo que hacía su contenido, supuso que era dinero.

Sin más, la sacó casi a empujones de la cocina. La condujo con diligencia a través de un pasillito oscuro y mugriento. Al final de este, una luz al exterior muy brillante casi la cegó. Conforme se iban acercando, acostumbró la vista a la claridad y discernió una figura en el contraste de la luz. Al llegar a la puerta vio a la monja.

—Con que esta es la chica ¿no? —dijo con frialdad.

—Sí, Madre, Susette está deseando unirse con Dios —dijo Sebastián mirándola de reojo.

Sophie creyó sentir compasión por parte del bueno de Sebastián. No le importó en absoluto que mintiera, sabía que era una orden.

El sirviente le tocó el hombro a modo de despedida y se marchó.

—¿Vamos a pie? —preguntó Sophie extrañada de no ver ningún carruaje.

La Abadesa ni siquiera disimuló su vanidad y rió descaradamente:

—¿Pero ¿dónde te crees que está nuestro monasterio?

—No lo sé —contestó áspera.

—Vamos —dijo la abadesa cogiéndole del brazo mientras caminaban.

—Antes de que te hagas una idea equivocada, he de advertirte sobre la vida canónica que has decidido llevar —comenzó diciendo tajante —lo que la gente ve desde fuera, son solo oraciones y actos de misericordia. En realidad, Susette, se trata de una vida de total y entero sacrificio. Nada de joyas, nada de comodidades. Ah, por cierto —dijo extendiendo la mano —tu dote.

—¿Cómo dice? —preguntó Sophie un poco ausente—. Ah —dijo extendiéndole rápido la bolsita de dinero que le había entregado Sebastián minutos antes.

—Tus padres debieron ser bastante pudientes. Es una suerte que puedan permitirse el lujo de enviar a su hija al monasterio, no todos tienen ese poder —dijo con aires remilgados.

—Como te iba diciendo, nada de lujos, no se permiten diferencias entre las hermanas, y hemos de evitar a toda costa los pensamientos impuros.

—¿A qué se refiere? —preguntó con curiosidad.

—A la tentación hija. El diablo está presente continuamente intentando crear envidias entre las hermanas, y retándonos constantemente.

—¿Y qué tentación puede tener una religiosa, a parte de respetar la austeridad y la gula?

—Pues la de cualquier persona. La lujuria. Si podemos evitar hablar con los hombres mejor. No debes ser vista hablando con uno en privado y por supuesto, y en caso excepcional bajo la supervisión de otra monja. Una de nuestras hermanas, Mariene, se confesaba una y otra vez bajo este mal que le

atormentaba. Sufría de pensamientos y sueños bastante impropios de una monja. Al final el sacerdote le recomendó la única solución posible que existía para la pobre Mariene, y el practicante le amputó la nariz.

—¡Oh dios mío! —exclamó horrorizada —¿Cómo castigo?

—No, como redención —contestó con orgullo—. La hermana Mariene le suplicó al sacerdote aquella extirpación como muestra de fidelidad ante Dios, y el rechazo absoluto hacia el diablo, y desde aquel momento, las pesadillas y los pensamientos cesaron.

Sophie estaba aterrorizada, y pensó en qué cabeza cabría el deseo de automutilación. No quería imaginarse qué clase de sacerdote permitía tales actos de “purificación”. Tragó saliva con fuerza, de pronto se sintió la garganta seca.

—Actualmente tiene la función asignada en el torno, como la hermana Josefine, que en paz descansa. Nos gusta preservar las tradiciones, y también es una manera de enseñarle al pueblo la devoción que le prestamos a Dios nuestro señor.

—¿Era bella? —preguntó con curiosidad.

La madre superiora la miró con desdén:

—No deberías inmiscuirte en los asuntos de las demás hermanas.

—Discúlpeme Madre, pero empezó usted —contestó Sophie escueta.

La Abadesa abrió la boca para objetarle, pero la cerró de nuevo de mala gana. El resto del camino lo pasaron en silencio. Caminaron bajo una puertecita lateral de la aspillera—barbacana que separaba el castillo sobre un río, y bordearon todo el emplazamiento bajo una arcada de piedra hasta llegar a una capilla anexa.

—Como estás viendo, no es necesario salir del castillo para llegar al monasterio, está comunicado por varias zonas. Resulta bastante útil cuando alguien contrae alguna enfermedad contagiosa, así en vez de venir el practicante, se traslada la monja a una zona del castillo más aislada.

A Sophie le recorrió un escalofrío por la espalda.

Ella provenía de una aldea pequeña, de unos trescientos habitantes, sin embargo, en Montpellier la población era mucho mayor. Decenas de mendigos se agolpaban en la puerta del castillo. Algunos lloraban arrodillados, otros en

silecio rezaban. La joven miraba incrédula el gentío que allí borboteaba, la mayoría en busca de limosna o comida. En el fondo, Sophie se alegraba de no haber salido de aquel castillo, pues aquel panorama le hizo estremecerse.

Al otro lado del río una mujer mayor alzó un bebé velado en brazos con una manta. Cuando le destapó la cabeza, el pequeño tenía úlceras por todo el rostro. Tal fue la impresión de la joven que se horrorizó:

—¡Dios mío!

La Abadesa la miró y seguidamente se consigné y rezó unas breves oraciones en susurros. Siguieron andando mientras Sophie conseguía salir de su impresión.

—Creía que las monjas no daban bendiciones.

—Y no lo hacemos, pero esa pobre mujer no lo sabe. Si por lo menos cree que lo he hecho, su espíritu y su fe se harán fuertes y le ayudarán, al menos, a sobrellevar la muerte de su hijo.

Sophie asintió.

—Es aquí —dijo parándose en un portón de madera.

El convento era bastante más austero que el castillo donde Sophie había dormido la noche anterior, aunque poco se diferenciaba de las casas donde había vivido últimamente. Aquel lugar tenía lo esencial; una cocina con un amplio fogón, una mesa, banquetas y en las habitaciones solo lechos de lana y paja.

Lo mejor que tenía aquel lugar era el corral. Se trataba de un habitáculo interior pero bastante amplio, bordeado de arcadas de piedra, donde había gallinas, dos gallos, conejos y un par de cerdos. Las demás monjas se encontraban en ese momento dando un agradable paseo por el claustro; unas echaban de comer a los animales, otras conversaban apaciguadamente... El ambiente entre ellas le pareció relajado, una energía bastante serena en general, salvo una monja que se encontraba a la sombra, bajo un árbol. Tenía un vendaje en la cara, así que Sophie supuso que se trataba de la hermana Mariene. La joven no hacía nada, simplemente miraba al suelo en silencio.

—En realidad, esto forma parte del castillo y se comunica con él a través de esa puerta —dijo señalando en dirección al árbol —pero prefería dar un último paseo por el corredor de fuera, ya que a partir de ahora vas a pasar

bastante tiempo aquí dentro.

Sophie recordó su preciado bosque y suspiró.

La Abadesa se colocó en el centro del patio e hizo varias palmas a modo de atención:

—Hermanas, hoy se une a nuestra humilde comunidad una nueva sierva de Dios. Ella es la novicia Susette, y espero que la tratéis como a una más.

—Bienvenida —Corearon al unísono.

Una a una, se fueron acercando para conocer a la nueva futura monja de Montpellier; todas salvo la hermana Mariene.

Sophie la miró desde lejos, y seguidamente cuestionó a la Abadesa que aún seguía a su lado:

—No puede hablar con nadie hasta que llegue la hora de comer. Es otra penitencia que ha de cumplir por sus recientes pecados.

Al cabo de una hora todas se reunieron en la cocina y empezaron a preparar el almuerzo. Sophie encontró el momento de presentarse a la hermana Mariene mientras cortaba zanahorias:

—Hola, tú debes ser la hermana Mariene. Soy...Susette —dudó por un segundo.

—Hola —dijo mirándola por primera vez.

Sophie se quedó impresionada. Aquella muchacha tenía los ojos más bellos que había visto jamás. Eran grandes y de un gris plata, tan brillantes que llamaban la atención bajo un espeso velo de pestañas rubias. A pesar de la luz en sus ojos tenía una mirada triste, y de pronto Sophie se vio reflejada en su cristalino. No parecía una monja orgullosa de su penitencia, sino más bien la de un animal enjaulado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Sophie.

La joven miró a su alrededor, incómoda.

—Lo siento —dijo, y seguidamente se sentó a la mesa para seguir cortando verduras.

Se sintió sola, y tras un inmenso esfuerzo por no recordar a su amado, acabó limpiándose unas lágrimas fugaces.

—Después de comer rezaremos —la interrumpió la abadesa justo detrás de ella.

La bruja, aún abatida por los recuerdos asintió sin mucho ánimo. A pesar de odiar a su benefactora, quería ver a Elfrida, necesitaba preguntarle si sabía algo más sobre el cuerpo de Cámeron, o si había llegado a ver a Julia...

Después de la comida, que a Sophie le supo deliciosa, fueron a rezar todas a la capilla. Dentro había dos bancos en los que cada una de ellas se arrodillaron, a lo largo de la sala había velas, y en la zona central una estatua de una virgen y otra de un Cristo, ambas talladas en madera.

La Madre superiora rezó algunos salmos en voz alta y ordenó orar en silencio otros tantos que Sophie desconocía.

—Te sabrás el padre nuestro al menos ¿no? —le susurró la Abadesa.

Sophie asintió con seguridad, aunque hacía más de medio año que no rezaba uno.

—Poco a poco hija... —le dijo otra monja a su lado.

Ella cerró los ojos, cruzó las manos, pero no se dirigió a Dios en sus pensamientos, sino que intentó evocar los recuerdos más felices con Cámeron. Becca, Julia, Elfrida, Jossie y sus amigos del bosque se les dibujaba en la mente en sus mejores momentos.

Al cabo de una semana, Sophie ya se había adaptado a la rutina. Detestaba por supuesto aquel lugar, y se dejaba llevar como un espectro en todas las actividades que hacían en el convento. Cada noche antes de dormir, lloraba a su cazador.

Aquel día estaba nublado, y el frío ya había calado entre las paredes de piedra. Estaba transcurriendo un sábado bastante tranquilo para no variar, y las monjas paseaban por el claustro en busca de algún rayo de sol despistado. Sophie estaba sentada en el árbol donde vio a la Hermana Mariene por primera vez, entonces el sonido de una campanilla las puso nerviosas.

Todas las monjas allí presentes de repente se formaron en una fila de inmediato en un extremo del patio, donde apenas las podía ver. Se habían colocado como si las fueran a ser pintadas, una junto a la otra; y de pronto una puerta se oyó abrirse.

—¡Hermana Susette, vamos! —le inquirió la madre superiora.

Ella reaccionó al instante, y se colocó corriendo junto a la del extremo de atrás.

Elfrida entró en aquella parte del claustro, por una puerta que accedía directamente al castillo, más reguardada de la luz y el resto de vegetación dentro de aquel lugar. Sophie la encontró más delgada de lo que estaba la última vez que se vieron hacía dos semanas. Se miraron, y mil interrogaciones se plantaron en la expresión de la joven:

—¡Hola querida Elfrida, venga a pasear con nosotras! ¡Qué alegría verla! —exclamó la Madre superiora.

Sophie nunca le había visto tan efusiva y agradable desde que la había conocido.

—Enseguida madre, pero antes me gustaría hablar con Susette, tengo noticias de... sus padres —Improvisó.

—Por supuesto, únase a nosotras cuando quiera —respondió la Madre Charlotte, y dicho esto todas se relajaron en la formación.

—¿Sabes algo de Cámeron? —susurró Sophie una vez llegado hasta ella. Ella negó con la cabeza.

—¿Dónde está su cuerpo? —preguntó impaciente.

—No se sabe nada, ha desaparecido —dijo tajante—. Solo se han encontrado los cuerpos del monje y el caballero. Por aquí los ánimos están bastante caldeados, están demandando tu cabeza, pero hemos hecho un comunicado en el que anunciamos que moriste torturada en este castillo intentando hacerte confesar. Hasta ahora se han conformado, pero espero que mi hermano venga pronto para hacer oficial la noticia. —

—¿Pero él sabe que tú...? —preguntó la joven.

—¡Por Dios no! —contestó Elfrida subiendo el tono.

Dos monjas que por ahí andaban se santiguaron al oír mencionar a su Dios en vano.

Elfrida recobró la compostura:

—Mi hermano confía en mí. Él se creerá lo que yo le diga, y si le digo que la bruja murió, la bruja está muerta. Él jamás se imaginaría que yo... — Seguidamente tosió a modo de distracción por otras tres monjas que pasaron cerca.

—¿Y Julia cómo está? —Gimió.

—No quiere volver a saber nada de ti, es lo único que me ha dicho. Está

destrozada como puedes imaginar... todas lo estamos —dijo solemne.

—He de irme, ya nos veremos —dijo con prisa.

—Espera, ¿y yo? ¿Esto es todo? ¿Este es el futuro que me espera? No creo que aguante mucho más aquí. Están todas como cabras, apenas hablan de otra cosa que no sea comida, o Dios. ¿Este era el gran plan que tenías guardado para mí en la capital? —susurró con urgente impaciencia.

—Lo cierto es que tengo otro mejor. Solo tienes que esperar un tiempo y ya te sacaré.

Tras despedirse brevemente de la madre superiora se dirigió a la puerta de donde había aparecido y golpeó tres veces la robusta madera. Un caballero abrió desde dentro, saludó a Elfrida con la cabeza y le permitió el paso. Justo antes de cerrarla, aquel hombre y Sophie se cruzaron la mirada por un instante. Un ápice de desamparo se dibujaba en el rostro de aquel caballero, que tras un breve pestañeo cerró de nuevo la pesada puerta.

—¡Susette! —la llamó de nuevo la Madre. —No le mires... —le amonestó cogiéndole del brazo.

Sophie no podía estar más deprimida; a parte de la pena que portaba, le daba la impresión de que se rodeaba de almas amargas, y que únicamente vivían en aquel lugar personas tristes y desoladas.

Aquella noche en el amplio dormitorio donde dormían seis, Sophie seguía sumida en su habitual melancolía antes de quedarse dormida, cuando de repente un llanto la asustó. La hermana Mariene, que se encontraba en la cama contigua comenzó con un sollozo que acabó en lágrima viva. Sophie pareció la única que se alarmó por ello, el resto de las monjas ignoraron aquella llamada de atención.

—¿Qué te pasa? —susurró la joven.

—¡Silencio! —intervino una de las más ancianas.

Sophie se asustó y prefirió no llevar la contraria a las demás. Cerró los ojos e intentó encontrar el sueño.

Aquella noche sucedió algo insólito. Hacía tiempo que no soñaba con nada, sin embargo, revivió en el mundo onírico la escena de siempre. Ella estaba sentada sobre su colcha plácidamente mientras jugaba con su madre que le abrazaba. Todo era perfecto, tan cómodo, tan cálido, y hasta los olores eran

agradables. De pronto un estruendo la sacó de su momento mágico y vió como tres figuras oscuras entraban de un portazo, y se dirigían hacia ellas.

Mientras, Sophie dormida, se retorció entre sollozos y un sudor frío le volvía a recorrer toda la espalda, y tras unas cuantas palabras que no logró entender en el sueño, se despertó.

La joven no durmió durante el resto de la noche. Se dedicó a rumiar entre sus pensamientos, intentando acceder a sus recuerdos e intentar reconocer quiénes eran aquellas personas que irrumpieron en su casa en ese sueño en el que ella era tan solo una niña.

Al cabo de una semana, Sophie ya se había empezado a acostumbrar a su nueva vida entre los muros del monasterio. Echaba de menos el bosque, pero sobre todo añoraba a Cámeron.

Su alma ávida de aventuras y conocimiento se había conformado con la mera existencia, y el único anhelo de no padecer ningún sufrimiento físico. Fue entonces cuando supo realmente a lo que se refería la pobre Josie cuando habló con ella por última vez.

Aquel día, como de costumbre, las Hermanas se preparaban para cocinar, sin embargo, algo insólito ocurrió esa mañana. Una de las monjas irrumpió en la cocina porque alguien estaba demandando la presencia de la Abadesa en el portón de madera, donde los ciudadanos, por caridad solían traer la compra y los enseres necesarios para el convento. La Madre Charlotte se extrañó y acudió inmediatamente. El resto de las allí presentes comenzaron a murmurar sobre aquella llamada. Cuando la Madre superiora llegó al torno de madera, al otro lado había una anciana.

—Madre... siento haberla molestado, es solo que...

Charlotte reconoció la voz de esa mujer. Su nombre era Magdalena. Tenía un aspecto paupérrimo, vestía un vestido largo e iba tapada con una manta. Su cabello largo y blanco lo tenía mal peinado en un recogido bajo. Magdalena, poco mayor que la Madre superiora, había cuidado de ella y su hermano Jorge. Este hacía unos meses había caído muy enfermo.

—Dice que ya no quiere que le ayude Charlotte —contestó preocupada.

—Oh, Magda, siempre fuiste como una madre para nosotros. Tienes que convencerlo...

—Quiere verte. Le queda poco de vida, y su última voluntad es volver a ver a su hermana una vez más —Interrumpió.

La Abadesa dudó unos instantes, con el rostro sombrío.

—Sabes que tenemos las salidas muy restringidas —respondió con dureza—. Pero soy la Madre superiora de Montpellier. Por supuesto que iré.

—Gracias. Se lo haré saber —dijo sin más.

La Madre superiora cerró el torno de madera y se dirigió con paso ligero hasta la puerta del claustro. Tocó una campanilla que había junto a la puerta y al cabo de unos segundos, el mismo soldado que la custodiaba la abrió:

—Madre —dijo el soldado con la mirada baja.

—Solicito la presencia de Elfrida lo más pronto posible —contestó con autoridad.

—Madre —respondió a modo de asunción.

Durante la comida, todas las monjas tenían la interrogación dibujada en cada una de sus caras y todas imaginaban cualquier desgracia, o aún peor, algún escándalo. Sin embargo, nadie se atrevió a preguntar.

—Mi hermano se muere —Rompió en silencio.

De pronto todas comenzaron a consolarla y a rezar en silencio por la salud de su hermano.

La Hermana Mariene aprovechó el revuelo y pidió permiso para retirarse en ese momento y poder cambiarse las vendas, cada día un poco más limpias. Sophie la observó desde lejos y esperó unos segundos prudentiales antes de pedir permiso a la Hermana Rose para ir a la letrina. Obviamente no lo hizo, sino que siguió a la Hermana Mariene hasta su habitación.

—Hola —dijo por fin cuando la vio sola.

La monja se asustó, puesto que se estaba quitando la venda y se avergonzaba de su aspecto.

—No deberías estar aquí —Sentenció.

—Lo sé, pero creo que soy la única a la que le importa lo que te pasa, y por eso estoy aquí.

—Métete en tus asuntos, joven —le espetó.

Sophie se asombró por un segundo ante ese comentario, pues aquella chica que tenía delante no sería mucho mayor que ella, un par de años quizás. Hizo

caso omiso de la advertencia e insistió:

—Hermana, no quiero hacerte daño, solo saber qué te martiriza. No estás bien, porque te siento igual de arruinada que yo... quizás si me lo contaras te sentirías mejor —le dijo con paciencia.

—Es sencillo —contestó entre sollozos —esto es lo que me pasa — Anunció quitándose completamente la venda.

Sophie intentó no asustarse, pero no pudo evitar llevarse la mano a la boca:

—Dios... —Susurró.

—Pues sí, Dios me ha hecho esto. Al parecer me lo merecía —dijo entre lágrimas.

Sophie no podía dejar de observar ese rostro demacrado. Si no fuera por aquel agujero deforme en mitad de la cara, hubiera jurado que tenía ante sí la cara más bonita que había visto jamás. Aquellos ojos preciosos, no dejaban de brotar lágrimas, y sus labios, tan carnosos como rojos se marcaban prominentes sobre una barbilla de muñeca. La pobre Mariene estaba sufriendo lo inimaginable, y solo Sophie parecía querer comprenderla:

—Puedo enterder tu dolor Hermana, pero entonces ¿por qué suplicaste por la amputación? ¿No había otra manera de salvar tus pecados? —preguntó confundida.

—¿De verdad te crees que yo habría permitido por mi propia voluntad que me hicieran esto? —dijo con rabia contenida. —Sí que había otra salida... De hecho, hace un año la Hermana Josephine la tomó. Le ofrecieron como penitencia: o la muerte o sus ojos.

Sophie tuvo que sentarse para poder digerir aquella atrocidad.

La Abadesa ya había mencionado ese nombre el primer día que la conoció, sin embargo, no sabía que le habían hecho lo mismo que a Mariene.

—Josephine estuvo casada. Cuando su marido falleció se unió a la Iglesia y donó todo lo que tenía como muestra de fidelidad y entrega. Al cabo de unos meses, bajo la más pura inocencia, comenzó a hablar con el frutero a través del torno. Era un hombre humilde pero generoso, y donaba al monasterio todas las semanas dos kilos de fruta y otros alimentos. Es famoso por tener las mejores manzanas del mercado, y dicen que son las más sabrosas del país.

En fin, casi todas las semanas ella se ofrecía para recoger las legumbres, sin supervisión y sin compañía de otra monja. Hasta que un día, una de las hermanas les oyó mantener una conversación de lo más inapropiada. Hablaban con ánimo lascivo, y no solo eso, sino que ella misma llegó a confesar en una ocasión a las demás monjas haberse sentido atraída por aquel hombre. En resumidas cuentas, lo que intentaba explicarles es que se había enamorado de nuevo, aún sin haberle visto el rostro jamás, sino con tan solo escuchar su voz.

Sin embargo, esta noticia llegó a oídos del obispo, y naturalmente no estuvo de acuerdo con aquella situación. Llegó a la conclusión de que el demonio había seducido a la hermana Josephine, y como penitencia por aquel “amor ciego”, tuvo que hervir sus ojos en aceite.

Sophie escuchaba la historia aterrorizada. Sintió también odio hacia Elfrida. Si ella estaba familiarizada con las medidas que se llevaban a cabo en el convento y no había hecho nada por ayudarla, se merecía toda su aversión.

—La hermana Josephine quiso abandonar la vida monacal, pero se lo impidieron. En toda la historia del monasterio del castillo de Montpellier ningún monje o sierva de Dios había abandonado el convento... Y Josephine no iba a ser la primera, así que sin que nadie estuviera presente como testigo la amenazaron y le dijeron que, si se le ocurría marcharse, negando a su señor Jesucristo, la acusarían de herejía y acabaría en la horca. Entre la espada y la pared, la hermana aceptó perder la vista, si solo con ello conservaría la vida para poder seguir oyendo, a su amado en el torno de vez en cuando. O por lo menos aquella era su esperanza. Tal fue la infección que sufrió tras las heridas, que no sobrevivió a dos semanas —dijo casi sin aire.

—Susette, para el resto de la ciudad, la hermana Josephine fue una devota, e incluso la más santa de todas, por llevar a cabo ese “sacrificio”; sin embargo, solo las que vivimos aquí sabemos la verdad. Que su vida estuvo sentenciada en cuanto se acercó al torno —tragó saliva—. Desde entonces, una orden del Vaticano nos prohíbe tener contacto con el exterior. Como mucho podríamos estar por el castillo, solo en casos de fuerza mayor, y acompañadas de la Madre superiora.

Se mantuvo en silencio, limpiando sus vendas en una palangana con agua, mientras Sophie trataba de imaginar todo aquello que le había relatado.

—¿Y cuál es tu historia? —preguntó Sophie con cautela.

—Pues la misma que la tuya —dijo escueta.

“Lo dudo mucho” pensó Sophie para sus adentros.

—Mis padres son muy devotos en esta ciudad, y tienen además una gran fortuna. Me metieron aquí porque era la única manera de que se sintieran orgullosos de mí, porquea pesar de la gran disciplina que tuve, nunca logré complacerlos. Sin embargo, esto no es para mí, y creo, ahora más, que algún día me levantaré y no seré dueña de mi cuerpo. Entraré en tal estado de locura que será entonces cuando de verdad piensen que el demonio me ha poseído. Te prometo que no puedo más Susette... —dijo entre lágrimas.

—El día en que quise marcharme me preguntaron por qué, y yo solo fui sincera, les dije que quería tener un marido, una familia y una vida normal. Ellos interpretaron su propia versión, y su conclusión fue que pensaba demasiado en los hombres, que yo ya me había casado con Dios, que esta ahora era mi familia y que estaba sometida a Lucifer. Recé implorando misericordia, para que me dejaran marchar, pero para mi sorpresa me retuvieron, y no solo eso, sino que me aseguraron lo mismo que a la Hermana Josephine. Estaba sentenciada, así que les imploré y les rogué por el amor de la Virgen que no me quitaran los ojos, puesto que era una muerte casi segura, así que como alternativa me ofrecieron ... esto —Hizo una pausa para coger las gasas limpias—. Lo peor de todo fue que la Madre Charlotte la que aseguró que la culpa de mi obsesión era mi belleza, y fue quien propuso esta alternativa... la muy zorra, es una vieja envidiosa —espetó sin aliento.

Acto seguido se santiguó, sintiéndose satisfecha después de haberse desahogado.

Sophie la escuchaba con atención, sin perder detalle, tomando nota mental de quiénes habían sido los que planearon y los que ejecutaron los castigos. La Hermana Mariene merecía ser resarcida, y Sophie haría todo lo que estuviera en su mano por ayudarla.

—Te sacaré de aquí Mariene —dijo Sophie con rabia contenida.

—No hay salida alguna Susette. Tú y yo estamos perdidas. Estaremos aquí hasta la muerte, y si no obedecemos, nos señalarán de bruja.

“No me importa, yo ya lo soy”. Pensó con una seguridad en sí misma que

creía ya perdida en ella.

Capítulo 13

Ambas jóvenes volvieron a la cocina como si entre ellas jamás se hubiera cruzado palabra. Sophie pasó el resto del día sentada bajo aquel gran árbol del patio, pensando en cómo había llegado a esa situación. Se suponía que Elfrida tenía otro plan para ella. Intentaría aprovechar ese trato de favor para ayudar a su amiga...

—Hermana, hemos de rezar en la capilla, ¿nos acompañas? —le obligó sutilmente la Hermana Rose caída la tarde.

—Por supuesto —contestó con fingida efusividad la bruja.

Acababan de hacer el segundo rezo de la mañana, y la abadesa se disponía a repartir las tareas de labores, cuando la campanilla del claustro tintineó. Todas se colocaron como de costumbre en orden tras un pequeño arbusto que les servía de referencia. Entonces la puerta se abrió.

—¡Querida Elfrida! —dijo la bienvenida Charlotte.

—El soldado me mandó llamar. Disculpe la demora —Se excusó esta con una breve reverencia.

Sophie la observaba desde su posición pétrea, esperando que en algún momento sus miradas se cruzaran un instante, buscando un atisbo de respuesta, consuelo o información.

—Por supuesto. Cierre la puerta —respondió.

Y acto seguido deshicieron la formación y prosiguieron con sus tareas. Salvo Sophie, que siguió inmóvil sin perderlas de vista.

La madre superiora entonces se acercó a ella:

—Solo quería informarla de que necesitaré salir al exterior próximamente —dijo sin esperar respuesta—. Mi hermano se muere; espero que se lo haga saber al Obispo.

Elfrida meditó unos segundos:

—Entiendo Madre, pero sabrá que no podrá ir sola... deberá asistir acompañada de una o dos personas del convento. Ya sabrá usted cómo de

motivadas tienen que estar las salidas y siempre bajo supervisión. Pronpongo que Sussette sea una de ellas, puesto que todavía es una novicia, por lo que la Ley Canónica no le afecta totalmente —dijo mirando de reojo a Sophie que aún la observaba.

—Oh... Lo había tenido en cuenta, por supuesto, aunque había pensado más bien en la hermana Mariene. Podemos aprovechar que aún tiene las vendas, para hacerla pasear por las calles. Estoy segura de que los ciudadanos tendrán una visión más real y devota después de ver lo en serio que nos tomamos nuestros votos, y nuestra fe, verán en ello gran muestra de la disciplina a la que nos sometemos guiados por el amor a dios...

—Muy bien, llévese a las dos —Interrumpió su tedioso discurso.

—Pero, ella... —insistió.

—Madre, informaré de todo esto a Su Excelentísima. Ahora he de atender otros asuntos —replicó sin dejar lugar a objeciones.

—El obispo debe estar muy orgulloso de su hermana.

—Lo está —dijo Elfrida con seguridad.

Seguidamente le dedicó otra reverencia y se dispuso a tocar de nuevo la campanilla. Tras la programada y metódica recolocación de hermanas, Elfrida abrió la puerta, no sin antes mirar a Sophie, la cual, por un segundo sintió una punzada abdominal. Algo que le decía que en aquella conversación estaban hablando de ella.

La Madre Superiora aprovechó la formación para anunciar su salida.

—¡Esperad! —dijo colocándose frente a ellas.

—Mi concierto con Elfrida ha sido el siguiente. Mañana me dispondré a salir del Convento para visitar a, como ya sabéis, mi moribundo hermano. Hemos decidido que las hermanas Mariene y Sussette me acompañen —un murmullo la inquietó —esa decisión es inapelable, así que no me gustaría oír ninguna sugerencia —hizo una larga pausa—. Después de comer, lección de lectura —Sentenció.

Mariene y Sophie se miraron a dos cabezas de distancia, y entonces comprendió que Elfrida le había hecho un favor, un pequeño respiro, por así llamarlo, en compensación por la demora en su estancia como novicia.

Estuvo repasando durante un par de semanas todos los pasos a seguir para

llevar a cabo un plan, sin embargo, iba a necesitar la ayuda de la Hermana Mariene. Intentó recordar su recetario de muestras en el libro de su familia, y la función que cada planta tenía, en busca de alguna que pudiera usar para salir de allí, sin resultado. De la única que se acordaba, porque le llamó la atención en su día, era la planta belladona, que podía ser tóxica e incluso mortal en algunos casos.

Tras la comida pasaron a una sala, igualmente pobre, sin nada más que una larga mesa de madera como la que había en la cocina y unos bancos largos de madera.

—Sussette, querida, este es el lugar donde hacemos diversas labores, tales como coser, tallar algunos obsequios, y aprender a escribir —comenzó diciendo —no todo el mundo tiene la suerte de aprender este oficio, así que puedes darle gracias a nuestro Señor porque hoy vas a comenzar.

Sophie la miraba fingiendo entusiasmo y afabilidad, mientras en su interior, se mofaba de su ingenuidad.

—En la lectura de hoy aprenderemos cómo determinamos las cosas, y algunos nuevos verbos —dijo la hermana Rose—. Los que apenas habéis aprendido algo recientemente poneros en esta esquina de la mesa, y las más avanzadas, al final.

—Sussette, tú vas aquí —Intervino la hermana molesta.

—¡Oh sí!, disculpe hermana —respondió despistada. Se levantó y cogió un asiento en el lado de las novatas.

La clase transcurrió de lo más tediosa y aburrida para la joven, la cual empezó a divagar en su mente, intentado encontrar la manera de ayudar a la hermana Mariene. Tenían que hacer algo, y rápido.

Tras finalizar todas las tareas, el ocaso ya había sombreado el claustro, y Sophie fue en busca de su compañera con una sonrisa pícaro:

—Mariene, escucha. El momento ha llegado. Te voy a sacar de aquí —dijo nerviosa.

—¿Vamos a escaparnos? ¿Ahora? —preguntó sobresaltada.

—No, a escaparnos no. A acompañar a la abadesa mañana. Tengo que pedirte algo muy importante. Necesito que cuando pasemos por el mercado, identifiques al frutero y me digas quién es —Susurró.

—¿Qué frutero? —preguntó inocente Mariene.

—Por dios, el de las manzanas, el enamorado de Josephine. Él será quien te ayude a salir de aquí —aseguró la joven.

—¿Por qué iba a ayudarme? Ni si quiera me conoce... —dijo confundida.

—Por lo mismo que yo te ayudo. Por justicia. Si no se pudo hacer libre a Josephine, lo intentaremos lograr contigo —le contestó con el rostro iluminado.

La monja miró a Sophie con un velo acuoso en los ojos.

—Gracias...

A la mañana siguiente y, tras un pequeño ritual de vestimenta más velado, las tres mujeres salieron por fin de convento. A las dos jóvenes, el corazón les latía como si se le fuera a salir. Era la primera vez desde hacía semanas que Sophie no volvía a sentir la brisa del aire, y aquello fue como una inyección de vitalidad. El mercado estaba abarrotado de gente. Un carruaje que pasaba a toda velocidad casi les atropella.

—Válgame Dios, no os separéis ¿de acuerdo? —dijo la abadesa.

El gentío se amontonaba a su paso, pidiendo bendiciones, señalando el vendaje de Mariene. Sophie se sintió abochornada, tanta gente, el azote del sol incipiente del mediodía sobre la túnica, olores fétidos que desprendía la muchedumbre o algunos desechos de la calle...

Por fin, llegaron a una amplia avenida, donde comenzaba el mercadillo. Decenas de puestos bajo los toldos se disponían en filas. La Madre superiora iba abriéndose paso entre la gente, con una actitud entre condescendiente y agresiva. Por cada dos bendiciones un empujón, por cada sonrisa un quejido. Realmente aquello le pareció un caos a la bruja, acostumbrada a su humilde hábitat en Montarneau, a sus pocos habitantes y al silencio del bosque.

Cuando llegaron al puesto de las verduras, la hermana Mariene le dio un codazo a Sophie:

—Creo que es ese, sí, estoy segura —le susurró mirando en dirección al puesto de al lado.

—¿Cómo lo sabes si nunca lo has visto? —preguntó asombrada Sophie.

—Obvio, por las manzanas.

La joven se acercó a un puesto de frutas donde alrededor de un centenar de

manzanas rojas y brillantes se apilaban perfectamente ordenadas una junto a otra. Había más tipos de frutas, pero aquellas manzanas tan perfectas eran, con diferencia, lo más llamativo de todo el mercado.

Sophie interceptó a aquel hombre y se dispuso a actuar:

—Ahora tienes que entretener a la abadesa. Rápido —le dijo a Mariene mientras pasaba por detrás de ellas con un paso despistado y tranquilo.

La Hermana Mariene no tenía ni idea de cómo llamar la atención de la Abadesa, así que se desplomó como desmayada sobre un saco de habichuelas. La Madre superiora se escandalizó y gente del mercado acudió en su ayuda. Mientras tanto Sophie aprovechó la confusión para hablar con el frutero:

—Hola —dijo tímidamente.

El hombre, preocupado por el espectáculo de al lado apenas miró a la muchacha.

—Hola —contestó escueto, observando qué le había pasado a aquella monja.

—Necesito su ayuda —dijo con urgencia.

El frutero la ignoró.

—¿Ves a esa monja que se ha desmayado? Conocía a Josephine —dijo finalmente.

Él la miró entonces, totalmente desconcertado y asombrado a la vez. Había logrado llamar su atención.

—¿Y qué sabes de Josephine? —dijo el hombre intentando ocultar un amargo interés en sus palabras.

“Es él”. Pensó por la manera en que su expresión había cambiado.

—Que te amaba, y que perdió la vista por ti. Porque había decidido dejar el monasterio. Esa chica de ahí, ha sufrido la misma suerte, y quiero ayudarla, pero necesito que me ayudes tú —dijo Sophie reveladora.

El hombre se quedó mudo unos instantes y después le preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ti hermana?

—Necesito que me traigas belladona para la próxima semana al convento.

—Ya no se permite a los hombres hablar en el torno.

—Me da igual, envía a alguien —Farfulló.

—¿Belladona? ¿dónde consigo eso?

—En el bosque. Es una planta con flores acampanadas y púrpuras. Necesito las semillas, unas cinco —Susurró la joven.

—¿Cómo son? —dijo concentrando toda su atención.

—Verdes o negras, frutero.

—¿Verdes o negras qué? —preguntó la Madre Charlotte a espaldas de Sophie.

Esta se volvió asustada, de un respingo, y buscó rápidamente con la mirada a la hermana Mariene que ya estaba de pie “recuperada”.

—¡Verdes o negras tengo las uvas Madre, cómpreme uvas, las tengo bien ricas! —gritó el frutero con una sonrisa.

—No me interesa—contestó escueta y seria la monja, cogiendo del brazo a la joven.

Ambas se alejaron, pero Sophie volvió la cabeza para dedicarle una súplica con la mirada.

—¡Verdes o negras señores! —anunció el frutero a modo de respuesta.

—¿Qué dije sobre lo de no separarse Susette? —le reprendió la Abadesa.

—Lo siento madre, no me di cuenta. ¿Qué te ha pasado hermana? —le preguntó a Mariene.

—No lo sé, no podía respirar bien con la venda, y me he mareado, pero solo ha sido un momento, no os preocupéis —respondió cómplice.

—Pobre... rezaré por ti hoy —dijo Sophie escondiendo una sonrisa.

—Os repito que no os separéis —les reprendió la madre superiora.

Tras una larga caminata y al atravesar el mercado, llegaron a un barrio paupérrimo, en el que algunas casas estaban construidas de adobe, otras de madera podrida... Tras unos minutos de retención por el gentío, llegaron a una vivienda con la fachada pintada en cal; era la única así en toda la calle:

—Aquí es —dijo la madre superiora.

Sophie y Mariene esperaron en la puerta, mientras su tutora veía a su hermano por última vez.

—¿Qué ha pasado? —susurró Mariene

—Nos va a ayudar. A partir de ahora tendrás que estar atenta en el torno, alguien te traerá unas flores llamabas belladona. Es muy importante que recuerdes ese nombre; no sé quién las traerá, pero deberás estar atenta, ¿vale?

—Entendido, y ¿qué efecto tiene la planta? —preguntó cautelosa.

—En dosis bajas mareos y náuseas. En dosis media intoxicación, fiebre, sueños profundos y alucinaciones, y en dosis altas ...la muerte —contestó intelectual.

—No quiero matar a nadie —dijo con miedo.

—No vamos a matar a nadie, hermana...

—¡Claro! Vamos a dormirlas a todas y entonces aprovecharemos para escaparme, ¿es eso? —respondió satisfecha.

—No, eso tampoco, es muy arriesgado controlar esa dosis, como para que todas lo tomen. Alguna podría comer de más... y caería muy enferma, además eso te señalaría como la culpable ya que tú seguirías sana y descubrirían que te has escapado... La única que me interesa es la Madre superiora —dijo Sophie.

—¿Pero de qué nos sirve hacer enfermar a la abadesa?

—De eso no te preocupes, tengo un plan. ¿Tú solo tendrás que hacerte la enferma cuando yo te lo pida de acuerdo? —dijo la bruja.

—No sé qué tramas, pero vale. —contestó Mariene totalmente confusa.

Fueron pasando los días, y Sophie esperaba paciente su nuevo turno para acompañar a la abadesa a la compra. Mientras tanto trataba de pasar desapercibida lo mejor que podía con sus compañeras, cuidando bien de ocultarse en cada detalle.

A la hora del baño trataba de esconder su colgante, puesto que sabía que los abalorios estaban totalmente prohibidos. Disfrutaba en secreto de pensar que llevaba la cruz de madera que la Madre superiora le había dado, y debajo de su hábito su colgante de ónix. No había olvidado sus raíces. No había olvidado su poder, ni a su cazador...

Conforme concentraba sus fuerzas para auxiliar a la hermana Mariene, y aunque ella no lo supiera, también le estaba ayudando a superar la muerte de su amado.

Al cabo de unos días, bajo el gran nogal del patio, ambas jóvenes bromeaban y soñaban despierta, dejando pasar las horas, como un suspiro, intentando no ser conscientes de su realidad:

—¿Sabes? Si pudiera ser un animal, sería una gaviota. —dijo la hermana

Mariene.

—Una gaviota... —dijo entre risas la bruja —quien sabe, quizás sea ese tu tótem. —contestó.

—¿Mi qué? —preguntó extrañada.

—Nada, nada, olvídale.

—¿Y tú? ¿Qué animal serías? —le preguntó con curiosidad.

—Yo ... un zorro —respondió con melancolía.

Sophie echaba de menos poder comunicarse con ellos. Tan lejos lo recordaba en el tiempo, que empezaba a dudar si aquellos momentos mágicos fueron de verdad reales, o fruto de alguna planta alucinógena. Ahí donde se encontraba no podía oírlos, ni hablar con ellos, pues el bosque no estaba cerca, y ellos no se adentraban en la ciudad.

De pronto, la campanilla del claustro tintineó de nuevo, y tras una rápida organización, la puerta de madera se abrió de nuevo. El caballero que había visto la última vez apareció de la oquedad y anunció en el patio la presencia de Elfrida.

Sophie no pudo evitar fijarse en él, no solo por la manera diligente en la que habló, sino como hombre. Era atractivo, algo mayor para ella, sin embargo, detrás de aquellas facciones duras y fuertes había una mirada muy dulce y una actitud serena. Su aura le resultaba familiar.

Se miraron por un segundo, y él parpadeó un par de veces antes de desviar la mirada.

—Buenos días hermanas —dijo Elfrida apareciendo detrás de él —os pediría que os fuérais acercando, tengo que comunicar una noticia.

Todas obedecieron.

—Resulta que mi querido hermano, el Obispo, volverá de Roma en un mes, así pues, le recibiremos como se merece y ya he ordenado preparar un buen banquete. He encargado siete cochinitillos para la ocasión. Os traeré uno para vosotras.

Y sin más, terminó de anunciar su noticia. Saludó a Sophie con la cabeza, acompañada de una seria afirmación, a modo de respuesta por parte de la chica sobre la promesa que seguía manteniendo, y finalmente les dedicó una reverencia de lo más recatada. El resto de mujeres la imitaron, y tal cual

apareció en escena se marchó. El caballero miró directamente a los ojos a Sophie, y ella le mantuvo la mirada. Seguidamente cerró con llave.

Aquella llave retumbó dentro de la bruja como un pozo sin fondo.

Pasaron tres semanas sin que el transcurso de los acontecimientos prolongaran el interés de Sophie sobre su vida monacal. Repasaban el abecedario, alimentaban las aves de corral y preparaban succulentos platos, entre rezos y rezos.

La hermana Mariene se había quitado ya la venda de la cara, y era más que evidente que tanto ella como la bruja se habían hecho amigas.

Una mañana en la que las nubes empañaban todo el cielo, cada una de las católicas estaban haciendo su actual oficio de la mañana:

—Buenos días hermana —dijo una voz tras el torno.

—Ave María Purísima —respondió Mariene.

—Sin pecado concebida.

—Buenos días, ¿qué me trae?

—Belladona, hermana —Susurró aquella voz.

De pronto Mariene la cual estaba de lo más apática, brincó del taburete y se acercó aún más al torno.

—¿Hermana, sigue usted ahí?

—Sí, sí—titubeó —colóquelas en el torno. Gracias.

—Ah, y... en agradecimiento, un kilo de las mejores manzanas de Francia hermana.

—Gracias, vaya con Dios.

Mariene hizo girar con impaciencia el torno y encontró un saquito, deshizo el nudo y localizó una pequeña bolsita de cuero entre las manzanas.

—¿Qué nos han traído? —preguntó la hermana Rose a su espalda.

—Solo... manzanas.

Aquella monja, otra de las veteranas junto con la madre superiora, ferviente devota y simpatizante de los castigos disciplinarios, conocía bien de la historia de Josephine. En cuanto vio aquellas manzanas supo de dónde provenían, y sin mediar una palabra le arrebató aquel petate, no sin que antes Mariene hubiera cogido el saquito.

—¡Qué desfachatez! —Bramó de camino al corral.

Mariene casi estaba temblando, sin embargo, no quitó ojo de aquella escena. La hermana Rose se dirigió a los cerdos y vació toda la saca en el barro. Algunas monjas se acercaron para ver el porqué de la reacción de su compañera, y cuando ya vieron las manzanas, ladearon la cabeza como signo de aprobación de aquella escena.

—Aquí no vamos a tolerar ninguna dávida que provenga de las manos del diablo o la tentación; y estas manzanas, al igual que lo fueron para Adán y Eva, y para nuestra querida y difunta Josephine, simbolizan la tentación y el mal.

La Madre superiora, que alertada por los murmullos había salido al exterior, se regocijó de ver que su rebaño era tan afín a sus ideas como ella. Sin expresar ningún sentimiento, volvió a la cocina.

—¿Las has cogido? —preguntó Sophie después de ver las manzanas en el barro.

—Sí. —contestó con una sonrisa ladina.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —Susurró Mariene.

—Esta noche serviré yo la sopa. En su plato echaré unas cuantas. Lo suficiente para que solo enferme. Mañana por la mañana comenzarán los efectos, y con ello tú también la imitarás.

—¿Para qué? —preguntó imprecisa.

—Si no podemos salir por la puerta del convento, saldremos desde el interior del castillo. Para ello necesito que os lleve a las dos al sanador, que solo tiene acceso al castillo, y ahí te ayudaré a buscar una salida.

—¿Y por qué no me hago yo la enferma y ya está? —dijo intentando que nadie saliera mal parado.

—Porque conozco el alma oscura de la Abadesa. Si tú enfermas, pensará que no es grave, y te dejará en cama hasta que, supuestamente te recuperes. Sin embargo, necesito que ella misma sienta en sus propias carnes el efecto de ese veneno, para que solicite los cuidados del sanador, y con ello llevarte dentro a ti también pudiendo pensar que es contagioso —respondió Sophie con decisión.

—¿Y tú? —preguntó cauta.

—Yo haré lo mismo que he hecho desde que llegué a este sitio. No

separarme de ti, amiga —Susurró cogiéndole las dos manos.

Al cabo de unas horas, en la cena, la bruja llevó a cabo su cometido tal y como le había descrito a su amiga. Sirvió el estofado uno por uno, e incluyó las semillas en el plato de su merecida.

Justo antes del alba, Sophie despertó con un susurro a Mariene.

—Oye, empieza tú antes de que se despierte la madre superiora. Así será más creíble.

—¿Qué tengo que hacer?

—Se supone que tienes mareos, fiebre y ganas de vomitar, que te duele la cabeza, y si de vez en cuando deliras un poco, tampoco está mal.

La joven monja se quitó su venda. Ya hacía un par de semanas que había cicatrizado bien, sin embargo, seguía poniéndosela por vergüenza. Ahora estaba dispuesta a luchar por ella misma, por su merecida libertad, y a modo de rebelión contra lo que le habían hecho, se quitó la gasa de la nariz definitivamente.

—Gracias —Susurró.

Con el anuncio del primer gallo cantor, la hermana Mariene comenzó a gemir de dolor en su cama.

—¿Qué te pasa hermana? —preguntó una de ellas.

—No me encuentro bien, todo me da vueltas, por Dios, ¿qué me pasa?

—Sigue durmiendo, quizás cuando te vuelvas a despertar se te haya quitado. —sugirió de mala gana la Hermana Rose.

—Oh... mi cabeza... —actuó.

—Quizás podríamos traerle un poco de agua. Espera que me levanto —dijo Sophie poniendo en marcha su plan.

—Vale, y trae una palangana también, puede que vomite.

Sophie cruzó el pasillo y se dirigió a la cocina. Cogió una jarra de agua y la palangana y se lo llevó a su amiga.

—Toma, incorpórate. —le ofreció.

—Shhhhh ¡silencio! ¡Queremos seguir durmiendo! —dijo otra de ellas.

“Pues hoy vais a dormir poco”. Pensó la bruja.

—¡Ayyy Dios mío! ¡ayy Dios mío! —se escuchó en la habitación contigua.

—Pero ¿qué es lo que pasa en este sitio? —se quejó de nuevo la Hermana

Rose.

Poco a poco, todas las monjas se fueron levantando, todas vestidas de blanco con sus camisolas trilladas por el uso.

De pronto, una de las hermanas de la otra habitación entró a toda prisa en la de Sophie.

—La palangana, ¿dónde está la palangana de la cocina? ¿y el cubo? —dijo con urgencia.

—Yo tengo la palangana, ¿qué pasa hermana? —Preguntó Sophie.

—Se trata de la madre superiora, ha amanecido muy enferma. Tiene mucha fiebre, y ha vomitado —dijo mirando el estado de la hermana Mariene.

Sophie ya se había tomado la molestia y el detalle de colocarle un paño con agua fría en la frente de su amiga, y la monja recién llegada se olió que su compañera estaba igual.

—¿Ella también ha caído? —la miró con inquietud.

—Parece una plaga. —Sentenció Sophie con temor.

—Voy a buscar el cubo —dijo la Hermana saliendo a toda prisa de la habitación.

—Una plaga... —repitió una de las monjas.

—No por Dios, debe haber sido algo que han comido —Replicó una de ellas.

—No lo creo, todas hemos comido lo mismo —contestó Sophie.

—Voy... a rezar de inmediato a la capilla —Titubeó la Hermana Rose con cierto nerviosismo. Sophie podía leer el miedo en sus ojos, y la idea de un virus en el convento, inquietó la conciencia de las puritanas.

—Yo también —dijo otra de ellas.

—Y yo... —soltó una tercera.

Al cabo de cinco minutos todas se habían puestos sus hábitos y salido de la habitación por miedo a contagiarse de la Abadesa y Mariene.

—¿Tú no vienes no? —le preguntó la última.

—Alguien tiene que quedarse con ellas hermana, aunque suponga la exposición a la enfermedad, pero no te preocupes por mí, yo ya rezo en silencio aquí. Traedme a la madre superiora, así las cuidaré a ambas en la misma habitación. —respondió complaciente.

—Que Dios te bendiga hermana —dijo con un profundo respeto.

Desde luego que no fue plato de buen gusto para Sophie y Mariene soportar los lamentos y quejidos de la Abadesa, sin contar con los vómitos... cuando la madre caía inconsciente de la fiebre, Mariene ayudaba a Sophie a cambiar las sábanas, y sus ropas:

—¿Seguro que no va a morir hermana? —preguntó con seriedad Mariene.

—No lo creo... aunque lo peor está por llegar.

La Madre superiora gimió de nuevo y Mariene se colocó de inmediato en la cama, imitando sus lamentos. En unos de esos momentos de claridad y conciencia, la hermana Charlotte solicitó aquello que las otras esperaban:

—Hermana Susette. Llama al sanador del castillo. Nos tienen que llevar allí. Creo que me muero —dijo apenas con un hilo de voz.

—Yo también —la imitó Mariene.

Esta sintió remordimiento y comenzó a rezar en silencio.

—¿Cómo puedo llamarlo madre? —preguntó Sophie.

—En un bolsillo de mi hábito tengo dos llaves. Una abre la puerta del patio que da al castillo. Pide ayuda y que nos saquen de aquí, y que vayan llamando al sanador. No quiero que contagiemos a nadie —respondió.

Aquel ser ya no parecía tan agresivo como antes, y toda la prepotencia, poder y arrogancia quedaron reducidos a lamentaciones, y sentimientos de esperanza, y agradecimiento por quien la rodeaba.

Sophie obedeció rápidamente e hizo lo que la madre le había indicado.

Cuando llegó a la puerta junto al árbol introdujo una de las llaves, sin embargo, esta sólo hizo un pequeño giro. Parecía estar atascada. Repitió el gesto tres veces más, hasta que sacó la llave iracunda.

De repente, alguien abrió la puerta desde dentro. Aquel caballero al que había visto las dos veces en el patio estaba tras ella:

—Quizás te has equivocado de llave hermana —dijo con amabilidad.

Sophie se quedó boquiabierta. Era mucho más alto de lo que le había parecido en las otras veces desde lejos. Tenía el pelo rubio oscuro, y un poco rizado. Los colores de sus ojos eran como el ámbar, pero con un billo muy peculiar. Sus facciones eran perfectas, simétricas, pero tenía una barba espesa tirando a pelirroja que le suavizaba el semblante:

—Puede ser —Tartamudeó.

—¿Quería algo hermana? —preguntó con atención. Aquella intromisión era inusual.

—Dos monjas están muy enfermas. Necesitamos a alguien que las traiga al castillo para atenderlas —dijo con nerviosismo.

No sabía realmente a qué se estaba debiendo su actitud. Si al miedo de ser descubierta o porque realmente aquel hombre le imponía.

El caballero dudó unos instantes pues era la primera vez desde de trabajaba ahí, que le solicitaban ese tipo de servicios.

—Espere aquí —dijo sin expresión alguna en su rostro.

Sophie asintió con la cabeza y el joven volvió a cerrar la puerta. Esperó con paciencia bajo el nogal. Empezaba a sudar de los nervios. Pensaba que algo no iba bien, que quizás no le dejaran acceder al castillo. De pronto la puerta se abrió bajo su peculiar sonido de anclaje.

—¿Dónde están las enfermas? —preguntó el caballero, seguido de tres guardias más.

Sophie se levantó de un brinco y señaló con la mano en dirección a las habitaciones.

La bruja los siguió con paso ligero, y ya en la habitación se dieron cuenta de lo grave que era la situación.

La Madre superiora yacía inconsciente de lado en la cama sobre un vómito, y la hermana Mariene recostada en la cama contigua, intentaba fingir la misma enfermedad, sin embargo, miraba a la bruja preocupada, temiendo por la vida de la abadesa.

—¡Madre! —se asustó.

Sophie corrió en su ayuda y la incorporó sobre la almohada. Tenía la cabeza ardiendo y emanaba sudor como una fuente. Seguidamente le echó toda la jarra de agua sobre la cabeza, y la monja reaccionó.

—Susette... —Gimió.

—Madre, estos hombres os llevarán de inmediato al castillo, no se preocupe —dijo con auténtica preocupación.

—No nos dejes sola, por favor —le imploró la Abadesa.

—Descuide madre, os cuidaré yo misma —respondió Sophie consiguiendo

su objetivo. Ya tenía la autorización que necesitaba.

Los guardias fabricaron allí mismo unas camillas con un par de tablones de madera y los cubrieron con una sábana. Colocaron a las covalecientes sobre ellas y atravesaron el patio. El resto de las monjas se habían alienado formando un pasillo y se santiguaban al pasar las camillas. Todas temían por las vidas de sus compañeras y deseaban no verse en su situación.

Mientras la abadesa solo veía figuras y formas de luz, la hermana Mariene disfrutaba de la vista del azul celestial del cielo que les cubría, y del agradable paseo en manos de los caballeros.

Ellos la miraban de reojo, asombrados a la vez que horrorizados de ver la deformación en su cara. Sin embargo, algo dentro de la monja algo había resucitado y en ese momento, solo ansiaba poder volver a ver ese cielo desde fuera.

Por fin entraron en el castillo, y la oscuridad se cernió sobre ellas. De nuevo la humedad propia de los bloques de piedra, emanaban su habitual sensación de herrumbre. Llegaron hasta una estrecha escalera, también construidas con grandes bloques de piedra:

—Cuidado hermana, están resbaladizos —le advirtió uno de los caballeros.

Subieron una planta, que pareció ser la planta baja del mismo, lo que le hizo suponer a la joven que el convento se encontraba en un desnivel. Ahí la oscuridad era menor ya que las aspilleras para las flechas permitían pasar rayitos de luz a través del pasillo. Por fin llegaron al exterior. La bruja jamás habría imaginado la magnitud de aquella construcción. Atravesaron el patio de armas, donde una docena de soldados entrenaban con sus espadas y otros adiestraban caballos.

Fue consciente entonces del imperio donde se encontraba, y el poder que operaba la Iglesia. Por un solo segundo sintió miedo, no solo por ella misma, sino por la Hermana Mariene. Había ideado un plan para escapar, pero ahora se sentía más atrapada aún.

No tenía ni idea de cómo iba a lograr sacarla de allí. La joven identificó dos puntos de guardia a la entrada del portón interior, y otros dos en la parte trasera. Realmente aquel sitio era inexpugnable.

Capítulo 14

Una vez que llegaron al ala opuesta del castillo subieron de nuevo por otras escaleras hasta concluir en una habitación con una puerta doble. Se trataba de la sala de curas, y el sanador aún no había llegado:

—Pónganlas ahí —Ordenó el caballero más alto señalando dos camas.

Todos se marcharon y Sophie se quedó atendiendo a la Madre superiora. Mariene se sentó sobre el catre:

—¿Ahora qué? —preguntó con una risa nerviosa.

—No lo sé —respondió la bruja algo pesimista mientras terminaba de limpiarla.

La Madre superiora se encontraba de nuevo inconsciente, y la joven no había contado con lo tedioso que le resultaba tener que hacerse cargo de ella.

—Vuelve a tumbarte —le ordenó —el curandero llegará en cualquier momento.

Sophie se acercó a un ventanal de madera. Abrió solo una de las aspas y dejó entrar el aire fresco. Se asomó a curiosear y vio entonces la ciudad desde lo alto. Cientos de casitas se hacinaban, y numerosos transeúntes caminaban de un lugar a otro por las calles. Aquella visión le fascinó. Tanto color, tanto movimiento que brotaba bajo aquella ventana...

Le hubiera gustado salir y unirse a aquel gentío para, solo por un momento, sentirse normal. Miró a Mariene, y deseó que al menos ella lo lograra.

—Tengo que salir de aquí —dijo de pronto agobiada.

La hermana Mariene la miró con incertidumbre y se recostó rápidamente. La bruja salió a toda prisa de la habitación mirando al suelo y justo después de cerrar la puerta se chocó contra la espalda del caballero que la custodiaba. Se trataba del mismo que custodiaba el convento. Fue algo aparatoso, y la armadura resonó en el pasillo.

—Lo siento —se sonrojó.

El caballero le dedicó una sonrisa lastimosa.

—No se preocupe. ¿A dónde va con tanta prisa hermana? —preguntó.

—A ningún sitio. Solo necesitaba salir. No soporto ver a gente enferma. Me pongo mala yo también —bromeó.

—Sabe que no debería salir de la habitación, ¿no?

—Le aseguro que será breve, solo necesito unos minutos.

El caballero guardó silencio, paciente.

Sophie le acompañó en su guardia:

—¿Llevas mucho tiempo protegiendo el castillo? —preguntó tras desviar la mirada.

—En realidad no, llegué hace apenas un año —contestó apretando los labios.

Sophie sentía una curiosa electricidad entre el espacio que les separaba, y quiso en ese momento saberlo todo de aquel individuo.

—¿Y tu... mujer? —preguntó impulsiva.

—¿Pero qué clase de pregunta es esa hermana? De hecho, no debería siquiera dirigirse a mí. Es impropio y...prohibido —se excusó.

—Lo siento —dijo la bruja arrepintiéndose de inmediato.

Se mantuvieron unos segundos en silencio:

—No, no tengo esposa, está muerta —contestó serio.

—Oh Dios mío cuanto lo siento —respondió Sophie.

—No te preocupes, no llegué a conocerla —dijo impasible.

—¿Cómo puede ser eso? —musitó.

—Porque si estuviera viva ya la habría conocido... —dijo con un ápice de melancolía.

—Quizás no ha llegado la adecuada —le contestó con esperanza.

De pronto unos pasos diligentes taconearon en el pasillo, y Sophie abrió de nuevo la puerta, a penas ocultándose y avergonzados de que les pudieran haber oído.

—Buenos días —dijo un clérigo.

Vestía el hábito negro y un cordón blanco en la cintura. Padecía sobrepeso y tenía cara de pocos amigos.

—Buenos días padre —le hizo una reverencia la joven.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con aspereza.

—Esperando al sanador —respondió inocente.

—Soy yo —dijo arrugando la frente.

—Lo siento padre, en mi humilde pueblo jamás tuvimos uno. No sabía que eran los sacerdotes —se excusó pensando en Montarneau.

—¿Y de dónde eres? —preguntó.

—De... París. —contestó al recurrir a su cohartada.

El religioso la miró con el ceño fruncido, y se dirigió sin más a la habitación.

Sophie tragó saliva, los siguió y el caballero se quedó en la puerta. Ni siquiera había mirado al sacerdote.

El panorama dentro era el mismo que la bruja se había dejado. Ambas en la cama, una de ellas inconsciente y la otra “dormida”.

La hermana Mariene abrió los ojos como platos al ver al sacerdote en la habitación. Pensaba que le iban a dar la extremaunción, y tendría que confesarse.

—Hermana Mariene, este es el Padre...

—Pierre —se presentó.

Sophie se quedó en una esquina de la habitación, escrutando con suma atención todos los pasos de sanación que el sacerdote llevaría a cabo. Después de tocarles la frente a ambas, se situó de pie entre ellas e hizo una bendición con las manos. Rezó en susurros unos segundos y seguidamente sentenció:

—Esperemos que Dios la proteja de todo fatal destino. Rece hermana para que la Madre superiora se recupere. La otra tiene mejor suerte. Aun así, vigílelas bien. Seguidamente se dirigió a la puerta.

—¿Ya está? —exclamó la joven.

El cura, poco acostumbrado a las preguntas, la miró sobresaltado y de mal humor.

—El diablo ha podrido sus cuerpos con la enfermedad. Han sido escogidas, tocadas por el mismísimo diablo, yo no puedo hacer más que rezar por ellas. Sólo Dios puede salvarlas —se justificó. Y dicho esto abandonó la sala.

Sophie se quedó anonadada ante semejante espectáculo acababa de

presenciar. Se acercó a la cama de la hermana Mariene y ambas se miraron con incredulidad:

—Pues menos mal que tú eres el diablo —bromeó la monja.

—No soy tan mala, Mariene, solo lo justo —rió la bruja.

Le acomodaron un catre a la joven para que pudiera dormir junto a ellas y vigilarlas durante la noche. Sin embargo, Sophie no durmió. Justo después del ocaso, cuando el silencio en el castillo infestaba poco a poco todos los pasillos, y en el exterior los animales nocturnos empezaban a hacer vibrar sus corazones, ella salió al pasillo. Esta vez tuvo cuidado en abrir y cerrar la puerta con suma delicadeza.

—Hola —dijo una voz a su espalda.

Sophie pegó un brinco y se tuvo que llevar las manos a la boca para no gritar:

—¿Tú otra vez? ¿acaso no duermes?

—Discúlpeme hermana, no era mi intención asustarla. Y sí, he de estar aquí toda la noche a ser posible. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? ¿necesita que avise a alguien?

Por un instante, le hubiera gustado responderle que, en realidad, sí que necesitaba saber de alguna salida recóndita del castillo donde pudieran escapar por ella, junto a su amiga, sin ser vistas, y con éxito seguro; sin embargo, aquellas divagaciones quedaron opacadas por la sonrisa de aquel caballero.

—¿Hermana?

—Sí, claro; quiero decir, no, para nada. Solo quería tomar un poco el aire...

—Desgraciadamente no le puedo dejar salir de la habitación.

—Lo sé. ¿Podría al menos quedarme un rato aquí? Nadie nos ve.

El hombre dudó un momento, con una expresión dura que parecía predecir una negación:

—Qué diantres, está bien; pero solo un rato.

Sophie sonrió.

—Bueno...sé que es bastante inapropiado, pero para estar en igualdad de condiciones ¿hubo algún hombre en su vida antes de ser...?

De pronto, la bruja recordó a Cámeron Muller, y sintió rabia, melancolía, y mucho dolor. Aún se preguntaba si las afirmaciones de Elfrida sobre su amado fallecido y Beccaria serían ciertas:

—Inapropiado y atrevido —contestó con enojo.

—Lo siento no quería... ¿Está bien?

Sophie se limpiaba con disimulo las lágrimas que empezaban a pesarles.

—Discúlpame tú. Es doloroso recordarlo, pero sí, hubo una vez... sin embargo el mío sí murió de verdad —dijo con voz ronca.

—Cuánto lo siento.

—En realidad me lo arrebataron. Era el hombre más bueno que había conocido, el único que he amado y el que me salvó la vida.

—No sabía que las monjas podían entrar aquí habiendo tenido novio... y dice que le salvó la vida, ¿Cómo lo hizo?

De pronto Sophie se dio cuenta de que estaba diciendo demasiado y recobró la compostura:

—Bueno, eso ya quedó en el pasado, ahora debemos afrontar el presente.

—Me puedes tutear, yo lo voy a hacer —sonrió Sophie.

El guardia le respondió con otra sonrisa.

—Si te sirve de consuelo, sé lo que es perder a personas a la que amas, yo también lo he sufrido, y recientemente incluso. Entonces, ¿Por eso te hiciste monja?

—Algo así —respondió.

En aquel pasillo solo les alumbraba una antorcha, y de vez en cuando, una pequeña brisa movía la luz iluminando durante segundos nuevos mapas de sus facciones.

Fueron pasando las horas, y ambos ya se habían sentado en la fría piedra, uno junto a otros. La tensión entre ellos había disminuido y ambos parecían compartir un halo de entendimiento y experiencias, tales como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Él le habló de su dura infancia, de su padre ausente y de su difunta madre, y ella de su abuela Anne. Cómo añoraba aquella personita risueña, que todo le había enseñado en la vida.

—Ya está amaneciendo —dijo Sophie —será mejor que vuelva dentro.

—Buenas noches, o buenos días pues —Rió.

—Lo olvidaba—dijo Sophie cogiéndole del brazo. Aquel gesto le infundió aún más confianza —ni siquiera nos hemos presentado. Yo soy... Sussette.

—Eliot. Que descanses.

Sophie, que ya había abierto la puerta y con el pomo en mano, lo miró con la mandíbula desencajada y los ojos bien abiertos.

—¿Qué? —preguntó atónita.

De pronto, unas voces al final del pasillo la sacaron de su ensismamiento y cerró la puerta desde dentro.

“El hijastro de Julia, el protegido de Elfrida, el amigo de Cámeron...” pensó.

Sintió como las piernas le temblaban, y el aire le comenzaba a escasear. Ambas monjas seguían durmientes. La puerta se abrió:

—Buenos días hermana, saludó el padre Pierre.

—Buenos días —contestó apoyada en la pared.

—Está usted pálida hermana, ¿se encuentra bien? ¿no se habrá contagiado?

—Sí, solo necesito sentarme un poco. Creo que me empieza a afectar estar tantos días en esta habitación.

Se acercó a las monjas sin decir nada.

Mariene que se había despertado, presentaba mejor cara aún que Sophie, y la madre superiora dormía plácidamente.

—Parece que se recuperan —Sentenció con seguridad acercándose a la madre superiora. Tal era la obesidad de aquel hombre que cuando fue a posar su mano sobre la frente de la monja, la barriga la empujaba la cara de esta.

Tras la valoración, el sacerdote se despidió hasta el día siguiente, no sin antes espetar con aires de sabio y como si fuera gran conocedor de las artes curativas, que las dos mujeres se recuperarían gracias a sus cuidados, y sus rezos. Sophie resopló tras el portazo:

—Menudo curandero —Bufó Mariene.

—Hija mía, ¿dónde estoy? —Gimió la madre Charlotte.

—Madre —dijo Sophie cogiéndole de la mano. Está en el castillo, en una zona apartada de las demás hermanas. La hermana Mariene ha corrido la misma suerte y yo cuidaré de vosotras, no se preocupe.

—Gracias a Dios que estás con nosotras Sussette, eres un regalo del cielo

—dijo casi entre lágrimas. Y volvió a dormirse.

A Sophie le parecía hipócrita su comportamiento, ahora que se encontraba desde una posición menos garante.

—Anoche me desperté un par de veces y no estabas. Creía que te habías escapado sin mí —Susurró con sorna su amiga.

—Estaba justo detrás de la puerta, hablando con el caballero. Creo que si me hago su amiga quizás nos de alguna información sobre la salida.

—¿A solas? ¿Con el caballero? —Se escandalizó.

Sophie recordó de nuevo el nombre de su recién amigo, y sintió una sensación extraña; entre remordimiento y curiosidad, un regusto agrídulce, que esperaba confirmar con urgencia pronto.

—Sí, a solas —respondió sin cambiar su expresión.

—¿Y te ha contado algo?

—Aún es demasiado pronto, pero lo conseguiré.

—La Madre superiora se está mejorando, será mejor por nuestro bien que sea antes que “pronto” —dijo con rentintín.

Sophie asintió en silencio y se fue a dormir a su catre. Soñó con toda la conversación que había tenido con Eliot durante la noche, solo que, en este, el ambiente no era tan frío como en la realidad, sino que una atmósfera candente los acercaba aun más, sus labios hablaban más cerca de los suyos y sus ojos ambar brillaban aún más que en la vida real.

Transcurrió el día tranquilo, aseando a la Madre superiora, dándole de comer y mirando por la ventana. De nuevo pensaba en todo lo que le había ocurrido en cuestión de unos meses, y empezaba a desesperarse. Se preguntaba dónde habría ido a parar el cuerpo de Cámeron, dónde estaría Elfrida, puesto que si se hospedaba en ese momento en el castillo tendría que haberla visto.

Al caer la noche, Sophie mandó a dormir a su amiga, cruzó los dedos y salió al pasillo de nuevo:

—Buenas noches —dijo con gusto.

Ahora que lo volvía a ver, sabiendo de quien se trataba, no puedo evitar sentirse aún más cómoda, incluso atraída y protegida por aquel hombre.

“No lo conoces” le espetaba su subconsciente.

“No es Cámeron” volvía a resonar en su interior.

—Te he traído esto —dijo el hombre sacándose de la armadura del antebrazo una amapola roja—. Después de tantas horas ya está mustia, pero pensé que quizás te animaría.

Sophie sostuvo aquella flor con una mano, y todo el tallo se derramó flácida sobre su mano. Ambos explotaron en risas.

—Cuéntame un poco más sobre ti —le dijo ella al cabo de un rato.

Pretendía saber algo más sobre Cámeron, escuchar su nombre, aquel que deseaba pronunciar y no lo había hecho en meses.

—Bueno, cuando mi madre murió, apareció en mi vida una mujer a la que no había visto jamás. Se propuso ayudarme, aunque nunca supe por qué. El caso que acabé viviendo con otra familia que me acogió, y fue sin duda lo más maravilloso que me ha pasado, a parte de mi madre. La casita estaba a las afueras de Montbazín, era bastante humilde, construida de madera, tenía una ventana frontal... Sé que con esos datos podría estar describiendo cualquier casa de aquel pueblucho, pero en mi cabeza estoy imaginando exactamente esa...

“Yo también”, pensó Sophie con los ojos cerrados, intentando saborear aquella descripción que les estaba llevando de nuevo a su casa de Montbazín.

—Solía haber un gato blanco en el tejado, parecía el guardián de la casa —dijo entre risas.

“Y tanto” pensó Sophie.

—El bosque estaba a tan solo unos segundos de la casa, así que nos pasábamos la mayor parte del tiempo fuera jugando, cazando, bañándonos en el río... Fue bastante divertido.

—¿Cómo eran las personas que allí vivían? —se impacientó.

—Eran bastante agradables. Julia, la dueña de la casa, siempre me trató con amabilidad. Beccaria, estaba un poco tarada, pero también parecía buena niña. No la culpo por su excentricidad, puesto que también era otra huérfana y había sufrido mucho.

En una ocasión la encontré besándose con el hijo de Julia. Acababa de instalarme recientemente y me resultó chocante; luego me explicaron que no eran hermanos de verdad y al final resultó una anécdota graciosa.

Para Sophie, aquellas palabras le produjeron una punzada en el estómago.

Elfrida le había dicho la verdad. Su semblante cambió, y se volvió oscuro y pálido a la vez. En algún momento ellos dos estuvieron juntos, sin embargo, Cámeron jamás lo había mencionado.

Sintió rabia, se sintió traicionada por su amado, sintió envidia por Beccaria, en definitiva, muchos sentimientos hostiles a la vez. Algo desagradable de describir, algo inhumano se apoderó de sus pensamientos.

No entendía como su gran amor, la persona en la que había puesto la vida en sus manos, le hubiera ocultado tal cosa. Se empezó a cuestionar su sinceridad. Necesitaba saber si le había ocultado algo más.

—¿Y Cámeron? —dijo Sophie sin pensar. Sus palabras salieron impulsivamente apropiadas unas detrás de otras. Estaba tan impaciente por saber qué ocurrió después de eso, que ni siquiera se percató. Instintivamente se llevó la mano a la boca.

—¿Cómo sabes que se llamaba así? —dijo de pronto Eliot erguiéndose sobre sus botas de piel. Toda la complicidad se había esfumado.

—¿Quién eres tú? ¡Responde! —gritó hostil.

—Shhhh por favor no grites —le suplicó Sophie arrepentida.

Se había delatado. Su plan estaba a punto de irse al traste.

—He dicho que me respondas —le amenazó empujándola contra la pared y sujetándola por los hombros.

Sophie comenzó a sollozar, siempre se había mostrado cauta, sin embargo, ahora solo podía hacer una cosa. Hablar.

—Estábamos enamorados, murió por mi culpa, Elfrida también me ayudó como a ti, no soy monja y nunca lo seré —confesó llorando a lágrima viva.

Eliot se quedó mudo, con la mirada perdida, intentado asimilar quién era esa muchacha que tenía entre las manos y qué tuvo que ver con la muerte de su mejor amigo. La soltó y ella cayó desplomada sobre el suelo.

—Entonces...no eres una monja. —fueron las únicas palabras que pronunció ensimismado.

Sophie negó con la cabeza. Comenzó a contarle, que, como a su madre, también a ella la acusaron de bruja; que fue Cámeron quien la encontró en el bosque, y que posteriormente Elfrida y Julia la acogieron en esa casa. Que Cámeron y ella estaban enamorados y que intentaron huir, pero a él lo

asesinaron.

—Lo siento —se limitó a decir Sophie entre sollozos.

Le daba igual lo que ocurriera a partir de ese momento. Si aquel hombre al que acababa de conocer quería delatarla estaba en su derecho:

—No fue tu culpa —dijo de repente abrazándola.

Ella se dejó consolar entre sollozos, y al cabo de un rato abrazados le preguntó:

—¿Me vas a delatar?

Él la miró a los ojos, tan cerca que casi se rozaban sus narices:

—Creo que estamos del mismo bando —y seguidamente la besó en los labios.

Fue un beso directo, pero con delicadeza. Sophie se quedó petrificada y no supo reaccionar. Sintió la barba junto a su barbilla, y su calor en las mejillas. Se retiró sin cambiar de expresión; sin dejar que ningún sentimiento aflorase. Aquello no le parecía bien.

—Lo...siento —se disculpó Eliot.

—No pasa nada —dijo mirando al suelo.

Varias emociones enfrentadas se dejaron entrever en su comportamiento. Se había retirado de él, pero no quería irse. No le había respondido al beso, pero tampoco le había molestado. Pasó de darlo todo por perdido a tener al lado a un aliado. Sin embargo, aún no estaba segura de que, el hecho de que la acabara de besar fuera bueno para su plan... o para ella misma:

—Creo que lo mejor será que me vaya.

—Sí, intenta dormir algo; y no te preocupes, tu secreto está a salvo —le guiñó.

Sophie volvió a su catre, no sin antes comprobar que las demás se encontraban sumidas en un apacible sueño. Aquella noche la luna estaba llena.

“Con razón”. Pensó la bruja llevándose dos dedos a los labios.

Se recostó sobre las mantas, dejando que la luz de la luna entrara por la ventana y le acariciara. Entonces comenzó a rumiar entre sus recuerdos:

Aquellas noches habían sido sagradas para ella desde hacía mucho tiempo. Le recordaba a su abuela Anne, a su amiga Marlene, y a las eternas noches de verano. Recordó también el colgante de ónix y plata que aún portaba bajo el

hábito, lo acarició; y recordó aquellas historias de sus antepasadas en el libro que le había regalado su abuela y había perdido en el mar para siempre.

—¿Te contó algo que pudiera servirnos de ayuda? —le preguntó Mariene a la bruja al día siguiente.

—No, nada —respondió Sophie ausente en sus pensamientos. En realidad, su mente no estaba ideando ningún plan de escape en ese momento, sino que se acordaba de lo que le habían dicho de Cámeron, la decepción. También trataba de entender cómo el destino le había puesto a Eliot de por medio. Estaba recordando una y otra vez la noche anterior, el beso... De pronto, sentimientos encontrados.

—Sussette. La madre superiora se está recuperando —Advirtió en susurros.

—Lo sé Mariene, lo solucionaré, tengo un plan —Mintió.

Su amiga asintió entonces satisfecha. Confiaba en Sophie.

La madre superiora ya casi había recuperado la plena consciencia y con ello la ácida manera con la que trataba a los demás.

—Sussette, niña, tráeme otro paño mojado —le espetaba cada rato entre lamentos.

No estaba recuperada del todo, pero era una mala señal si ya comenzaba a tener fuerzas para mandar.

Conforme iba pasando el día, Sophie se sentía más atormentada por sus sentimientos, se quedaba sin ideas, sin opciones. Todo había resultado en vano y no había conseguido ayudar a nadie. La madre superiora se iba a recuperar, y si no hacía nada pronto, volverían a ese agujero del convento.

Mientras el sol llegaba a su ocaso, Sophie se dirigió lentamente a la puerta, sin hacer ruido, y cerciorándose de que sus compañeras de habitación se habían dormido. Acarició la puerta de madera con la yema de los dedos con suavidad. La puerta empezó a vibrar. Sabía que lo estaba provocando ella. Acercó la oreja a la puerta para intentar oír algo en el pasillo. Se imaginaba a Eliot haciendo guardia justo detrás de ella, mirando al frente, o al suelo, o pensando en ella, en el beso...

Le recordaba mucho a Cámeron, pero con una serenidad y una madurez que le hacía apreciar una estabilidad más férrea en sus emociones. Se encontraba

atrapada en aquel infierno hipócrita y corrupto. Sin embargo, aquellos sentimientos tan fuertes por aquella persona, le hacía focalizar su atención únicamente en la persona que había al otro lado de la puerta.

Su respiración se aceleró y un calor en las mejillas le hizo llevarse la mano al pecho. Agarró su colgante por encima de la ropa y lo apretó con fuerza. Sentía miedo, sentía rabia, podía hacer estallar esa puerta en mil pedazos con solo desearlo, como hizo con el barril cuando llegó al castillo. Casi no tenía nada que perder por dejarse llevar por la rabia. Sabía que era más fuerte que todo ser humano que vivía en el castillo y fue consciente también del poder que había tenido todo el tiempo y no había usado. De repente el miedo desapareció, y solo quedó la rabia, la fuerza... y el amor.

Abrió el pomo decidida, sin importarle mucho el ruido y cerró la puerta con cuidado. Eliot se cuadró perfectamente en cuanto la vió, y la observó un poco avergonzado por haberse lanzado con ese beso la noche previa. Estaba a punto de disculparse, cuando Sophie se abalanzó sobre él, le sostuvo la cabeza entre sus manos y lo acercó a sus labios. El crepitar de la armadura contra su cuerpo sonó por todo el pasillo, pero a ninguno de los dos les preocupó. Se besaron apasionadamente, mientras se acariciaban la cara, los hombros, el pecho, la cintura. Todo a la luz de la antorcha. Eliot la cogió de la mano sin decirle una palabra y la llevó a una capilla anexa a la habitación que custodiaba.

No era muy grande, todo estaba oscuro, pero podía discernir algunas estatuas devotas al contraluz con las ventanas. Fuera de la vista del pasillo, ya ocultos en la capilla, hicieron el amor. Pensó en Cámeron, pensó en Eliot, pensó en su primera vez en aquella fortaleza derruida, y pensó en las manos calientes de Eliot mientras le abrazaban bajo la túnica. Sintió su respiración dulce sobre su nariz, el roce de su barba en la cara. Se imaginó también a Cámeron cuando estuvo con Beccaria. Sintió que lo perdonaba. Que se perdonaba a ella misma. También sintió amor sincero por el hombre que la sostenía en sus brazos en ese momento, pues una parte de su personalidad se forjó junto a la de su difunto cazador. Sintió que los amaba a los dos, y después solo a él.

A la mañana siguiente, se encontraba optimista. Toda la melancolía del día

anterior se había transformado en positividad, bondad, ganas de ayudar...

—Buenos días —dijo el padre Pierre entrando por la puerta—. Por lo que veo, las enfermas se encuentran ya recuperadas, gracias a dios que solo ha sido cuestión de días.

Pasó al lado de Sophie ignorándola por completo. Esta, que aún seguía en su catre, se levantó en camisión y se cambió detrás de un biombo. Mientras escuchaba con atención, el sacerdote les tomaba la fiebre:

—Esto tiene buen aspecto. Lo que sea que fuere de lo que estábais infectadas ha desaparecido. Posiblemente fuera algún alimento en mal estado, un mal agua, el demonio, o quizás algo que os hubieran contagiado en el mercado. Me enteré ayer mismo, que hace poco habíais visitado la ciudad —dijo a regañadientes mirando a la Madre superiora.

Esta, que jamás había tenido que prestar explicaciones a nadie, se sintió reprendida por las palabras del padre Pierre.

—Bueno, en un par de días podréis volver sin problema al convento —dijo amargamente.

Sophie se tambaleó al oír tales palabras. Su tiempo se había agotado. Era esa noche, o nunca.

Cuando el cura abandonó la sala, Sophie ayudó a ambas a asearse comer y después se acercó a Mariene.

—¿Y bien? —le susurró de nuevo su amiga con urgencia.

—Buenas noticias. El guardia nos va a ayudar.

—¿Has oído al padre? Tiene que ser ya.

—Lo sé. Estoy segura de que algo podrá hacer —Musitó.

—Niñas, ¿qué tiempo hace? —Oyeron graznar a la madre superiora de fondo.

Sophie se levantó sumisa y se dirigió a la ventana. La abrió sin mirar al exterior e inspiró hondo con los ojos cerrados:

—Hoy va a llover madre —contestó mientras confirmaba sus sentidos.

El día estaba siendo bastante fresco para final de octubre, y Sophie se estremeció cuando una corriente de aire entró en la habitación. Pero le gustaba el aroma que traía la tierra, casi podía adivinar los frutos que se estaban sembrados a su alrededor. La bruja se pasó el día pensando en volver a ver a

Eliot. Imaginándose una y otra vez sus manos grandes rozando su cuello, sus labios.

De repente, notó una punzada abdominal. No era de dolor, era placentero, algo divino e inexplicable. Instintivamente se llevó la mano al bajo vientre. Lo sintió de nuevo. Percibió el inicio de una nueva vida, un latido que inundó de alegría toda la tripa. Como cuando se sentía estando enamorada, pero más abajo. Se dio cuenta entonces, sin ninguna duda, de que estaba embarazada.

Miró hacia la puerta, ansiosa por que llegara la noche para volver a ver a Eliot. ¿Debía contárselo? ¿Le gustaría saberlo? Se volvió a tumbar y necesitó meditar durante horas sobre lo que iba a pasar. Una oleada de sentimientos la invadieron y la incertidumbre de su futuro la frustraron aún más. Llegó a la conclusión inmediata de que quería a ese bebé.

Pensó en Cámeron, y no tuvo muy claro si todo aquello era una broma del destino y estaba escrito que Eliot debía haber sido siempre su amor verdadero. Simplemente dejó de cuestionárselo. Aunque de lo que sí estaba segura era que tenía que salir de allí sí o sí, y con Mariene, y ahora también con Eliot.

—Estas muy callada Susette —le dijo la Madre superiora ya con consciencia plena sobre su cuerpo.

Había vuelto a ser la de antes, y ya apenas se dirigía a ella si no era para denigrarle de alguna manera.

—Lo sé madre, es solo que no me encuentro muy bien hoy.

—¿Y eso? Te dije que tenías que haber comido más.

La joven se encongió de hombros y le sonrió con condescendencia.

—¿Sabes qué? Ayúdame a incorporarme, quiero escribir algo —dijo.

La bruja la acompañó a una pequeña mesita donde había algunos tarros de cristal, con algunos ungüentos. Justo al lado había un solo papel, tinta, y una pluma. La madre superiora se tomó la libertad de usarlo y tras escribir unas líneas, sin doblarlo y se lo entregó:

—Haz llegar esta nota al Padre Pierre —dijo con una sonrisa forzada.

Sophie se dirigió a la puerta con cierta curiosidad por la nota, pero se suponía que no sabía leer, así que ignoró por completo aquel papel.

Se dirigió a la puerta y una vez fuera, le pidió al caballero que estaba allí,

que entregara esa carta. Sophie echó un ligero vistazo antes de dársela:

“Ya no son necesarios los cuidados de la hermana Sussette. Llévase la mañana con usted de nuevo al convento”.

Le costó soltar la nota, mientras el caballero tiraba de ella hacia sí mismo. Volvió pálida de nuevo a la habitación. La Madre superiora no sospechaba que la joven supiera leer, así que siguió mirándola como si nada.

Se acercó abatida a Mariene.

—Tiene que ser esta noche —le susurró.

Sophie esperó paciente junto a la ventana, miró el atardecer hasta que vio ocultarse el último pedacito de sol detrás de las montañas.

Sin que la vieran, se arropó vestida, y esperó a que se durmiera la Madre superiora para poder salir de nuevo al pasillo.

El corazón le latía más rápido que nunca. Presentía que su futuro estaba a punto de dar un giro, y ahora aún más cuando llevaba una nueva vida en su vientre. Se acarició la tripa por encima del hábito y salió de la cama. Se acercó sigilosa como un gato a la puerta. De nuevo una electricidad indomable invadió su vientre. Ansiaba ver a Eliot, y besar sus suaves labios, que asobaman tímidos bajo la barba.

Empujó la puerta mirando al suelo y salió de la habitación. Cuando se giró con la sonrisa en los labios, su sorpresa fue sustituida por una repentina ansiedad.

—Hola Sophie —dijo una figura oscura delante de ella.

Aquel no era Eliot, y ella lo supo al instante. Se movió hacia la antorcha y ya pudo identificarlo. Sebastián la miraba con el semblante serio, desfigurado por las sombras del fuego.

—Sebastián —respondió ella a modo de saludo.

Quería preguntarle dónde estaba Eliot, por qué no estaba esa noche ahí, pero se habría delatado, habría delatado cualquier relación que hubiera tenido con él. Miró a ambos lados del pasillo esperando que apareciera en algún momento, pero Sebastián interrumpió sus pensamientos:

—Elfrida acaba de llegar de un largo viaje. Quiere verte —dijo solemne.

No sabía por qué, pero aquella situación no le dió buena espina. El sirviente de Elfrida se había comportado con amabilidad las pocas veces que

se habían visto, pero ahora parecía tener algo en contra de ella, dejando un gran espacio de desconfianza entre ambos. Ella no respondió, y él tampoco le preguntó qué hacía allí. La estaba esperando.

—Sígueme —le ordenó.

Capítulo 15

Atravesaron toda el ala este del castillo. Sophie caminaba con paso diligente y seguro, aparentemente, puesto que por dentro maldecía su suerte mil y un a vez, temerosa de su destino, de su vida, y de la de su futuro bebé. Volvieron a atravesar el patio de armas, hasta algún lugar intermedio entre el acceso al convento y la sala de enfermos. Decenas de soldados hacían guardia de un lado a otro, en la oscuridad. Intentó identificar a Eliot sin resultado. Ninguno los vio, pasaron totalmente desapercibidos. Hacía más frío que en el pasillo, se estremeció y se abrazó instintivamente.

—Estamos llegando —dijo Sebastián a modo de disculpa.

De nuevo se adentraron en los pasillos más oscuros aún, subieron una escalera que comenzaba con amplios peldaños pero que poco a poco se fueron estrechando en forma de caracol. Finalmente llegaron a una puerta de aspecto antiguo, robusto y con una serie de tallados en la madera. Debido a la falta de luz no podía ver bien el dibujo, pero parecía una obra de arte elaborada con detalle.

Sebastián se paró ante la puerta y tocó.

—Adelante —contestó Elfrida desde dentro.

Sebastián le abrió la puerta a Sophie, cediéndole el paso cabizbajo. Ella cruzó buscando en su mirada alguna respuesta a esa incógnita, sin resultado. Cerró desde fuera.

—Siéntate —Ordenó la Gran Bruja desde su trona de madera.

Sophie obedeció sin rechistar, cruzó sus piernas y puso cuidadosamente una mano sobre otra.

—¿Qué hago aquí? —le preguntó con cortesía, intentando disimular su nerviosismo.

—Lo sabes muy bien —contestó solemne poniéndose en pie.

Vestía como de costumbre uno de esos despampanantes vestidos de terciopelo, con caída libre, y cuello de seda; motivo por el que Sophie la

había envidiado siempre.

Sophie ladeó la cabeza y contuvo la respiración. ¿Qué sabía exactamente su amiga más enemiga? ¿Sabía lo de las semillas? ¿Sería por sus encuentros con Eliot? ¿Acaso era por la criatura que esperaba? La joven tragó saliva y esperó que ella escogiera la respuesta.

—¿Sabes? Cuando te salvé la vida por segunda vez —comenzó enfatizando— viniste al castillo para ser sentenciada como una bruja, y lo único que te pedí fue que fueras invisible, que obedecieras a lo que se te ordenara pero que, sobre todo, pasaras desapercibida. Ambas sabemos de lo que eres capaz de hacer, pero querida, aún no sabes de lo que soy capaz de hacer yo. Por eso, te he traído aquí, para decirlo de alguna manera, darte una última oportunidad.

—Aún no sé de qué me hablas Elfrida —dijo Sophie temerosa de conocer el motivo.

A Elfrida se le agotó la paciencia y señaló con su índice en dirección a ella. La silla donde estaba sentada se arrastró hasta la pared y de ahí levitó con Sophie hasta casi rozar el techo. Sophie estaba asustada, no sabía si podría enfrentarse a ella y menos aún arriesgarse a ello con un bebé en camino.

—¿A caso pensaste que os iba a dejar salir al mercadillo a vuestras anchas sin ser vigiladas?

Supo el motivo al instante. Sebastián las había seguido y contado su conversación con el frutero en el puesto de fruta, de ahí su actitud.

—Hablaste con el frutero de Josephine, le pediste algo, algo que no supe entender muy bien hasta que la Madre superiora enfermó.

—Y Mariene —se atrevió a añadir Sophie.

Elfrida bajó el índice con ímpetu y la silla cayó con velocidad sobre la piedra, llegando a crujir bajo el peso de la bruja.

—No te atrevas a mentirme o mataré a los pocos seres queridos que te quedan, y después te mataré a ti. Me estoy jugando la reputación y la vida por ti y tú te comportas como una desagradecida.

Aquellas palabras sí que calaron hondo dentro de Sophie, que ahora la escuchaba con atención:

—Sé lo que has hecho maldita bruja. Si la madre Charlotte llega a morir te hubiese matado yo con mis propias manos. Mariene no enfermó porque es tu amiga y no la envenenarías, así que el motivo por el que te la tragiste al castillo fue para ayudarla a escapar. Está bien, ahora pongamos las cartas sobre la mesa. Mañana llegará una persona muy importante para ti —Comenzó diciendo—. Esta persona, es tu futuro esposo.

La Gran bruja hizo una pausa, esperando la acostumbrada reacción de Sophie a sus planes.

—Jamás —contestó con ira en sus ojos.

La Gran bruja sonrió y se sentó de nuevo con parsimonia, algo recostada de lo habitual.

—La boda será la semana que viene, obviamente te casarás aquí, con otra identidad nueva y jamás volverás a ver a las monjitas, puedes estar tranquila por eso.

Sophie seguía bajo la máxima tensión posible mirándola a los ojos. Apretó tanto los dientes que se le marcó la línea de la mandíbula. Se agarró con fuerza a los brazos de su asiento e inconscientemente hincó las uñas en él. La vidriera de la habitación comenzó a vibrar hasta que crujió amenazante.

—No tienes elección Sophie, es tu sino. Lo debes a la causa.

—¡Nunca! —gritó de nuevo poniéndose en pie. La vidriera estalló en mil pedazos y ambas se protegieron bajo una lluvia de critales.

Elfrida retorció su puño en la distancia mirándola inexpresiva. Entonces la muñeca izquierda de Sophie se luxó sin previo aviso bajo una fuerza invisible que la hizo doblarse con un grito de dolor.

—¡Ah!

Sophie sujetó su muñeca, como si aún estuviera agarrada por otra persona y la trajo con fuerza hacia su pecho, mientras con la otra mano empujó el aire en dirección a la Gran bruja, haciéndola volar hasta caer sobre los cristales. Hubo un silencio. Ambas brujas estaban sangrando, magulladas por los cortes, despeinadas y sudando. Sophie se asustó de sí misma por un momento al verla tumbada sobre el suelo. Le había deseado la muerte en numerosas ocasiones, pero no era una asesina.

De pronto Elfrida se incorporó, lentamente, primero sobre sus rodillas,

después sobres sus talones; siguió elevándose y levitando sin perder de vista a la bruja, entonces desde ahí, vio encendida una de las velas que tenía sobre la mesa, así que hizo uso de su elemento el fuego, y envió un cerco de llamas que la rodeó en el suelo.

Sophie, entre llamas, estaba acorralada, asustada de cómo iba a terminar aquella situación. Los bajos del hábito empezaron a prenderse.

—Quizás no pueda matarte, pero sí a Mariene, hoy mismo la sentenciaré a muerte bajo la orden del Obispo por brujería, y morirá quemada en la hoguera de la plaza, mañana por la mañana. ¿Es eso lo que quieres? Siéntelo, siente el calor y las llamas bajo tu piel, ¿eso es lo que quieres para tu amiga? Tú puedes salvarla. Puedes hacerla libre.

Sophie hundió sus hombros abatida. Entonces Elfrida tomó suelo de nuevo con un ligero saltito, y el fuego a los pies de Sophie se apagó de pronto.

—¿Qué tengo que hacer? —contestó sumisa.

—Lord de Kaisemberg llegará mañana con su pupilo. Mi hermano, el Obispo también, así que cenaremos un opulento manjar y anunciaremos vuestro matrimonio. Os casaréis la semana que viene y engendraréis un hijo con el fin de continuar una estirpe pura y poderosa.

Al oír esas últimas palabras, la joven tragó saliva y se miró la tripa. De ninguna manera iba a tener otro hijo que no fuera el de Eliot, y para ello debía de ocultarlo lo mejor posible.

Sabía que, si Elfrida se enteraba, la haría abortar, o peor aún, matarla ante su gesta inservible.

—¿Por qué haces esto? —preguntó la bruja con lágrimas en los ojos. No le quedaba opción.

—Porque estamos desapareciendo. Entre las pandemias y los inquisidores, no quedamos más que unas decenas —se defendió, mientras avanzaba hacia Sophie—. Y ya solo unos pocos son dignos de llevar esto —dijo tocándole el colante de ónix sobre el hábito.

Sophie la escuchaba con atención, intentando por todos los medios convergerse a sí misma de que su idea era lógica, y debía someterse para, de una vez por todas, tratar de encontrar su sitio, y ser feliz.

De nuevo Eliot volvía a su mente, Cámeron Muller, su abuela... y odiaba

todo lo que ella era, y su ser, pues ello la había condenado.

—¿Y por qué no te casas tú con él? —le rebatió.

—Cada cual lleva su virtud acompañada de su maldición. No me gustaría más otra cosa en esta vida que tener una descendencia digna de portar un colgante como el tuyo joven, sin embargo, mi vientre es tan yermo como las áridas arenas del desierto. Además, yo ya tengo muchos hijos. Tú, sin ir más lejos, has sido uno de ellos, y te he cuidado, protegido y mirado por tu bien como haría una madre.

—Me casaré con él —sentenció Sophie deseando no oír ni una palabra más.

Elfrida sonrió:

—Con una condición.

—Soy toda oídos.

—Que Mariene salga libre del castillo mañana mismo. Y quiero verlo.

Elfrida asintió.

—Una cosa más —dijo esta vez la Gran bruja —tengo noticias sobre Cámeron. Sophie se estremeció, y necesitó sentarse para prestarle atención.

—El motivo de mi ausencia ha sido por Beccaria, he estado buscándola. Ha huído.

—¿Por qué huiría?

—Beccaria hizo algo —parecía que le costara pronunciar las palabras—. Beccaria mató a Cámeron.

Sophie no llegaba a entender el significado de la frase.

—¿Cómo?

—Mi tótem, descubrió el lugar donde había hecho el maleficio contra vuestro amor, y Beccaria se dio cuenta. No pudo hacer otra cosa que huir antes de que yo llegara. Julia no sospecha nada, la pobre está ahora más deprimida aún.

—¿Cómo es posible? ¿Beccaria? ¿Se lo has contado a Julia?

—Volví con la intención de darle caza —dijo con una expresión dura.

Sophie podía adivinar en su mirada cierto resquicio de impotencia y culpabilidad, al fin y al cabo, había estado ausente con su pupila y no la había controlado como debía. La joven compartió parte de ese sentimiento de

impotencia, sin embargo, también sintió rabia e ira. Deseó que Elfrida no le hubiera contado nada de aquello. Ahora tenía a quien culpar por la muerte de Cámeron y su reclusión en el castillo. Sabía que se consumiría en odio de saber que aquella bruja seguía en libertad campando por los bosques, mientras su futuro ya estaba concertado.

—Tenemos que buscarla, hay que hacer algo, tenemos que matarla.

—Ese no es tu objetivo ahora mismo Sophie. Te casarás con Lord de Kaisenberg.

—Pero, ella sigue... —Insistió.

—Basta. Ya has puesto tus condiciones. Esto es otro tema. Ya tendrás tiempo de vengarte en el futuro.

—No es venganza, ¡es justicia! —Replicó entre lágrimas.

Sebastián acompañó a Sophie de nuevo a la habitación en la que durmió por primera vez en el castillo. Le dejaron una palangana con agua para asearse y limpiarse las heridas. Ofrecía un aspecto desaliñado, aunque poco le importaba en ese momento. Desde la conversación con Elfrida no volvió a sentir miedo. Simplemente no sentía nada. Había vendido su libertad, a cambio de salvarle la vida a su amiga y por la seguridad de su bebé.

Aquella noche Sophie soñó con aquella escena que la había empezado a atormentar desde hacía meses y no sabía por qué. Eran los pocos recuerdos que tenía de su infancia, de su madre, y aún así lo más turbio que había soñado. De nuevo, sobre la colcha de su casa, pudo oler el aroma familiar y sintió la calidez del ambiente, las manos suaves de su madre, su propia risa. De pronto unas figuras oscuras y alargadas irrumpieron en la casa, haciendo que su madre se apartase de ella. Figuras de luz y oscuridad se debatieron en una pelea mortal, mientras ella, en su propio recuerdo, lloraba desconsolada sobre la cama. Finalmente, el silencio. Pero justo antes de despertar, Sophie oyó la voz de su madre:

“No te fies de ellos” le dijo.

Fue tan nítido el mensaje que creyó que estaba con ella en la habitación.

Cuando despertó a la mañana siguiente se encontró con una sorpresa sobre la cama. Uno de esos vestidos aterciopelados con los que solía ver a Elfrida estaba sobre ella. No era como los que había llegado a heredar en casa de

Julia, sino incluso más ostentoso que los que la propia Elfrida vestía.

Sophie lo acarició despacio. Se sentía culpable por querer llevarlo, por querer merecerlo. Miró su hábito desgajado bajo la silla, y de nuevo el vestido. Era de terciopelo rojo oscuro, con encajes blancos en el cuello y en las empuñaduras de las mangas.

Lo acarició suavemente, y sin dudarle un segundo más, se lo puso. Seguidamente se acercó a la ventana, en el reflejo de la vidriera se vio a sí misma, como jamás se hubiera imaginado. El vestido rojo tenía un amplio escote, que dejaba al total descubierto con orgullo el colgante de ónix. Lo tocó mirando su reflejo, aliviada por fin de poder exhibir con orgullo lo único que le quedaba de su madre. Se puso los zapatos, unos zuecos de madera con un acabado en seda y pedrería. Realmente eran una joya y Sophie sintió tener que ocultar aquella exquisitez bajo el vestido. Sebastián entró en la habitación:

—Sophie —Interrumpió su entrada al verla.

Su expresión era como la de un búho. Le miró con los ojos bien abiertos.

—Perdóneme. Elfrida la está esperando. Si me acompaña...

No le guardaba simpatía por la fidelidad que le había obligado a delatarla, pero tampoco podía odiarlo por ello. Obedeció en silencio.

Atravesaron el pasillo hasta una habitación amplia. Entró en aquel salón. Tenía una gran chimenea en el fondo que ocupaba casi toda la pared y donde cabían perfectamente diez hombres. Toda la habitación estaba adornada con armas en las paredes: escudos, espadas, hachas y lanzas. Elfrida estaba sentada a una mesa, cerca de la chimenea:

—Estas impresionante.

Admitió con sinceridad.

Sophie entró con el semblante solemne, como quien necesita terminar una obligación cuanto antes. Se acercó a ella, bajo el repiqueteo de los zuecos sobre la piedra. Sus bucles color bronce rebotaban con cada paso, esperando ser más largos cada día.

—Siéntate —le ordenó la gran bruja.

Sophie se sentó a su lado, y Elfrida se levantó y empezó a peinarle:

—Sin duda este será el toque final. Tu prometido, Lord de Kaisenberg te está esperando en este momento, justo en la habitación de al lado. Ha sido un

viaje muy fatigoso para él, puesto que viajar en esta época con la peste azotando las ciudades y los barcos, ha sido de lo más arriesgado. Le he invitado a que descanse, sin embargo, está deseoso por conocerte. Deberías presentarte ahora.

—¿Tú no vienes?

—No. Quiere verte a solas. —respondió con envidia.

—¿Dónde está Mariene? —Interrumpió.

Quería asegurarse de que Elfrida cumplía su palabra.

—Oh, sí. Está esperándote. Deseosa de marcharse.

Sophie la miró desconfiada.

—No te muevas —le corrigió la postura mientras terminaba de hacerle un elaborado recogido.

Esperó en silencio, y a la vez se moría por saber de Eliot, pero pronunciar su nombre sería la sentencia para ambos.

—Ya está. Mírate, estás radiante, ahora ya eres toda una dama. Deberías estar agradecida por esto.

—Gracias. —contestó Sophie con apatía.

Aunque reconoció en silencio que tenía el aspecto de una princesa, no habría cambiado su aspecto cotidiano si con ello hubiera seguido siendo libre.

Elfrida se dirigió a uno de los ventanales con paso firme y a la vez delicado.

—¿No quieres despedirte de tu amiga?

Elfrida no solía conocer la vida de las monjas y personalmente, prefería no saber nada de ellas, solo lo necesario para ocultar su tapadera. De hecho, su aversión hacia las devotas se reflejaba en la permisibilidad sobre los castigos en el convento. Ella nunca había conocido a la hermana Mariene hasta el día de la amputación. Aquellas mujeres no eran más que marionetas para ella, enemigas de su causa, y asesinas de brujas.

Sophie brincó del asiento y fue junto a ella. Miró dos pisos más abajo y allí estaba Mariene, mirándola junto a una de las puertas. A su lado estaba Eliot, que también la buscaba. A Sophie se le aceleró la respiración.

—Quiero despedirme de ella, quiero hablar con ella.

—Te prometí que la verías una última vez y ya la estás viendo, despídete

desde aquí.

Sophie la odió una vez más, pero no perdió tiempo. La miró y grabó en su retina su dulce mirada, aquella joven preciosa que había sufrido una tortura, y que ahora era libre gracias a ella. Sophie puso la mano en el cristal, a modo de saludo a Eliot y como despedida a su vez a Mariene. Su amiga desde abajo la imitó.

Pensó que seguramente Mariene se estaría preguntando en ese instante por qué Sophie no iba vestida con su normal atuendo, pero se imaginaba que ya se habrían encargado de soltarle alguna mentira. Eliot, por su parte la miraba también maravillado, expectante, y sin poder contestar a ese saludo, deseando poder verla, besarla y sentirla de nuevo.

Sophie dejó correr un par de lágrimas, y vio cómo su Mariene se ponía una capa y abandonaba el castillo. Esperó a ver como se ocultaba entre el gentío, a verla libre, feliz. Un cuervo negro se posó en la ventana y graznó.

Seguidamente se apartó del cristal con violencia, sin querer volver a mirar a Eliot. Sabía que en cuanto se enterase de su matrimonio con el Lord de Kaisenberg, moriría de dolor. Se secó las lágrimas, y suplicó:

—Acabemos con esto. ¿Dónde está mi futuro marido?

Sophie recorrió el pasillo hasta llegar a la última habitación. Se sentía aturdida, con ganas de vomitar y taquicardia. Esperaba poder dominar sus sentimientos y su poder delante de aquel individuo desconocido. Cuando llegó a la puerta llamó.

—Adelante —le invitó una voz desde dentro.

Sophie abrió la puerta y entró mirando al suelo.

—Bienvenido Lord de Kaisenberg. He esperado su llegada. —Mintió la bruja por protocolo. Su voz sonaba sin vida, sin brío, yerma de todo sentimiento.

—Gracias por tu cortesía, pero puedes llamarme Erik.

Sophie levantó la mirada, al que iba a ser su esposo en pocos días.

Lord de Kaisenberg era un hombre alto, fornido y canoso. Tenía una cuidada barba grisácea y ojos marrones. Vestía como un rey, o así era como imaginaba la bruja que lo hacía la realeza. Llevaba una armadura bien labrada y fina, bajo una espesa capa con collares de oro de adorno, y como no, el

mismo colgante que ella. Era bastante mayor que Sophie, tendría quizás más de cincuenta años, entonces se dio cuenta de una malforación en la oreja izquierda. Sophie sintió un escalofrío y ganas de llorar.

Él se quedó en silencio observándola. Tenía una mirada inteligente, una de esas miradas que traman algo.

—Imagino por todo lo que has tenido que pasar —Rompió el hielo.

—Lo dudo mucho Lord de Kaisenberg —contestó Sophie con un nudo en la garganta, manteniendo las distancias.

Él cruzó sus manos, y adoptó una postura reflexiva, inclinó la cabeza y dijo:

—Eres preciosa.

Sophie se estremeció una vez más. Aquel señor al que acababa de conocer la miraba con idolatría, admirando su belleza; seguro que estaba deseoso de casarse lo antes posible. La joven reprimió una arcada.

Comenzó a acercarse poco a poco mirándola fijamente:

—He de confesarte una cosa Sophie.

—¿El qué? —preguntó sin querer saber la respuesta.

—Desde que me enteré que me estabas esperando, no he dejado de pensar en ti; estaba impaciente por conocerte —dijo ya cara a cara —estaba impaciente por conocer a mi hija.

Sophie dio un paso atrás.

—¿Qué?

Él sonrió, miró al techo y confesó:

—No he venido a casarme contigo Sophie, he venido a conocerte.

—¿¿Qué?! —balbuceó de nuevo ella. Esta vez con alegría y gozo.

La joven intentaba buscar un ápice de semejanza entre ella y él.

—Pero, ¿cómo? —Era lo único que pudo responder.

Él rió a carcajadas y le acarició la mejilla.

—Por todos los santos, eres igual de hermosa que tu madre —le dijo con cariño.

Entonces bajó la mirada.

—Hace dieciséis años, durante el último aquelarre, conocía a tu madre, y nos enamoramos fervientemente. Supe que era el amor de mi vida en cuanto la

vi. Durante nuestro encuentro no supe que te habíamos concebido.

—Tu madre era la bruja más fuerte y con más potencial que había conocido, podría haberlo tenido todo si hubiera querido, joyas, un castillo, sirvientes... Yo estaba dispuesto a ofrecérselo, pero no quiso acompañarme. Detestaba la ciudad, y se sentía plena en aquel pueblecito... ¿cómo se llamaba?

—Montarneau —dijo Sophie.

En ese instante casi había odiado a su madre por no haberlo seguido. De haberlo hecho, ella seguro que no habría muerto, y serían una familia unida y feliz.

La joven miró al suelo con tristeza.

—No te preocupes hija mía, tu suerte está a punto de cambiar —le dijo tocándole un hombro.

—¿Y Elfrida lo sabe?

—No, pero no me preocupa lo más mínimo. Ya no podrá hacerte nada, en cuanto le diga realmente quién eres.

—Entonces... —dijo desviando la conversación —¿Pondré casarme libremente con quien desee?

—Por supuesto que sí. Sé que tendrás buen criterio.

Aquella noche, durante el gran banquete, se hizo una presentación celemonial ante el obispo de Montpellier, el hermano de Elfrida.

Sophie había detestado a obispo desde que había oído la historia de Josephine y por lo que le había hecho a Mariene. No deseaba en absoluto conocer a ese hombre de ciento treinta kilos y mirada turbia, pero tenía que hacer ese papel, por todos. Elfrida se dirigió con Sophie al final de la sala donde el obispo presidía la mesa:

—Su santidad, esta es Grizel, recién llegada de la capital, hija de una buena amiga, y huérfana —la presentó con un nuevo nombre y ella hizo una reverancia.

—Espero que tu estancia en el castillo sea grata. —dijo tras una breve pausa. No sonó tan arrogante como Sophie esperaba, pero claro, tampoco sabía que era una bruja, y su aspecto ahora era una joven de la realeza. Se dio cuenta de que el poder sí que podía cambiar a las personas.

—¿Sabemos algo de Beccaria o de Cámeron? —le susurró la bruja a Elfrida.

—No es el momento de hablar de esto. —replicó con rentintín. Sophie podía notar su derrota en la voz. Había perdido ante Sophie, y lo sabía. Ya solo podía resignarse.

—Mi padre ya te lo ha contado ¿no? —sonrió con orgullo Sophie. Le encantó pronunciar esa palabra, aunque no sabía si era porque ese hecho le fastidiaba, o porque había encontrado a su padre. Comieron los cochinitos que se habían cocinado, pasteles y mucho vino. Elfrida estaba tan enfadada con Lord de Kaisenberg por no haberle contado antes lo de Sophie que apenas le dirigió la palabra durante la cena.

A él, por el contrario, le divertía la situación, hablando con uno y con otro, diligente y elegante, deleitando a los presentes con un humor inteligente. Era lo más parecido a un caballero noble, y lo menos a un brujo. Sophie no podía imaginar como aquel honorable hombre podía tener esa deformación en la oreja. Se imaginó que también habría tenido un pasado duro.

—Grizel, hija, ven un momento —le llamó su padre —quiero presentarte a Sir Evan McAlvey, es un Lord recién llegado de Escocia, nuestro próximo destino. —dijo orgulloso junto a su amigo.

Sophie hizo una reverencia y esperó una respuesta. Este individuo, sin embargo, se dedicó a mirarla sin pestañear. A Sophie le causaba repulsión, no porque fuera feo, al contrario, era bastante apuesto; sino por la manera en la que le miró con sus ojos algo saltones y profundos a la vez. Tenía además una perilla triangular que se prolongaba bajo la barbilla.

Vestía unas prendas oscuras bajo una capa negra de seda. Hubo un detalle que sí le llamó la atención y es que también portaba el colgante de ónix. A la bruja no le dio muy buena espina, sin embargo, no iba a dejar que ese extraño le pasara la fiesta por agua. Tenía mucho que celebrar.

Sophie disfrutó del delicioso banquete, sabiendo que su amiga Mariene ahora era libre, que su bebé estaba a salvo y que podría casarse con Eliot. Lo buscó entre el gentío en aquella inmensa sala, donde solo había gente de la nobleza, sin resultado.

—¿Bailas? —escuchó a sus espaldas.

Sophie se giró, instintivamente, encontrando a Sir Evan. Aún no le había dado tiempo a responder, cuando sus ojos casi hipnóticos la dejaron petrificada.

Él no esperó ninguna respuesta, y le cogió de la mano.

—No hemos tenido la ocasión de hablar antes, pero quería decirte que, desde el primer momento en que te he visto, he sabido que me ibas a pertenecer.

—¿Disculpa? —dijo Sophie, saliendo de su sopor y retirándole la mano con amargura.

—Discúlpame, no quería ofenderte, a veces no me expreso con claridad, lo que quería decir es que me ibas a corresponder.

—Sigo sin entenderte, ¿a corresponderte en qué?

—En el amor, obviamente. —dijo volviéndole a coger la mano y dándole un beso en el dorso, con cariño.

—No estoy muy segura de ello, si me disculpas... —dijo la bruja confundida por el amago de su recién conocido. Ahora que le había hablado más cerca, lo había oído. Olía a lo que más amaba en este mundo, a parte de Eliot, olía a bosque.

Cuando la joven se fue a volver para buscar de nuevo a su amado, apareció su padre, con dos copas en las manos.

—Querida, por favor, brinda con tu padre, en este día tan especial en el que tenemos tanto que celebrar.

Ella asintió aliviada, de encontrarlo, pues la situación con Evan McAlvey le había resultado incómoda. Bebió un par de tragos, sedienta de celebrar su nuevo destino.

—Esta semana nos marcharemos a Edimburgo de nuevo hija mía, y quiero que vengas con nosotros. Me harías muy feliz.

Sophie se regocijaba de alegría en sus palabras. Sentía de nuevo que tenía familia y que las cosas podían cambiar a mejor. Sin embargo, pensaba que podría estar a punto de empezar una nueva vida en la ciudad, con Eliot. Una modesta y sencilla vida en la que poder criar a su hijo no nato, y vivir felices.

—Padre, nada me gustaría más en este mundo, pero mi intención es casarme con un hombre al que amo, aquí en Montpellier.

—En Edimburgo tendrás tu propio castillo. Podrías tener todo lo que necesitas; ese hombre al que amas no podrá ofrecerte tanto como te mereces. Te mereces el mundo.

—No puedo, yo... —dijo tocándose instintivamente la tripa.

—No me contestes ahora, piénsalo, y mañana me das una respuesta.

Ella asintió, y una hora después, cuando la fiesta estaba acabando y el borracho de turno se cayó al suelo, Sophie decidió que era el momento de irse a dormir.

En la cama, siguió preguntándose dónde habría estado Eliot toda la noche, y en lo mucho que deseaba volver a verlo al día siguiente.

Aquella noche Sophie durmió en los mismos aposentos del día anterior. Sentía que por fin tenía todo lo que merecía, y que su suerte estaba empezando a cambiar. Se acordó de su abuela Anne, lo mucho que le hubiera gustado abrazarla una vez más, y deseó que la hubiera visto con semejante vestido. Se sentía de la nobleza, ocupando el sitio que en realidad se merecía. Ahora tenía su propósito dirigido a casarse con Eliot. Sin embargo, no se olvidaba de Cámeron. Le contaría lo ocurrido a su prometido, y esperaba que con su ayuda y la de Elfrida pudieran hacerle justicia también a él. Después de agradecer en su mente a todos los que la habían hecho feliz alguna vez, la bruja se quedó sumida en el sueño más profundo.

Reconoció de nuevo donde se encontraba. De nuevo ese sueño que le había inquietado desde que todo comenzó, desde que comenzó a buscarse a sí misma. Estaba sobre la colcha de su casa, el tacto de las sábanas, las manos suaves de su madre, el aroma dulce de su hogar y la luz candente que iluminaba la escena. Ella era solo una niña de tres años, pero en el sueño lo veía todo nítido.

De pronto, y como siempre ocurría, un golpe sordo irrumpía en la habitación. Solía ser el momento exacto donde ella se despertaba bajo un grito ahogado, sin embargo, esta vez pudo ver más allá. En la casa entraron tres figuras oscuras y agresivas. Su madre saltó de la cama dispuesta a defender su vida y la de su pequeña. Sophie comenzó a llorar desconsolada, mientras su madre se debatía vida a muerte en una lucha de lo más letal. Ella hacía los mismos gestos que Elfrida, y liquidaba a uno y a otro volteándolos contra el

techo y muriendo en el acto. El tercero, sin embargo, fue inmune a su magia, y se abalanzó sobre ella. Ahora Sophie, que no dejaba de gimotear, pudo discernir aquella figura negra que quedaba, era un hombre joven, aproximadamente de la edad de su madre. Elissa estaba contra la pared, y él de espaldas a Sophie, intentaba estrangular a su madre. Elissa susurró algunas palabras, que él no logró oír, así que este se acercó aún más para saber qué decía, y ella aprovechó la cercanía para arrancarle la oreja de un mordisco. Él la soltó para llevarse la mano a la cabeza, no sin antes sacar una daga de su cinturón y clavársela en la barriga. Ella estaba llorando viendo morir a su madre, entonces el hombre se giró a ella con el rostro ensangrentado.

—¡Ahhhh!

Sophie se despertó escuchando un grito desgarrador en el pasillo. Ella habría gritado igual, si no tuviera en la boca otra cosa que decir:

—Erik de Kaisemberg.

Sophie salió corriendo de la cama, en dirección a los gritos. Ya había amanecido. Entró en el salón desde donde se despidió de Mariene. Allí estaba Elfrida llorando desconsolada, junto a su hermano, el Obispo de Montpelier, que yacía muerto en el suelo con la mirada perdida.

—Lord de Kaisemberg —Repitió en voz alta la bruja.

—¡Ese canalla! ¡Juro que me vengaré, en esta vida o en la siguiente, lo juro! —Aulló de rabia.

A Sophie se le saltaron las lágrimas. Aquel asesino, su propio padre le arrebató la vida a su madre, y ahora, al obispo.

—¿Dónde está?

—No está. Ha huído —dijo secándose las lágrimas.

Sophie sintió pena por primera vez de su tutora, le había deseado muchas veces que sufriera lo mismo que había sufrido ella, pero ahora, deseaba la idea, y se arrepentía de haberlo pensado. Elfrida era una manipuladora, pero no se merecía tal cosa.

Tampoco pudo abrazarla, como habría hecho con cualquier amiga. Le había hecho demasiado daño a sí misma.

De pronto sintió un agudo pinchazo en su vientre, y el fluido de vida empezó a salir de su cuerpo. El repiqueteo de las gotas sobre el suelo la

despertó de su estado.

Sophie comenzó a temblar de terror, viendo cómo se desangraba y con ello, la vida que en su interior estaba engendrando se esfumaa.

Entró en pánico y comenzó gemir de dolor e hiperventilar, ante la mirada atónita de Elfrida. Supo entonces que su pupila estaba abortando. Sophie dejó de respirar y cayó al suelo inconsciente.

Cuando volvió a despertar estaba muy débil, tan débil que tan solo pudo entornar los ojos, llorar y volver a dormir.

La siguiente vez que despertó, quiso que el aborto hubiera sido una pesadilla. Se sentía enferma. Se incorporó cuando algo le llamó la atención sobre la mesilla de noche. Había una carta. No se había percatado de ella la vez anterior al salir a toda prisa. No tenía sello, no tenía firma. La bruja la abrió con sumo cuidado:

“Querida hija. Siento que hayas tenido que saber mi auténtica naturaleza de esta manera. Bueno, en realidad no lo siento. Si te hubiera dicho que asesiné a tu madre, habrías intentado matarme, y la verdad que no tengo pensado morirme pronto. No me malinterpretes, amaba a tu madre, pero ella no veía más allá de su propia felicidad. Nuestra especie se extinguía y era tan egoísta que prefirió criarte en un zulo, a hacerse con el mundo. No quise matarte en su día, porque eras un bebé, eras mi hija, y compartíamos la misma sangre virtuosa. Quiero que sigas siendo mi hija, pero antes debías saber la verdad sobre mí, y que te dieras cuenta de que todo tiene un porqué.

También quería que vieras que nos podemos llevar bien, y que, si aceptas las cosas tal y como ocurrieron, si aún quieres la protección de un padre, y quieres dejar de huir, aquí en Escocia tendrás un lugar. No te preocupes de buscarme allí, yo te encontraré. De lo contrario, si tu aversión es más fuerte, espero no verte de nuevo el resto de mis días, o te aniquilaré tan rápido como al obispo. Lo de Elfrida ha sido un regalo, de un padre para su hija. Jamás debió someterte a su voluntad, ni si quiera por tu bien, no a la hija de un Kaisenberg. Sir Evan McAlvey te pide disculpas, no quería que tuvieras ningún hijo que no fuera suyo. Aquí también te espera, deseoso de ser tu marido y te puedo asegurar que no te arrepentirás. Sin más me

despido. Espero que vengas.

Erik de Kaisenberg.”

—Iré padre —dijo en voz alta—. Para acabar con los dos.

"Eliot" pensó de pronto, y su corazón se aceleró.

Se levantó con dificultad, aún debilitada por la anemia, apoyándose por las paredes.

—¡Elfrida! ¡Elfrida! —Gritó con rabia.

Allí por donde pasaba casi arrastrándose por los pasillos, todo comenzó a crujir, y a vibrar.

—¡Elfrida! —Gritó una tercera vez ya tumbada totalmente en el suelo.

El taconeo de sus zapatos le hicieron mirar hacia arriba.

—¿Dónde está Eliot?

Adivinó en la expresión de Elfrida (entre lágrimas) algo así como confusión, y luego lo entendió. Miró al techo, abatida, y seguidamente hizo algo que jamás había hecho, y nunca se habría imaginado Sophie que haría. La gran bruja vestida como siempre con un finísimo traje de terciopelo con abalorios en perlas y plata cayó abatida junto a Sophie, sin importarle estar en el suelo, sentada, torcida, yerma.

—¿Dónde está Eliot? —le preguntó esta vez con ansiedad en susurros.

—Eliot... se enteró que te ibas a casar con Lord de Kaisenberg, o eso pensábamos todos. Me pidió servile a él y a ti, una vez os mudáseis a Escocia, y yo accedí. Ayer por lo visto estuvo preparando el viaje y los caballos de Erik, y hoy... hoy se ha ido con él.

—Se...ha... ido... ¿con Lord de Kaisenberg? —preguntó atónita la bruja. Le parecía una situación surrealista, deseaba una vez más que aquel día fuera una pesadilla, despertase en algún momento y que aún siguiera embarazada y con Eliot a su lado.

—Lo siento mucho, pensaba que tú también ibas.

—Yo solo... lo siento —dijo la gran bruja reducida a huesos y lágrimas.

Sophie, no respondió, no sintió dolor, no sintió rabia, no sintió lástima, ni por ella ni por sí misma.

Despacio se incorporó del suelo con dificultad, mientras la triste Elfrida se quedó sentada en su soledad, lamentándose y culpándose por todo.

—¿A dónde vas? —Balbuceó, esperando palabras de compasión.
—A Edimburgo —respondió Sophie sin mirar atrás.